
LAS CARAS DE CLÍO
UNA INTRODUCCIÓN A LA HISTORIA
Enrique Moradiellos
2.ª edición actualizada
SIGLO XXI

Historia

La primera edición de esta obra se publicó
en el año 2001 con la ayuda de la Dirección General
del Libro, Archivos y Bibliotecas del Ministerio de Educación,
Cultura y Deporte.

LAS CARAS DE CLÍO

Una introducción a la Historia

por

ENRIQUE MORADIELLOS





España
México
Argentina

Primera edición en castellano, octubre de 2001
Segunda edición actualizada, septiembre de 2009

Impreso y hecho en España
Printed and made in Spain

Diseño de la cubierta: simonpates**design**

ISBN: 978-84-323-1402-5
Depósito legal: M. 34.473-2009

Fotocomposición e impresión: EFCA, S.A.
Parque Industrial «Las Monjas»
28850 Torrejón de Ardoz (Madrid)

ÍNDICE



Para Susana

Es tan difícil escribir Historia, que la mayoría de los historiadores se ve obligada a hacer concesiones a la técnica de lo fabuloso.

Erich Auerbach

Juicio de Apolo en la disputa entre Clío, musa de la Historia, y Calíope, musa de la poesía épica: «Sí, es cierto que hay género de novela que viene casi a confundirse con la Historia, así como hay modo de escribir Historia que es obra de arte casi casi novelesco; no te niego que la verdad comporta más poesía, por comportar más belleza que cuanto cabe que invente el hombre, y esto por las razones que oscuramente has pretendido alegar; pero no toda la Historia necesita ir por ese camino, ni, y esto sobre todo, la novela en general es como tú dices, pues ha habido, hay y habrá siempre novela puramente fantástica, aspiración de la idealidad, reflejo del puro anhelo, que será tan legítima como la más instructiva, profunda e histórica creación del novelista más concienzudamente enamorado de la realidad y su belleza. Por eso hubo, hay, y seguirá habiendo, novelas que, más que a Clío, se acerquen a Calíope».

Leopoldo Alas «Clarín»

Pero la Historia, en lo que tiene de ciencia, no es efecto de la memoria, ni tiene que ver con la memoria más de lo que tenga que ver la Química o las Matemáticas. La Historia no es sencillamente un recuerdo del pasado. La Historia es una interpretación o reconstrucción de las reliquias *(que permanecen en el presente) y una ordenación de estas reliquias. Por tanto la Historia es obra del entendimiento, y no de la memoria.*

Gustavo Bueno

NOTA A LA SEGUNDA EDICIÓN

La nueva edición de esta obra mantiene en esencia el contenido y formato de su primera edición original. Aparte de las ocasionales correcciones de errores tipográficos, el único cambio notable reside en el añadido de un nuevo capítulo recapitulatorio situado al final del texto central, en el que se sintetizan y resumen gran parte de las tesis y argumentos sostenidos en los apartados anteriores. También ha sido revisada y actualizada la nota de orientación bibliográfica y el propio listado bibliográfico. A juicio del autor, el tiempo transcurrido desde la aparición de esta obra hacía necesario y obligado proceder a esos mínimos ajustes para mantener el tono y vigencia intelectual de todo el trabajo.

ENRIQUE MORADIELLOS
Cáceres, junio de 2009

PRÓLOGO

Hace ya casi un decenio, el autor de este libro publicó un pequeño opúsculo titulado *Las caras de Clío* que versaba sobre la misma materia ahora abordada en esta nueva obra de mucha mayor entidad pero título homónimo. De hecho, este segundo libro, debidamente ampliado y renovado respecto a su primera y tentativa versión, sigue respondiendo al mismo propósito modesto y ambicioso a la par: pretende ofrecer una exposición sintética de los fundamentos científicos de la Historia como disciplina académica y aspira a perfilar el desarrollo de la tradición historiográfica desde sus comienzos hasta finales del siglo XX. La modestia del empeño reside en su pretensión de brevedad y elementalidad, como corresponde a una obra destinada básicamente a un público universitario que se inicia en el estudio de la Historia y de la historiografía. Su ambición radica en haber aspirado a que dicha exposición no fuese meramente descriptiva y neutramente aséptica, sino interpretativa y valorativa en la medida en que nuestra formación y conocimientos lo permitieran y justificaran.

Esa combinación de modestia y ambición están perfectamente justificadas (si es que fuera necesario hacerlo) por nuestra condición de profesional de la docencia y la investigación histórica: ¿acaso podría haber un historiador o profesor de Historia que hiciera su labor sin tener una concepción, por sumaria que fuera, de la naturaleza de su trabajo y de las tradiciones

que lo han generado? Naturalmente que no. Aunque es indudable que hay “profesionales” que parecen creerlo. Y la propia reglamentación administrativa de acceso a la función de historiador y profesor universitario así lo reconoce, en la medida en que una de las pruebas que debe superarse es la defensa de una memoria sobre el estatuto científico y las corrientes metodológicas presentes en la disciplina. En realidad, esta obra tiene su origen remoto en una de tales memorias académicas. Y sólo esperamos que sus potenciales lectores sean más benévolos y comprensivos con ella de lo que lo fueron algunos de nuestros colegas de profesión con la memoria que le sirvió de base.

Una obra de las características enunciadas necesariamente debe tratar de responder a los siguientes interrogantes críticos: ¿Qué es y para qué sirve la Historia? Ambas preguntas son muy pertinentes y las respuestas tanto más urgentes habida cuenta de los desafíos y amenazas que la disciplina de la Historia tiene que enfrentar en el escenario social y cultural de la actualidad. En consecuencia, el conjunto de la obra puede y debe entenderse como un ensayo de respuesta a esos interrogantes siguiendo unas líneas precisas de investigación historiológica e historiográfica de notable curso en el seno de la disciplina, aunque no puedan considerarse todavía mayoritarias ni comúnmente aceptadas entre los historiadores. De este modo, los dos primeros capítulos están dedicados a la exposición de los rasgos distintivos del conocimiento científico y de las razones gnoseológicas que permiten clasificar a la Historia como una de las ciencias humanas (o sociales, si se prefiere) que junto con las ciencias naturales y formales integran la llamada tradicionalmente «República de las Ciencias». Los restantes capítulos analizan el surgimiento y desarrollo de la literatura histórica hasta nuestros días, tratando de señalar los profundos cambios de naturaleza y función que experimenta la Historia, primero

como género literario y después como ciencia, en el transcurso de esa más que milenaria evolución.

No sería legítimo terminar este prólogo y dar paso a la lectura del libro sin mencionar previamente las enormes deudas intelectuales que le sirven de base y sin las cuales jamás se hubiera concebido y escrito. Ante todo, los profesores Gustavo Bueno (Universidad de Oviedo) y Paul Preston (Universidad de Londres) merecen figurar a la cabeza de cualquier reconocimiento porque han sido y son nuestros maestros en el más puro y noble sentido socrático del término. Con el profesor Bueno hemos aprendido la difícil tarea de pensar críticamente y apreciar la importancia de la reflexión filosófica para cualquier actividad científica y humanística. Del profesor Preston hemos recibido el mejor magisterio práctico en investigación histórica que pudiera desear cualquier aprendiz del oficio de historiador. Sólo esperamos que ambos no se sientan demasiado defraudados por el resultado de este tentativo empeño teórico de quien se siente su discípulo y alumno. Parece innecesario añadir que ninguno de ellos tiene la menor responsabilidad por las opiniones que se reflejan en el texto, de las que sólo nosotros somos responsables y, en su caso, plenamente culpables.

1. A MODO DE INTRODUCCIÓN NECESARIA: ¿PARA QUÉ LA HISTORIA?

Todo trabajo de orden teórico y metodológico sobre la Historia tiene la obligación intelectual de plantearse y contestar a una doble pregunta, tan recurrente como necesaria, acerca de la naturaleza (entidad) y función (papel) de la propia disciplina en cuestión. La respuesta de esta obra sobre el primer aspecto del interrogante puede establecerse de modo escueto sin menoscabo de la explicación detallada contenida en los dos capítulos siguientes: la Historia constituye en la actualidad una ciencia humana (o social) y permite producir un tipo de conocimiento científico cuyo estatuto gnoseológico es idéntico al de todas las ciencias humanas/sociales y parcialmente distinto al de las ciencias naturales y formales.

Por lo que se refiere a la practicidad atribuible a la Historia como ciencia humana, es evidente que debemos descartar la pretensión ingenua de que la Historia permita «pre-decir» el futuro; en todo caso, y cuando puede (porque hay «pruebas»), la historia «post-dice» (o «retro-dice») el pasado. También debemos aceptar que nuestra disciplina no constituye una suerte de *magistra vitae* portadora de enseñanzas y lecciones prácticas y reproducibles en circunstancias históricas posteriores y diferentes. La practicidad de la Historia científico-humanista sólo puede ser de otro orden y apoyarse sobre una necesidad social y cultural diferente: la exigencia operativa en todo grupo humano

de tener una conciencia de su pasado colectivo y comunitario. Y ello porque el hombre es, por naturaleza, un ser gregario y todos los grupos humanos son siempre heterogéneos y anómalos en su composición. Por ejemplo, y necesariamente, los grupos humanos contienen miembros de distintas edades y generaciones. Así, en calidad de grupo colectivo, toda sociedad tiene un pasado que excede al pasado biográfico individual de cada uno de sus miembros. Sencillamente, el nieto que convive con su abuelo sabe que éste fue nieto en un momento anterior y recibe a su través el bagaje de ideas, valores, ceremonias e imágenes legadas por ese pasado no experimentado en su propia persona. El filósofo José Ortega y Gasset expresó hace ya tiempo este aspecto crucial de la vida humana con palabras certeras:

> Pero la experiencia de la vida no se compone sólo de las experiencias que yo personalmente he hecho, de mi pasado. Va integrada también por el pasado de los antepasados que la sociedad en que vivo me transmite. La sociedad consiste primariamente en un repertorio de usos intelectuales, morales, políticos, técnicos, de juego y de placer. Ahora bien: para que una forma de vida —una opinión, una conducta— se convierta en uso, en vigencia social, es preciso «que pase tiempo» y con ello que deje de ser una forma espontánea de la vida personal. El uso *tarda* en formarse. Todo uso es viejo. O, lo que es igual, la sociedad es, primariamente, pasado, y relativamente al hombre, tardígrada [1].

El conocimiento, recuerdo y valoración de ese pasado colectivo y comunitario, de esa duración como grupo determinado en el tiempo y sobre el espacio, constituye la conciencia histórica de las distintas sociedades. Esa conciencia histórica, ese recuerdo y memoria compartida sobre el pasado colectivo,

---

[1] José Ortega y Gasset, *Historia como sistema y otros ensayos de filosofía,* Madrid, Alianza, 1981, p. 44. La obra fue escrita originalmente en 1935.

constituye un componente imprescindible e inevitable del presente de cualquier sociedad humana mínimamente desarrollada, de su sentido de la propia identidad, de su dinámica social, de sus instituciones, tradiciones, sistema de valores, ceremonias y relaciones con el medio físico y con otros grupos humanos circundantes. En otras palabras: pensar históricamente (cualquiera que sea el contenido y formato de ese pensamiento sobre el tiempo pretérito) constituye una de las facultades inherentes a las sociedades humanas por su misma condición de grupos finitos de individuos heterogéneos, con hábitos de existencia necesariamente gregarios y con capacidades racionales y comunicativas. Dicha concepción histórica de su pasado común es por tanto una pieza clave para la identificación, orientación y supervivencia de cualquier grupo humano en el contexto natural y cultural donde se encuentra emplazado. Y ello tanto en las sociedades primitivas estudiadas por la etnología como en las sociedades industriales avanzadas: ninguna de ellas podría funcionar operativamente sin tener una concepción de su pasado y de la naturaleza de su relación previa con otros grupos humanos coetáneos y coterráneos y con el medio físico. Así, por ejemplo, por pura autopreservación, un determinado pueblo pastor subsahariano necesita conocer su derecho a llevar sus rebaños a ciertos pastos y lagos y recordar el tipo de relación, amistosa u hostil, que mantiene con otros pueblos pastoriles que utilizan los mismos recursos. Del mismo modo, el gobierno chino ha necesitado preservar el recuerdo histórico del Tratado de Nankín de 1842 para reivindicar con legitimidad y finalmente obtener la devolución de la colonia de Hong Kong por parte del Reino Unido en 1997.

Ciertamente, esa necesidad social de contar con una concepción del pasado comunitario, con una conciencia histórica

propia, puede satisfacerse, y de hecho así se hace, con formas de conocimiento y de recuerdo muy diversas: mitos de creación, leyendas de origen, genealogías fabulosas, cosmogonías y doctrinas religiosas, etc. Ahora bien, como hemos de ver en detalle posteriormente, la concepción del pasado que ofrece la investigación histórico-científica es de naturaleza radicalmente diferente y contrapuesta: pretende ser verdadera y no ficticia ni arbitraria ni caprichosa; verificable materialmente y no incomprobable; causalista e inmanente al propio campo de las acciones humanas y no fruto del azar o de fuerzas inefables e insondables; racionalista y no ajena a toda lógica; crítica y no dogmática. En definitiva, si bien la Historia científica no puede «predecir» fenómenos ni proporcionar ejemplos de conducta infalibles, sí permite explicar los orígenes del presente e iluminar las circunstancias de su gestación, funcionamiento y transformación. No en vano, la *experiencia* histórica de las sociedades es su único referente positivo, su único criterio de contraste, su única advertencia tangible, para construir y perfilar los planes y proyectos que se propone ejecutar, evitando así toda operación de salto en el vacío y toda actuación a ciegas o por mero tanteo. El historiador grecorromano Polibio, en el siglo II a. C., enunciaba ya esta tarea de pedagogía cívica propia de la literatura histórica clásica: «Ninguna educación es más apta para los hombres que el conocimiento de las acciones pasadas, [...] la instrucción y ejercicio más seguro en materia de gobierno es la enseñanza a partir de la Historia». Más recientemente, el sociólogo Robert Jervis declaraba en sentido análogo: «No podemos hallar sentido a nuestro medio circundante sin presuponer que, de algún modo y manera, el futuro tendrá alguna semejanza con el pasado»[2]. Al respecto, el novelista britá-

2 Polibio, *Historia,* Madrid, CSIC, 1972, libro I, cap. 1. Traducción de

nico George Orwell también puso en boca de uno de los personajes de su obra *1984* unas palabras bien reveladoras: «El que controla el pasado controla el futuro; y el que controla el presente controla el pasado»[3].

Hay una demostración negativa de la radical necesidad del conocimiento histórico racional (en cuanto distinto del mítico y legendario) en nuestras sociedades presentes: ¿cabría imaginar un Ministerio de Asuntos Exteriores que no tuviera noción alguna del pasado histórico de su propio Estado y del de aquellos con los que tiene que relacionarse? ¿Sería posible una élite gobernante que careciera de conciencia histórica y ejecutara sus proyectos políticos, económicos o sociales en el ámbito interior o exterior sin referencia o conocimiento alguno del pasado? ¿Podría admitirse que los magistrados que tuvieran que juzgar delitos cometidos muchos años atrás decidieran aceptar como testigos de cargo a individuos que supuestamente poseyeran el don de la ubicuidad, la capacidad de viajar en el tiempo o la facultad de hablar con los muertos y la divinidad? Omitimos extendernos sobre los riesgos mortales implícitos en tales contingencias. Bastaría recordar aquí, a modo de prueba de imposibilidad, que uno de los rasgos que caracteriza a los Estados contemporáneos (y que aumenta en importancia según su potencia) es el volumen, densidad y eficacia organizativa de sus archivos históricos y la cuantía y formación de los investigadores y analistas que trabajan en ellos. No en vano, Marco Tulio Cicerón ya había advertido a sus compatriotas romanos en el siglo I de nuestra era: «Desconocer qué es lo que ha ocurrido

---

Alberto Díaz Tejera. Robert Jervis, *Perception and Misperception in International Politics,* Princeton, Princeton University Press, 1976, p. 217.

[3] George Orwell, *1984,* Barcelona, Destino, 1981, p. 262. La fecha de publicación original inglesa es 1949.

antes de nuestro nacimiento es ser siempre un niño. ¿Qué es, en efecto, la vida de un hombre, si no se une a la vida de sus antepasados mediante el recuerdo de los hechos antiguos?». El historiador francés Pierre Vilar ha renovado esa advertencia más recientemente con idéntico propósito: «Una humanidad —global o parcial— que no tuviera ninguna conciencia de su pasado sería tan anormal como un individuo amnésico» [4]. En igual sentido se orientan las siguientes palabras del escritor Arturo Uslar Pietri:

> Vivir sin historia es lo mismo que vivir sin memoria o por lo menos reducido a una mera memoria de lo inmediato y reciente. [...] Condenar a cada generación o a cada hombre a partir de cero, a enfrentarse a la experiencia sin eco, sin contraste, sin referencia, sin resonancias, sin situación, sería reducir la experiencia humana a una mera inmediatez sin sentido. [...] Robinson (Crusoe) pudo sobrevivir en la isla porque llevaba consigo su pasado. Un Robinson desposeído del pasado y lanzado a la isla del pleno presente estaría condenado a perecer [5].

Por consiguiente, parece evidente la practicidad social y cultural de las disciplinas históricas: contribuyen a la explicación y entendimiento de la génesis, estructura y evolución de las formas de sociedad humanas pretéritas y presentes; proporcionan un sentido crítico de la identidad operativa de los individuos y grupos sociales; y promueven la comprensión de las tradiciones y legados culturales que conforman las complejas sociedades actuales. Y al lado de esta practicidad positiva de-

---

[4] Palabras de Cicerón en *El orador,* Madrid, Alianza, 1991, p. 87 (traducción de E. Sánchez Salor). Pierre Vilar, *Iniciación al vocabulario del análisis histórico,* Barcelona, Crítica, 1980, p. 28.

[5] Arturo Uslar Pietri, «¿Qué nos importa la guerra de Troya?», *Revista de Occidente,* nº 87, 1970, pp. 290-298. La cita en pp. 291, 293 y 297.

sempeñan una labor crítica fundamental respecto a otras formas de conocimiento humano: impiden que se hable sobre el pasado sin tener en cuenta los resultados de la investigación empírica, so pena de hacer pura metafísica pseudo-histórica o formulaciones arbitrarias, caprichosas e indemostrables. La *razón histórica,* en suma, impone límites críticos y purgativos infranqueables a la credulidad y fantasía sobre el pasado de los hombres y sus sociedades: constituye un antídoto catártico y un severo correctivo contra la ignorancia que libera y alimenta la imaginación interesada y mistificadora sobre el pasado humano.

En este sentido, las ciencias históricas ejercitan una labor esencial de pedagogía, ilustración y filtro crítico en nuestras sociedades: son componentes imprescindibles para la edificación y supervivencia de la conciencia individual racionalista, que constituye la categoría básica de nuestra tradición cultural greco-romana y hoy universal. Sin graves riesgos para la salud del cuerpo social y su mismo porvenir, no es posible concebir un ciudadano que sea agente consciente y reflexivo de su papel cívico al margen de una conciencia histórica mínimamente desarrollada y cultivada. Sencillamente, porque dicha conciencia le permita plantearse el sentido crítico-lógico de las cuestiones de interés público, orientarse fundadamente sobre ellas, asumir sus propias limitaciones de comprensión o información al respecto y precaverse contra las veladas o abiertas mistificaciones, hipóstasis y sustantivaciones de los fenómenos históricos. Esa utilidad funcional crítico-formativa y purgativa ha sido muy bien recogida por Pierre Vilar en una frase de sólo aparente simplicidad: «La Historia debe enseñarnos, en primer lugar, a leer un periódico»[6]. No otra cosa ha recordado el escritor Gra-

[6] Pierre Vilar, *op. cit.,* p. 12.

ham Swift con acierto: «La Historia nos enseña a evitar las ilusiones e invenciones; a dejar a un lado los ensueños, los cuentos, las panaceas, los milagros y los delirios; a ser realistas»[7]. En la misma línea argumental se enmarcan las consideraciones del informe oficial emitido en los Estados Unidos en 1994 por una comisión de historiadores encargada de revisar la situación de «la enseñanza de la Historia en las escuelas de la nación»:

El conocimiento de la historia constituye la precondición de la inteligencia política. Sin historia, una sociedad carece de memoria compartida sobre lo que ha sido, sobre lo que son sus valores fundamentales o sobre las decisiones del pasado que dan cuenta de las circunstancias presentes. Sin historia, no podríamos llevar a cabo ninguna indagación sensata sobre las cuestiones políticas, sociales o morales de la sociedad. Y sin conocimiento histórico y la indagación que lo produce, no podríamos obtener la ciudadanía crítica e informada que es esencial para la participación eficaz en los procesos democráticos de gobierno y para la plena realización por todos los ciudadanos de los ideales democráticos de la nación[8].

No obstante esa practicidad obvia de las disciplinas históricas, es cierto que en el gremio de historiadores (y fuera de él)

---

[7] G. Swift, *Waterland* (Londres, 1984, p. 94). Citado en David Cannadine, «British History: Past, Present - and Future?», *Past and Present,* nº 116, 1987, pp. 169-191 (cita en p. 191).

[8] Gary B. Nash y Charlotte Crabtree (coord.), *National Standards for United States History,* Los Angeles, University of California, 1994. Consultado a través de su página en la red: *http://www.sscnet.ucla.edu/nchs.* El informe fue redactado por el National Council for History Standards, compuesto por 30 miembros escogidos entre asociaciones profesionales como la Organization of American Historians, Organization of History Teachers, National Council for the Social Studies, American Historical Association, etc. Cfr. Gary B. Nash, Ch. Crabtree y Ross E. Dunn, *History on Trial: Culture Wars and the Teaching of the Past,* Nueva York, Alfred K. Knopf, 1996.

surge recurrentemente la duda sobre la importancia y el sentido de su labor y de la propia Historia académica. En gran medida, según nuestro leal saber y entender (sin duda falible), esa actitud pesimista y autocompasiva resulta en gran medida de la presencia de una producción histórica que, en virtud de su banalidad temática, su especialización atomizadora o su renuncia a establecer conexiones causales entre aspectos de la realidad histórica, abandona las funciones críticas y racionalistas que son atributos esenciales de su disciplina. Tal sería el caso, por ejemplo, de aquellas investigaciones históricas que concediesen idéntica importancia y valor para la dinámica general de una sociedad al cambio de sus gustos culinarios y a la transformación de su sistema político por una revolución interna o un desplome militar, con el agravante de considerar aquél como autónomo en su evolución. Tal sería el caso del historiador que considerase tan importante y significativo saber quién y cómo venció en la Segunda Guerra Mundial y quién y cómo triunfó en la liga de fútbol inglesa de 1940, con independencia de que ambos resultados de las investigaciones pertinentes fueran conocimientos históricos. Por fortuna, todo parece indicar que el diagnóstico pesimista yerra al pretender atribuir al conjunto de la Historia la pérdida de funcionalidad científica y social que afectaría a partes negligentes de la misma. Al fin y al cabo, bajo el amplio paraguas del vocablo «Historia», incluso la científica, siempre se han colado productos de muy diversa entidad, valor y calidad.

La prueba de la vitalidad funcional de la Historia científica y de su misma importancia sociocultural reside en la atención que se presta a sus temas en la vida pública de las sociedades contemporáneas. En Gran Bretaña, por ejemplo, a principios de la década de los años noventa, con motivo de la reforma de la enseñanza secundaria de la Historia, el gobierno conservador de

entonces encargó el estudio de la misma a una comisión independiente de historiadores profesionales bajo el significativo supuesto de que «la Historia era una materia tan importante y tan potencialmente polémica» [9]. En Francia, por su parte, en agosto de 1983, el gabinete socialista en el poder discutió los resultados de una encuesta nacional según la cual sólo un tercio de los jóvenes que entraban en la enseñanza secundaria conocían la fecha supuestamente emblemática de la Revolución francesa de 1789. Al término del debate, el entonces presidente de la República, François Miterrand, declaró que «la deficiencia de la enseñanza de la Historia se ha convertido en un peligro nacional» [10].

En la propia España, la demostración de la importancia de la Historia se ofrece paradójicamente de un modo negativo: la transición política desde la dictadura a la democracia a partir de 1975 (año del fallecimiento del general Franco) se hizo sobre la base de un acuerdo tácito entre las diversas fuerzas políticas para olvidar la guerra civil de 1936-1939 y la posterior represión franquista, a fin de evitar el riesgo desestabilizador que supondría todo lo que pudiera alentar la petición de responsabilidades y el ajuste de cuentas [11]. En los Estados Unidos, a su

---

[9] Department of Education and Science, *History for Ages 5 to 16. Proposals of the Secretary of State,* Londres, D.E.S., 1990, p. 3.

[10] *The Economist,* 24 de septiembre de 1983.

[11] Paul Preston, «Venganza y reconciliación: la guerra civil española y la memoria histórica», en B. Ciplijauskaité y Ch. Maurer (ed.), *La voluntad de humanismo. Homenaje a Juan Marichal,* Barcelona, Anthropos, 1990, pp. 71-87. Paloma Aguilar, *Memoria y olvido de la guerra civil,* Madrid, Alianza, 1996. Santos Juliá, «Rastros del pasado», *El País,* 25 de julio de 1999. La reciente polémica suscitada durante el invierno de 1997-1998 por el malogrado decreto gubernamental de reforma de la enseñanza de las humanidades podría considerarse un síntoma de cambio sobre el particular. Véase al respecto José María Ortiz de Orruño (ed.), *Historia y sistema educativo,* Madrid, *Ayer,* nº 30, Marcial Pons, 1998.

vez, el informe oficial de 1994 sobre la enseñanza de la Historia en la educación primaria y secundaria fue resultado de la «alarma social» creada por el descubrimiento de un gran porcentaje de alumnos que eran «históricamente analfabetos»: dos tercios de los estudiantes encuestados previamente no habían sabido indicar el siglo en el que había tenido lugar la Guerra de Secesión de 1861-1865, y, a título de anécdota significativa, hablaban de Malcolm Décimo (por Malcolm X) o del notorio revolucionario Vladimir I. Lennon (por Lenin) [12].

Pero, probablemente, no hay un caso más significativo de la importancia sociopolítica de la Historia que el que proporcionó en la entonces República Federal de Alemania la *Historikerstreit* (la querella de los historiadores). La polémica se inició en junio de 1986 con un denso artículo periodístico del historiador conservador Ernst Nolte («Un pasado que no quiere pasar») en el que abogaba por la relativización historicista del Holocausto de judíos ejecutado por las autoridades nazis durante la Segunda Guerra Mundial. A su juicio, el deliberado asesinato metódico e industrial de casi seis millones de judíos por el Tercer Reich habría perdido su monstruosa singularidad histórica a la vista de las matanzas que habían ocurrido con anterioridad y posterioridad, particularmente de los crímenes masivos practicados por los bolcheviques rusos durante la revolución soviética y la colectivización agraria (crímenes considerados por Nolte el modelo primigenio imitado por la propia barbarie nazi: «¿No fue el "archipiélago Gulag" más original que Auschwitz?»). La réplica contundente provino del filósofo

---

[12] Arnaldo Testi, «Il Passato in pubblico: un dibattito sull'insegnamento della storia nazionale negli stati uniti», *Cromohs* (Florencia), nº 3, 1998, pp. 1-39 (la cita en p. 9 y nota 15). Dirección de la revista en la red: *http://www.unifi.it/riviste/cromohs.*

neo-marxista Jürgen Habermas, que acusó a Nolte y a otros historiadores conservadores de tratar de expiar los crímenes nazis mediante un comparativismo fraudulento y de hacer una apología nacionalista encubierta del Tercer Reich y de la historia alemana contemporánea: «¿Puede alguien reclamar el legítimo legado del Imperio alemán y de las tradiciones de la cultura alemana sin asumir la responsabilidad histórica por las formas de vida que hicieron posible Auschwitz?». Seguidamente, y hasta enero de 1987, todos los grandes historiadores germano-occidentales entraron en un debate que captó la atención de la opinión pública y los poderes políticos en el país y fuera de él: los conservadores Michael Stürmer, Andreas Hillgruber, Klaus Hildebrand, Joachim Fest y Hagen Schulze para oponerse a Habermas; los liberales y socialdemócratas Hans-Ulrich Wehler, Jürgen Kocka, Hans Mommsen y Eberhard Jäckel en diverso grado de apoyo a sus posiciones[13].

En esencia, la querella era mucho más que un debate historiográfico en el sentido meramente profesional y gremial del

---

[13] Charles S. Maier, *The Unmasterable Past: History, Holocaust, and German National Identity,* 2ª ed., Cambridge (Mass.), Harvard University Press, 1997. Richard J. Evans, *In Hitler's Shadow. West German Historians and the Attempt to Escape from the Nazi Past,* Londres, Pantheon Books, 1989. Geoff Eley, «Nazism, Politics and the Image of the Past: Thoughts on the West German Historikerstreit», *Past and Present,* nº 121, 1988, pp. 171-208. Jürgen Kocka, «German History before Hitler: The Debate about the German *Sonderweg*», *Journal of Contemporary History,* vol. 23, nº 1, 1988, pp. 3-16. Véase también la recensión de Imanuel Geiss a las obras de Evans y Maier en el *Bulletin of the German Historical Institute* (Londres), vol. XIII, nº 2, 1991, pp. 33-38. Los textos más importantes del debate han sido traducidos y publicados por James Knowlton y Truett Cates, *Forever in the Shadows of Hitler: Original Documents of the Historikerstreit, the Controversy Concerning the Singularity of the Holocaust,* Atlantic Highlands, N. J., 1993. Cfr. Peter Baldwin (ed.). *Reworking the Past: Hitler, the Holocaust, and the Historians' Debate,* Boston, Beacon Press, 1990.

término. Se trataba ante todo de interpretar el conjunto del fenómeno histórico nacional-socialista y definir la actitud pública y política de los alemanes contemporáneos ante ese período de su reciente y trágica historia. O bien cabía interpretar que el nazismo estaba en relación de continuidad con estructuras históricas de la Alemania anterior (autoritarismo y militarismo del sistema político prenazi, cultura antidemocrática y antiliberal de sus élites dirigentes, respetabilidad social del extremo nacionalismo racista, presencia de planes expansionistas en influyentes círculos militares y económicos, etc.). O bien se afirmaba que los años 1933-1945 eran un período *sui generis* y accidental, «un paréntesis» casi fortuito, cuyos referentes eran internos: las obsesiones ideológicas del hábil demagogo que era Hitler y su antisemitismo como rasgo definitorio clave o exclusivo del nacional-socialismo.

La pretendida reducción del fenómeno nazi a su dimensión xenófoba y antisemita, entre otras cosas, permitía interpretarlo como un terrible estallido de irracionalismo manipulado por un grupo de ideólogos fanatizados y capaces de atraerse el apoyo de unas masas populares desesperadas por la intensa crisis socio-política y por la aguda depresión económica, eliminando la cuestión de la responsabilidad general alemana (tanto de sus élites dirigentes como de su electorado). El Tercer Reich aparecía así como «un régimen arbitrariamente impuesto al pueblo alemán y explicable por la capacidad demoníaca de seducción que poseía Hitler y por el éxito con el que supo manejar a las masas atomizadas».

Frente a esa última lectura propuesta por los historiadores más conservadores (dominante en las décadas de la más cruda Guerra Fría), desde los años sesenta los historiadores de tendencia liberal y socialdemócrata han venido subrayando los evidentes elementos de continuidad entre el Tercer Reich y la

Alemania precedente (en particular la tradición militarista y autoritaria prusiana triunfante en la unificación de 1871). Además, esta corriente denunciaba el error de pretender arrancar el nazismo (con su ingrediente antisemita, su pangermanismo y su fobia antidemocrática) exclusivamente de la crisis económica de 1929 y subrayaba el equívoco de olvidar la colaboración de la burocracia civil y militar y de las derechas políticas en el acceso de Hitler al poder.

Como es evidente, de ambas interpretaciones históricas se derivaban distintas formas de entender la relación de los ciudadanos alemanes con su atormentado pasado reciente, con toda la carga política y cultural que ello tenía en la República Federal y tiene ahora en la nueva Alemania unificada: ¿es posible un patriotismo alemán sano y cívico que elimine el campo de exterminio de Auschwitz de su conciencia histórica o, por el contrario, es necesario integrar en él a Auschwitz como un elemento clave de su identidad social y colectiva? Y ello a sabiendas de que el Holocausto sigue siendo históricamente «singular» como crimen genocida, a pesar de las masivas matanzas de Stalin, en virtud de razones bien enunciadas por Raymond Aron:

La hostilidad basada en la lucha de clases ha cosechado no menos formas monstruosas y extremas que la basada en la incompatibilidad de razas. Pero si queremos ser rigurosos con los conceptos aceptaremos que hay una diferencia entre una filosofía cuya lógica es monstruosa y otra que puede dar lugar a una monstruosa interpretación[14].

---

[14] Raymond Aron, *Clausewitz,* Nueva York, Simon and Schuster, 1986, p. 369. Reproducido en Charles S. Maier, *op. cit.,* p. 78. Una idea muy similar ha subrayado recientemente otro destacado intelectual poco afecto al marxismo, Bernard-Henri Levy («El "caso Nolte": respuesta a Jean-François Revel», *El Mundo,* 19 de mayo del 2000): «El *problema Nolte* [el historiador Ernst Nolte] comienza cuando, demasiado ocupado en eliminar el tabú que

A nuestro modo de ver, «la querella de los historiadores» alemanes de 1986-1987, al igual que la más reciente «controversia Goldhagen» de 1996-1997 [15], han demostrado convincentemente hasta qué punto está viva y activa la función social de la Historia y de sus cultivadores profesionales en la sociedad industrial avanzada y pretendidamente «postmoderna». Recapitulando las enseñanzas de la primera, el historiador germano occidental Hinnerk Bruhns formuló en 1990 las siguientes reflexiones que compartimos y cuyo valor transciende el caso particular alemán:

---

impedía ver lo que tienen en común comunismo y nazismo, él mismo se torna ciego y sordo a las características, no menos numerosas, que les separan. Algo que se debe a su incapacidad de ni siquiera plantearse la idea misma de una singularidad en el Holocausto, un crimen inscrito, ciertamente, en su época, pero cuya intención, así como cuyos procedimientos, superan en monstruosidad al exterminio efectuado, primero por Lenin y, después, por Stalin, de la burguesía rusa, de los kulaks y de los chechenos».

[15] La querella de 1986-1987 parece haber resurgido bajo otro formato con motivo de la publicación del libro de Daniel Jonah Goldhagen, *Los verdugos voluntarios de Hitler. Los alemanes corrientes y el Holocausto* (edición española: Madrid, Taurus, 1997). El autor subraya que el proyecto genocida no fue obra de una pequeña élite fanatizada y dirigida por Hitler (los «nazis» o las «SS»), sino que contó con la entusiasta colaboración de centenares de miles de alemanes «corrientes» y fervientemente antisemitas. Sobre la consiguiente «controversia Goldhagen» en Alemania y en el resto del mundo véanse: Hernando Valencia Villa, «Alemania y el Holocausto», *Claves de Razón Práctica,* nº 72, 1997, pp. 59-60; Santos Juliá, «La culpa individual en el Holocausto», *El País,* 27 de diciembre de 1997; Josef Joffe, «Godlhagen in Germany», *New York Review of Books,* 28 de noviembre de 1996; Marina Cattaruzza, «Review of Goldhagen», *Cromohs,* nº 3, 1998, pp. 1-5; y Javier Moreno Luzón, «El debate Goldhagen», *Historia y Política,* nº 1, 1999, pp. 135-159. Véase también la recensión de esa polémica en *El País,* 2 de diciembre de 1997.

Una concepción lúcida de la Historia debe integrar el conjunto de la historia alemana, con todas sus épocas positivas y negativas. [...] La tarea de la ciencia histórica no consiste en fabricar una tradición que suscite la aprobación general, sino en esclarecer los acontecimientos y estudiar sus causas. Ello implica revisar permanentemente y dar un carácter histórico a la imagen que tenemos de la Historia —y no relativizarla por razones políticas. [...] (El historiador) debe intervenir en la memoria colectiva para prevenir la utilización política, consciente o no, de imágenes o de representaciones estereotipadas. En ese sentido el historiador, junto con mirar al pasado, trabaja en favor del porvenir [16].

En un sentido muy similar, pero refiriéndose a los países surgidos del desmembramiento de la antigua Unión Soviética, el filósofo polaco Leszek Kolakowski también ha advertido contra las tentativas de olvidar o deformar su incómoda historia reciente en favor de una imagen más aceptable y selectiva de la misma: «El pasado puede ser conjurado, pero lo que no se puede nunca es anularlo» [17]. Abundando en ese mismo tema, otro analista cualificado no ha dudado en escribir: «(El hipernacionalismo) será una fuerza que genere problemas a menos que se le ponga límites. La tendencia hacia una Historia nacional honesta es particularmente importante, puesto que la enseñanza de una Historia falsa y chauvinista es el principal medio para la expansión del hipernacionalismo» [18]. Quizá el último y más profundo y revelador de los esfuerzos de una sociedad contempo-

---

[16] H. Bruhns, «El inaccesible pasado alemán», *El Correo de la Unesco* (París), abril 1990, pp. 4-9.

[17] L. Kolakowski, «A Calamitous Accident», *The Times Literary Supplement* (Londres), 6 de noviembre de 1992, p. 5.

[18] J. J. Mearsheimer, «Why we will miss the Cold War», *Atlantic Monthly,* agosto de 1990. Citado en Frank Füredi, *Mythical Past, Elusive Future. History and Society in an Anxious Age,* Londres, Pluto, 1993, p. 12.

ránea por ajustar cuentas con un pasado difícil y polémico sea el ofrecido por la nueva Suráfrica heredera y superadora del viejo régimen del *apartheid* (sistema de segregación y discriminación racial contra la población negra) vigente entre 1948 y 1994. La Comisión de la Verdad y la Reconciliación establecida formalmente en 1995 y presidida por el arzobispo anglicano y antiguo activista contra el *apartheid,* Desmond Tutu, emitió en octubre de 1998 un completo informe sobre ese período histórico cuya introducción es digna de reseñar:

Habiendo mirado a los ojos a la bestia del pasado, habiendo solicitado y recibido el perdón, y habiendo hecho propósito de enmienda, seamos capaces de cerrar la puerta del pasado, no para olvidarlo, sino para evitar que nos aprisione [19].

A la vista de los síntomas ominosos que hay en el presente escenario europeo e internacional, con su peligroso renacer del

---

[19] El texto del informe *(The Report of the Truth and Reconciliation Commission),* presentado al presidente Nelson Mandela el 29 de octubre de 1998, consta de 5 volúmenes que configuran un auténtico y completo estudio histórico de la época, recogen el testimonio de 21.000 testigos y analizan 31.000 casos de violaciones de derechos humanos. Puede consultarse en la página web de la Comisión, cuya dirección es: *http://www.truth.org.za.* Cfr. John Carlin, «Dura transición en Suráfrica», *El País,* 1 de noviembre de 1998. Un precedente del informe surafricano pudiera ser el informe emitido en Chile por la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación en 1991. Aunque carente del éxito político de su homólogo surafricano (sobre todo por la resistencia del Ejército chileno a asumirlo), el llamado *informe Rettig* tuvo la virtud de reconocer que un mínimo de 2.025 personas sufrieron graves violaciones de sus derechos humanos con resultado de muerte a manos de agentes del Estado durante el período de dictadura del general Pinochet, entre 1973 y 1989. Texto del informe en: *http://www.derechoschile.com/espanol/rettig.htm.* Para el caso argentino véanse las actas del simposio *Contra la Impunidad,* Barcelona, Icaria, 1998.

hipernacionalismo más xenófobo, de los fanatismos identitarios exclusivistas y del racismo más criminal y virulento, parece tanto más necesario afirmar en público la vigencia actual de la racionalidad histórica, su capacidad para discriminar objetivadamente la verdad del mito histórico, y su imprescindible practicidad social y ética para nuestros tiempos y nuestras sociedades[20]. El constante ejercicio de la razón histórica, por dolorosa, imperfecta y limitada que parezca o resulte, es *siempre* preferible a su dormición y su sueño. Aunque meramente sea porque esta última posibilidad, ya lo sabemos gracias al genio plástico de Goya, no sólo produce ficción y goce estético sino también monstruos repulsivos y sanguinarios. Así lo comprendió y sufrió en su propia carne el octogenario historiador ruso-judío Simón Dubnow en diciembre de 1941, durante la brutal destrucción por los nazis del superpoblado y exhausto gueto de Riga (Letonia). Antes de ser vilmente asesinado, un Dubnow indefenso y angustiado tuvo aún tiempo y presencia de ánimo para hacer un último llamamiento a sus jóvenes compatriotas: «Escribid y recordad»[21]. Así lo comprendió igualmente el escritor

[20] A título de mero ejemplo de la actualidad de esos peligros baste citar el fuerte peso de una concepción metafísica de la Historia en el reciente problema de Kosovo y en la reacción serbia ante el mismo. Sobre el particular, véanse los ponderados artículos del ensayista serbio Ivan Colovi titulado «El laurel de oro de la política serbia» *(El País,* 7 de noviembre de 1998) y de la socióloga serbia Mira Milosevich, «Kosovo: el mito como programa» *(El País,* 20 de febrero de 1999).

[21] Citado en Michael Marrus, *The Holocaust in History,* Harmondsworth, Penguin Books, 1993, p. xiii. Nacido en la Rusia de los zares, Dubnow había tenido que huir a Berlín para escapar de la revolución bolchevique de 1917. Tras el ascenso nazi al poder prefirió exiliarse en Letonia antes que partir hacia Palestina porque se consideraba un judío de la Diáspora. Entre otras obras, era autor de una magna *Historia de los judíos de Rusia y Polonia* (publicada en Filadelfia en tres volúmenes entre 1916 y 1920) y de una aún ma-

italiano Primo Levi, superviviente de Auschwitz y autor de páginas memorables sobre su inhumana experiencia como prisionero judío condenado al genocidio : «Si el mundo llegara a convencerse de que Auschwitz nunca ha existido, sería mucho más fácil edificar un segundo Auschwitz. Y no hay garantías de que esta vez sólo devorase a judíos»[22].

La vigilia racionalista de la práctica histórica implantada académica y socialmente constituye tal vez uno de los grandes obstáculos que se oponen a nuevas reediciones del monstruo de Auschwitz en diversas partes del mundo y bajo distintas banderas (sean éstas representativas de la nación, la raza, la religión, la etnia, el género, la lengua, la naturaleza o cualquier otra entidad). Y por eso mismo no debe permitirse, sin resistencia argumentada y pasional, su abandono y dejación por quienes tienen el deber profesional de ejercerla.

---

yor *Historia mundial del pueblo judío* (publicada en alemán en diez volúmenes entre 1925 y 1929).

[22] Palabras de Levi recogidas en Ronnie S. Landau, *The Nazi Holocaust*, Chicago, Ivan R. Dee, 1994, p. 10. Sobre Levi y su relación con el Holocausto véase Tony Judt, «The Courage of the Elementary», *The New York Review of Books,* 20 de mayo de 1999.

2. CIENCIA Y CONOCIMIENTO CIENTÍFICO: ENSAYO DE DEFINICIÓN GNOSEOLÓGICA

I. EL DEBATE SOBRE LAS IDEAS DE «CIENCIA»

Dentro del ámbito de nuestra tradición cultural racionalista y occidental, no parece dudarse actualmente de que la Historia, en su calidad de disciplina académica sólidamente establecida, forma parte integrante y legítima de la llamada «República de las Ciencias». Y sin embargo, los conceptos y vocablos de «Historia» y «Ciencia» no siempre han guardado esta relación de inclusión asimétrica. Muy al contrario, hasta hace poco más de dos siglos ambos eran conceptos no conjugables y absolutamente disociados y disociables. Sólo con las transformaciones culturales asociadas bajo el rótulo de Ilustración se inició el complejo proceso que llevó a la conexión entre uno y otro y al surgimiento de un nuevo vocablo, el de «ciencias históricas», que pasó a tener amplio curso y vigencia general en la sociedad. Y, como es fácil de sospechar, tras esa nueva formulación, aparentemente sencilla y neutra, se ocultaba la génesis de una tesis de enorme y polémico alcance gnoseológico. Ciertamente, considerar a la Historia como una de las ciencias constituidas exige disponer de unos criterios precisos y rigurosos que sirvan para definir los rasgos distintivos del conocimiento científico y para discriminar al mismo respecto a otro tipo de conocimientos muy variados y coexistentes en la actualidad: conocimientos míticos, mágicos,

religiosos, tecnológicos, etc. Exige, en suma, disponer de una idea y concepto de Ciencia, por muy sumaria que ésta sea, y justificar las razones por las cuales la Historia queda incluida en el campo de ese tipo particular de conocimiento humano.

La respuesta a esa exigencia excede claramente del cometido profesional de los historiadores, pues la reflexión sobre el conocimiento científico y las relaciones de las diversas ciencias entre sí y con otros tipos de saberes constituye el dominio de una disciplina filosófica particular: la Gnoseología o teoría del conocimiento. Y ello sin menoscabo del interés y agudeza que puedan tener las aportaciones de historiadores que reflexionan sobre los fundamentos gnoseológicos de su práctica científica, porque en ese caso estarán ejerciendo como filósofos y no como historiadores. En consecuencia, es natural que la amplia generalidad de los profesionales de la Historia siempre se hayan entregado (y se entreguen) a su labor sin mayores preocupaciones al respecto. Incluso es comprensible la desconfianza y recelo que provoca entre los mismos la mención de temas como el discutido carácter científico del conocimiento histórico, la validez de sus conclusiones, la naturaleza de su relación con el pasado históricamente acontecido, la objetividad (y necesidad) de sus afirmaciones, etc.

Ese desdén receloso hacia las reflexiones de la filosofía de la Historia ha sido una constante del gremio de historiadores desde su constitución como grupo profesional a principios del siglo XIX. Por ejemplo, Charles Seignobos y Charles Langlois, autores de un influyente manual francés de introducción a la Historia, recogían en 1898 el siguiente juicio sobre los tratados de filosofía y teoría de la historia:

> [...] son forzosamente a la par oscuros e inútiles: oscuros, puesto que no hay nada más vago que su objeto; inútiles, porque se puede ser

historiador sin preocuparse de los principios de la metodología histórica que tienen la pretensión de exponer.

Y la persistencia de esta tradición queda reflejada en la opinión de uno de los grandes renovadores de las ciencias históricas en la primera mitad del siglo XX, el fundador de la revista francesa *Annales,* Lucien Febvre: «Filosofar [...] significa en boca de un historiador [...] el crimen capital». Más recientemente, el historiador británico Geoffrey R. Elton, reiteraba un juicio que podría considerarse representativo del sentir actual de una sección notable (¿acaso quizá todavía mayoritaria?) de la profesión:

La preocupación filosófica por problemas tales como la realidad del conocimiento histórico o la naturaleza del pensamiento histórico sólamente sirve para dificultar la práctica de la Historia[23].

Frente a esa desconfianza hacia el llamado despectivamente «teoreticismo» y consecuente predilección por el supuesto «pragmatismo», cabría recordar a este grupo de historiadores la advertencia que hiciera John Maynard Keynes a los economistas reacios a pensar y reflexionar sobre los problemas teóricos, filosóficos, generados por su propia disciplina:

---

[23] Geoffrey R. Elton, *The Practice of History.* Londres, Methuen, 1967, p. V. La cita previa en Ch. Langlois y Ch. Seignobos, *Introducción a los estudios históricos,* Buenos Aires, Pléyade, 1972, p. 9. La de Febvre se recoge en Jacques Le Goff, *Pensar la Historia,* Barcelona, Paidós, 1991, p. 76. Nótese que hablamos de cuestiones filosóficas y gnoseológicas como ajenas al campo profesional del historiador, no de métodos o metodologías de trabajo histórico, cuya competencia es propia del profesional de la Historia.

Los hombres prácticos, que se creen libres por completo de cualquier influencia intelectual, generalmente son esclavos de las ideas de algún economista difunto[24].

Dicha advertencia es tanto más oportuna cuanto que todo historiador (como cualquier otro científico), *de facto,* está obligado necesariamente a utilizar conceptos, ideas, categorías y modelos teóricos en el ejercicio práctico de su actividad profesional. Y ello exige, como mínimo, cierta conciencia de las dificultades implícitas en el uso de esos elementos y un grado de atención a las reflexiones que sobre los mismos se elaboran desde otras disciplinas científicas y filosóficas. En caso contrario, se corre el riesgo de caer en el uso ligero e impreciso de los términos, las ideas y los métodos, reduciendo o anulando el valor de las investigaciones históricas a efectos de las restantes disciplinas que utilizan sus resultados como material de trabajo propio o contrafigura. Lo que es aún más grave: la ingenuidad filosófica y teórica que alimenta ese recelo o pereza intelectual conduce a veces a errores notables en la práctica de la profesión, acarreando equívocos en la autoconcepción de la naturaleza y valor de la disciplina y obstaculizando su enseñanza y función científica y social.

Esos peligros son evidentes si tenemos en cuenta la vigencia y aprobación con que cuentan en el gremio algunas formulaciones teóricas notablemente primarias e ingenuas, cuando no manifiestamente contradictorias. Por ejemplo, la célebre definición de la Historia como «el conocimiento científico del pa-

---

[24] J. M. Keynes, *The General Theory of Employment, Interest and Money.* Londres, Macmillan, 1936, p. 383 (traducción española en México, FCE, 1943). Véase en el mismo sentido, pero dirigiéndose a los historiadores, las juiciosas palabras de Jacques Le Goff, *Pensar la Historia,* Barcelona, Paidós, 1991, pp. 23-24.

sado» olvida que el pasado, por definición, no existe, y que difícilmente puede haber conocimiento científico de algo que no tiene presencia física actual. De igual modo, las también célebres definiciones de la Historia como «ciencia de los hombres», «ciencia de las sociedades en el tiempo», etc., se revelan como notoriamente insuficientes para discriminar la Historia de la anatomía, la antropología cultural o la sociología, por citar sólo algunos casos (y ello suponiendo que pudiera darse alguna ciencia situada fuera de la sociedad y del tiempo).

En atención a esos peligros, parece necesario detenerse siquiera brevemente a exponer las razones que acreditan, a nuestro modo de ver y según una extensa tradición académica, el estatuto científico de la Historia. Y ello exige, a su vez, enunciar la idea de «Ciencia» que está fundamentando dicha afirmación, con el fin de que pueda servir como criterio de demarcación (y discriminación) respecto a otro tipo de instituciones y saberes histórico-culturales: la mitología, la magia, la religión, las técnicas y tecnologías, etc. Para ello, se hace imprescindible recurrir a los estudios e investigaciones recientes en el ámbito de la Gnoseología en su calidad de teoría lógico-material de la ciencia (una disciplina que no debe confundirse, pese a su íntima conexión, con la Epistemología o «teoría del conocimiento verdadero»)[25].

La idea de «Ciencia», en nuestro ámbito cultural occidental, recoge cuatro acepciones básicas y diferentes que han ido desarrollándose históricamente y que, en gran medida, siguen subsistiendo y compitiendo. La primera acepción es la de «saber hacer» (la «ciencia del navegante o del zapatero»), una deriva-

---

[25] Existen dos obras básicas al respecto: John Losee, *Introducción histórica a la filosofía de la ciencia,* Madrid, Alianza, 1981; y W. H. Newton-Smith, *La racionalidad de la ciencia,* Barcelona, Paidós, 1987.

ción evidente de la noción de *sapientia* (sabiduría) propia de los oficios y cuyo escenario de cristalización fueron los talleres artesanos. El segundo sentido de la palabra, de raigambre aristotélica y tallado sobre el patrón de la Geometría, es equivalente a la idea griega de *episteme* y se presenta como «sistema de proposiciones derivadas de principios», cuyo marco de elaboración fue la escuela y la academia. La tercera acepción, superadora de las otras dos, denota exclusivamente a las «ciencias positivas» surgidas en la época moderna (tanto «empíricas», la Física, como «formales», las Matemáticas) y cultivadas en los laboratorios con nuevos métodos basados en la formulación de hipótesis, la observación y descripción de la realidad material propia de su campo de análisis, y la práctica del ensayo y la experimentación para validar o refutar las hipótesis y construir las teorías explicativas de los fenómenos. Finalmente, la cuarta acepción de ciencia es una extensión de la anterior a prácticas, actividades y realidades que ya no son empírico-naturales ni abstracto-formales, sino genuinamente humanas y sociales (la Lingüística, la Economía, la Historia ...), dando origen al vocablo de «ciencias humanas», «ciencias sociales» o «ciencias culturales»[26].

Desde una perspectiva de análisis gnoseológico, resulta evidente que las dos últimas acepciones son las fundamentales a la hora de determinar los contenidos precisos y rigurosos de la idea de ciencia *stricto sensu* en la actualidad. Y en torno básicamente a la interpretación de esas dos acepciones se han ido

---

[26] Nuestra exposición sobre la naturaleza de las ciencias y las teorías propuestas descansa esencialmente en las siguientes obras de Gustavo Bueno: *Teoría del cierre categorial,* vol.1, *Introducción general. Siete enfoques en el estudio de la ciencia,* Oviedo, Pentalfa, 1992; *¿Qué es la ciencia?,* Oviedo, Pentalfa, 1995; e *Idea de Ciencia desde la teoría del cierre categorial,* Santander, U. I. Menéndez Pelayo, 1976.

configurando las distintas y enfrentadas teorías gnoseológicas sobre la ciencia.

Una corriente teórica muy extendida y que goza de gran predicamento en los propios círculos científicos (y, por ende, historiográficos) postula la existencia de una idea de ciencia neutra, puramente «descriptiva» en su intención. A tenor de esta corriente, ciencia sería simplemente

> el resultado de una actividad cognoscitiva que recoge materiales de la experiencia, los contrasta y los sistematiza, formulando teorías explicativas, incluso axiomáticas, o modelos de reorganización[27].

Así pues, la ciencia estaría constituida por un tipo de «conocimiento» referido a una «experiencia», por una «teoría» o «forma» que da cuenta conceptualmente de unos «hechos» o «materia» objetivos y externos. La crítica básica a esta idea es que carece de potencia para discriminar conocimientos cuyo estatuto gnoseológico es claramente diferente. Por ejemplo, sirve para aplicarse a la Química y la Matemática, pero también a la crítica literaria o artística y a las disciplinas jurídicas (no digamos a la Teología en cuanto saber sobre la Divinidad). En realidad, este uso laxo del término «ciencia» como «cuerpo organizado de conocimientos» es equívoco e ineficaz. Se trata más bien de un sinónimo de la palabra «disciplina» (incorporando en su contenido la segunda acepción de ciencia históricamente desarrollada) y excluye dos atributos de toda ciencia que, desde Descartes al menos, se han reconocido como ineludibles: su carácter necesario y verdadero. Tal tipo de idea, ligada esencial-

[27] Definición recogida a efectos polémicos por Gustavo Bueno, «Gnoseología de las ciencias humanas», en *Actas del I Congreso de Teoría y Metodología de las Ciencias.* Oviedo, Pentalfa, 1982, p. 318.

mente a la tradición filosófica empirista y positivista, es solidaria en algunas ocasiones de la tesis de que, en realidad, sólo existe un «método científico» que se aplica uniformemente a distintos objetos materiales para crear representaciones teóricas y explicativas de los mismos. El historiador Ciro F. S. Cardoso, en un conocido manual de introducción a las ciencias históricas, se adscribía fielmente a esta idea de Ciencia, que parecería fundamentar el carácter científico de la investigación historiográfica:

> Ciencia es un tipo de actividad (y el resultado de dicha actividad) que consiste en aplicar a un objeto el método científico, es decir, el método del planteamiento y control de problemas según el esquema básico: teoría - hipótesis - verificación - vuelta a la teoría; lo hace para construir reproducciones conceptuales de las estructuras de los hechos[28].

Más recientemente, el historiador Julio Aróstegui también ha reiterado y afinado esa misma concepción dualista de la ciencia:

> Hay, en definitiva, dos elementos esenciales de un conocimiento científico. Primero, una «experiencia» y una «realidad experimental» que normalmente llamamos realidad *empírica,* pero que, en segundo lugar, es conocida porque el hombre puede aportar algo que está fuera de la experiencia, la *lógica,* la capacidad discursiva sistemática. La ciencia es, en una palabra, el conocimiento adquirido a través de la observación de la realidad y la teoría explicativa que se construye sobre los fenómenos que ocurren en ella[29].

---

[28] Ciro F. S. Cardoso, *Introducción al trabajo de la investigación histórica,* Barcelona, Crítica, 1982, p. 101.

[29] Julio Aróstegui, *La investigación histórica: teoría y método,* Barcelona, Crítica, 1995, pp. 60-61.

Cabe calificar a esta idea de ciencia como «descripcionista» en cuanto que entiende los contenidos de una ciencia como reproducción o reflejo teórico y formal de un material objetivo y externo que se supone previamente dado y autónomo. El neopositivismo del Círculo de Viena (integrado por filósofos y científicos de la talla de Schlick, Neurath, Carnap, etc.) representa quizá el modelo más puro de teoría descripcionista: «el fin de la ciencia es dar una descripción verdadera de los hechos». A tenor de ella, la «verdad científica» es un des-velamiento: la verdad reside en la materia y el científico no hace más que describirla, des-cubrirla, des-velarla. La materia es el lugar de la verdad científica y la forma (lógica, matemática o lingüística) no agrega verdad alguna sino que la refleja y representa. La metáfora óptica del «espejo» (el constituido por la forma respecto de la materia) define bien la naturaleza del conocimiento científico en el seno del descripcionismo.

El grave defecto de esta idea es que no da cuenta del proceder efectivo, operativo y constructivista, de las ciencias positivas, puesto que ninguna ley universal puede derivarse de un número finito de datos experimentales y el método inductivo (la inferencia por abstracción desde el caso empírico particular al concepto teórico general) no basta para fundamentar ningún conocimiento objetivo, verdadero y necesario. Además, es pura ingenuidad gnoseológica pretender que, por un lado, hay unos hechos (la materia) y, por otro, hay una teoría (la forma); por un lado unos hechos sensoriales, empíricos, y por otro, sobrevolándolos, una construcción racional (de apariencia lingüística, lógica o matemática). Muy al contrario, como veremos más adelante, la construcción racional, la razón, no es otra cosa sino la misma reorganización de las percepciones, de los perceptos, que son los objetos mismos. En palabras de la tradición filosófica racionalista: *Verum est factum* (la verdad está en el he-

cho). O como ya afirmara Giambattista Vico en su *Nueva Ciencia,* 1725: «el criterio de tener ciencia de una cosa es efectuarla». Porque no en vano, cabría añadir, el *homo sapiens* es también y a la par *homo faber,* como subrayó el filósofo Anaxágoras en el siglo V a.C.: «el hombre piensa porque tiene manos». El antropólogo y prehistoriador André Leroi-Gourhan ha explicado claramente esta íntima vinculación entre el gesto manual (contacto con la materia) y la palabra oral (depósito de la forma) en su clásico estudio sobre el origen del lenguaje humano:

> A una posición bípeda y una mano libre, y por consiguiente a una caja craneana considerablemente despejada en su bóveda media, no puede corresponder sino un cerebro ya equipado para el ejercicio de la palabra [...]. En otras palabras, a partir de una fórmula idéntica a la de los primates, el hombre fabrica útiles concretos y símbolos, los unos y los otros desligándose del mismo equipo fundamental. Esto lleva a considerar no solamente que el lenguaje es tan característico del hombre como el útil, sino que ambos no son más que la expresión de la misma propiedad del hombre [...]. Hay posibilidad de lenguaje a partir del momento que la prehistoria entrega útiles, pues útil y lenguaje están ligados neurológicamente, y uno y otro no son disociables en la estructura social de la humanidad. [...] Actualmente y en todo el curso de la historia, el progreso técnico está ligado al progreso de los símbolos técnicos del lenguaje[30].

Todavía más recientemente, el físico Pierre-Gilles de Gennes ha vuelto a recordar con precisión esa estrecha e indisolu-

---

[30] A. Leroi-Gourhan, *El gesto y la palabra,* Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1971, pp. 91 y 115-116. Véase en un sentido muy similar la exposición del biólogo Faustino Cordón sobre el proceso de hominización: *Cocinar hizo al hombre,* Barcelona, Tusquets, 1980. Las citas previas en Rodolfo Mondolfo, *Verum Factum. Desde antes de Vico hasta Marx,* Buenos Aires, Siglo XXI, 1971.

ble conexión entre técnica manual, operativa (material), y capacidad racional y especulativa (formal):

> Para pensar hace falta estar en contacto con la realidad. La inteligencia nació en el hombre porque tenía manos que le permitían hacer cosas que no podían los monos[31].

Compitiendo con la idea «descripcionista» y tratando de superar sus antinomias y contradicciones, aparece la idea «teoreticista» de ciencia, ligada actualmente a la escuela del filósofo austro-británico Karl Popper (1902-1994). Esta corriente teórica tiende a subrayar la primacía de la forma sobre la materia en su definición de la ciencia y del conocimiento científico, subrayando el componente teórico constructivo y operativo que se da *de facto* en la investigación científica. De este modo, el teoreticismo entiende los contenidos de una ciencia como algo esencialmente vinculado a las estructuras operatorias sintácticas, lingüísticas y lógico-formales, las cuales no se resuelven en el campo de los «datos» empíricos y materiales. El conocimiento científico no procede de la inducción, que es un proceso lógico injustificable, sino que se construye a través de operaciones hipotético-deductivas formuladas para dar cuenta y razón de los fenómenos materiales y que son sometidas a procedimientos de ensayos prácticos y experimentación para su posible validación, contrastación y eliminación de errores. La metáfora óptica de la «proyección cinematográfica» (de la forma vivificadora insuflada sobre la materia inerte) define sumariamente la naturaleza del conocimiento científico dentro del teoreticismo.

---

[31] Declaraciones de este premio Nobel de Física en 1991 al diario *El País,* 22 de mayo de 1993.

La dificultad explicativa de esta perspectiva teoreticista reside en la conexión entre ese supuesto «mundo autónomo y creador» de la ciencia (ámbito de la forma vivificadora) y el «mundo de la realidad, de los hechos» (ámbito de la materia inerte). Popper ha propuesto la doctrina del nexo negativo entre teorías y hechos: la teoría se desarrolla en virtud de su propia fuerza y coherencia interna, pero cuando alguna de sus proposiciones no se «adapta» o ajusta al plano de los hechos resulta desmentida, refutada, *falsada.* Así pues el criterio de verdad científica es el criterio de la coherencia, la teoría de la verdad lógico-formal, hasta que se produzca el desmentido, la refutación, la falsación (o falsabilidad) en el plano material. Por tanto, las teorías científicas se diferenciarían de las no-científicas (por ejemplo, las metafísicas) en el hecho de que pueden ser refutadas y falsadas por la experiencia empírica.

Sin embargo, tal solución mantiene la dificultad original de esta tesis: las proposiciones de las matemáticas, consideradas ciencias exactas por excelencia, no pueden ser desmentidas por los hechos habida cuenta de su carácter formal y abstracto; ¿habría que concluir que las matemáticas no son ciencias sino una suerte de lenguaje puro, música coherente que nada dice sobre la realidad empírica y mensurable? ¿Deben entonces considerarse los números como entidades ideales semiplatónicas de naturaleza eterna (ucrónica), utópica (sin lugar de reposo) y suprahumana que transcienden el empirismo exigido por la ciencia moderna? ¿O son más bien constructos y herramientas forjadas por el cerebro de los cuerpos humanos para analizar el mundo espacial externo y repleto de objetos diferenciados y móviles sobre los que aquellos cuerpos interactúan?

Frente a la concepción teoreticista de una «razón» abstracta, ucrónica y utópica que sobrevuela la materia y la informa

desde el exterior, cabe recordar que la racionalidad efectiva humana es propia de sujetos corpóreos individuales, dotados no sólo de laringe y oído sino también de manos que operan e interactúan en el medio exterior circundante y envolvente. La racionalidad (tecnológica, científica, filosófica) no cabe pensarla sin el lenguaje, pero esta racionalidad no se reduce al lenguaje. Y ello porque tan racional es el abstracto sistema aritmético de numeración decimal como el uso de la pentadactilia por el hombre para separar y juntar cosas corpóreas y tangibles, sin que quepa decir que los números son meros dedos sublimados. No en vano, como se ha recordado frecuentemente, «las matemáticas nacieron inicialmente de una necesidad de contar y registrar» y por ello todas las sociedades mínimamente desarrolladas utilizan alguna «forma de contar y cuadrar (esto es, hacer corresponder una colección de *objetos* con un conjunto de *marcadores* de cómodo *manejo,* ya sean piedras, nudos o inscripciones como muescas en maderas o huesos)» [32]. En definitiva, no cabe olvidar que el concepto de racionalidad «está vinculado al concepto del comportamiento individual independiente» (es decir: al sujeto humano corpóreo y operatorio) y «se manifiesta en el razonamiento, en la planificación y la predicción, en la determinación de la línea de conducta más eficaz, en la elección de los medios más adecuados para obtener unos fines determinados» [33].

A tenor de la crítica gnoseológica, por tanto, la tesis de la falsación es un modo oblicuo de poner de manifiesto que los

---

[32] Palabras del matemático George Cheverghese Joseph, *La cresta del pavo real. Las matemáticas y sus raíces no europeas,* Madrid, Pirámide, 1996, p. 51. La cursiva es nuestra. En igual sentido véase Javier de Lorenzo, *La matemática y el problema de su historia,* Madrid, Tecnos, 1977.

[33] Barry Barnes, *Sobre ciencia,* Barcelona, Labor, 1987, p. 123.

contenidos materiales (privilegiados por el descripcionismo) tienen que entrar a formar parte integral de los campos de las ciencias.

La tercera corriente teórica elaborada sobre la naturaleza de la ciencia recibe el nombre de «adecuacionismo». Heredera de las formulaciones originales de Aristóteles, esta tendencia gnoseológica supone que el conocimiento científico descansa de igual modo y en igualdad de condiciones sobre los dos fundamentos de toda ciencia: los componentes formales (teoría) y los componentes materiales (empiria). La verdad científica se definiría así por la relación de adecuación o correspondencia (isomorfismo) entre la forma proposicional desplegada por la lógica científica y la materia inerte a la que aquella forma va referida y referenciada. Tal es la conocida «teoría semántica de la verdad» formulada por el lógico Alfred Tarski (1901-1983). Pero este aparente reconocimiento equilibrado y equitativo de los dos componentes de la actividad científica es sólo un espejismo. Ante todo porque parte del supuesto de que la materia tiene una estructura previa y autónoma isomorfa a la estructura de las formas, también autónoma y previa. En este sentido, el adecuacionismo, con su postulado de la exacta correspondencia entre forma y materia, se presenta como una conjunción de la hipóstasis (sustantivación metafísica) de la materia practicada por el descripcionismo y de la hipóstasis de la forma proyectada por el teoreticismo.

Dentro de una cuarta corriente gnoseológica sobre la idea de ciencia denominada «circularismo» (el establecido entre materia y forma), la teoría de la ciencia llamada «del cierre categorial», elaborada por el filósofo español Gustavo Bueno y su escuela, ha tratado de ofrecer una vía alternativa para superar las deficiencias de las teorías enunciadas y al mismo tiempo incorporar sus aspectos afirmativos: del descripcionismo, su

exigencia de una presencia positiva del material empírico de una ciencia; del teoreticismo, su afirmación de la realidad de una actividad constructiva, operativa, lógico-formal en toda ciencia. La teoría del cierre categorial pretende así superar el dualismo entre materia y forma y la disociación entre una «forma lógica» supuesta depositaria de una «racionalidad» que se aplica a diferentes «materias» o contenidos empíricos. En esencia, dicha teoría considera que la forma lógica es tan sólo el modo de organizarse ciertos contenidos, el modo de establecerse la conexión de unos materiales con otros en un contexto social. La racionalidad, por tanto, incluye la referencia a la materia y no es disociable de la misma bajo ningún orden. Ante todo, porque materia y forma son conceptos conjugados, conexos internamente e indisociables, que no pueden darse por separado y autónomamente (como sucede con otros conceptos conjugados: reposo/movimiento, espacio/tiempo, padre/hijo...) [34].

II. ENTIDAD Y FUNCIÓN DE LAS CIENCIAS CATEGORIALES

Las ciencias, entendiendo por tales las distintas formaciones socio-culturales positivas (geometría, aritmética, física, química, lingüística, etc.), son un tipo de conocimiento y actividad humana que presenta las siguientes características: se trata de un conocimiento crítico-racional, organizado, sistematizado y transmitido y desarrollado históricamente. Se diferencia, por

---

[34] Véanse las obras citadas en nota 26. Cfr. David Alvargonzález, *Ciencia y materialismo cultural,* Madrid, UNED, 1989; y Mario Bunge, *La investigación científica. Su estrategia y su filosofía,* Barcelona, Ariel, 1985.

tanto, de otro tipo de conocimientos y actividades humanas que le precedieron en el tiempo y se mantienen vigentes en la actualidad: el conocimiento mítico, el mágico, el religioso, el tecnológico, etc.

En el orden histórico-genético, las ciencias se constituyen a partir de conocimientos técnicos previos bien asentados y aprendidos, de prácticas y actividades artesanales sobre campos de la realidad material (física, corpórea, tangible y tridimensional) delimitados operativa y pragmáticamente. De este modo, antes y delante de cada ciencia históricamente constituida encontramos una(s) técnica(s), un(as) arte(s), una previa elaboración tecnológica de un material particular. Por ejemplo, el surgimiento de la Geometría descansa sobre el desarrollo de las técnicas de agrimensura (la medida del suelo con propósitos productivos) en Egipto y Mesopotamia y en el ámbito cultural helénico; la aparición de la Aritmética tuvo como presupuesto el desarrollo de los métodos de intercambio comercial y administración en esas mismas áreas culturales; la cristalización de la Química vino precedida de los avances artesanales en el campo de la metalurgia, la farmacología y la alquimia; la Astronomía no surgió de la astrología sino de los avances en las técnicas de navegación marítima; la Física mecánica se fundamentó en los descubrimientos y realizaciones de las técnicas constructivas (engranajes y poleas) y la ingeniería naval y militar (catapultas y balística); etc.[35].

[35] Sobre la íntima conexión entre prácticas artesano-tecnológicas y las ciencias véase la obra clásica de John D. Bernal, *Historia social de la ciencia,* Barcelona, Península, 1967, 2 vols. En el mismo sentido, pero más recientes: Stephen F. Mason, *Historia de las ciencias,* Madrid, Alianza, 1984-1986, 5 vols.; Alberto Elena y Javier Ordóñez, *Historia de la ciencia,* Madrid, Universidad Autónoma, 1988, 2 vols; Alberto Hidalgo Tuñón (coord.), *Ciencia, tecnología y sociedad,* Madrid, Algaida, 1999.

Las ciencias así surgidas de las prácticas técnicas y artesanales enunciadas representan formas de conocimiento y actividad de una complejidad superior, más elaborada: son el prototipo (junto con la filosofía) de construcción racional crítica. Esas nuevas disciplinas aparecen entonces como una institución de trabajo social sobre un campo de la realidad material tridimensional delimitado operativa y pragmáticamente. Es decir: son un método de explotación y exploración de un campo material, de una categoría de la realidad, de la que se segregan los contenidos no pertinentes para sus operaciones. Así, por ejemplo, la Geometría opera en el campo categorial de los cuerpos en cuanto que tienen forma abstracta geométrica, pero no en cuanto que tienen peso, color o duración temporal, que son propiedades consideradas por la Física: frente a una figura geométrica (perteneciente al campo categorial del espacio abstracto) es improcedente preguntar por el color, peso, sabor o tiempo de realización. De igual modo, no es procedente (por ser inconmensurable e irreductible) tratar de demostrar el teorema geométrico de Pitágoras en el campo de actividad de la Química o pretender explicar las causas de una transformación política o humana en el campo categorial de la Física mecánica o cuántica. Sencillamente, las conductas de un organismo biológico o de una colectividad social no son reducibles ni explicables (por inconmensurables) sobre la base del movimiento de moléculas según leyes mecánicas.

Por supuesto, postular que las ciencias son instituciones culturales para la explotación y exploración de un *campo* de actividad categorial supone desmentir que las ciencias tengan un *objeto* propio y unitario de atención y análisis. Así, por ejemplo, la Biología no tiene como objeto de estudio «la Vida», ni la Geometría tiene como objeto de sus cuidados «el Espacio», ni la Química tiene como objeto de análisis «la Materia». Muy al

contrario, el campo de actividad de la Biología está formado por elementos múltiples como son las células, los mamíferos o los ácidos nucleicos; el campo de la Química está repleto de hidrógeno, carbono o metano; en tanto que el campo de investigación de la Geometría está compuesto por puntos, rectas, circunferencias o cuadrados.

Desde un punto de vista gnoseológico, las ciencias están siempre organizadas por tres dimensiones genéricas: el eje sintáctico, el eje semántico y el eje pragmático. Esta división del espacio gnoseológico de las ciencias reproduce en una nueva escala los tres contextos lingüísticos definidos por el filólogo Charles W. Morris (1901-1979). A tenor de esa división, el eje sintáctico recoge las relaciones de los signos con otros signos, el eje semántico alude a las relaciones de los signos con los objetos significados, y el eje pragmático denota las relaciones de los signos con los sujetos que los utilizan. La consideración conjunta de esas tres dimensiones del espacio científico permite superar las visiones monistas o dualistas de la ciencia y apreciar su carácter tridimensional como instituciones culturales históricas (no eternas) a la par que objetivas y necesarias (no caprichosas ni arbitrarias).

Atendiendo a la dimensión sintáctica, las ciencias, aplicando sus respectivos métodos de investigación, van descubriendo y acotando un conjunto de *términos* que componen y configuran sus respectivos campos de actividad categorial (llamados también a veces «espacios de inmanencia»). Esos términos del campo son objeto de diversas *operaciones* (originalmente manuales, quirúrgicas, y no sólo lingüísticas o lógicas) a cargo de uno o varios sujetos operatorios (los propios investigadores científicos) en cuyo transcurso son transformados y modificados. El cierre parcial de un sistema de operaciones recurrentes entre los términos permite ir definiendo un conjunto de con-

ceptos, proposiciones y teoremas referidos al campo científico a través de las *relaciones* que se producen entre los términos de dicho campo. Esas operaciones entre términos incluyen dos grandes grupos (las analíticas, de separación de cuerpos, y las sintéticas, de aproximación de cuerpos) y se realizan no sólo por actos manuales humanos sino también mediante aparatos creados *ad hoc* (por ejemplo, el microscopio y el telescopio son operadores que transforman conjuntos de fenómenos en otros dados a otra escala). Por su parte, las relaciones establecidas entre términos a través de un conjunto de operaciones son relaciones ideales (funcionales), repetibles, universales y abstractas cuyos soportes no sólo son simbólicos (los relatores algebraicos o lingüísticos, por ejemplo) sino también físicos (una balanza o un termómetro).

A tenor del eje gnoseológico semántico, toda ciencia cuenta necesariamente con referentes materiales específicos (físicos, corpóreos y tridimensionales) para apoyar su discurso lingüístico (sea para confirmarlo y validarlo, sea para desmentirlo y refutarlo). En terminología ya clásica del matemático Gottlob Frege (1848-1925), el lenguaje científico no sólo tiene que tener sentido (relación de una expresión con otra) sino también referencia (relación de una expresión a un objeto o conjunto de objetos). Las palabras de los lenguajes científicos remiten a cosas y no sólo a otro lenguaje o a pensamientos o imágenes mentales o significados (no cabe asumir desde la ciencia la existencia de entidades metamateriales como el pensamiento descarnado o la intuición metafísica). Y ello no por motivos oscuros ontológicos sino por una exigencia interna gnoseológica: sólo lo que es físico y corpóreo es operable y puede ser afectado (transformado) por operaciones. El *homo loquens (homo sapiens)* es también y necesariamente el *homo faber* («hablar» es ya un «hacer»). No cabe, por tanto, hablar de una ciencia sin referen-

cias fisicalistas empíricas (una «ciencia de la mente») como no cabe concebir una música sin sonidos. De ahí que no todo conjunto de conocimientos organizados lógicamente constituya una «ciencia» (palabra aquí sinónimo de sabiduría o disciplina) y que no sea tal ciencia la teología, por ejemplo, dado que no cumple la exigencia semántica de tener unos referentes fisicalistas en que apoyarse.

El eje pragmático de las ciencias está constituido por su dimensión histórica, social, institucional y organizativa. Esta dimensión subraya el hecho de que las ciencias son, ante todo (aunque no sólo), actividades humanas colectivas, repletas de conjuntos de reglas operativas, normas de comportamiento, códigos de actuación metódicos y nomenclaturas perfectamente inteligibles para los que participan en esa empresa colectiva. En otras palabras, las construcciones científicas carecen de posibilidad de realización sin la actividad constante y recurrente de los sujetos humanos individuales (los científicos, como sujetos corpóreos, operatorios y gnoseológicos) que son, por definición, múltiples y en contacto y comunicación. En general, se considera que las reglas de la Lógica formal son normas de la investigación científica en cuanto que regulan los procedimientos de actuación colectiva y gremial. En particular, por su relevancia sintáctica y operatividad semántica, el respeto a los tres principios axiomáticos de la lógica formal resulta imprescindible desde el punto de vista pragmático: el axioma de la identidad (una cosa es igual a sí misma: un organismo vivo está vivo), el axioma de la contradicción (una cosa es distinta de otra: un organismo vivo no está muerto), y el axioma del tercio excluso (entre dos cosas contradictorias, no es posible el término medio: un organismo está vivo o está muerto). También el llamado «método científico» unitario se conformaría en el eje pragmático como un mero procedimiento de trabajo sistemático y críti-

co-racional a través de pasos o etapas consecutivas: formulación de hipótesis, observación y sistematización del material respectivo, validación y contrastación empírica de la hipótesis, explicación del fenómeno mediante teorías.

III. EL SENTIDO CRÍTICO DE LA VERDAD CIENTÍFICA

A diferencia de otros tipos de conocimiento, las ciencias se caracterizan por la pretensión de construir *verdades.* Tales verdades científicas se distinguen y oponen a los dogmas, creencias, opiniones o conjeturas en virtud de su pretensión de objetividad, su necesidad y su carácter marcadamente crítico[36]. Pero, como hemos visto, la verdad no es una mera «relación» de las proposiciones (lingüísticas o lógicas) con los campos semánticos (la realidad empírica). Tampoco puede concebirse como una «cualidad» isomórfica de los enunciados o pensamientos del sujeto respecto de las realidades semánticas del objeto. La «verdad» dentro de una ciencia es el resultado unitario (no sólo empírico o sólo deductivo) de un proceso de construcción tanto en el plano objetual (semántico) como en el proposicional (sintáctico). La verdad científica (mejor, las verdades científicas) es una verdad construida en un contexto determinado del campo categorial y no significa otra cosa que la realidad misma de la cosa verdadera. La verdad no es, por tanto, «co-

[36] Sobre el concepto de verdad y su importancia véase Julián Velarde Lombraña, *Conocimiento y verdad,* Oviedo, Universidad de Oviedo, 1993. Del mismo autor, *Lógica formal,* Oviedo, Pentalfa, 1982. Una síntesis de esta concepción de la verdad en el cierre categorial en Fernando Pérez Herranz, «La filosofía de la ciencia de Gustavo Bueno», *El Basilisco,* nº 26, 1999, pp. 15-42.

rrespondencia» ni «reflejo», sino «una construcción que procede de la relación entre las partes materiales del mundo» y «es el resultado de una actividad constructiva, operatoria». En este sentido, la verdad tiene que ver con la idea de «identidad». Si la ciencia es construcción con determinados materiales, la verdad científica habrá de ser un predicado que exprese una determinación inmanente a esa construcción en cuanto que tal. La verdad está en la realidad y forma parte de esa realidad construida y percibida *(Verum est Factum).* Pero esa verdad no puede ser identidad «analítica» (la propia de la reflexividad autónoma de un término o sujeto consigo mismo) por la sencilla razón de que tal identidad no existe. La identidad es siempre «sintética» (compositiva) porque no se trata de una relación primaria y originaria dentro del término o sujeto sino que se construye por relación y referencia a otros términos o sujetos diferentes. Sólo hay identidad cuando hay algo que queda fuera de su campo, cuando hay otras identidades contra las que se talla y conforma como tal.

La verdad científica, así pues, radica en los procesos de ajuste, de identidad sintética material, que se pueden dar entre cursos operatorios confluyentes dentro del campo correspondiente (cursos operatorios ejecutados por los sujetos gnoseológicos: los científicos que hacen operaciones y construyen relaciones). Esta identidad sintética material permite segregar (neutralizar o evacuar) los componentes subjetivos de las operaciones (la actividad del científico) y construir relaciones esenciales objetivas y necesarias (independientes de la voluntad individual del científico y, por ello, universales y suprasubjetivas). La verdad resultante es la objetividad misma de las conexiones materiales establecidas en las operaciones, el nexo que anuda esos cursos operatorios. La verdad científica tiene lugar, así pues, en la confluencia por identidad (sintética) de las

líneas objetivas recorridas por la propia actividad de los sujetos operatorios, siempre que éstos sujetos sean intercambiables, permutables y sustituibles sin afectar al resultado de la operación y a la objetividad de la relación establecida como verdadera.

Por ejemplo, para todos los sujetos humanos, la operación práctica de sumar y juntar siete elementos (como puedan ser siete manzanas) con otros cinco de su misma clase, da como resultado un conjunto real y tangible (manualmente reconocible) de doce elementos (y no de ocho o treinta). En términos formales aritméticos esta *operación* entre *términos* y la *relación* resultante se expresa así: $7 + 5 = 12$. Y la ciencia de la aritmética demuestra que ese resultado es una *verdad* objetiva y necesaria (la expresada por la relación =), pero tal que no puede eliminarse la operación +, que es subjetiva y no cabe ponerla entre los términos objetivos: «los números no se adicionan entre sí, es el matemático quien los suma»[37]. Precisamente esa verdad objetiva y universal de la relación brota de la realidad semántica del acto de juntar esos elementos y se mantiene recurrentemente al evacuar a los distintos y sucesivos sujetos operatorios que construyen esa operación todas las veces posibles. Dicho en otras palabras: la «verdad» científica no es mera *adequatio* de pensamiento y realidad (isomorfismo), tampoco es *a-letheia* (des-velamiento) de una esencia y, ni mucho menos, es simple *convención* pragmática nacida del acuerdo entre sujetos. Es algo más profundo y transcendente (o si se quiere «objetivo» y no gratuito): es el resultado de una construcción operativa material obligada y necesaria a cargo de sujetos operatorios que son

---

[37] G. Bueno, «Gnoseología de las ciencias humanas», *op. cit.,* p. 322. Véase la voz «verdad» en Pelayo García Sierra, *Diccionario filosófico* (Oviedo, 1999), versión en la red Internet: *www.filosofia.org/filomat/*

hombres en su calidad de *homo sapiens* (pensantes), a la vez que *homo faber* (agentes) y *homo loquens* (hablantes). La verdad es así una construcción fenoménica (no sólo «cultural», en el sentido de arbitraria) mediante operaciones materiales con las cosas físicas y mensurables a cargo de seres humanos. Por eso puede decirse que la verdad, una vez establecida, es la conexión real entre las cosas porque está y se desvela en el resultado de la operación hecha y practicada. La verdad de que una cosa sumada a otra cosa homogénea produzca como resultado dos cosas de la misma entidad (lo que aritméticamente simplificamos así: 1 + 1 = 2) está reflejada en ese signo =, que quiere decir «es lo que es». Y, por supuesto, ese resultado siempre inalterable, a pesar de que cambie el sujeto operatorio (el que hace la suma y la comprueba), tiene una enorme carga dialéctica: dice que no es ni puede ser otra cosa de 2, como 5, 78, nada o infinito.

En consecuencia, universalidad y necesidad son las dos características inexcusables del saber científico verdadero. La primera presupone que el conocimiento científico pueda ser aplicado indistintamente en cualquier lugar y tiempo, sin depender de las características geográficas o medioambientales del entorno: la inscripción del triángulo rectángulo en el círculo es verdadera cualquiera que sea el lugar o tipo de material con el que se realice la demostración. La segunda implica que la negación de sus contenidos sea una contradicción imposible: no cabe concebir que un triángulo que esté inscrito en una circunferencia y tenga como uno de sus lados un diámetro, no sea un triángulo rectángulo.

Esta concepción constructivista de la verdad científica, lejos de ser rígida o unívoca, supone internamente la admisión de *grados* o *franjas* de verdad en las ciencias, según la fiabilidad y completitud de las operaciones correspondientes y a tenor del

valor probabilístico o verosímil de las relaciones establecidas por las mismas. En otras palabras, la verdad científica admite márgenes de profundidad, ámbitos mayores o menores de certeza o probabilidad, e incorpora como horizonte interno negativo de la ciencia la posibilidad del error, la incertidumbre y la oscuridad. Así pues, la verdad científica es siempre parcial (se predica sobre algo determinado) y relativa (a los procesos de construcción categorial), nunca absoluta y totalizadora. Pero esto no quiere decir que su nivel gnoseológico sea igual a la falsedad como alternativa potencial. Muy al contrario, la verdad científica, cualquiera que sea su nivel de profundidad, exige que su alternativa correspondiente de falsedad (también parcial y relativa) sea una opción muy improbable o claramente imposible y absurda. Por ejemplo, la verdad de la relación construida por la adición de siete elementos con otros cinco implica la falsedad (en este caso rotunda) de un grupo resultante de treinta, setecientos o infinitos elementos.

Es evidente que las ciencias constituidas no proporcionan, ni tienen por qué hacerlo, una sabiduría total o absoluta sobre «la Realidad» (como idea filosófica límite que suma todos los contenidos posibles del Mundo y que es inagotable por su propia condición). Permiten conocer aspectos o capas de esa realidad inagotable sin remontarse más allá de sus campos respectivos ni cubrir el ámbito de la Ontología o pregunta por el Ser. Por el contrario, la condición de posibilidad de las ciencias particulares es su renuncia a llegar a los límites de esa pregunta, su renuncia a tratar de regresar a las supuestas esencias atomistas o de progresar hasta el infinito donde todo se confundiría con todo. Esos no son ni pueden ser campos científicos, sino el ámbito propio de la reflexión filosófica ontológica. Como respondiera el matemático Pierre Simon Laplace a Napoleón Bonaparte cuando éste le preguntó sobre la función de la divi-

nidad en las matemáticas: «Señor, Dios no entra en mis cálculos». En el mismo sentido cabe citar una resonante declaración del fisiólogo alemán Emil du Bois-Reymond en 1872, al subrayar los límites categoriales del conocimiento científico y su incapacidad para dar respuesta más allá de sus propios campos particulares:

> Frente a los enigmas del mundo material, el investigador de la naturaleza está habituado desde hace tiempo, con viril renuncia, a pronunciar su *ignoramus* [...] donde él ahora no sabe, pero podría saber, o sabrá un día, en ciertas condiciones. Pero, frente a los enigmas relativos a qué sean materia y fuerza y cómo ellas puedan ser capaces de pensar, debe, una vez por todas, plegarse a un veredicto mucho más duramente renunciatorio: *ignorabimus*[38].

Las ciencias actúan *in medias res,* acotando un espacio de trabajo dentro de esa realidad heterogénea a partir de unos principios axiomáticos operativos que no pueden ni quieren transcender porque les llevaría fuera de su campo de actividad particular. Y dentro de ese campo categorial preciso y cerrado (no clausurado en términos absolutos), la racionalidad científica se desenvuelve y explora su propia virtualidad tratando de demostrar verdades internas a su campo. Pero sin preguntarse por la naturaleza y estructura de la verdad construida. No en vano, «ciencia» en uno de los sentidos clásicos de la palabra significaba y significa el desarrollo demostrativo, no caprichoso ni arbitrario ni contingente, de las conclusiones a partir de ciertas hipótesis: *Scientia est habitus conclusionis.* Otra cosa es que las verdades y los resultados de las ciencias pongan límites críticos infranqueables a las hipótesis ontológicas o sean pará-

---

[38] Reproducido en Julián Velarde Lombraña, *Conocimiento y verdad,* p. 180.

metros destructivos respecto de las especulaciones metafísicas, religiosas o mitológicas. A este respecto, no cabe mayor distancia (y auténtica contradicción) entre el concepto de «verdad» científica y las supuestas verdades metafísicas, a pesar de su común uso de la misma palabra y vocablo. Como recordaba recientemente el propio pontífice de la Iglesia católica romana a su clero: «Y como Pastores tenéis la viva conciencia de que vuestro deber principal es el de ser maestros de la verdad. *No de una verdad humana y racional,* sino de la Verdad que viene de Dios; que trae consigo el principio de la auténtica liberación del hombre»[39].

Ciertamente, el respeto al principio semántico es básico e irrecusable en la actividad científica: tiene que haber referente material externo para verificar empíricamente las proposiciones sintácticas y éstas no pueden ser una creación o producción del propio pensamiento autónomo. De igual modo, tiene que darse en todas las ciencias el llamado principio determinista genético (o de no-magia y exclusión de la generación espontánea y de la creación *ex nihilo),* según el cual cualquier fenómeno y acontecimiento brota y cristaliza a partir de condiciones previas y envolventes. Ambos principios son postulados y presupuestos necesarios de la investigación científica (aunque puedan ser y sean cuestionados por la reflexión metacategorial, ontológica y gnoseológica, como parte de su tarea crítica). Y ello porque la investigación científica carecería de sentido u objeto si supusiéramos que las cosas se producen arbitrariamente, por capricho y mero azar, y que no existe entre ellas

---

[39] «Discurso inaugural» de Juan Pablo II en la Conferencia episcopal latinoamericana (CELAM) celebrada en enero de 1979 en Puebla (México). *Documentos de Celam. Puebla,* Madrid, BAC, 1979. La cursiva es nuestra. Esta interpretación tradicional de la «verdad» religiosa fue ratificada por el Papa en su encíclica «Fides et Ratio», publicada en octubre de 1998.

ninguna relación o conexión (sea causal o estocástica) cognoscible con alguna probabilidad y grado de certeza y seguridad.

Tales principios científicos generales, al igual que los particulares de cada ciencia, pueden no ser «verdaderos» en sentido gnoseológico y ontológico absoluto, por indemostrables. Pero tampoco son ilusorios, ficticios, caprichosos y arbitrarios, porque son principios de operatividad pragmática de las ciencias sin las cuales todo el edificio de la civilización y la cultura humana se derrumbaría. Podría decirse que los principios científicos no son demostrables pero sí son comprobables y se «prueban» por su virtualidad, su eficacia, su fertilidad y su rendimiento operativo y práctico. Así, por ejemplo, la Geometría presupone que hay puntos, líneas y planos, del mismo modo que la Física mecánica admite como evidente el principio de inercia y no trata de remontarse al motivo último del mismo. Y construyendo sobre esos principios axiomáticos, esas ciencias y otras similares posibilitan el control humano sobre el mundo fenoménico que nos rodea. Y al hacerlo, cumplen su inexcusable función en las sociedades civilizadas: enseñan que poseer la verdad de la conexión entre las cosas significa poder de control sobre los fenómenos, en tanto que no poseer tal verdad implica actuar a ciegas, en el vacío o por mero tanteo. Las ciencias (declinadas necesariamente en plural) serían, por tanto, en palabras de Gustavo Bueno, como «balsas flotantes en un mar sin orillas», más que «un fondo de roca firme que estuviese situado bajo ese mar». Unas balsas sin cuya existencia y funcionalidad la humanidad actual «no sólo no podría encontrar su destino futuro sino que ni siquiera podría subsistir en el presente» [40].

---

[40] G. Bueno, «La función actual de la ciencia» (conferencia impartida en la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria el 28 de enero de 1995). Texto reproducido en *www.fgbueno.es/gbm.*

Tan sólo por eso las ciencias son conquistas irrenunciables de la civilización humana y merecen el respeto y la atención que reciben en nuestros tiempos. Y tan sólo por eso se impone el deber cívico y profesional de defender el conocimiento científico contra los ataques recurrentes de los multiformes escepticismos y nihilismos que continuamente y por diversos motivos asedian el ejercicio de la razón en sus diversos campos de actividad.

3. LA PRESENCIA DEL PASADO: NOTAS SOBRE LA NATURALEZA Y PECULIARIDAD DE LAS CIENCIAS HISTÓRICAS

I. CIENCIAS NATURALES Y CIENCIAS HUMANAS

La tesis general gnoseológica de que la Historia forma parte integral de «la República de las Ciencias» es correlativa de la tesis especial según la cual, en el seno de tal república, la Historia pertenece al grupo de «Ciencias Humanas» en cuanto que distintas de las «Ciencias Naturales y Formales». La distinción entre ambos grupos de ciencias constituye uno de los temas más polémicos y difíciles de las investigaciones gnoseológicas desde finales del siglo XVIII, cuando algunas disciplinas humanísticas pasaron a convertirse (o lo pretendieron) en ciencias propiamente dichas, tomando como parámetro de su cientificidad el modelo ofrecido por las ciencias naturales y formales que entonces experimentaban un desarrollo sin precedentes.

Parece evidente que, a pesar de la tesis de la unidad genérica de todas las ciencias, hay algún tipo de diferencia entre las ciencias «duras» de la Naturaleza (física, química,...) y Formales (matemáticas, lógica) y el grupo de ciencias Humanas (o Sociales, o Culturales). El intento de establecer en términos gnoseológicos u ontológicos un criterio de discriminación ha producido diversos resultados, que todavía hoy están vigentes en el lenguaje cotidiano y profesional. No en vano, Keynes ya

advirtió que los hombres «cogen del aire» las ideas disponibles sin saber que proceden de algún pensador particular.

Por ejemplo, el filósofo neokantiano alemán Wilhelm Dilthey se basó en criterios ontológicos *(Introducción a las ciencias del espíritu,* de 1883) para distinguir entre «ciencias naturales» y «ciencias del espíritu», cada una con su respectivo método de conocimiento: la explicación *(Erklären)* y la comprensión *(Verstehen).* Su compatriota Wilhelm Windelband ofreció la distinción (en 1894) entre ciencias «nomotéticas» (que buscan leyes generales para «explicar» los fenómenos naturales) y ciencias «ideográficas» (que se ocupan de «comprender» los fenómenos individuales e irrepetibles). Esa distinción fue recogida y desarrollada por Heinrich Rickert en su obra *Ciencia cultural y ciencia natural* (1899). Más cercano a nuestros días, el físico británico C. P. Snow ha recordado la diferencia efectiva e incomunicación práctica que existe entre ambos universos científicos en su influyente libro *Las dos culturas* (1959). Ello no obstante, debe añadirse que ciertos teóricos que propugnan la idea de ciencia neutra, como «cuerpo organizado de conocimientos», no encuentran diferencia alguna entre ambos grupos y consideran que sólo hay un método científico y un lenguaje científico que se aplican a objetos distintos de la realidad (caso, por ejemplo, de los neopositivistas del llamado Círculo de Viena, incluyendo tanto a Otto Neurath, fallecido en 1945, como a Rudolf Carnap, muerto en 1970) [41].

Para empezar, habría que descartar los intentos de diferenciar ontológicamente ambos grupos de ciencias suponiendo

---

[41] Una sumaria y ya clásica introducción a este tema la ofrece Julien Freund, *Las teorías de las ciencias humanas,* Barcelona, Península, 1975. Véase igualmente Quentin Gibson, *La lógica de la investigación social,* Madrid, Tecnos, 1968.

que a cada uno le corresponde un diferente objeto de estudio: la naturaleza (o la materia inerte) y la sociedad (o el hombre como portador de «espíritu» animado). Primero porque, como hemos visto, a cada ciencia le corresponde un campo categorial con una multiplicidad de términos y no un objeto particular. Así, las «ciencias humanas» no son «las que se ocupan del hombre» mientras las «naturales» se «ocupan de la naturaleza». Tampoco es cierto que en las ciencias naturales «el sujeto conoce al objeto» en tanto que en las ciencias humanas «el sujeto se hace objeto del conocimiento». Y ello porque la física, la biología y la anatomía, por ejemplo, se ocupan del hombre, de los hombres, igual o en mayor medida que la lingüística, por ejemplo, que además no se ocupa del hombre sino del lenguaje o de los lenguajes humanos.

También cabe descartar la tentativa de diferenciar exclusivamente ambas ciencias por su supuesta capacidad metodológica para repetir bajo control (esto es: experimentar) los fenómenos materiales que tratan de conocer y explicar: ciencias experimentales frente a ciencias no experimentales. Y ello porque la experiencia repetible (una «experiencia irrepetible» no es experiencia, a lo sumo será «vivencia» psicológica) no sólo es una posibilidad ajena al campo de las ciencias humanas (ámbito de fenómenos singulares e irrepetibles) sino que también es ajena al de la lógica o la matemática (por su condición de ciencias formales abstractas). Además, incluso dentro de las ciencias naturales existen niveles en los que deja de ser posible la experimentación. Por ejemplo, en procesos microfísicos que tienen lugar por debajo de los límites de incertidumbre establecidos por el llamado «principio de Heisemberg».

En términos gnoseológicos, parece más conveniente ensayar la diferencia atendiendo a los diferentes recursos operatorios que se movilizan en ambos grupos de ciencias y las conse-

cuencias que ello tiene en el valor del conocimiento científico alcanzado respectivamente. Bajo esta perspectiva, fórmulas del tipo «ciencias que se ocupan del hombre, que estudian al hombre», etc., apuntan, aunque sea de modo oscuro y oblicuo, al núcleo de las diferencias entre las ciencias humanas (como ciencias del *hacer)* y las ciencias naturales (como ciencias del *ser).*

Si partimos de la consideración del sujeto humano como un sujeto gnoseológico que realiza operaciones y construye fenómenos interviniendo en su medio exterior circundante (es decir, como un *sujeto operatorio),* nos encontraremos con que habrá ciencias en cuyos campos categoriales no aparece formalmente el sujeto operatorio como uno de sus términos. Este es el caso de las ciencias naturales, pues en ellas el único sujeto operatorio es el propio científico observador, ya que el hombre, considerado como un sólido grave, o como conjunto de moléculas orgánicas, no es un sujeto operatorio, no realiza operaciones (es decir: no tiene conductas reflexivas ni su comportamiento es libre y voluntario ni responde a propósitos, planes o intenciones). Así, por ejemplo, a efectos de análisis físico de la fuerza gravitatoria, resulta indiferente que el sólido que cae al vacío sea una roca inanimada, un tronco de árbol o un cuerpo humano vivo (y suponemos que angustiado).

En estas ciencias naturales se establecen relaciones entre sus términos por contigüidad en sentido físico y el sujeto (en cuanto que agente operatorio autónomo, consciente y reflexivo) puede ser eliminado totalmente del campo de esas disciplinas: las rocas, los árboles, las estrellas, las células, las moléculas o los números no realizan operaciones. Tampoco las realiza el hombre como sólido grave cuando cae al vacío en virtud de las leyes gravitatorias físicas. En estas ciencias los términos de su campo categorial no tienen «conductas» ni «actúan» por vo-

luntad propia, persiguiendo fines o según proyectos y planes estratégicos. Por el contrario, sus cambios y movimientos son efecto de contextos mecánicos impersonales o producto de leyes universales deterministas, y aparecen como fenómenos recurrentes, rutinarios y desprovistos de significado subjetivo intencional. Así, por ejemplo, los movimientos de los electrones responden a una actividad mecánica definida y previsible bajo ciertos límites (no existe la supuesta «libertad» del electrón), en tanto que la actividad de las células en un organismo es de orden hidrodinámico y está gobernada por reacciones químicas. Y en esta misma naturaleza radica la posibilidad de la repetición de esos cambios y movimientos de los términos referidos. Es decir, la posibilidad de la experimentación controlada de los fenómenos naturales, fundamento de los métodos experimentales asociados a las Ciencias Naturales. En definitiva, las Ciencias Naturales se caracterizan porque sus campos categoriales específicos nunca incluyen como términos del campo a sujetos operatorios ni a operaciones (en su sentido estricto gnoseológico).

Ahora bien, hay ciencias, como es el caso de las llamadas Ciencias Humanas, en cuyos campos categoriales aparecen formalmente como términos unos sujetos en cuanto que realizan y planifican operaciones: los sujetos pretéritos en la Historia, el hablante en Lingüística, el salvaje en la Etnología, el productor o consumidor en la Economía, el sujeto agente en la Psicología, etc. En estas ciencias, las relaciones de mera contigüidad física no son pertinentes a la hora de explicar las conductas de los sujetos estudiados. En otras palabras: no cabe comprender y explicar los comportamientos humanos, tanto individuales (un suicidio) como colectivos (una revolución política o una emigración en masa), atendiendo a razones y causas derivadas de contextos mecánicos impersonales o de leyes generales univer-

sales deterministas y necesarias. Tampoco cabe comprender y explicar las conductas humanas como movimientos recurrentes y rutinarios carentes de intencionalidad, propósito, sentido o fin. Por el contrario, esas conductas y operaciones se comprenden y explican en virtud de la semejanza operatoria (de la común y compartida capacidad operatoria) entre dos sujetos, el estudioso y el (o los) estudiado (estudiados), que están distanciados espacial y temporalmente. Y en virtud de la naturaleza de esos términos categoriales que son sujetos operatorios, es imposible la repetición controlada, la experimentación sistemática, con los fenómenos propios del campo de las ciencias humanas.

En consecuencia, el criterio de demarcación gnoseológico entre ciencias naturales y ciencias humanas podría establecerse atendiendo a esta notoria diferencia en el modo de operar respectivo. Por una parte, en los campos de las Ciencias Humanas aparecen, como un término o una relación más del campo, individuos (sujetos humanos) que realizan operaciones (esto es: que son agentes reflexivos que llevan a cabo conductas, acciones y comportamientos conforme a propósitos, intenciones, planes y proyectos). Por otra parte, en los campos de las ciencias naturales no aparecen formalmente sujetos operatorios, no existen agentes que ejecutan conductas y actos conscientes y reflexivos, sino elementos que se mueven según patrones mecánicos o recurrentes y rutinarios. Y esta diferencia sustancial conduce a distinguir diferentes metodologías operatorias científicas:

1. las metodologías operatorias *Alfa* (α), a tenor de las cuales las operaciones del sujeto (en cuanto término) pueden quedar eliminadas o neutralizadas dentro del campo científico categorial, como sucede en las metodologías aplicadas por las

Ciencias Naturales. El resultado de esa eliminación y neutralización es la posibilidad de alcanzar verdades científicas universales y necesarias, «objetivas» y demostrativas (incluso repetibles y reproducibles por experimentación sucesiva).

2. las metodologías operatorias *Beta* (β), cuyos procedimientos incluyen el intento de organizar científicamente un campo en tanto él reproduce analógicamente las mismas operaciones que debe ejecutar el investigador para organizarlo. En otras palabras: procedimientos en los cuales las operaciones del científico reconstruyen o reactualizan (de forma esencial) las operaciones realizadas por los sujetos a quienes estudia, de modo que el científico «comprende» y «explica» las operaciones del sujeto construyendo o reactualizando a su vez otras operaciones análogas. Y en esta imposibilidad de eliminar y neutralizar las operaciones del sujeto reside el llamado «subjetivismo» de las ciencias humanas y el distinto y menor estatuto gnoseológico de las verdades alcanzadas con esta metodología.

Cabe ejemplificar de manera práctica la profunda diferencia entre esas dos metodologías operatorias comparando los distintos procedimientos gnoseológicos desplegados por la Geología (ciencia natural) y la Prehistoria (ciencia humana) para dar cuenta de un fenómeno similar: la formación de un canto rodado y la formación de un bifaz musteriense («instrumento de sílex o de otro material, de forma triangular, dotado de dos filos convergentes»)[42].

---

[42] Este ejemplo se basa en Gustavo Bueno, «Ensayo de una teoría antropológica de las ceremonias», *El Basilisco* (Oviedo), 1ª época, nº 16, 1984, pp. 8-37 (especialmente, pp. 15-16); y Enrique Cerrillo Martín de Cáceres, «Otras lecturas: las de textos no escritos (o textos a ras o bajo suelo)», *Puertas a la lectura* (Badajoz), nº 3, 1997, pp. 31-36 (la definición de bifaz en p. 34).

En ambos casos, el científico, como sujeto gnoseológico, percibe analogías indudables entre el canto rodado y el bifaz, puesto que ambos parten y proceden de un núcleo inicial, un peñasco sin desbastar y sobre el cual actúan fuerzas físicas exteriores que le dan su forma (fuerzas físicas materializadas en los golpes de otros peñascos sobre el núcleo dado). Pero en el caso del canto rodado, la acción de las causas exteriores que lo van conformando es aleatoria y según movimientos mecánicos (e hipotéticamente repetibles bajo control como experimentación): el canto se configurará, por ejemplo, como efecto combinado de su movimiento en el curso de un río con determinado nivel de agua, determinado perfil y fondo, determinada fuerza de la corriente y determinada masa, peso y contorno de los otros cantos que le golpean. Sin embargo, en el caso del hacha prehistórica, la acción de las causas exteriores está dirigida por las manos del hombre de Neanderthal. Y esa mano no imparte sus golpes sobre el canto para darle forma al azar y por capricho, sino de manera intencional, según un proyecto y finalidad, buscando un propósito estratégico: construir un artefacto cultural y utilitario que denominamos bifaz. Esta profunda diferencia es la que hace que el hacha musteriense no sea, como el canto rodado, un objeto de análisis primordial de la Geología sino de la Prehistoria. Y ello siempre que se contemple dicho objeto como el producto intencional de unas operaciones manuales humanas y no como como «piedras del rayo» formadas por accidente natural (lo que sólo comenzó a suceder a partir del siglo XVIII, generando las condiciones de posibilidad de la ciencia prehistórica).

II. LA DISCIPLINA DE LA HISTORIA COMO CIENCIA HUMANA

La ciencia de la Historia es claramente una ciencia humana cuya metodología operatoria es del tipo Beta. Su antigüedad como tal ciencia, como hemos de ver en el capítulo siguiente, se remonta tan sólo a finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX. Previamente, sin duda existe un tipo de actividad llamada «historia» y un tipo de escritor llamado «historiador»: la que comúnmente se hace arrancar de Heródoto de Halicarnaso. Pero existe una diferencia de grado entre el gremio profesional que surge y se consolida a lo largo de la pasada centuria y los antecedentes literarios que escriben sobre «las cosas del pasado» previamente a ese momento germinal.

Etimológicamente, la palabra «historia» deriva en todas las lenguas romances y en inglés del término griego antiguo ἱστορίη (istorie), en dialecto jónico, adaptado al latín clásico como «historia». Esa forma griega original deriva a su vez de una raíz indoeuropea, *wid-*, *weid-*, cuyo campo semántico está relacionado con el sentido de la vista, con la actividad de «ver» o «percibir ocularmente». De esta raíz parece que surgió en griego ἵστωρ (ístor), «testigo», en el sentido de «el que ve», el testigo ocular y presencial, y por eso mismo fidedigno, de un hecho pretérito (y como tal aparece ya en Homero en varios episodios de la *Ilíada,* en el siglo IX a.C.). A partir de ese núcleo, probablemente por su uso en la técnica procesal y judicial ordinaria de los tribunales, se desarrolló el significado de «historia» como «testimonio directo probatorio» o como labor de aquel «que examina a los testigos y obtiene la verdad a través de averiguaciones e indagaciones». En todo caso, Heródoto, «el padre de la Historia» al decir de Cicerón, acuñó en el siglo V a.C. el término *historia* en ese sentido de actividad de «indaga-

ción», «investigación», «pesquisa» y «averiguación» de la verdad sobre acontecimientos humanos pretéritos y pasados [43].

Casi desde el mismo momento de su cristalización, la palabra pasó a tener dos significados diferentes: 1) las acciones del pasado en sí mismas *(res gestae);* 2) la indagación sobre «las acciones realizadas por los hombres» *(historiam rerum gestarum).* Muchos autores, filósofos e historiadores, han subrayado esta ambivalencia semántica del término y, en no pocos casos, lamentado su existencia por introducir un elemento de confusión entre «el conocimiento de una materia y la materia de este conocimiento» [44]. Y sin embargo, hay razones poderosas, de orden gnoseológico, que fundamentan el surgimiento de esa ambivalencia y su vigencia actual.

En efecto, a menos que se predique un empiro-positivismo de tipo «descripcionista», no cabe pensar en una «realidad objetiva», *una* historia de Grecia real, acontecida, antes y al margen de las versiones históricas, de *las* historias, de los relatos escritos, sobre esa realidad pasada e inexistente en la actualidad. Y ello porque, en Historia, en palabras agudas de Raymond Aron, «la realidad y el conocimiento de esa realidad son inseparables uno de otro». La razón es bien sencilla: el supuesto

---

[43] Gerald A. Press, «History and the Development of the Idea of History in Antiquity», *History and Theory,* XVI, pp. 280-296. Voz «History» en Harry Ritter, *Dictionary of Concepts in History,* Nueva York, Greenwood Press, 1986. Jacques Le Goff, *Pensar la Historia,* pp. 21-22. Hannah Arendt, «The Concept of History: Ancient and Modern», en *Between Past and Future,* Londres, Faber, 1961, especialmente pp. 228-229. Jorge Lozano, *El discurso histórico,* Madrid, Alianza, 1987, pp. 15-18. Emilio Lledó, *Lenguaje e Historia,* Barcelona, Ariel, 1978, pp. 93-95.

[44] La cita procede de Pierre Vilar, *Iniciación al vocabulario del análisis histórico,* Barcelona, Crítica, 1980, p. 17. En el mismo sentido se expresan Pelai Pagès *(Introducción a la Historia,* Barcelona, Barcanova, 1983, p. 11) y Julio Aróstegui *(La investigación histórica,* pp. 18-23).

objeto de conocimiento de la Historia es un tiempo pasado, y como tal, incognoscible debido a su inexistencia, a su ausencia de fisicalidad, de corporeidad y de materialidad. El pasado no existe en la actualidad (en el presente), es perfecto acabado, un «fantasma», un «espectro», y no puede haber conocimiento científico de algo que no tiene presencia ni existencia, porque dicho tipo de conocimiento requiere una base material, fisicalista, tangible, corpórea y presente para poder construirse. Como ya recordara San Agustín en sus *Confesiones:*

¿Qué es pues el tiempo? Si nadie me lo pregunta lo sé; si quiero explicarlo a quien me lo pide no lo sé. No obstante, con seguridad digo que si nada pasara no habría tiempo pasado, y si nada acaeciera no habría tiempo futuro, y si nada hubiese no habría tiempo presente. Estos dos tiempos, pues, el pasado y el futuro, ¿cómo son, puesto que el pretérito ya no es y el futuro no es todavía? [45].

Así pues, contrariamente a la creencia general entre los historiadores, su disciplina no tiene por objeto «el estudio de los hechos humanos del pasado», sencillamente porque el «Pasado» no es un ámbito temporal «real» al que se refieren sus estudios de un modo u otro. Es pura ingenuidad suponer que el Pasado sobre el que trabajan los historiadores es «real», esto es, que tiene un estatus independiente de sus propias investigaciones y que existe como ámbito con una estructura y orden

---

[45] Citado en J. Lozano, *El discurso histórico,* p. 29-30. R. Aron, *Dimensiones de la conciencia histórica,* México, FCE, 1983, p. 13. Véase sobre el particular: G. Bueno, «Reliquias y relatos», *El Basilisco,* nº 1, 1978, pp. 5-16; Carmen González del Tejo, *La presencia del pasado,* Oviedo, Pentalfa, 1990, especialmente, pp. 203-205; Harry Ritter, «Past», en *Dictionary of Concepts in History;* y Arthur Marwick, *The Nature of History,* Londres, Macmillan, 1989, pp. 1-2.

cronológico que espera ser «descubierto», «revelado» o «reconstruido». El Pasado no es un dominio en el que los acontecimientos que han ocurrido están situados, aguardando el arribo del historiador para desvelarlos. Por definición, el Pasado no existe y no puede ser confrontado ni abordado por ningún investigador. No existe ninguna «máquina del tiempo» que pueda retrotraernos a tiempos pasados para conocerlos en directo y las disciplinas históricas están incapacitadas para conocer el pasado *tal y como realmente fue* (en frase memorable de Ranke) porque es hoy irreal e inexistente. En consecuencia, no cabe alcanzar nunca una verdad completa (absoluta, totalizadora, carente de márgenes de incertidumbre) sobre cualquier suceso pretérito porque éste es pasado y como tal inabordable desde el presente e incognoscible.

Si la materia de conocimiento de la Historia científica no es ni puede ser el Pasado, queda por establecer cuál es el campo y los términos categoriales de dicha disciplina. Pues bien, este campo y términos estarán constituidos por aquellos restos y trazas del Pasado que perviven en nuestro presente en la forma de residuos materiales, de huellas corpóreas, de vestigios y trazas físicas, de ceremonias y ritos, en una palabra de «reliquias» (*relinquere*: lo que permanece, lo que resta). Esos residuos que permiten la presencia del Pasado son el material sobre el que trabaja el historiador y con el que construye su historia. Y ello porque esos restos son absolutamente «presentes» aun cuando generados en el pasado: las Pirámides de Gizé, los restos arqueológicos sumerios, las monedas romanas, la toponimia tradicional, las crónicas medievales, los documentos diplomáticos de la Primera Guerra Mundial, etc., son tan reales físicamente y tan presentes como nuestra propia corporeidad. *Son la presencia viva del pasado que hace posible el conocimiento histórico.* Las reliquias pueden ser consideradas como los *signi-*

ficantes (presentes) de unos *significados* (pretéritos) que subsisten más allá de ellos: como los *signos* que nos representan algo distinto de ellos mismos, reflejo de un pasado perfecto y finito. Las reliquias, en su pluralidad intrínseca, conforman las llamadas «fuentes» informativas del conocimiento histórico: «llamamos fuentes a todos los textos, objetos o hechos de los cuales se puede obtener algún conocimiento del pasado»[46]. Unas «fuentes», por definición, plurales, fragmentarias, inconexas, finitas y limitadas, que se encuentran dispersas entre otros cuerpos de nuestro presente corpóreo y temporal. Al respecto son sumamente reveladoras estas palabras recientes del medievalista francés Georges Duby:

> De la realidad pretérita únicamente podemos aprender restos y huellas. Difuminados, discontinuos, insuficientes. Nuestro deber radica en explotarlos a fondo, sin manipularlos. Para cubrir los vacíos y reconstruir el puzzle del que faltan la mayor parte de las piezas, nos es preciso igualmente imaginar[47].

Por consiguiente, sólo puede hacerse Historia y lograrse conocimiento histórico de aquellos sucesos, acciones, instituciones, estructuras y procesos pretéritos de los que se conservan señales, trazas y vestigios en la actualidad, en nuestra propia dimensión temporal. Para decirlo con palabras de la tradición historiográfica: *Quod non est in actis non est in mundo* (versión libre: De lo que no quedan pruebas, no cabe hablar con rigor o

---

[46] Paul Kirn, *Introducción a la ciencia de la Historia,* México, Uteha, 1961, p. 31. Un análisis reciente y ajustado de las fuentes históricas en Julio Aróstegui, *La investigación histórica,* pp. 336-357.

[47] Palabras recogidas en J. M. Colombani (ed.), *Les grands entretiens du Monde,* París, Le Monde, 1994, p. 275. Citado en J. M. Cuenca Toribio, *La Francia actual,* Córdoba, Universidad, 1996, p. 127.

propiedad). El Pasado histórico sólo se nos da (se nos ofrece) como presente fisicalista a través de las reliquias. Y la primera tarea del historiador es determinar qué secciones de nuestra realidad constituyen una «reliquia», un residuo y vestigio legado del pasado, con el fin de proceder a utilizarlas en la construcción de su interpretación del pasado; un *pasado histórico,* construido, fabricado y articulado sobre la base de las reliquias, y que es gnoseológicamente distinto del pasado perfecto acabado, del pasado *tal y como realmente fue.* Precisamente, la realidad actual de las reliquias es lo que permite concebir un pasado que existió una vez, que tuvo su lugar y su fecha; las reliquias generadas en el pasado impiden que la no-actualidad de lo que tuvo lugar y fecha se identifique con su no-realidad y no-existencia absoluta, permitiendo así la diferenciación entre el pasado histórico (que *fue* aunque ya no *es)* y la mera ficción o irrealidad libremente imaginada [48]. Este crucial principio gnoseológico fue agudamente expuesto ya en 1928 por el filósofo e historiador británico Robin George Collingwood (1889-1943) con palabras muy certeras:

En efecto, el pensar histórico no significa más que interpretar todas las pruebas al alcance con el máximo grado de capacidad crítica. No significa descubrir lo que sucedió en realidad, si «lo que sucedió en realidad» no es otra cosa que «lo que indican las pruebas». [...] Pero en la realidad efectiva del pensar histórico, el historiador descubre que no puede dar un paso hacia la consecución de sus miras sin recurrir a las pruebas; y la prueba es algo presente, algo que existe ahora

[48] Sobre este punto y el resto del capítulo, nos basamos esencialmente en G. Bueno, *ibidem;* C. González del Tejo, *ibidem;* H. Ritter, *ibidem*. Véase también las consideraciones de Gareth Stedman Jones, «From Historical Sociology to Theoretical History», en R. S. Neale (ed.), *History and Class,* Oxford, Basil Blackwell, 1984, pp. 73-85 (especialmente, pp. 74-76).

considerado como una reliquia o residuo que nos legó el pasado. Si el pasado no ha dejado ninguna huella aquél nunca podrá llegar a conocerlo. Y si, por así decirlo, el pasado ha vuelto muy confusas sus propias huellas, todo lo que el historiador puede hacer es desenmarañarlas en cuanto su capacidad lo permita. El pasado en cuanto simple pasado es plenamente incognoscible; lo cognoscible es sólo el pasado en cuanto se halla preservado por los residuos del presente[49].

Ahora bien, las reliquias no se presentan ante el historiador como datos «puros»; son un «cuerpo material» que se encuentra junto a otros «cuerpos materiales» en nuestro presente (del mismo modo como el canto rodado y el bifaz musteriense se presentan inicialmente como núcleos desbastados por la acción de fuerzas exteriores). La primera tarea del historiador es descubrir, identificar y discriminar esos materiales como tales reliquias, legadas del pasado, que vendrán a constituir las *pruebas* y *evidencias* sobre las que se levantará su relato, su construcción narrativa del pasado histórico. Esa es la primera y crucial tarea de la labor profesional del historiador, llamada por la tradición gremial *Heurística* (neologismo derivado de la voz griega εὑρίσκω: hallar, descubrir). Esa inicial labor heurística impone la necesidad de buscar y ponderar críticamente, con profundidad y sistematicidad, todas las fuentes informativas disponibles sobre un tema de estudio (tanto escritas como arqueológicas, numismáticas, epigráficas...) y conocer con rigor el uso que otros historiadores han dado a esas reliquias en su respectiva construcción de un relato histórico sobre el particular. Dicho en términos más actuales en el gremio: conocimiento exhaustivo de las fuentes históricas primarias y de la literatura histórica secundaria.

---

[49] R. G. Collingwood, «Los límites del conocimiento histórico», en su obra *Ensayos sobre la filosofía de la historia,* Barcelona, Barral, 1970, pp. 144-145.

El historiador puede ejercer esa tarea de identificación de las reliquias históricas porque es capaz de percibir esos residuos materiales como fabricados y elaborados por hombres pretéritos, como resultado de operaciones humanas (dadas en la misma escala operatoria del observador, del historiador). Y ello porque existe una homogeneidad entre el historiador y el agente pretérito: las reliquias son restos de acciones realizadas por individuos como él, dotados de un sistema de operaciones similares al suyo, capaces de pensar, manipular, planear, ejecutar, obrar, construir y destruir como el propio historiador que los estudia. El historiador sabe que sólo el hombre, en su condición genérica y específica (desde el *Homo Habilis* al *Homo Sapiens Sapiens),* como primate bipedestado, está dotado de una inteligencia tecnológica, es sujeto y portador de una razón operatoria universal, y por eso puede «reconocer» e «identificar» las huellas corpóreas de acciones y conductas humanas legadas por el paso del tiempo y dadas en su propio presente.

Esa homogeneidad entre el sujeto gnoseológico actual (el historiador) y el sujeto operatorio pretérito (el hombre o los hombres del pasado) es condición absoluta de posibilidad del conocimiento histórico. Sólo gracias a ella puede darse una disciplina histórica que trate de las acciones, sucesos y acontecimientos humanos precedentes a nuestra época; tanto si es un acontecimiento singular (el asesinato de Julio César), como un proceso (la quiebra del municipio romano en la Antigüedad tardía) o una estructura (la organización gremial en la Prusia moderna). No cabe una Historia que no contenga a hombres, sujetos operatorios, en su campo categorial. Las llamadas historias naturales (geológica, climática, etc.) no son Historia en sentido gnoseológico sino evolución. Y el uso metafórico de «historia» para designar a esos procesos, además de equívoco,

puede conducir y ha conducido a peligrosas versiones metafísicas sobre la realidad histórica y natural. Y aún a sorprendentes tentativas profesionales, como la de considerar seriamente posible historiar el clima, la deriva de los continentes, etc.; olvidando que ello supone abandonar el ámbito de la Historia y entrar en el de disciplinas distintas como la meteorología, la geología, etc.[50]. Cabe recordar aquí las palabras de Paul Veyne sobre la «enorme diferencia» que separa la Historia (humana) de la «historia» natural: «El hombre delibera, la naturaleza no; la Historia humana se convertiría en un sin sentido si nos olvidamos del hecho de que los hombres tienen objetivos, fines, intenciones»[51]. Así pues, el campo de la Historia se reduce necesariamente al dominio de los actos y comportamientos humanos (individuales o sociales), segregando otros aspectos del pasado que son irrelevantes para el mismo y que sólo contarán tangencialmente en la medida que afecten o condicionen a las acciones humanas (un maremoto o un terromoto sólo serán objetos de la consideración histórica por sus efectos sobre las sociedades que los sufren, pero sin ser ellos mismos objeto de su análisis interno científico).

---

[50] Baste citar la obra de E. Le Roy Ladurie, *Histoire du climat depuis l'an mil,* París, Flammarion, 1967. Parece evidente que este notorio representante de la escuela de los *Annales* ha llevado más lejos que nadie la tesis braudeliana sobre la «geo-historia» y la «largísima duración». G. Lefebvre, en un buen manual por otra parte, recoge esa identificación entre Historia y evolución tan tosca y peligrosa por sus implicaciones metafísicas: «todo lo que existe posee una historia. El universo entero está en perpetuo cambio. Uno de los méritos esenciales del siglo XX es el de haber introducido en todos los terrenos del conocimiento la noción de evolución, es decir de desarrollo histórico»; *El nacimiento de la historiografía moderna,* Barcelona, Martínez Roca, 1974, p. 11.

[51] Paul Veyne, «Histoire», *Encyclopaedia Universalis,* París, Encyclopaedia Universalis France, 1985, vol. 9, p. 353.

La homogeneidad entre el historiador y el sujeto operatorio pretérito permite que aquél utilice las reliquias como base para su relato histórico mediante una metodología gnoseológica claramente de tipo Beta. Sobre la base corpórea, física, observable y verificable, de las reliquias, el historiador trata de ponerse en el lugar del sujeto pretérito (o sujetos) y reactualizar las acciones y operaciones del agente (o agentes) cuyos restos estudia, buscándoles un sentido, atribuyéndoles una razón y propósito, reconstruyendo por analogía su curso, dando cuenta de las circunstancias y operaciones que pudieron haber conducido al surgimiento de ese residuo material del pasado. Y este proceder del historiador, agudamente anotado (aunque en términos idealistas) por Dilthey y, aún más, por Collingwood, constituye en términos gnoseológicos el núcleo del modo de operar y relatar la Historia. Una cita del propio Collingwood permitirá explicitar el procedimiento de *reactualización* hermenéutica que utiliza el historiador en el ejercicio de su profesión:

Cuando un hombre piensa históricamente, tiene ante sí ciertos documentos o reliquias del pasado. Su tarea es descubrir qué pasado fue ese que dejó tras sí estas reliquias. [...] Por ejemplo, supongamos que (el historiador) está leyendo el Código Teodosiano y que tiene ante sí cierto edicto del emperador. El simple hecho de leer las palabras y traducirlas no equivale a conocer su significación histórica. A fin de hacerlo tiene que representarse la situación que el emperador trataba de dominar, y tiene que representársela tal como el emperador lo hacía. Luego tiene que ver por su cuenta, tal como si la situación del emperador fuera la suya propia, la manera como podría resolverse semejante situación; tiene que ver las posibles alternativas, y las razones para elegir una con preferencia a las otras y, por tanto, tiene que pasar por el mismo proceso que el emperador al decidir sobre este caso particular. De esta suerte re-crea [mejor: reactualiza] en su propia mente la experiencia del emperador; y sólo en la medida en que haga

esto, tiene algún conocimiento histórico, en cuanto distinto del meramente filológico, del significado del edicto[52].

Otro párrafo del propio Collingwood explicita todavía mejor esta inexcusable labor de reactualización hermenéutica que está en la base de la labor del historiador y del modo de conocer de la Historia como disciplina científico-humanística:

El historiador, al investigar cualquier acontecimiento de pasado, hace una distinción entre lo que podría llamarse el exterior y el interior de un acontecimiento. Por exterior de un acontecimiento quiero decir todo lo que le pertenece y que se puede describir en términos de cuerpos y sus acontecimientos: el paso de César, acompañado de ciertos hombres, de cierto río llamado el Rubicón en determinada fecha, o el derramamiento de su sangre en el Senado en otra determinada fecha. Por interior del acontecimiento quiero decir lo que de él sólo puede describirse en términos de pensamiento: el desafío por parte de César a la ley republicana, o el choque de política constitucional entre él y sus asesinos. El historiador no se queda jamás con uno de estos aspectos con exclusión del otro. Lo que investiga no son meros acontecimientos (por mero acontecimiento quiero decir uno que sólo tiene exterior y no interior), sino acciones, y una acción es la unidad del exterior y el interior de un acontecimiento. Le interesa el cruce del Rubicón sólo en lo que tiene de relativo con la ley republicana, y el derramamiento de la sangre de César sólo en su relación con un conflicto constitucional[53].

Eliminando el aspecto mentalista de la explicación de Collingwood (la reactualización no presupone un mero pensar lo

---

[52] R. G. Collingwood, *Idea de la Historia,* México, FCE, 1965, p. 272. La versión original de esta obra clásica fue escrita en 1936 y sólo publicada póstumamente en 1946. Cfr. al respecto, C. González del Tejo, *op. cit.,* capítulo 3.

[53] R. G. Collingwood, *Idea de la Historia,* pp. 208-209.

que otro pensó, sino ser capaz de entender y reproducir analógicamente la operación-acción que otro llevó a cabo), la cita pone de manifiesto claramente en qué consiste la reactualización de sucesos y procesos pasados que siempre tiene que efectuar un historiador en su labor profesional. También refleja ese procedimiento hermenéutico propio de la investigación histórica el siguiente párrafo de un arqueólogo actual, Enrique Cerrillo, sobre la interpretación del origen y función del bifaz paleolítico:

Un bifaz es un instrumento de sílex o de otro material, de forma triangular, dotado de dos filos covergentes que fue usado hace miles de años en el Paleolítico Inferior por los ancestros del *Homo Sapiens.* El hallazgo de uno de estos artefactos puede *pasar desapercibido a quien no conozca su significado funcional* que fue el de cortar ejerciendo una serie de pequeñas tracciones, similares a las que efectuamos con el cuchillo de cortar la carne en el plato con ayuda del tenedor. Esta función se *infiere* del análisis de las huellas de uso y pátinas creadas en los filos. Las ausencias y presencias de los rasgos impuestos por el artesano sirven para determinar pequeñas diferencias dotadas de significado funcional ratificadas por los contextos, así como las líneas de la evolución tecnológica que han seguido esos mismos objetos desde la antigüedad hasta ahora [54].

Precisamente, el análisis e interpretación del bifaz (de los útiles prehistóricos, en general) constituye un caso especialmente revelador de los procesos de reactualización hermenéutica implícitos en la forma de construcción científica propia de las ciencias humanas (no sólo de la Historia) y de la imposible

---

[54] Enrique Cerrillo Martín de Cáceres, «Otras lecturas: las de textos no escritos (o textos a ras o bajo suelo)», *Puertas a la lectura,* p. 34. La cursiva es nuestra.

neutralización o evacuación del sujeto operatorio dentro del campo categorial de estas ciencias. A este respecto, resultan muy pertinentes las siguientes reflexiones de un prehistoriador y paleoantropólogo, Kenneth P. Oakley, a propósito de las cruciales diferencias entre el canto rodado formado por accidente natural y el útil fabricado por los primeros especímenes del género *Homo.* La extensión de la cita se justifica sobradamente por su pertinencia al discriminar por medios operativos el ámbito «natural y formal» del ámbito «cultural o humano», con sus consecuentes implicaciones para las ciencias destinadas al análisis, comprensión y explicación de ambos ámbitos diferentes:

El hombre es un animal social que se distingue por la «cultura»: por su *habilidad para fabricar útiles* y para *comunicar ideas.* El empleo de útiles parece ser su principal característica biológica, porque considerados funcionalmente ellos son extensiones separables de sus extremidades manuales. [...] El uso sistemático de útiles de tipos variados y requeridos no sólo para uso inmediato sino para utilización futura implica una marcada capacidad para el pensamiento conceptual. [...] Aunque las más antiguas hachas de mano pétreas que datan de la primera parte del Pleistoceno son toscas, no por ello dejan de ser útiles estandarizados (normalizados), lo que podría sugerir una tradición inmensamente larga de habilidades técnicas lentamente adquiridas. Se considera improbable que esas hachas fueran las primeras tentativas de los hombres en la fabricación de útiles, que quizá hubieran tenido lugar en el anterior período del Plioceno. La identificación actual de los primeros útiles del hombre, sin embargo, es una tarea de considerable dificultad porque, obviamente, sus *primeras tentativas de fabricación de útiles a partir de núcleos de piedra tuvieron que ser casi indistinguibles de los núcleos fragmentados por accidentes de la naturaleza.* De hecho, es muy probable que las piedras fragmentadas naturalmente sirvieran como primeros útiles para los hombres. [...]

Como regla general, los núcleos de sílex astillados naturalmente son fácilmente distinguibles de los fabricados por el hombre, porque aquéllos carecen de diseño lógico, las señales de escamas desprendidas aparecen con profusión excesiva, los filos cortantes tienen una apariencia anómala, y las superficies de las huellas de escamas están normalmente rayadas. Frecuentemente, también tienen señales (como grados variables de exposición a distintos climas o pátina) de que las escamas desprendidas han sido producidas en varias épocas diferentes. [...] *Los hombres que hicieron útiles estandarizados del tipo de las hachas de mano achelenses tuvieron que ser capaces de formar en sus mentes imágenes de los fines para los que operaban.* La cultura humana en toda su diversidad es el resultado de esta capacidad para el pensamiento conceptual, pero los factores principales en su desarrollo son la tradición combinada con la invención. Los cazadores primitivos fabricaron sus artefactos de un modo particular en gran medida porque como niños observaron a sus padres fabricándolos o porque los copiaron del trabajo de otro cazador en una tribu cercana. El hacha de mano estandarizada no fue concebida por ningún individuo *ab initio,* sino que fue el resultado de individuos excepcionales en generaciones sucesivas que no sólo copiaron sino que ocasionalmente mejoraron el trabajo de sus antecesores. Como resultado de la caza en comunidad, las migraciones y las formas rudimentarias de intercambio, las tradiciones de los diferentes grupos de cazadores primitivos algunas veces se mezclaron y fundieron[55].

En otras palabras: mientras los variados útiles prehistóricos (bifaces, raederas, buriles...) fueron percibidos como meras «piedras del rayo» o cantos rodados y fragmentados por causas naturales, no hubo posibilidad de considerarlos como materiales significativos y pertenecientes al campo gnoseológico de la

---

[55] Kenneth P. Oakley, *Man, the Tool-Maker,* Londres, British Museum of Natural History, 1975, pp. 1, 3, 5, 12 y 81. La traducción y la cursiva es nuestra. Una interpretación muy similar en Faustino Cordón, *Cocinar hizo al hombre.*

Historia. Sólo desde el momento en que se establece su conexión originaria con actos humanos pretéritos y propositivos pasaron a ser reliquias prehistóricas dotadas de interés científico-humanístico. Sólo a partir de entonces pudo comenzar el proceso hermenéutico de explicación e interpretación que exige introducir la referencia formal a un sujeto individual operatorio y constructor (que incluye necesariamente la referencia a planes, estrategias, fines y programas de actuación, pues sólo de este modo tiene sentido hablar de «operaciones»).

Resulta evidente que un historiador sólo podrá investigar, analizar, comprender y eventualmente explicar un suceso (el golpe de Estado de Napoleón en 1799), un proceso (la formación de la clase obrera minera asturiana en el siglo XIX) o una estructura (el sistema de partidos de la Segunda República española) si conoce lo que significan operativamente expresiones tales como «reunirse en secreto», «emigrar forzosamente del campo a la ciudad» o «sufrir los efectos del voto útil». Si el historiador desconociera el significado de esos conceptos y frases, que necesariamente deberá extraer de la conciencia operatoria de su propio presente y experiencia vital, no sería capaz de entender, analizar y explicar lo que cuentan y reflejan las reliquias y testimonios disponibles. Ya en el siglo II, el filósofo griego Luciano de Samosata apreció certeramente este aspecto clave al describir las cualidades necesarias que habría de tener el historiador militar en su influyente opúsculo «Cómo debe escribirse la Historia»:

> [...] que no sea inútil para comprender y expresarse, sino que tenga vista de lince, que pueda manejar los asuntos aunque se vuelvan contra él y tenga mentalidad militar unida a la civil y experiencia en el mando, que haya estado en un campamento, ¡por Zeus!, y haya visto a los soldados entrenarse y hacer la instrucción, que conozca las armas y algunas máquinas de guerra y sepa qué significa «en columna» y «de

frente», cómo son las unidades de Infantería y cómo las de Caballería, de dónde viene y qué significa «avanzar al galope» o «cabalgar en círculo», en suma, que no sea uno de esos que no salen de su casa ni es capaz de creer sólo lo que cuentan los narradores[56].

En definitiva, la labor del historiador no consiste, como pensaban los empiristas y positivistas decimonónicos y actuales, en una mera y simple descripción de los sucesos, estructuras o procesos humanos pretéritos, cualesquiera que éstos sean: políticos, económicos, militares, sociales, intelectuales, sexuales, religiosos, familiares, etc. Entre otras cosas, porque si los acontecimientos son pasados no cabe observarlos ni describirlos desde el presente. Por el contrario, el historiador construye un pasado histórico a partir de las reliquias, de las pruebas legadas por el pasado real en el presente, mediante un método esencialmente inferencial e interpretativo y en el cual es imposible eliminar o neutralizar al propio sujeto gnoseológico (como sucede en parte en las ciencias naturales). Esta inexcusable labor de interpretación, por inferencia lógica y exégesis razonada a partir de las pruebas disponibles, es lo que designa el concepto de *Hermenéutica* (derivado del vocablo griego ἑρμηνευτικός: intérprete, explicador, traductor). En este sentido, la tesis tradicional del «presentismo» formulada por Benedetto Croce (1866-1952), según la cual «toda Historia es historia contempóranea», adquiere una significación gnoseológica notable: la historia se hace desde el presente de las reliquias[57].

---

[56] Luciano, «Cómo debe escribirse la Historia», en *Obras,* Madrid, Gredos, 1990, vol. 3, p. 397. Introducción y notas de J. Zaragoza Botella.

[57] «Solo un interesse della vita presente ci puó muovere a indagare un fatto passato; il quale, dunque in quanto si unifica con un interesse della vita presente, non risponde a un interesse passato, ma presente». B. Croce, *Teoria e storia della storiografia,* Bari, Riveduta, 1943, p. 4.

Del mismo modo, queda reexpuesto en otra dimensión el hecho de que el historiador no prescinde, no puede prescindir, en su labor profesional de su sistema de valores ideológicos o filosóficos, de su experiencia vital, política y social, ni de su grado de formación cultural, como se ha preocupado de demostrar una amplia corriente historiográfica contemporánea (representada en el ámbito español por la obra clásica de Josep Fontana): la construcción histórica no permite neutralizar ni evacuar en el límite el sujeto gnoseológico que conforma el propio historiador[58].

Sin embargo, la irreductibilidad del componente subjetivo, reconocida por casi todos los profesionales en la actualidad, no conduce al puro escepticismo («todo vale») o al crudo nihilismo («nada se sabe») sobre el conocimiento del pasado alcanzado por los historiadores. Porque si bien la labor interpretativa y hermenéutica es esencial e imposible de eliminar, el relato histórico construido por el historiador no es arbitrario, ni caprichoso, ni ficticio, sino que tiene que estar justificado, apoyado, soportado y contrastado por las pruebas y evidencias, por las reliquias que existen al respecto. Por tanto, la «verdad» en la Historia no se refiere al pasado *en sí,* que es incognoscible e inabordable, sino a las reliquias que del mismo se preservan en el presente. Y aquella teoría interpretativa, aquel relato histórico, que más factible y verosímil parezca, de acuerdo con las pruebas y evidencias existentes, será la que se considere verdadera en tanto no aparezcan nuevas pruebas o evidencias que la contradigan. Y en este sentido, unos relatos históricos serán más verdaderos que otros porque se fundamentan en un mayor número de pruebas verificables por otros investigadores y re-

---

[58] Josep Fontana, *Historia. Análisis del pasado y proyecto social,* Barcelona, Crítica, 1982. En el mismo sentido argumenta su obra: *La Historia después del fin de la Historia,* Barcelona, Crítica, 1992.

sultan coherentes (al menos no contradictorios) con el conocimiento acumulado como resultado de otras investigaciones. Las reliquias (el material primario, los «documentos» o las «fuentes» en el sentido amplio de la jerga profesional) son, pues, la base sobre la que el historiador inicia su investigación y el criterio al que se acudirá para demostrar la necesidad de los resultados a que llega con dicha investigación.

En el transcurso de esa labor, el historiador construye su pasado histórico que gnoseológicamente no es sino el reflejo de una parte del presente, de las reliquias con las que trabaja. En este sentido, el pasado al que se llega tras la construcción sobre las reliquias no se le puede contemplar como una realidad coexistente con los fenómenos, con las reliquias, sino como una irrealidad. El historiador puebla las reliquias de «fantasmas», de «espectros» (por cuanto que no existentes en el presente) en su cometido profesional de dar razón del surgimiento de esos restos del pasado mediante un relato narrativo. Este uso de «fantasmas», tanto personas (Julio César, Felipe II, Adolf Hitler, etc.) como formaciones socio-culturales (la quiebra del municipio romano, la querella de las investiduras tardo-medieval, la inflación de la España del siglo XVI, la batalla de Inglaterra de 1940, etc.) es imprescindible para dar cuenta racional de las reliquias en un relato histórico. Esos «fantasmas» y «espectros» tienen la función de constituir un «revestimiento imaginario» que conforma el *contexto de explicación* de las propias reliquias, la proyección imaginaria (pero no arbitraria, ni ficticia, ni caprichosa) de una dimensión temporal pretérita e inaccesible de otro modo y manera. Otra vez Collingwood ha sido quien más claramente ha llamado la atención sobre esta labor de imaginación necesaria que el historiador debe ejercitar para animar, revivir, envolver, contextualizar sus reliquias y que permite poblar racionalmente de «espectros» y «fantasmas» los relatos históricos:

Describí la Historia constructiva como la interpolación, entre las afirmaciones tomadas de nuestras autoridades [es decir: fuentes escritas de información histórica], de otras implícitas en ellas. De esta suerte, nuestras autoridades nos dicen que un día estuvo César en Roma y que en otro día posterior estuvo en las Galias; nada nos dicen sobre su viaje de un lugar al otro, pero nosotros lo interpolamos con absoluta tranquilidad de conciencia. Este acto de interpolación tiene dos características significativas. Primera, no es en modo alguno arbitrario ni meramente caprichoso: es necesario. [...] Si llenáramos la narración de los actos de César con detalles fantásticos tales como los nombres de las personas que se encontró en el camino y lo que les dijo, la construcción sería arbitraria; sería en verdad la especie de construcción que hace el novelista histórico. Pero si nuestra construcción no abarca nada que sea innecesario al testimonio histórico, entonces es una construcción histórica legítima de una especie sin la cual no puede haber historia alguna. Segunda característica, lo que se infiere de esta manera es esencialmente algo imaginado. [...] y no de otra manera nos vemos obligados a imaginar a César como habiendo viajado desde Roma hasta las Galias cuando se nos dice que estuvo en diferentes lugares en tales momentos sucesivos. A esta actividad, con su doble carácter, la llamaré imaginación *a priori;* [...] es ésta la actividad que al salvar los huecos entre lo que nuestras autoridades nos dicen, le da continuidad a la narración o descripción histórica[59].

Esa construcción forzosa y forzada de un pasado racionalmente imaginario que sirva de contexto envolvente y justificati-

[59] R. G. Collingwood, *op. cit.,* p. 233-234. Y aquí se aprecia también la función de esa homogeneidad entre sujetos operatorios que es condición de posibilidad del conocimiento histórico: asumimos que César se trasladó (físicamente) en el entreacto porque sabemos que era un hombre como nosotros y conocemos por experiencia que no hay modo de estar en dos sitios consecutivos sin traslación física en un período de tiempo.

vo de las reliquias disponibles en nuestra dimensión temporal está en el núcleo del proceso mismo de la labor científico-historiográfica. Aquí reside su componente constructivo máximo y superior: en el necesario regreso gnoseológico desde la materialidad de las reliquias presentes hasta el ámbito fenoménico pretérito que les debe servir como envoltorio imaginario. Esa construcción racional de un pasado imaginario (e imaginado) en el que fueron fabricadas las reliquias está exigido por la propia cualidad de las reliquias (que, a su vez, limitan férreamente el acto de imaginación y lo someten al imperio de su presencia y del razonamiento discursivo): restos elaborados por hombres pretéritos y, por tanto, difuntos, inexistentes, que no pueden comparecer ante nosotros para volver a fabricarlas o explicar sus razones y operaciones. Georges Duby ha recordado recientemente esta inexcusable faceta racional-imaginativa de la labor historiográfica con acierto y precisión:

He aquí que los hombres de los que me ocupo, que han vivido en el siglo XII, han dejado ciertas huellas. Algunas de ellas son totalmente «concretas», están inscritas en el paisaje, con objetos materiales que revela la arqueología [...]. Después hay otras huellas, éstas son huellas de discursos. Discursos de los contemporáneos sobre ellos mismos, palabras, signos puestos uno al lado del otro, frases. [...] Un cierto número de huellas. [...] De esta forma, yo que hablo, estoy ante esas ruinas, esos restos; algunos podemos situarlos en el espacio y en el tiempo, en un lugar impreciso, en una fecha imprecisa; hay otros que flotan, cuya localización sigue siendo muy vaga. Esto, evidentemente, es «real», un testimonio irrefutable: procede de la gente que ha vivido y actuado en otro tiempo. Lo que intento hacer, basándome en estos testimonios, es, en primer lugar, establecer cualquier tipo de relación entre estas huellas. A partir de ese momento interviene la imaginación: cuando trato de llenar estas lagunas, estos intersticios, de tender puentes y rellenar las fallas,

este no dicho, este silencio, de alguna manera, ayudándome de lo que ya sé [60].

También el historiador británico David Cannadine ha subrayado con acierto estas posibilidades y limitaciones de la labor profesional de los historiadores en cuanto «mediadores» entre el Pasado y el Presente gracias a la relación establecida entre pruebas materiales e imaginación contextualizadora:

Los historiadores son los mediadores entre el pasado y el presente. Nuestra razón de ser y nuestra profesión consiste en comprender a los hombres y a los acontecimientos en el tiempo y en comunicar esa comprensión a una audiencia más amplia, mediante nuestras enseñanzas, nuestros escritos y nuestra participación en general en el ámbito público. Pero estamos constreñidos en esta tarea no sólo por las limitaciones de las pruebas históricas disponibles y por la imaginación individual, sino también por aquellas preocupaciones contemporáneas que, de un modo u otro, inevitablemente nos afectan a todos y así influencian el tipo de historia que escribimos. Como historiadores somos (o debemos ser) los enemigos del parroquialismo temporal, territorial y cultural. Pero, como personas, estamos invariablemente ligados al tiempo, al espacio y al clima de opinión en el que vivimos y trabajamos [61].

Del mismo modo que el pasado histórico de las reliquias es una construcción racional, también resultan una construcción los fenómenos históricos desplegados y postulados por el historiador para dar cuenta racional y argumentada de esas mismas reliquias: los llamados «hechos históricos», los sucesos, los eventos, las estructuras, las instituciones, los procesos, etc.

---

[60] G. Duby y Guy Lardreu, *Diálogo sobre la Historia,* Madrid, Alianza, 1988, pp. 38-39.

[61] David Cannadine, «British History: Past, Present -and Future?», *Past and Present,* nº 116, 1987, p. 169.

Desde el punto de vista gnoseológico, el concepto de «hecho histórico» tiene una estructura similar al de «círculo cuadrado» (esto es: irracional, contradictoria, imposible y absurda): «es un hecho que Julio César cruzó el Rubicón en el año 49 a. C.»; «es un hecho la decadencia política, económica y demográfica de la Monarquía hispánica durante el siglo XVII»; «es un hecho que el general Franco ganó la guerra civil española en marzo de 1939», etc. No en vano, el concepto de «hecho» *(factum)* incluye como condición su corporeidad observable, su presencia fisicalista en la misma escala temporal del observador: un hecho tiene que poder percibirse o producirse bajo los ojos y los sentidos de quien lo percibe o lo produce, en su dimensión temporal de presente haciéndose. Por tanto, el hecho histórico, por ser pretérito, sería un hecho invisible, inobservable, un no-hecho. En efecto, el llamado «hecho» histórico no es, rigurosamente, un hecho y supone una falacia engañosa llamarlo así. En realidad, el «hecho pretérito» es una construcción fenoménica elaborada por los historiadores y destinada a contextualizar y dar razón de la existencia de un conjunto de reliquias históricas conexas y vinculadas entre sí. Es uno de los «fantasmas» necesariamente imaginados y articulados por los historiadores para servir como «envoltorios» y contextos explicativos dentro de su relato historiográfico apoyado y soportado sobre las reliquias (que sí son presentes). Y ello en absoluto desmerece su racionalidad crítica (por su carácter constructivo argumentado, coherente y referido a reliquias materiales), ni tampoco mengua la potencial verdad intrínseca (como alternativa crítica de la falsedad) de sus contenidos: Julio César sí *cruzó* (tiempo verbal impresente, denotativo del pretérito que refiere) el Rubicón el 49; el general Franco sí *venció* en la guerra civil en 1939; y la Monarquía hispánica sí *sufrió* un proceso de decadencia a lo largo del siglo XVII. La extendida falacia de denominar como «hechos

históricos» a esos fenómenos fabricados (que se convierten en «datos», «acontecimientos», «eventos» o «sucesos» históricos) sólo contribuye a dificultar la comprensión del carácter constructivo de las ciencias históricas y a oscurecer sus procedimientos operativos gnoseológicos. Como señaló al respecto con propiedad Bertrand Russell hace ya muchos años:

> Volviendo a la Historia, diremos que, a medida que nos adentramos en el pasado, la duda crece gradualmente. ¿Existió Pitágoras? Probablemente. ¿Existió Rómulo? Probablemente no. ¿Existió Remo? Casi con seguridad que no. Pero la diferencia entre la evidencia de la existencia de Napoleón y la de Rómulo es solo una diferencia de grado. Estrictamente hablando, ni la una ni la otra pueden aceptarse como simple cuestión de hecho, ya que ninguna de ambas cae dentro de nuestra experiencia directa[62].

En resolución, parece posible afirmar que la labor de investigación histórica y la redacción del relato narrativo pertinente se apoyan esencialmente sobre un modo operativo singular: la reactualización hermenéutica por parte del historiador de las reliquias y pruebas históricas disponibles y la consecuente construcción de un relato contextualizador e imaginado del pretérito en el que se generaron esas mismas reliquias y pruebas históricas. Cabe comprobar este hecho observando simplemente la práctica historiográfica actual. Por ejemplo, véase el modo en que el historiador contemporaneísta Josep Fontana relata, analiza e interpreta, sobre la base de un material documental explícito, el proceso histórico de la crisis industrial catalana tras la guerra de Independencia de 1808-1814:

---

[62] B. Russell, *Escritos básicos, 1903-1959*, recopilación de R. E. Egner y L.E. Dennon, Madrid, Aguilar, 1969, p. 912. El texto es de 1931.

Los estragos de la guerra de la Independencia, en el transcurso de la cual Cataluña fue campo de batalla constante, acabaron de arruinar una industria que había resultado seriamente dañada por las crisis anteriores. [...] Por otra parte, la lucha de las colonias americanas por su independencia y la penetración comercial de los Estados Unidos y de Gran Bretaña cerrarían el acceso a los mercados de América. Los burgueses, que se esforzaban en reconstruir sus fábricas, se encontraban sin un mercado que pudiese absorber su capacidad de producción. Antonio Buenaventura Gassó evocaba en 1816 la pasada prosperidad de la industria catalana y exclamaba: «Qué aspecto tan diverso, por no decir opuesto, presenta en el día la decadente y afligida provincia, con la falta de ocupación y el uso insultador, en miseria pública, de artefactos extranjeros». Las cifras servirán de nuevo para corroborar lo que indican los textos. Véanse las que indican el valor de las exportaciones efectuadas por los puertos catalanes en los años 1803 a 1807, comparadas con las del quinquenio 1815-1819, y expresadas en millones de reales. El valor medio anual de las exportaciones catalanas en el quinquenio 1815-1819 fue de 67,4 millones, esto es, la mitad aproximadamente de lo exportado en los años 1803 y 1804, que fueron los últimos de paz[63].

En igual sentido, es factible comprobar la presencia del mismo modo operativo de reactualización hermenéutica en la siguiente cita de un trabajo de los historiadores Javier Tusell y Genoveva García Queipo de Llano. En ella se narra y juzga, basándose en las pruebas documentales, un suceso histórico crucial: la decisión del general Franco, en junio de 1940, de mudar la neutralidad española en la guerra mundial en favor de una posición de no-beligerancia, una vez que la Italia fascista hubo entrado en el conflicto al lado de la Alemania nazi y

[63] Josep Fontana, «Formación del mercado nacional y toma de conciencia de la burguesía», en *Cambio económico y actitudes políticas en la España del siglo XIX,* Barcelona, Ariel, 1975, pp. 45-47.

cuando parecía que la suerte de las armas se volvía irremediablemente contra Francia y Gran Bretaña.

A la luz de la carta de Franco a Mussolini (que terminaba: «Os reitero la cordialidad con que aprovecharemos todas las ocasiones para ayudaros en cuanto estén a nuestro alcance. Con mis mejores votos al éxito de vuestras armas os envío el más afectuoso saludo») adquiere un nuevo sentido el paso de España de la neutralidad a la no beligerancia [...]. Fue en junio de 1940 cuando, como sabemos, por vez primera, Franco se arriesgó a tomar una posición más comprometida en el conflicto y lo hizo con la colaboración y patrocinio de la Falange y Serrano Suñer. Pero el paso a la no beligerancia, al margen de que efectivamente hubiera existido desde el principio del conflicto una estrecha amistad entre la Italia fascista y la España franquista, ¿suponía para España el primer paso para una intervención en el conflicto como lo fue para Italia? Tanto las fuentes italianas como las españolas parecen hacer pensar que la actitud española consistía en tratar de obtener el máximo de ventaja de sus aliados ideológicos y de la situación, pero tratando al mismo tiempo de evitar la propia entrada en la guerra, si ésta era evitable, fundamentalmente a causa de la muy deficiente situación militar y económica española[64].

Sobre la base de ese procedimiento gnoseológico peculiar, la historia como disciplina científico-humanista (o científico-social, si se prefiere literariamente) es también tributaria de tres principios axiomáticos y categoriales inexcusables para su constitución como tal ciencia[65]. Estos principios constitutivos de la racionalidad histórica, progresivamente elaborados

[64] Javier Tusell y Genoveva García Queipo de Llano, *Franco y Mussolini. La política exterior española durante la segunda guerra mundial,* Barcelona, Planeta, 1985, pp. 78-79.

[65] Véase por ejemplo, Harry Ritter, «History», en *Dictionary of Concepts in History,* pp. 193-200.

durante la transición del siglo XVIII al siglo XIX, constituyen el conjunto de axiomas gnoseológicos y metodológicos que el gremio de historiadores, con plena justificación, consideró y considera esenciales y definitorios de su disciplina:

1. El principio semántico de naturaleza crítica y pragmática que exije que todo relato y narración histórica debe estar apoyado y soportado sobre pruebas y evidencias materiales que sean fisicalistas, verificables, cotejables y comprobables empíricamente por los diversos investigadores. En consecuencia, toda obra historiográfica, con independencia de su necesaria estructura narrativa del formato que sea, debe articularse a partir de fuentes de información que son reliquias y testimonios del pasado finitas y fragmentarias pero disponibles en nuestro tiempo y susceptibles de observación, cotejo, estudio y análisis. Dicho principio semántico está además en el origen de la convención gremial que obliga a dar la referencia precisa para localizar sin duda o ambigüedad todo documento o material citado o utilizado en el relato historiográfico.
2. El principio determinista genético (o de negación de la magia y exclusión de la generación espontánea y de la creación *ex nihilo).* En virtud del mismo, se postula que cualquier acontecimiento humano surge, brota o emerge necesariamente a partir de condiciones previas homogéneas y según un proceso de desarrollo interno, endógeno, inmanente y secular. Por tanto, resulta imprescindible en la labor de interpretación y explicación histórica suponer que hay una concatenación genética interna de los procesos evolutivos de las sociedades humanas (de carácter causal, aleatorio o probabilístico) y deben buscarse las causas, motivos y razones de esos mismos procesos en ese orden humano y a su misma escala y proporción. El corolario de este cierre del campo de inmanencia determinista es igual-

mente necesario: se descarta la intervención de causas o factores exógenos en el devenir del curso de los procesos humanos, como pudieran ser la Divina Providencia, el supuesto Destino Manifiesto, la influencia de las conjunciones astrales, la voluntad de seres extraterrestres anónimos, o el mero azar absoluto y caprichoso.

3. El principio de significación temporal irreversible. A tenor de este axioma, la investigación y la narración históricas tienen que respetar escrupulosamente la llamada «flecha del tiempo»: la naturaleza direccional y acumulativa del paso del tiempo en sentido necesario de pasado fijo a futuro abierto y sin bucles, círculos o regresiones azarosas y caprichosas. En palabras actuales de reputados físicos: «la irreversibilidad, la ruptura de simetría entre el antes y el después»; «El tiempo no puede correr hacia atrás [...] y viaja como una flecha». Esta concepción temporal, surgida de la revolución científica y técnica de la Era Moderna, convierte a la cronología (la medida del paso del tiempo astronómico) en un vector y factor de evolución histórica irreversible e impone la exclusión de cualquier anacronismo (incompatibilidad de momentos temporales diferentes) o ucronía (ausencia de coordenadas temporales) en las interpretaciones y narraciones historiográficas[66].

En resolución, la Historia como disciplina académica pretende, puede y debe producir conocimiento científico y verdades *históricas* (esto es: no absolutas sobre el pasado) que tienen un estatuto gnoseológico y pragmático muy diferente a otros

---

[66] Las citas previas proceden de Ilya Prigogine e Isabelle Stengers, *Entre el tiempo y la eternidad,* Madrid, Alianza, 1990, p. 53; y de Peter Coveney y Roger Highfield, *La flecha del tiempo. La organización del desorden,* Barcelona, Plaza y Janés, 1992, pp. 24-25.

conocimientos que también aluden al pasado: el conocimiento mítico, el legendario, el religioso, el poético y literario, etc.

Precisamente, gracias a los modos operativos peculiares y a los resultados de la investigación histórica científica podemos discriminar el conocimiento histórico verdadero del conocimiento mítico, legendario o novelesco. Así, por ejemplo, gracias al principio semántico que exige pruebas materiales verificables para sustentar una afirmación, sabemos y conocemos que el emperador Napoleón Bonaparte que vivió entre 1769 y 1821 no es un ente de ficción arbitrario como Julián Sorel, el protagonista de la novela *Rojo y Negro* escrita por Stendhal en 1829. Y por ese mismo motivo podemos afirmar que la Roma de los Césares tiene una entidad y valor histórico de orden contradistinto al mítico Camelot del rey Arturo, puesto que las múltiples reliquias preservadas de aquélla impiden que su no-actualidad en el presente se identifique con su irrealidad e inexistencia absoluta en el pasado. También gracias al principio determinista genético sabemos que las Pirámides de Gizé en Egipto no fueron construidas por visitantes extraterrestres de inteligencia superior e inaccesible y que tampoco la conquista española de América fue el producto excelso de la Divina Providencia y su especial predilección y cariño por los Reyes Católicos. Igualmente, en virtud del principio de significación temporal, podemos detectar el anacronismo, la imposibilidad absoluta en el plano real, de que hubiera existido *Un yanqui en la corte del rey Arturo,* como rezaba la obra homónima de Mark Twain de 1889. O de que una película sobre las campañas de Atila, rey de los hunos, en el siglo V, tenga como marcos ambientales arquitecturas románicas, vestuarios renacentistas y cantos monacales gregorianos.

4. TUCÍDIDES NO ES NUESTRO COLEGA: EL ORIGEN Y EVOLUCIÓN DE LA HISTORIOGRAFÍA COMO GÉNERO LITERARIO PARTICULAR

I. EL ORIGEN DE LOS RELATOS HISTÓRICOS: DE LA TRADICIÓN ORAL AL REGISTRO ESCRITO

La mayoría de manuales sobre *Historiografía* (esto es: la Historia de los relatos históricos y sus autores) acostumbran a comenzar su narración por lo que se consideran orígenes de la disciplina en el mundo cultural helénico de los siglos VI y V a. C.: los logógrafos jonios más Heródoto y Tucídides, básicamente. En otros casos, los menos, se comienza señalando que antes de ese momento germinal existen relatos de contenido histórico en civilizaciones previas como la egipcia, la mesopotámica, la hebrea o la hindú del segundo y primer milenio antes de nuestra era. Y aún hay otros casos en los que se afirma que desde el mismo momento en que surgen comunidades humanas hay conciencia y relato histórico, aunque éste se exprese solamente mediante la palabra y en forma de cuentos, cantos y poemas que, debido al desconocimiento de la escritura, se han perdido para siempre en el olvido.

No obstante, paralelamente a esas referencias a los griegos, los egipcios o los sumerios como principio y fuente original, casi todos los especialistas coinciden en señalar que a finales

del XVIII y principios del XIX la actividad de investigación y redacción de los relatos históricos experimentó una transformación notable, de grado y calidad [67]. Algunos incluso afirman que, a partir de ese momento, el ejercicio de la Historia pasó a convertirse en una disciplina científica, bien diferente de la Historia artística y literaria que se había venido practicando hasta entonces. Y todo parece indicar que esta opinión es acertada, como trataremos de demostrar.

A juicio del historiador británico Arthur Marwick, por ejemplo, «la Historia, como disciplina académica y cuerpo de conocimientos, comienza sólo con Ranke y sus compatriotas alemanes de principios del siglo XIX». En igual sentido, el norteamericano Harry Ritter, en un diccionario de notable curso e influencia en el gremio de historiadores, afirma:

> Durante el siglo XVIII la antigua tradición de Historia como narración se fusionó con el interés erudito por los hechos y, alrededor de 1800, el concepto moderno de Historia científica cobró forma [68].

Compartiendo esta tesis en mayor o menor medida, el historiador francés Nicole Loraux ha podido afirmar sin que parezca una provocación: «Tucídides no es un colega» [69]. Porque,

---

[67] Robert Layton (ed.), *Who needs the Past? Indigenous Values and Archeology,* Londres, Unwin Hyman, 1990, especialmente la introducción del editor, «Who needs the past», pp. 1-12. John Van Seters, *In Search of History. Historiography in the Ancient World,* New Haven, Yale U.P., 1983. A. Marwick, *The Nature of History,* capítulo II. F. Châtelet, *El nacimiento de la Historia,* Madrid, Siglo XXI, 1978. 2 vols. A. Momigliano, *La historiografía griega,* Barcelona, Crítica, 1984, pp. 9-45.

[68] H. Ritter, «History», en *op. cit.,* p. 195. A. Marwick, *op. cit.,* p. 29.

[69] N. Louraux, «Thucydide n'est pas un collègue», *Quadernici di Storia,* XII, 1980, pp. 55-81, *apud,* J. Le Goff, *Pensar la Historia,* p. 32.

en efecto, la distancia entre la «Historia» contada y relatada antes y después de Ranke (por utilizar su persona como símbolo de las transformaciones operadas), es de tal grado que obliga a distinguir ambos tipos de actividad como manifiestamente distintas aunque ligadas genéticamente: la primera sería una suerte de categoría o género literario y narrativo peculiar; la segunda una auténtica disciplina científica humanística.

Cabría comenzar reconociendo el acierto de quienes afirman que todas las sociedades tienen conciencia temporal de su pasado, en una forma u otra. En efecto, el hombre es por naturaleza un ser gregario y todos los componentes de cualquier grupo humano son conscientes de que hubo un período temporal anterior a los acontecimientos vividos y recordados por cada uno de ellos individualmente. Y esto porque el grupo social es siempre heterogéneo, anómalo, en su composición: coexisten en el mismo individuos de diversas edades y con distintas vivencias propias, desde los más ancianos hasta los más jóvenes. Esta anomalía de edades, esta presencia de generaciones dentro del grupo social es la causa material, fenoménica, irreversible, de que todos sus componentes tengan una conciencia temporal del pasado. Simplemente: el nieto que convive con su abuelo sabe que éste, a su vez, fue nieto de otro abuelo en algún momento anterior y recibe a través del mismo el bagaje de recuerdos e ideas que se refieren a dicho tiempo pasado.

En consecuencia, en su propia calidad de grupo, toda comunidad humana tiene un pasado que excede al pasado individual, a la memoria biográfica de cada uno de sus miembros, a la que envuelve y conforma en gran medida. Y la conciencia y concepción de tal pasado comunitario del grupo constituye un elemento inevitable de sus instituciones, valores, ideas, ceremonias y relaciones con el medio físico y otros grupos humanos circundantes. Aquí reside la necesidad de tener una con-

ciencia del pasado comunitario y la función social de esa misma conciencia en el seno del grupo, como elemento de identificación y de orientación dentro del contexto natural y social donde se encuentre emplazado. En palabras de Goethe: «Sólo en el hombre, el hombre se conoce a sí mismo; sólo la vida enseña a cada uno lo que es»[70].

Es evidente que tal necesidad funcional de una conciencia del pasado es satisfecha en las sociedades ágrafas tanto como en las literarias con variedad de formas: la recitación de la genealogía familiar o tribal (tanto transmitida por tradición oral como escrita), el relato mítico (en calidad de cuento, poema oral épico, drama, etc.), la fábula sobre los orígenes, la leyenda sobre el tiempo germinal, la narración religiosa codificada en el libro revelado o libros sagrados, etc.

Los estudios etnográficos sobre las sociedades ágrafas existentes permiten conocer su concepción del pasado y del *tiempo* (entendiendo esta categoría como la conciencia de duración y de diferencia entre el presente y lo previo y posterior a él). Desde luego, para todas estas sociedades, el conocimiento de su pasado es «un elemento crítico de toda la vida social» y, por ello, «el conocimiento del pasado se convierte a menudo en un recurso político»[71]. No en vano del pasado proceden las técni-

---

[70] Véase al respecto las reflexiones de Robert Layton, «Introduction: Who needs the past?» en R. Layton (ed.), *Who Needs the Past? Indigenous values and Archeology,* Londres, Unwin Hyman, 1989, pp. 1-12. Cfr. A. Marwick, *op. cit.,* pp. 14-20; E. J. Hobsbawm, «The Social Functions of the Past: Some Questions», *Past and Present,* nº 55, 1972, pp. 3-17; y J. Le Goff, *Pensar la Historia,* pp. 180-182. La cita de Goethe (de *Tasso,* acto 2º, sec. 3) procede de Charles Cooley, «The Social Self», en Talcott Parsons *et al.* (eds.), *Theories of Society. Foundations of Modern Sociological Theory,* Nueva York, Free Press, 1965, p. 823.

[71] R. Layton (ed.), *op. cit.*, p. 3.

cas, los saberes y las tradiciones que permiten la mera supervivencia y reproducción del grupo comunitario. Así, por ejemplo, entre los Inuit, esquimales del Ártico, es obligatorio para todos los jóvenes el aprendizaje de los métodos que permiten sobrevivir en un medio físico de extraordinaria dureza. Y ese aprendizaje se realiza a través de prácticas y cuentos, cantos y leyendas transmitidas oralmente por los ancianos y adultos. De igual modo, en los pueblos pastores y agricultores la preservación del pasado comunitario por vía oral es una pieza esencial para legitimar, por ejemplo, el derecho a uso de la tierra y del agua, y para entender y justificar el tipo de relación establecida con otras comunidades exteriores y la extendida práctica de la exogamia matrimonial[72].

Generalmente, la conciencia temporal de estas comunidades ágrafas distingue perfectamente entre el pasado reciente (incorporado en la memoria biográfica del individuo o en la de sus inmediatos antecesores) y el pasado distante (que alude al período mítico de los orígenes o la creación). Así sucede entre los Hadza, pueblo cazador-recolector del norte de Tanzania, y entre los Kuuku yau, aborígenes de la península de Cape York, en el noreste de Australia[73]. Sin embargo, mientras los Hadza conciben lo sucedido desde la creación como una secuencia acumulativa de desarrollo y mejoramiento, los Kuuku yau lo conciben de modo estático y repetitivo. Para los Hadza los pri-

[72] Jack Anawak, «Inuit perceptions of the past»; Victor Raharijaona, «Archeology and oral traditions in the Mitongoa-Andrainjato area (Betsileo region of Madagascar)»; ambos artículos en R. Layton (ed.), *Who Needs the Past,* pp. 45-50 y pp. 189-194, respectivamente.

[73] D.K. Ndagala y N. Zengu, «From the raw to the cooked: Hadzabe perceptions of their past»; A.K. Chase, «Perceptions of the past among north Queensland Aboriginal people»; ambos artículos en R. Layton (ed.), *Who Needs the Past,* pp. 51-56 y pp. 169-179, respectivamente.

meros habitantes de la región eran gigantes que desconocían el fuego y comían carne cruda, a quienes fueron sucediendo otros pueblos que aprendieron a cazar, descubrieron el fuego, construyeron útiles y armas, iniciaron el intercambio de objetos y concluyeron alianzas matrimoniales. Por el contrario, los Kuuku yau sostienen que los espíritus creadores establecieron de una vez para siempre «el paisaje presente, su diversidad biológica y los propios ocupantes humanos aborígenes». Así pues, en las sociedades ágrafas, la concepción del tiempo como secuencia acumulativa y lineal puede coexistir con una concepción estática o cíclica. Y ambas se manifiestan en relatos míticos multiformes transmitidos por vía oral («Nuestros padres nos los enseñaron a nosotros, como sus padres les enseñaron a ellos»), con todas las limitaciones que impone la fragilidad e inconsistencia de la memoria humana[74].

Durante el III milenio a.C., el crucial fenómeno histórico del surgimiento de civilizaciones urbanas y literarias en el Creciente Fértil (Egipto y Mesopotamia) fue acompañado de la aparición de un tipo de relato escrito (en papiro, cera, madera o piedra) donde se entretejían y combinaban los mitos legendarios, los actos e intervenciones divinas y los hechos humanos seculares del pasado. Es entonces cuando propiamente se constituyó la Historia, la literatura histórica, «como una forma de narración de acontecimientos pretéritos», como una categoría o género literario y narrativo particular. Porque, no en vano, la escritura permitió superar la fragilidad de la memoria individual y dejar un registro de los hechos comunitarios permanente y transmisible a generaciones sucesivas, sin los riesgos de olvidos o deformaciones voluntarias o involuntarias que estaban

[74] Recogido por N.M. Williams y D. Mununggurr, «Understanding Yolngu signs of the past», en R. Layton, *op. cit.,* p. 78.

presentes en la transmisión oral. La escritura, en definitiva, posibilitó un desarrollo acumulativo de la tradición cultural de las sociedades, de modo que los más viejos niveles de esa propia tradición se asimilaran sin caer en el olvido. Y de este modo surgió cierta conciencia del proceso histórico a través del mero desarrollo percibido de la tradición y del fenómeno de los cambios en la misma[75]. Como ha recordado Emilio Lledó:

> Entonces hubo que dar un paso esencial: el que lleva de la oralidad a la escritura. Aquí radicaba el salto fundamental de la memoria. Porque la oralidad estaba siempre supeditada a una serie de actos –actos de habla–, condicionados a su vez al aire fonético que los articulaba y al aire histórico que les daba sustancia. La escritura superó esa inicial e inevitable claudicación de la memoria viva. [...] La solidificación de la memoria en la escritura lograría así situar el lenguaje en otro territorio que el de aquellas palabras sin sosiego que, como en la expresión homérica, «se escapaban para siempre del duro cerco de los dientes»[76].

En Egipto, los textos históricos más antiguos son las listas de reyes establecidas por los escribas y sacerdotes. La famosa *Estela de Palermo* es una inscripción de la IV dinastía *(circa* 2350 a.C.) que recogía la nómina de reyes y algunos sucesos de cada reinado, comenzando por los predecesores del faraón Menes, supuesto unificador de Egipto (3100 a.C.), y continuando la relación hasta la fecha de composición de la estela.

---

[75] J. Van Seters, *In Search of History. Historiography in the Ancient World,* pp. 1-4. Herbert Butterfield, *The Origins of History,* Londres, Methuen, 1981, pp. 19 y 44. Jack Goody y Ian Watt, «Las consecuencias de la alfabetización», en David Crowley y Paul Heyer (eds.), *La comunicación en la Historia. Tecnología, cultura, sociedad,* Barcelona, Bosch, 1997, pp. 72-82.

[76] E. Lledó, «El despertar de la memoria», *El País,* 4 de enero de 1990.

Bajo el nombre de cada gobernante se inscriben varios hechos de naturaleza diversa: siempre la altura alcanzada por la inundación anual del Nilo (medida en palmas y pies), a veces el número de habitantes y ganado censado, frecuentemente noticias sobre festividades y ofrendas religiosas, construcción de templos, victorias militares, expediciones en busca de minerales, etc. A tenor de este contenido, es evidente que la estela fue compuesta «con el fin de reflejar la gran antigüedad de la monarquía» y legitimar el poder real, garante del orden social y político que regulaba el aprovechamiento de las crecidas fluviales, tan esencial para la supervivencia de Egipto («regalo del Nilo»). Aunque también se ha hecho notar la práctica ausencia de noticias míticas en la estela, lo que sugiere otra función utilitaria menos ideológica: servir a los escribas y sacerdotes como registro ajustado de sucesos seculares, con una finalidad administrativa y como sistema de datación cronológica[77].

Esa misma ambivalencia de funciones (propagandística y administrativa) también parece estar presente en los restantes relatos históricos egipcios: en el *Canon de los Reyes de Turín* (una relación dinástica redactada en el siglo XIII a.C.), en las múltiples inscripciones reales, votivas o conmemorativas (como las grabadas en pirámides, templos u obeliscos), en los anales de los faraones donde se registraban sus campañas y triunfos militares, etc[78].

A pesar de la eclosión de la literatura histórica en Egipto, la concepción temporal correspondiente frustró la aparición de

---

[77] J. Van Seters, *op. cit.,* pp. 131-133. H. Butterfield, *op. cit.,* pp. 23-25. Cfr. Henri Frankfort, *Reyes y dioses. Estudio de la religión del Oriente Próximo en la Antigüedad en tanto que integración de la sociedad y la naturaleza,* Madrid, Alianza, 1981.

[78] J. Van Seters, *op. cit.,* pp. 153-187. H. Butterfield, *op. cit.,* pp. 44-60.

un sentido histórico lineal y evolutivo. En consonancia con el relativo aislamiento e inmutabilidad de su cultura durante milenios, los egipcios consideraban el tiempo como parte de un orden cósmico estático e inmutable tras la creación divina. De este modo, los incidentes históricos eran sólo desórdenes superficiales del cosmos o hechos recurrentes de significación inalterable. Es decir: la civilización egipcia parecía y creía vivir en un eterno presente siempre igual a sí mismo en su estructura profunda y pese a sus variaciones epidérmicas.

El tratamiento figurativo del faraón, dios viviente encargado de mantener la armonía cósmica, expresa esta idea de la eterna permanencia de las cosas pese a su cambio fenoménico: la escultura es siempre arquetípica y bastaba borrar el nombre original del faraón oferente e inscribir otro nuevo para que la figura cambiase de atribución. Del mismo modo, tal concepción temporal se reflejó en el tratamiento egipcio de la cronología. Sólo se reconocían períodos temporales de un año solar (365 días) por lo que los períodos superiores se computaban mediante los años del reinado del faraón (cada uno empezando su reinado en el año 1). Esta ausencia de sentido temporal continuo y evolutivo implicaba una diferencia radical entre los ciclos anuales regulares (claves para el culto religioso y el registro de las crecidas del Nilo) y el pasado distante (que sólo podía computarse vagamente mediante las listas reales). En el siglo III a.C., Manetho, un sacerdote que ya escribía en griego, compilaría la primera lista de todos los faraones y los dividiría en grupos dinásticos, haciendo posible para los egiptólogos el uso de esas listas como criterio de datación cronológica aproximada[79].

[79] G. J. Whitrow, *Time in History. Views of Time from Prehistory to the Present Day,* Oxford, University Press, 1988, pp. 24-29. John Baines, «Ancient Egyptian concepts and uses of the past: 3rd to 2nd millennium BC evi-

Al igual que en Egipto, también las culturas mesopotámicas (sumeria, babilónica, asiria...) generaron multitud de relatos escritos en los que se encuentra esa misma mezcla de sucesos míticos, religiosos, seculares y dinásticos. Por ejemplo, en Sumeria, desde el 2100 a.C. se elaboraron listas cronológicas de reyes con la misma funcionalidad dual que las egipcias: servir como sistema de datación para la práctica administrativa y como elemento de legitimación del estado monárquico. Con este último propósito, la *Lista de Reyes Sumerios* relataba el descenso de la realeza del cielo para fundar la primera ciudad-Estado y la repetición de ese acto después de que una inundación fluvial hubiera arrasado la tierra [80].

El mismo propósito de apología del poder real benefactor y protector se advierte en las inscripciones reales votivas y conmemorativas y en los anales que narraban las campañas militares de los reyes asirios e hititas. De las listas reales parece haber surgido posteriormente un nuevo género historiográfico: la *crónica,* «una narración de sucesos políticos o religiosos ordenados cronológicamente y fechados de acuerdo con los años de reinado de un monarca». La famosa serie de *Crónicas de Babilonia* fue compuesta en el siglo VIII a.C. y destaca por la precisión y relativa objetividad de sus contenidos seculares, en los cuales apenas hay intervención divina, implicaciones religiosas o intención de halago al rey o al Estado. Así ha podido decirse que estas crónicas «no parecen tener otra función que la de registrar con cuidado los hechos pasados» y son producto de

dence», en R. Layton, *Who Needs the Past,* pp. 131-149. Sobre las distintas concepciones del tiempo y su medida véase Angela García Blanco, *Descubriendo el tiempo,* Madrid, Museo Arqueológico Nacional, 1996.

[80] H. Frankfort, *Reyes y dioses,* p. 259 y 423.

«una tradición académica sin función propagandística o de glorificación monárquica»[81].

En el caso del antiguo pueblo de Israel, la preocupación por el pasado y la preservación de la conciencia histórica colectiva es incluso un precepto de su religión recogido en el libro revelado, donde se encuentra la siguiente exhortación de Moisés a los hebreos:

> Trae a la memoria los tiempos pasados,
> Atiende a los años de todas las generaciones;
> Pregunta a tu padre, y te enseñará;
> A tus ancianos, y te dirán:
> Cuando distribuyó el Altísimo su heredad entre las gentes,
> Cuando dividió a los hijos de los hombres,
> Estableció los términos de los pueblos
> Según el número de los hijos de Dios. *(Deuteronomio,* 32, 7-8).

Tradicionalmente, se ha venido sosteniendo que los hebreos fueron el primer pueblo de la Antigüedad que adoptó una concepción lineal del tiempo, opuesta a la visión cíclica o estática de las otras culturas circundantes. Esta novedosa concepción se basaría en la idea teleológica de la historia humana como revelación gradual del plan de Dios (desde su alianza con el pueblo elegido hasta la llegada del Mesías); idea supuestamente reflejada en los distintos libros que componen el Antiguo Testamento. Tal concepción se habría legado al cristianismo y, a su través, habría constituido la base de la idea moderna occidental del tiempo (una vez eliminada su dimensión divina).

---

[81] Sobre la historiografía mesopotámica, seguimos las tesis de J. Van Seters, *In Search of History,* capítulo 3, especialmente pp. 55-99 (lista de reyes sumeria) y 80-82 (crónicas de Babilonia).

Sin embargo, recientemente se ha puesto de manifiesto que esa concepción temporal lineal y consecutiva no es privativa de la literatura hebraica y que en ésta tampoco están ausentes concepciones cuasi-cíclicas del pasado. En cualquier caso, lo que sí parece claro es que en Israel, durante el siglo VI a.C., apareció una narración histórica genuinamente secular y crudamente realista, ajena a intervenciones divinas directas y explicativa de las causas y curso de los acontecimientos humanos relatados. Así sucede, por ejemplo, en la llamada «Narrativa de la sucesión» (libro segundo de *Samuel,* 9-20), que trata del surgimiento de la monarquía hereditaria en Israel y de la fracasada rebelión de Absalón contra su padre, el rey David[82]. En dicha obra, se describe del siguiente modo la batalla final entre las tropas del rey y las de su hijo y la terrible muerte de éste:

David revistió sus tropas y puso al frente de ellas jefes de millares y de centenas; una tercera parte, a las órdenes de Joab; una tercera, a las de Abisaí, hijo de Sarvia, hermano de Joab; y la otra tercera, a las de Itai, de Gat. [...] Salió, pues, la gente al campo contra Israel, y trabóse la batalla en los bosques de Efraím. Allí sucumbió el pueblo de Israel ante los seguidores de David, y se hizo una gran matanza, de veinte

---

[82] J. Van Seters, *op. cit.,* capítulo 7, quien considera que el autor del Deutoronomio fue «el primer historiador conocido de la civilización occidental que merece este nombre», aunque tuvo la desgracia de permanecer anónimo y de que su obra fuera desmenuzada en varios libros canónicos de la religión hebrea (pp. 359-362). Cfr. H. Frankfort, *Reyes y dioses,* pp. 355-359. Lionel Kochan, «Judaísmo. Recuerda los días antiguos...», *El Correo de la Unesco,* marzo 1990, pp. 25-29. Resulta significativo que Robert Stinson inicie su notable antología de textos históricos con la rebelión de Absalón: *The Facies of Clio. An Anthology of Classics in Historical Writing from Ancient Times to the Present,* Chicago, Nelson-Hall, 1987. Véase también la reflexión de Erich Auerbach sobre esa Historia bíblica: *Mímesis. La representación de la realidad en la literatura occidental,* México, FCE, 1982, pp. 24-27.

mil hombres. Extendióse allí la lucha por la superficie de todo el país, y fueron más los que devoró el bosque que los que había devorado la espada. Al encontrarse Absalón con los servidores de David, iba Absalón montado sobre un mulo, y, al penetrar el mulo bajo el follaje de una gran encina, se le enganchó la cabeza en la encina, quedando él suspendido entre el cielo y la tierra, mientras el mulo sobre el que cabalgaba seguía adelante. Vio esto uno, y le dijo a Joab: «He visto a Absalón pendiente de una encina». Joab le dijo: «¿Y por qué no le echaste a tierra, y yo te hubiera regalado diez siclos de plata y un talabarte»? Pero aquel hombre le dijo: «Aunque me pesaras mil de plata, no pondría yo la mano sobre el hijo del rey, pues bien oímos todos que a ti, a Abisaí y a Itai os dijo el rey: Guardadme a Absalón. Además, haría la traición a mi vida, pues al rey nada se le esconde, y tú mismo testificarías contra mí». Joab dijo entonces: «No será así, sino que yo mismo lo atravesaré delante de ti»; y tomando tres dardos en sus manos, se los clavó en el corazón a Absalón cuando aún estaba vivo en el cogollo de la encina. Cercáronle luego diez mozos, escuderos de Joab, que hirieron a Absalón, acabándole[83].

II. LA HISTORIOGRAFÍA CLÁSICA EN GRECIA Y ROMA

La aparición de ese género de literatura histórica en Israel es contemporáneo del surgimiento de un tipo similar de relato histórico en Grecia, también a lo largo del siglo VI y V a.C. Evidentemente, esta floración de la historiografía clásica griega fue consecuencia y manifestación de la eclosión cultural que dio origen paralelamente a la Filosofía, la Geometría y la Aritmética, la tragedia y la comedia, etc. De igual modo, dicha eclosión fue precedida y originada por la generalización de la eco-

[83] Libro Segundo de *Samuel,* 18, 1-15.

nomía monetaria y mercantil, la crisis del gobierno aristocrático, el surgimiento de las tiranías y democracias en las ciudades-Estado, y los cambios religiosos y rituales consecuentes. En definitiva, como han subrayado muchos autores, la difusión del racionalismo crítico intelectual y de la nueva conciencia cívica de la polis griega fueron auténticos parteros de la historiografía griega. Es decir: la historiografía clásica fue un resultado más de la progresiva trituración del mito por parte del logos que tuvo lugar en el ámbito helénico entre los siglos VI y V a.C. [84].

Bajo la rúbrica de *logógrafos* se agrupa un conjunto de escritores del Asia Menor griega que anticipan a Heródoto con sus relatos de acontecimientos pasados en los que quiere estar ausente el mito y la leyenda. El más conocido de ellos, Hecateo de Mileto (fines del siglo VI a.C.), exponía así el propósito de su obra *Genealogías* (de las grandes familias míticas):

> Escribo estas cosas en la medida en que me parecen verídicas; de hecho, las leyendas de los griegos son numerosas y ridículas, por lo menos en mi opinión.

Ciertamente, la subsecuente historiografía griega va a caracterizarse por ese enfrentamiento al mito en aras de un relato racionalista, crítico, inmanentista y secular, resultado de la in-

---

[84] François Châtelet, *El nacimiento de la Historia,* Madrid, Siglo XXI, 1978, vol. I. H. Butterfield, *The Origins of History,* pp. 130-137. J. Van Seters, *op. cit.*, capítulo 2. J. P. Vernant, *Los orígenes del pensamiento griego,* Buenos Aires, Eudeba, 1965, especialmente, p. 39. J. Fontana, *Historia,* pp. 17-18. Arnaldo Momigliano, «Historiografía griega», en A. Momigliano, *La historiografía griega,* Barcelona, Crítica, 1984, pp. 9-45. Stephen Usher, «Greek Historiography and Biography» en M. Grant y R. Kitzinger (eds.), *Civilization of the Ancient Mediterranean. Greece and Rome,* vol. 3, Nueva York, Scribner's, 1988, pp.1525-1540.

vestigación y averiguación personal por parte del autor, que pretende ser «verdadero» y no fabuloso ni ficticio, ni imaginario. La Historia nace así como actividad instalada conscientemente en una perspectiva de logicidad y racionalidad universal, que sólo está dispuesta a admitir un conocimiento demostrativo, apodíctico y convincente. Y surge como tal oponiéndose a las narraciones de Homero y Hesíodo en cuanto que son mitos, entendiendo éstos como «un relato tradicional que refiere la actuación memorable y ejemplar de unos personajes extraordinarios en un tiempo prestigioso y lejano» (definición de Carlos García Gual). En resolución, la Historia brota de la crítica racional hacia unos sistemas mitológicos esparcidos por la Hélade y que aparecen en aquella época de transición y cambio profundo como mutuamente contradictorios y genéricamente ridículos respecto a la realidad, incapaces de seguir cumpliendo su funcionalidad socio-histórica tradicional. Georges Dumézil ha definido cuál fuera ésta con las siguientes palabras:

> La función de la clase particular de leyendas que son los mitos es, en efecto, expresar dramáticamente la ideología de que vive la sociedad, mantener ante su conciencia no solamente los valores que reconoce y los ideales que persigue de generación en generación, sino ante todo su ser y su estructura mismos, los elementos, los vínculos, los equilibrios, las tensiones que la constituyen, justificar, en fin, las reglas y las prácticas tradicionales sin las cuales todo lo suyo se dispersaría[85].

[85] Georges Dumèzil, *El destino del guerrero,* México, Siglo XXI, 1971 , p. 15. J. Van Seters, *In Search of History,* pp. 8-12. Carmine Ampolo, «Heródoto, un narrador extraordinario», *El Correo de la Unesco,* marzo 1990, pp. 16-19. Moses I. Finley, «Mito, memoria e historia», en *Uso y abuso de la historia,* Barcelona, Crítica, 1976, capítulo 1. C. García Gual, *Introducción a*

Heródoto de Halicarnaso *(circa* 480-425 a.C.) y el ateniense Tucídides *(circa* 460-400 a.C.) son los exponentes más notables y representativos de la historiografía clásica helénica. Ambos continuaron y acentuaron el respeto a las dos exigencias del relato histórico establecido por Hecateo: la forma narrativa y la pretensión de veracidad. Y con ellos quedó constituida la Historia como una categoría y género literario racionalista y contradistinto del relato mítico y fabuloso, enfrentado a él en la voluntad de búsqueda de la «verdad» de los acontecimientos humanos en el propio orden humano, sin intervención sobrenatural y apelando a una inmanencia causal en la explicación de los fenómenos; un género literario dotado además de una musa inspiradora particular: Clío.

Heródoto, exiliado de su ciudad por motivos políticos y tras haber viajado por Asia Menor y Egipto, escribió un gran relato («el primer gran libro en prosa») sobre el origen y desarrollo de las guerras médicas que habían terminado en el 479 a.C. Esa narración sobre un tema político y militar casi coetáneo (donde sólo se hablaba de «sucesos de los hombres» y no estaban presentes los dioses) se completaba con largos excursos en los que relataba la geografía, creencias, instituciones y costumbres de otros pueblos (lidios, escitas, egipcios...) que también habían ido cayendo bajo el dominio de Persia. Tituló su obra *Historias,* en el sentido entonces corriente de «investigaciones», «indagaciones» o «averiguaciones», tal y como dejó escrito en su famoso párrafo proemial:

---

la mitología griega, Madrid, Alianza, 1992. H. Butterfield, *op. cit.,* p.134. H.E. Barnes, *A History of Historical Writing,* Nueva York, Dover, 1962, pp. 26-27. Véase también la introducción y el capítulo 1 (Grecia) de Donald R. Kelley a su excelente antología de textos históricos: *Versions of History from Antiquity to the Enlightenment,* New Haven, Yale University Press, 1991.

Esta es la exposición del resultado de las investigaciones de Heródoto de Halicarnaso para evitar que, con el tiempo, los hechos humanos queden en el olvido y que las notables y singulares empresas realizadas, respectivamente, por griegos y bárbaros —y, en especial, el motivo de su mutuo enfrentamiento— queden sin realce[86].

El término *Historia,* como ya hemos visto, derivaba del sustantivo *ístor,* «el que ve», el testigo ocular y presencial, ya utilizado por Homero en la *Ilíada* (siglo IX a.C.). Heródoto lo aplicó a su obra porque su relato sobre un pasado cercano y crucial (no sobre un pasado mítico, «prestigioso y lejano») se fundamentaba ante todo en la observación personal y directa: «digo lo que he visto». Y si esa observación personal no hubiera sido posible, se fundamentaba en la información proporcionada por testigos oculares y fidedignos, debidamente contrastados unos con otros siempre que hubiera tenido ocasión y posibilidad[87]. De hecho, a partir de Heródoto, la historiografía griega se ocupará esencialmente de conocer y escribir sobre el pasado reciente y contemporáneo porque éste es el único capaz de ser observado o recordado personalmente y a través de testigos fiables. Y el recurso a ambas observaciones y testimonios se presentaba como el único método para obtener la «verdad» so-

---

86 *Historia,* Madrid, Gredos, 1977, libro I, p. 85. Traducción de Carlos Schrader e introducción de Francisco Rodríguez Adrados. Cfr. A. Momigliano, «Historiografía griega» y «El lugar de Heródoto en la historia de la historiografía», ambos en *Historiografía griega,* capítulos 1 y 7. Fernando Sánchez Marcos es autor de una selección comentada de textos históricos, entre otros de los griegos, de gran valor didáctico: *Invitación a la Historia: de Heródoto a Voltaire,* Barcelona, Publicaciones Universitarias, 1988.

87 A. Momigliano, *op. cit.,* pp.14-15 y 46-48. Cfr. Jorge Lozano, *El discurso histórico,* pp. 15-25. M. I. Finley, *Uso y abuso de la historia,* capítulo 1. A. Momigliano, «Herodotus Today», *Storia della Storiografia,* nº 7, 1985, pp. 3-5 (número monográfico dedicado a Heródoto).

bre el pasado cercano, en tanto que opuesto a los tiempos legendarios y míticos.

Pocos años después de Heródoto, Tucídides relató en la *Historia de la guerra del Peloponeso* el dilatado conflicto entre Atenas y Esparta por la hegemonía en Grecia, en el cual había participado hasta que un fracaso militar le obligó a exiliarse de Atenas. Al igual que Heródoto, su narración se refiere a un crucial suceso recientísimo y se basa en la observación personal y las fuentes orales fidedignas, como señala explícitamente:

> Respecto a los hechos que tuvieron lugar en la guerra, no me pareció bien escribirlos enterándome de ellos por cualquiera ni tampoco exponiendo mi propia opinión, sino que busqué en todos los casos la mayor exactitud posible, tanto en aquellos que presencié, como en aquellos de los que supe por otros. La investigación resultaba, no obstante, laboriosa, porque los testigos presenciales de los acontecimientos daban noticias diferentes sobre unos mismos hechos, según el interés personal o la memoria que cada uno tuviera[88].

Sin embargo, hay un aspecto en el que la obra de Tucídides difiere de la elaborada por el «padre de la historia»: su relato elimina totalmente los aspectos etnográficos presentes en su antecesor y se concentra en los aspectos políticos, militares y constitucionales de los avatares y sucesos humanos, sobre los cuales es posible una observación directa y fidedigna que permite una narración intencionalmente veraz. Este giro de Tucídides marcará profundamente el desarrollo posterior de la historiografía clásica grecorromana, que versará esencialmente sobre asuntos de orden político, diplomático y militar. Y a ello

---

[88] *Historia de la guerra del Peloponeso,* Madrid, Akal, 1989, I, 22. Traducción de Luis M. Macía Aparicio. Las dos citas posteriores de Tucídides están, respectivamente, en la misma página 22 y en el libro II, p. 40.

se debe, en gran medida, el gran prestigio de Tucídides en la Antigüedad y, luego, entre los historiadores empirio-positivistas del siglo XIX, como superior en fiabilidad y rigor a Heródoto, erróneamente acusado de crédulo o incluso embustero [89]. No obstante, debe señalarse que el relato histórico de Tucídides, como el de sus sucesores clásicos, es más verosímil que verdadero, como demuestra el gusto por la transcripción de discursos supuestamente pronunciados por los protagonistas históricos en momentos claves. En palabras del propio Tucídides:

Respecto a todo lo que de palabra dijeron unos y otros cuando iban a combatir o cuando ya estaban en combate, resultaba difícil reflejarlo con exactitud, tanto para mí, respecto a lo que yo mismo oí, como para los que me daban noticias de ello, fuera cual fuera su fuente, así que las transcribo tal como a mi entender tendría que manifestarse cada uno en tales circunstancias, procurando ajustarme lo más posible al sentido general de lo que realmente se dijo.

En consonancia con ese principio, más en aras del efecto retórico y ejemplarizante que de la verdad, Tucídides puso en boca de Pericles la conmovedora oración fúnebre por los jóvenes atenienses muertos en combate por su ciudad que era a la par un hermoso canto al sistema democrático que regía en la polis:

Tenemos un régimen político que no envidia las leyes de los vecinos y somos más bien modelo para algunos que imitadores de los demás. Recibe el nombre de democracia, porque se gobierna por la mayoría

---

[89] A. Momigliano, «Historiografía sobre tradición escrita e historiografía sobre tradición oral» y «El lugar de Heródoto», en *op. cit.,* pp.94-104 y 135-145.

y no por unos pocos; conforme a la ley todos tienen iguales derechos en los litigios privados y, respecto a los honores, cuando alguien goza de buena reputación en cualquier aspecto, se le honra ante la comunidad por sus méritos y no por su clase social. [...] Amamos la belleza con sencillez y el saber sin relajación, y usamos nuestra riqueza como medio de acción más que como motivo de jactancia.

Después de Tucídides, el cultivo de la Historia en Grecia experimentó un retroceso cualitativo, simultáneo con la crisis de la polis como entidad estatal y cívica. Las obras de Jenofonte, Calístenes, Eforo, Teopompo (todos del siglo IV a.C.) y los historiadores del período helenístico (Estrabón o Diodoro de Sicilia, por ejemplo) constituyen en la mayor parte de los casos, en palabras de Moses Finley, una «pedestre enumeración de sucesos», un «vehículo de propaganda política» o un «recurso a los sentimientos». Como han señalado otros autores, por aquellos tiempos de crisis política la influencia de las artes retóricas «se posesionó de la historiografía» y estimuló los relatos donde se hacía «resaltar lo trágico, lo dramático, las pasiones desatadas», tratando de «conquistar al auditorio conmoviéndolo y deleitándolo al mismo tiempo»[90]. Aún así, la mejor tradición historiográfica griega se perpetuó y enlazó con la romana a través de un pequeño grupo de autores entre los que destacan Polibio y Plutarco.

Polibio (*circa* 200-118 a.C.), aunque nacido en Megalópolis, fue educado en Roma junto con el millar de jóvenes nobles griegos expatriados tras la supresión de una revuelta antirromana. Esa circunstancia, junto con su amistad con Escipión

---

[90] Moses I. Finley, *Los griegos de la Antigüedad,* Barcelona, Labor, 1980. Cfr. S. Usher, *op. cit.,* passim. Las últimas citas proceden de Jorge Luis Cassani y A. J. Pérez Amuchástegui, *Del «epos» a la historia científica. Una visión de la historiografía a través del método,* Buenos Aires, Ábaco, 1982, pp. 63-64.

Emiliano, le permitió escribir su gran obra *Historias.* En ella relata la rápida expansión de Roma hasta conquistar casi todo el mundo conocido, desde el inicio de la Segunda Guerra Púnica (219 a.C.) hasta la destrucción de Cartago (146 a.C.) [91]. Su voluntad de explicación causalista y no meramente cronística queda patente en una de sus afirmaciones más conocidas y apreciadas:

> He aquí por qué los que escriben las historias y los que las leen no deben preocuparse tanto de la narración de los mismos hechos como de aquellos que les son anteriores, presentes o futuros. Ya que si se suprime de la historia el por qué, el cómo, el gracias a quién sucedió lo que sucedió y si el resultado fue lógico, lo que queda es un ejercicio, pero no una lección. De momento deleita, pero es totalmente inútil para el futuro. [...] Afirmamos, en efecto, que las partes más importantes de la historia son lo que se sigue de los hechos, de inmediato o a cierta distancia, y, principalmente, sus causas [92].

Por su parte, Plutarco de Queronea (45-123 d.C.) cultivó el género biográfico con sus *Vidas paralelas,* una serie de biografías parejas de un héroe griego y otro romano (Alejandro y César, Demóstenes y Cicerón...), organizando el relato según un eje cronológico y con la intención de definir el carácter del personaje más que su contexto histórico [93].

---

[91] Polibio, *Historias,* Madrid, Gredos, 1981. Traducción de M. Balasch Recort e introducción de A. Díaz Tejera. A. Momigliano, «Polibio, Posidonio y el imperialismo romano» y «Los orígenes de la historia universal», en *op. cit.,* pp. 226-238 y pp. 274-278.

[92] Polibio, *op. cit.,* libro III, 31, 11-13 y 32, 6-7, pp. 307-308.

[93] A. Momigliano, *op. cit.,* pp. 24-25. Voz «Plutarch», en J. Cannon (ed.), *The Blackwell Dictionary of Historians.* F. Sánchez Marco, *Invitación a la Historia,* pp. 48-49.

Esta tradición historiográfica clásica, transmitida de Grecia a Roma, cumplía básicamente una triple función social. Primeramente, constituía una fuente de instrucción moral, tanto cívica como religiosa: era una suerte de filosofía moral enseñada mediante ejemplos. En segundo lugar, contribuía a la educación y formación de los políticos y gobernantes, en su calidad de *magistra vitae* y espejo de lecciones políticas, militares y constitucionales. Polibio había definido claramente esta función: «Del aprendizaje de la Historia resultan la formación y la preparación para la vida política (y) la rememoración de las peripecias ajenas es la más clarividente y la única maestra que nos capacita para soportar con entereza los cambios de fortuna». Finalmente, proporcionaba un entretenimiento intelectual para los cultos (los pocos que leían) y servía de apoyatura y soporte para el aprendizaje de las artes retóricas y oratorias, absolutamente claves para el desenvolvimiento de los ciudadanos en la vida política grecorromana [94]. Siguiendo esos principios, el griego Luciano de Samosata (siglo II) sintetizó en su opúsculo «Cómo debe escribirse la historia» las virtudes que había de reunir el historiador clásico:

Así debe ser para mí el historiador: intrépido, incorruptible, libre, amigo de la libertad de expresión y de la verdad, resuelto, como dice el cómico al llamar a los higos, higos, al casco, casco, que no rinda tributo ni al odio ni a la amistad, ni omita nada por compasión, pudor o

[94] A. Momigliano, «Los historiadores del mundo clásico y su público», *op. cit.,* pp. 105-121. T. P. Wiseman, «Classical Historiography», en Christopher Holdsworth y T. P. Wiseman (eds.), *The Inheritance of Historiography, 350-900,* Exeter, University, 1986, pp. 1-6. Denys Hay, *Annalists and Historians. Western Historiography from the Eight to the Eighteenth Century,* Londres, Methuen, 1977, pp. 3-11. La cita de Polibio en *op. cit.,* libro I, 1, 2, pp. 55-56.

desagrado, que sea un juez ecuánime, benévolo con todos para no adjudicar a nadie más de lo debido, forastero en sus libros y apátrida, independiente, sin rey, sin que se ponga a calcular qué opinará éste o el otro, sino que diga las cosas como han ocurrido[95].

Los cuatro grandes historiadores romanos perpetuaron los rasgos definitorios y las funciones de la historiografía griega: Julio César (100-44 a.C.), Cayo Salustio (87-34 a.C.), Tito Livio (59 a.C.-17 d.C.) y Cornelio Tácito *(circa* 52-120 d.C.). Todos ellos, al igual que los llamados historiadores menores (Cornelio Nepote, Suetonio, Dión Casio, Amiano Marcelino, etc.), compusieron relatos racionalistas y verosímiles sobre temas políticos y militares contemporáneos, respetando el principio de inmanencia causal explicativa y con un acentuado propósito ejemplarizante, educativo o legitimador[96].

Así, la obra de César está formada por comentarios (escritos en tercera persona) sobre su destacada participación en dos acontecimientos claves: *La guerra de las Galias* narra sus campañas para conquistar esa provincia, mientras que *La guerra civil* relata su lucha contra Pompeyo y el partido senatorial durante la crisis final de la República. Salustio, coetáneo y protegido de César, es autor de *La conjuración de Catilina* (la rebelión proyectada por ese patricio contra el Senado) y de *La guerra de Yugurta* (la campaña romana contra el rey de Numidia). Por su parte, Tito Livio superó en su obra la contemporaneidad y remontó su

---

[95] Luciano, «Cómo debe escribirse la historia», en *Obras,* Madrid, Gredos, 1990, p. 400. Traducción y notas de J. Zaragoza Botella.

[96] *Historiadores latinos,* Madrid, Edaf, 1970. Prólogo de Emiliano Aguado. Jenaro Costas Rodríguez (coord.), *Antología de textos historiográficos latinos,* Madrid, UNED, 1981. Ronald Mellor, «Roman Historiography and Biography» en M. Grant y R. Kitzinger (eds.), *Civilization of the Ancient Mediterranean,* vol. III, pp.1541-1562. Denys Hay, *ibidem.*

relato hasta los orígenes míticos de Roma: *Ab Urbe Condita* es una historia patriótica de la ciudad desde su fundación (752 a.C.) hasta la implantación del Imperio con Augusto. Finalmente, el aristócrata Tácito narró los truculentos avatares políticos del Imperio (con clara nostalgia republicana) en sus dos obras maestras: los *Anales,* crónica del reinado de los emperadores Julio-Claudios (desde Tiberio a Nerón, 14-68 d.C.), y las *Historias,* dedicadas a los emperadores Flavios (desde el 69 al 96) [97].

No cabe duda que en Roma la conexión entre relato histórico y política fue mucho más estrecha que en el caso griego, quizá como resultado de la mayor potencia y ubicuidad del Estado romano en comparación con las polis helénicas. Sea como fuere, la pretensión griega de veracidad en el relato histórico se tiñó notoriamente de parcialidad en la obra de los cultivadores romanos. Ello se aprecia claramente en el relato autojustificativo de César y también en los juicios moralistas prorrepublicanos de Tácito, a pesar de su famosa declaración de haber escrito la historia de los emperadores *sine ira et studio* (sin encono partidista y con meditada reflexión). Por consiguiente, no es extraño que los primeros casos conocidos de censura histórica y persecución política contra historiadores se registrasen en Roma: en tiempos de Tiberio, los libros de Historia del senador Cremucio Cordo fueron quemados en público y su autor se suicidó; bajo Domiciano, un historiador de obra desconocida, Ermógenes de Tarso, fue asesinado junto con sus copistas por haber escrito cosas que desagradaron al emperador. Pese a ello, ningún historiador clásico hubiera objetado nada de la tantas

---

[97] R. Mellor, *ibidem.* Robert Stinson, *The Facies of Clio,* capítulos 4 y 5. Voz «Classical Historiography», en John Cannon (ed.), *The Blackwell Dictionary of Historians.* Jean-Marie André y Alain Hus, *La Historia en Roma,* Madrid, Siglo XXI, 1983.

veces citada definición de Historia formulada por el patricio Marco Tulio Cicerón *(De Oratore,* II, 9, 36, escrita en el 55 a.C.): «testigo verdadero del tiempo, luz de verdad, memoria de la vida, maestra de la vida»; ni tampoco hubiera cuestionado su *dictum:* «¿Quién no sabe que la primera ley de la historia es no atreverse a decir nada falso? ¿Y por consiguiente decir todo lo que es verdad?»[98].

Los dos rasgos definitorios de la historiografía clásica, su acentuado moralismo y su nítido carácter retórico, están plenamente reflejados en la siguiente cita de los *Anales* de Tácito, donde se relata el comienzo de la rebelión de las legiones romanas asentadas en Panonia (actual territorio de Hungría) después de la muerte del emperador Augusto. En un análisis antológico de este pasaje, Erich Auerbach ha subrayado la operatividad de esos dos rasgos que informan todo el texto: primeramente, presentando un fenómeno histórico bajo un prisma moral, donde actúan vicios y virtudes humanas o la fortuna y el destino; y en segundo lugar, recurriendo a las reglas retóricas para crear orden, claridad y efectividad dramática en la narración, con los discursos, ficticios, sirviendo para la dramatización intuitiva *(illustratio)* del episodio.

Así estaban las cosas en Roma, cuando estalló entre las legiones panónicas una rebelión, no por causas nuevas de cualquier índole, sino porque el cambio que se efectuaba en el trono ofrecía una ocasión para el levantamiento, y la posible guerra civil esperanzas de beneficios. En el mismo campamento de verano había tres legiones, cuyo comandante, Junio Blaeso, había ordenado interrumpir los acostumbrados trabajos al recibir la noticia de la muerte de Augusto y de la

---

[98] A. Momigliano, «Los historiadores del mundo clásico y su público», en *op. cit.,* pp. 115-117. Las citas de Cicerón se recogen en J. Le Goff, *Pensar la Historia,* p. 112.

elevación de Tiberio al trono, para celebrar los días de duelo y de fiesta consiguientes. Con esto, la tropa perdió el orden y la obediencia; empezó a prestar oído a discursos soliviantadores, a desear una vida más cómoda y ociosa, y a oponerse al trabajo y a la disciplina. En el campamento se hallaba un cierto Percenio, que había sido con anterioridad jefe de una claque de teatro, y era ahora soldado raso: poseía una labia desvergonzada y cierta habilidad para dirigir multitudes, a causa de su antiguo oficio. Este empezó a amotinar gradualmente, en reuniones nocturnas, a gentes inexperimentadas que concebían inquietudes por la situación en que se vería la profesión de soldado después de la muerte de Augusto. También solía hacerlo hacia el anochecer, una vez que los más inteligentes se habían ido, reuniendo alrededor suyo a los peores. Finalmente, cuando ya había conseguido muchos partidarios y cierto número de auxiliares para la rebelión, ordenó una reunión general, como si fuera comandante en jefe, y dirigió a los soldados las siguientes preguntas: ¿por qué obedecían como esclavos a un pequeño número de centuriones y a otro aún menor de tribunos? ¿cuándo se atreverían a exigir mejoras en su situación si no lo hacían ahora, ejerciendo presión por medio de peticiones y amenaza armada sobre un príncipe nuevo e inseguro de su posición? [...] La multitud tributó un ruidoso aplauso; y a cada uno de ellos se le hicieron patentes sus propias miserias: éste señalaba las huellas de azotes, aquél su cabello gris, la mayoría sus ropas destrozadas y sus cuerpos desnudos [...] [99].

Fuera del ámbito cultural greco-romano y sin contacto con él, en China también cristalizó contemporáneamente un género histórico-literario de modo autónomo. Una venerada tradición hace del gran moralista y filósofo Confuncio (551-479

---

[99] Erich Auerbach, *Mímesis. La representación de la realidad en la literatura occidental,* pp. 39-46. Véase al respecto la introducción de José Luis Moralejo a la obra de Tácito y su traducción: *Anales* (libros I-VI), Madrid, Gredos, 1984.

a.C.) el padre de la Historia en el mundo cultural chino. A tenor de la misma, además de las notas sobre los tiempos pretéritos incluidas en la obra confuciana (los seis libros *Clásicos),* este influyente reformador religioso habría sido el autor de una crónica sobre el reino de Lou, su propia patria natal[100].

Al margen de ese egregio precedente, la aparición en China de un relato histórico similar al griego clásico se retrasó hasta el siglo I a.C. De esta época es el conjunto de libros llamado *Shih-chi* (Memorias Históricas), compuesto hacia el año 85 a.C. por Sse-ma Ch'ien, un funcionario de la corte de los emperadores Han. Respondiendo a su origen cortesano, la obra recogía biografías imperiales, genealogías dinásticas, listas de dignatarios, noticias políticas y militares, datos administrativos, etc. Desde entonces, el trabajo de Sse-ma Ch'ien se constituyó en un modelo fielmente reproducido por la subsecuente tradición historiográfica china hasta la misma desaparición del último emperador en 1911. En definitiva, la Historia en China estuvo consagrada a preservar la memoria del Estado y tuvo un evidente papel pragmático y utilitario: se convirtió en un «espejo de comprensión para gobernar».

Una de las características más llamativas de la historiografía china, quizá derivada de su propio origen y función burocrático-imperial, fue la preocupación por la exactitud cronológica y el detalle cronométrico. El historiador en la corte china llegó a ser un funcionario del tiempo, cuya labor principal era situar los distintos sucesos en el eje temporal con precisión y rigor. Esa prioridad máxima tuvo como efectos derivados una menor

---

[100] Richard Wilhelm, *Confucio,* Madrid, Alianza, 1970. Jean Lagerwey, «El confucianismo», en F. Châtelet y G. Mairet (eds.), *Historia de las ideologías,* Madrid, Akal, 1989, pp. 60-65. Sobre la historiografía china véanse las ajustadas reflexiones de Charles-Olivier Carbonell, *La historiografía,* cap. 4.

profundización en la búsqueda de las causas de los fenómenos y una escasa perspectiva histórica general y sintética. De hecho, habría que esperar hasta muy tarde para que Sse-ma Kuang (1019-1086) redactase la primera historia general de China (que abarcaba desde el siglo V a.C. al siglo X d.C.).

III. HISTORIA Y TEOLOGÍA EN LA EDAD MEDIA

En el ámbito occidental, la tradición historiográfica clásica sufrió una ruptura radical a medida que se acentuó la desintegración política del Imperio romano en el siglo IV y a la par que el monoteísmo cristiano alcanzaba el rango de religión oficial del moribundo Estado romano (312: conversión del emperador Constantino; 380: edicto del emperador Teodosio). Y ello porque el «historiador» cristiano, tanto tardorromano como medieval, entenderá la Historia no como una investigación secular, causal, inmanente y racionalista de los hechos humanos, sino como «la contemplación alegórica de la voluntad divina», como la realización del plan preparado por Dios para la salvación de los hombres desde la Creación y hasta el Juicio Final, pasando por el momento clave de la Encarnación del Hijo de Dios.

Con el triunfo definitivo del cristianismo, esa perspectiva religiosa de naturaleza teocrática, esa conexión esencial del curso humano con la voluntad divina tal y como se revelaba en el Antiguo y Nuevo Testamento, se convirtió en clave interpretativa omnipresente y omnipotente para la percepción de la Historia. De tal perspectiva religiosa surgió también lo que se ha llamado «interpretación figural» característica de la historiografía cristiana medieval. Erich Auerbach ha definido con

precisión este concepto «figural» de la realidad humana propio del cristianismo antiguo y medieval:

Para la mencionada concepción, un episodio que haya tenido lugar sobre la tierra, sin perjuicio de su fuerza real concreta «aquí y ahora», no sólo se implica a sí mismo, sino también a otro, al que anuncia o repite corroborándolo. La conexión entre episodios no es imputada a una evolución temporal o causal, sino que se considera como la unidad dentro del plan divino, cuyos miembros y reflejos son todos episodios; su unión terrenal inmediata y recíproca tiene escasa significación, y su conocimiento es muchas veces ocioso para la interpretación [101].

A tenor de esa cosmovisión teológica, los relatos del Antiguo Testamento se transformaron en «figuras», anuncios y prefiguraciones de la encarnación de Cristo y los hechos del Nuevo Testamento. Así, el sacrificio de Isaac pasó a ser una figura o profecía del sacrificio de Cristo, en tanto que la creación de Eva a partir de la costilla de un Adán dormido anunciaba la creación de la Iglesia a partir de la herida en el costado de Cristo crucificado y exánime. Y, aún más importante para la historiografía, los sucesos venideros tras la pasión y muerte de Cristo pasaron a contemplarse como resultado de la Divina Providencia, con la Iglesia y sus santos defendiendo la fe contra la acción de Satanás y sus servidores, que acechaban de múltiples formas a los hombres para tentarles a cometer el mal, renegar de la salvación y la gracia y recaer en el Pecado Original. Esta apertura del ámbito de las acciones humanas a la intervención y dirección de lo sobrenatural, lo milagroso y lo maléfico significaba en la práctica la mayor ruptura cristiana

[101] Erich Auerbach, *Mímesis,* p. 523; el desarrollo de la idea «figural» cristiana en pp. 46-54 y 75-78.

respecto a la tradición historiográfica clásica. No en vano reducía a la nada el principio de inmanencia genética y causal racionalista que había surgido contra las interpretaciones míticas y legendarias.

Bajo las nuevas condiciones históricas de la sociedad medieval europea (ruralizada, dividida entre señores y siervos, fraccionada en reinos y principados, unificada religiosamente por la Cristiandad), no cabía lugar para una narración política laica e inmanentista al estilo clásico, tal y como había sido practicada por los historiadores grecorromanos. Y a tono con el nuevo poder temporal e intelectual asumido por la Iglesia en ese mundo medieval, las funciones sociales de la historiografía clásica pasarían a ser cumplidas por una teología de contenidos históricos para la cual el *speculum historiale* mostraba simplemente el desenvolvimiento de la Divina Providencia: «la acción del hombre bajo la mirada vigilante de Dios», en palabras insuperables de Emile Mâle. El gran sistematizador de esa teología histórica será San Agustín (354-430), obispo de Hipona, en su influyente obra *La Ciudad de Dios.* La misma fue redactada después del saqueo de Roma por Alarico (410) y estaba destinada a demostrar que el final del Imperio ni podía achacarse a los cristianos ni suponía un revés para una Iglesia que había sido integrada en las estructuras burocráticas imperiales [102].

---

[102] Denys Hay, *Annalists and Historians. Western Historiography from the Eight to the Eighteenth Century,* capítulo 2. Roger Ray, «Historiography, Western Europe», en *Dictionary of the Middle Ages* (J. R. Strayer, ed.), Nueva York, Scribner's, 1985, vol. 6, pp. 258-265. H. Ritter, «History», *op. cit.,* p. 195. E. Mâle, *Religious Art in France. The Thirteenth Century,* Princeton, University Press, 1984, pp. 26-27. Emilio Mitre, «Historia y pensamiento histórico en la transición al Medievo», en *Historiografía y mentalidades históricas en la Europa medieval,* Madrid, Universidad Complutense, 1982, pp. 25-66.

El providencialismo omnicomprensivo que informa toda la historiografía medieval (que hace de Dios el director presciente de la Historia del mundo y juez supremo de las acciones humanas) se revela en dos notas fundamentales certeramente apuntadas por el medievalista Eloy Benito Ruano:

1. La noción de que la Historia es un ente ordenado y orgánico, un desarrollo lógico, con fases señaladas y fin previsto. Se elimina de su concepción todo carácter de indeterminación e irracionalidad. Su proceso no es el de un mecanismo ciego y fatal, sino un despliegue consciente que se verifica de acuerdo con el esquema trazado en la mente divina: *carmen pulcherrimus.* Organicidad y teleología son los predicados de esta condición.
2. El sentido único de estímulo o de consecuencia moral que tienen los hechos mismos, ya como móviles de la acción divina, ya como instrumentos de su misma justicia: determinando unas veces el premio o el castigo y siendo otras ejecución de aquella o esta decisión del Señor[103].

Una de las consecuencias de la teología histórica cristiana fue la generalización de una idea de tiempo lineal y secuencial, cuyos tres momentos esenciales venían dados por la Creación, la Encarnación y la futura Segunda Venida de Jesucristo. Esa concepción temporal, junto con la necesidad de establecer las fechas exactas de cada festividad religiosa (particularmente la Pascua), estimularon el gran interés por la cronología y los cómputos cronológicos que refleja toda la historiografía medieval. Por otro lado, en consonancia con el carácter y vocación universalista de su religión, los historiadores cristianos,

---

[103] Eloy Benito Ruano, «La historiografía en la Alta Edad Media española», *Cuadernos de Historia de España* (Buenos Aires), vol. XVII, 1952, pp. 50-104. La cita en pp. 55-56.

básicamente monjes y clérigos, abandonaron el relato clásico sobre temas contemporáneos en favor de la crónica universal, extendida desde los tiempos de Adán y hasta el propio presente del redactor.

El modelo indiscutido de todas las crónicas cristianas fue establecido por Eusebio (*circa* 260-340), obispo de Cesarea, en su obra *Chronographia,* escrita en griego. La Crónica de Eusebio de Cesarea estaba formada por dos libros complementarios. El primero contenía un resumen de toda la historia universal hasta el triunfo del cristianismo bajo Constantino, empezando con el relato bíblico e incorporando la historia mesopotámica, egipcia y grecorromana. El libro segundo, llamado el Canon, proporcionaba unas tablas sincrónicas de correspondencias entre las fechas bíblicas (a partir del nacimiento de Abraham, «3184 años después de Adán, el primer hombre»: el 2016 a.C.) y los sistemas cronológicos precristianos: las listas de reyes mesopotámicos y egipcios, las olimpiadas griegas, la serie de cónsules romanos, etc. Y dentro de las columnas de fechas paralelas así formadas, se recogían los acontecimientos históricos más notables de la época [104].

La obra de Eusebio fue traducida al latín y ampliada hasta el 380 por san Jerónimo, obispo de Milán, y bajo ese formato (la *Crónica* de San Jerónimo) se convirtió en una pieza casi canónica de la cronografía e historia cristiana. Así, por ejemplo, sirvió de modelo y base de datos para los *Siete libros de historia contra los paganos* del clérigo hispanorromano Paulo Orosio (418) y para la muy extendida *Chronica Mundi* de san Isidoro (560-636), prolífico obispo de Sevilla [105].

---

[104] Véase la introducción de Argimiro Velasco Delgado a la obra de Eusebio de Cesarea, *Historia eclesiástica*, Madrid, B.A.C., 1973, vol. 1.

[105] Denys Hay, *op. cit.,* pp. 22-23. Roger Ray, *ibidem.* E. J. Bickerman,

Eusebio fue también el iniciador de otros dos géneros muy caros a la historiografía medieval, tanto en su temática como en su estilo: la historia eclesiástica y la hagiografía. Su *Historia de la Iglesia* narraba la expansión del cristianismo desde los tiempos de Cristo hasta el bautismo del emperador Constantino (hecho por el propio Eusebio), prestando atención especial a las persecuciones y martirologios, a la lucha contra las herejías y a la sucesión de obispos. El estilo de este relato, como el de la Crónica, era sencillo, directo y comprensible por todos los creyentes, respondiendo al *sermo humilis* (el estilo humilde) presente en la Biblia y como rechazo de la elaborada retórica historiográfica grecorromana. Además, la obra inauguró la práctica de reproducir por extenso documentos pertinentes y citar textos de autores previos reconociendo su procedencia, en contraste con el procedimiento narrativo de los clásicos. En ambos aspectos, la subsecuente historia eclesiástica que florecerá en el Medievo será deudora principal de Eusebio. Por otro lado, su *Vida de Constantino* significó no sólo la continuación del género biográfico sino la piedra fundacional de la hagiografía: el relato de la vida de los santos para perpetuar su memoria entre los fieles y servirles de inspiración y ejemplo. También en este caso, la semilla plantada por Eusebio tendrá un enorme desarrollo posterior. El tenor de la concepción y práctica historiográfica de Eusebio queda bien reflejada en la introducción a su historia de la Iglesia:

Es mi propósito consignar las suceciones de los santos apóstoles y los tiempos transcurridos desde nuestro Salvador hasta nosotros; el nú-

---

Chronology of the Ancient World, Londres, Thames & Hudson, 1968, pp. 87-88. Bernard Guenée, *Histoire et culture historique dans l'Occident médiéval,* París, Aubier-Montaigne, 1980. Carmen Orcástegui y Esteban Sarasa, *La Historia en la Edad Media,* Madrid, Cátedra, 1991.

mero y magnitud de los hechos registrados por la Historia eclesiástica y el número de los que en ella sobresalieron en el gobierno y la presidencia de las iglesias más ilustres, así como el número de los que en cada generación, de viva voz o por escrito, fueron los embajadores de la palabra de Dios; y también quiénes y cuántos y cuándo, sorbidos por el error y llevando hasta el extremo sus novelerías, se proclamaron públicamente a sí mismos introductores de una mal llamada ciencia y esquilmaron sin piedad, como lobos crueles, al rebaño de Cristo. [...] Por lo tanto, nosotros, después de reunir cuanto hemos estimado aprovechable para nuestro tema de lo que esos autores mencionan aquí y allá, y libando, como de un prado espiritual, las oportunas sentencias de los viejos autores, intentaremos darle cuerpo en una trama histórica y quedaremos satisfechos con tal de poder preservar del olvido las sucesiones, si no de todos los apóstoles de nuestro Salvador, siquiera de los más insignes, que aún hoy en día se recuerdan en las Iglesias más ilustres [106].

A pesar del predominio de las crónicas universales, la Historia eclesiástica y la hagiografía, los historiadores cristianos medievales no dejaron de practicar un tipo de relato más «terrenal», político y vagamente inspirado por los clásicos. De este modo, la desaparición del Imperio y la institucionalización de los reinos germánicos dio origen a una serie de obras (todas en latín, lengua franca de la Cristiandad) que narraban los avatares de las nuevas monarquías en el marco de una interpretación cristiana y providencialista de la Historia. Así, el obispo Grego-

---

[106] Eusebio de Cesarea, *Historia eclesiástica,* Madrid, B.A.C., 1973, pp. 4 y 6. Traducción de Argimiro Velasco Delgado. H. E. Barnes, *A History of Historical Writing,* 2ª ed., Nueva York, Dover, 1962, pp. 60-63. Denys Hay, *op. cit.,* pp. 29-31. Averil Cameron, «Historiography, Byzantine», y M. H. King, «Hagiography», ambos en *Dictionary of the Middle Ages,* vol. 6. E. Mitre, *Historiografía y mentalidades históricas en la Europa medieval,* pp. 35-36.

rio de Tours (530-594) compuso una *Historia de los francos;* su homólogo sevillano, san Isidoro, redactó una *Historia de los godos, vándalos y suevos;* Beda el Venerable (673-735), monje del monasterio de Jarrow escribió la *Historia de la Iglesia y el pueblo de Inglaterra;* y Paulo, diácono del monasterio de Montecasino, publicó su *Historia de los lombardos* a finales del siglo VIII.

El carácter y formato de todas esas crónicas alto-medievales cristianas puede apreciarse cabalmente en la llamada *Crónica Albeldense,* compuesta hacia el 881 en la corte ovetense de Alfonso III el Magno. Considerada como la primera de las producidas en el reino de Asturias, dicha crónica es también el primer texto histórico redactado en la España cristiana después de la destrucción del reino hispano-visigótico por la invasión musulmana. Su sencillez estilística, verismo descriptivo y confeso providencialismo no anulan su «deliberado propósito de relatar, magnificándola y justificándola ideológicamente, la historia del reino asturiano» (en palabras del medievalista Juan Ignacio Ruiz de la Peña):

Primero en Asturias reinó Pelayo, en Cangas, durante dieciocho años. Éste, según dijimos más arriba, llegó a Asturias expulsado de Toledo por el rey Vitiza. Y una vez que España fue ocupada por los sarracenos, éste fue el primero que inició la rebelión contra ellos en Asturias, reinando Yusef en Córdoba y cumpliendo Munnuza en la ciudad de Gijón las órdenes de los sarracenos sobre los astures. Y así por él es aniquilado el enemigo ismaelita, junto con Alkama, y hecho prisionero el obispo Oppa, y a la postre es muerto Munnuza. Y así, desde entonces se devolvió la libertad al pueblo cristiano. Además, en aquella ocasión, los de la hueste sarracena que se libraron de la espada, al derrumbarse un monte en la Liébana, fueron aplastados por sentencia de Dios, y por la divina providencia surge el reino de los astures. Murió el dicho Pelayo en el lugar de Cangas, en la era de 755.

Su hijo Favila reinó dos años. Éste, llevado por su ligereza, fue muerto por un oso.
Alfonso, yerno de Pelayo, reinó dieciocho años. Éste fue hijo de Pedro, duque de Cantabria. Y cuando vino a Asturias, tomó por esposa a Hermesinda, hija de Pelayo, por iniciativa del propio Pelayo. Y cuando recibió el reino, hizo muchas guerras con la ayuda de Dios. Además, las ciudades de León y Astorga, que estaban en poder de los enemigos, las ocupó victorioso. Los que llaman Campos Góticos, hasta el río Duero, los asoló y extendió el reino de los cristianos. Fue amado por Dios y por los hombres. Murió de muerte natural.
Su hijo Fruela reinó once años. Consiguió victorias, pero fue de condición áspera. A su hermano, llamado Vímara, lo mató por rivalidades en torno al reino. Más tarde fue muerto también él, por su carácter feroz, en Cangas, en la era 806.
Aurelio reinó siete años. Bajo su reinado los siervos que se rebelaron contra sus amos, apresados por obra suya, fueron reducidos a la inicial servidumbre. También en su tiempo Silo, el futuro rey, tomó por esposa a Adosinda, hermana del rey Fruela, con la que más tarde alcanzó el trono. Mas Aurelio murió de muerte natural[107].

Con las transformaciones socio-económicas y políticas que se inician en el siglo XII, la historiografía medieval, sin dejar de ser cristiana, experimentó un proceso de secularización notable. El crecimiento de las ciudades, la recuperación de la economía monetaria y mercantil, las reformas monásticas, la fundación de las universidades, el fortalecimiento de las monarquías

[107] Fragmento de la Crónica Albeldense (nombre derivado del monasterio riojano donde apareció un manuscrito de la crónica) recogido en la obra *Crónicas asturianas,* Oviedo, Universidad, 1985, pp. 247-248. La traducción de las mismas es de José Luis Moralejo, la edición crítica de Juan Gil Fernández, y el estudio preliminar de Juan Ignacio Ruiz de la Peña. La cita de éste en el texto en p. 41.

y la cristalización de la nobleza cortesana y caballeresca, tuvieron su reflejo en la aparición de nuevos géneros históricos y en el creciente uso de lenguas vernáculas como medio expresivo de la historiografía[108].

Así, por ejemplo, la crónica universal cristiana fue parcialmente reemplazada por crónicas sobre los nacientes Estados monárquicos europeos: en 1139 Geoffrey de Monmouth redactó la *Historia de los reyes de Inglaterra* (origen del ciclo de leyendas sobre el rey Arturo y la Tabla Redonda); entre 1270 y 1280 el rey Alfonso X el Sabio hizo componer la *Crónica General de Espana;* en 1274, también bajo patrocinio real, los monjes de Saint Denis comenzaron la publicación de las *Grandes Chroniques de France;* y en 1334 Alfonso IV de Portugal editó la *Crónica Geral.* En todas estas obras, el moralismo ejemplarizante que había impregnado la cronística alto-medieval se tiñó de un acentuado patriotismo identificado con la lealtad dinástica y de un explícito sentido pragmático de tradición clásica. Como se razonaba en el prólogo a la hispánica *Crónica de Juan II:* «todo príncipe conviene mucho leer los hechos pasados para ordenanza de los presentes y providencia de los venideros». Por su parte, en Italia y Alemania, donde el florecimiento de las ciudades-Estados frustró la aparición de construcciones estatales superiores, la crónica universal fue sustituida por una cronística urbana de larga vida posterior: Génova poseyó una crónica oficial de la ciudad desde el siglo XII, Padua desde

[108] Véase la introducción de Donald R. Kelley a su selección de textos históricos: *Versions of History from Antiquity to the Enlightenment,* New Haven, Yale University Press, 1991, cap. 5 («The Middle Ages»). Anders Piltz, *The World of Medieval Learning,* Oxford, Blackwell, 1981, pp. 49-51 y 125-149. Dietrich Gerhard, *Old Europe. A Study of Continuity, 1000-1800,* Nueva York, Academic Press, 1981, cap. 3. E. Mitre, «Mutación histórica e historiografía en la plenitud del Medievo», en *op. cit.,* pp. 77-96.

1262, Venecia desde el siglo XIV, en tanto que Núremberg se enorgullecía de la crónica de Hartmann Schedel (que sería impresa en 1493) y Florencia de la crónica de Giovanni Villani (impresa en 1573).

Por otro lado, durante la Baja Edad Media, al compás de la grave crisis que sufrió la teocracia pontificia (cisma de Aviñón del siglo XIV), surgió también una historiografía más secularizada y menos providencialista sobre sucesos contemporáneos. Su exponente clave fueron las *Crónicas* de Jean Froissart *(circa* 1337-1410) sobre la Guerra de los Cien Años. Su obra constituye un celebrado retrato de ese largo conflicto bélico entre los reyes de Francia y los monarcas de Inglaterra escrito en una prosa rica y elaborada, siempre muy atenta a los ideales caballerescos y a los estilos de vida y conducta de la aristocracia europea del siglo XIV [109].

Pocos años después de la culminación de la obra de Froissart, una larga tradición historiográfica llegaba a su traumático final en 1453. Durante el largo milenio de su existencia, desde el siglo V al siglo XV, Bizancio, el imperio romano de Oriente, había sido abrigo y refugio para el cultivo de una forma de Historia muy notoria y prestigiada durante la Edad Media. En gran medida, la corte de Constantinopla fue escenario desde el principio de una fructífera combinación y fusión de la vieja tradición histórica greco-romana y de la nueva concepción providencialista cristiana. De la primera se heredó sobre todo un es-

---

[109] Denys Hay, *Annalists and Historians,* pp. 59 y 65-67 (sobre las crónicas reales), 75-83 (sobre Froissart y las crónicas urbanas). J. Le Goff, *Pensar la Historia,* pp. 67-68. R. Stinson, *The Facies of Clio,* cap. 7. H. E. Barnes, *A History of Historical Writing,* p. 71 y 76. E. Mitre, «Actitudes históricas y cambios políticos en el Occidente bajomedieval», en *op. cit.,* pp. 117-153. Carlos M. Rama, *La historiografía,* Barcelona, Montesinos, 1981, pp. 108-110.

tilo literario y retórico muy similar al de Polibio, en tanto que la segunda proporcionó un sólido marco interpretativo de naturaleza teológica. Los historiadores bizantinos se reclutaron principalmente de las filas de la burocracia civil y religiosa y de la aristocracia imperial, lo que dejó su reflejo en los centros de interés básicos de sus obras: temas políticos y militares en paridad con asuntos eclesiásticos y administrativos [110].

Uno de los grandes historiadores de Bizancio fue Procopio de Cesarea *(circa* 490-575), secretario del conde Belisario, el estratega y artífice de la efímera expansión territorial por el Mediterráneo occidental que tuvo lugar durante el reinado del emperador Justiniano en el siglo VI. Precisamente, la obra magna de Procopio fue el relato de esas campañas militares victoriosas en el norte de África, sur de Italia y la España levantina: la *Historia de las Guerras.* Poco tiempo después, Procopio también redactó una *Historia Arcana* (Historia secreta, sólo publicada póstumamente) en la que, casi al modo de Tácito, retrataba con crudeza y unas dosis de malicia las intrigas y complots de la exuberante corte de Justiniano y la emperatriz Teodora.

Otro ejemplo notable del carácter de la historiografía bizantina fue la obra de Anna Comnena (1083-1148?), hija del emperador Alejo I, fundador de la nueva dinastía de los Comneno. Esta peculiar historiadora relató en su libro *Alexiada* la vida y obra de su propio padre durante la crítica segunda mitad del siglo XI. Fue entonces cuando el Imperio Bizantino se vio azotado por masivas invasiones de pueblos orientales converti-

---

[110] Véanse los comentarios de Donald R. Kelley en su capítulo titulado «Byzantine Extensions» dentro de su antología *Versions of History,* pp. 105-116. Cfr. Averil Cameron, «Historiography, Byzantine», en Joseph R. Strayer (dir.), *Dictionary of the Middle Ages,* Nueva York, Charles Scribner's sons, 1985, vol. 6, pp. 242-248; y J. L. Cassani y A. J. Pérez Amuchástegui, *Del «epos» a la historia científica,* pp. 132-143.

dos al islam y hubo de pedir ayuda militar al papado de Roma para resistir el asalto, dando origen a la primera de las Cruzadas (1096-1099). Otro alto funcionario imperial, Nicetas Choniates, fue testigo presencial y relator del último momento de existencia de la milenaria cultura romana de Bizancio: el asedio y conquista de Constantinopla por las tropas turcas otomanas de Mehmed II en 1453.

El cultivo de la Historia en la civilización árabe y musulmana estuvo unido desde el principio a la religión rigurosamente monoteísta predicada por el profeta Mahoma desde el año 622. Puesto que el islam es sumisión a la voluntad omnipotente del único Dios, la Historia musulmana sólo pudo ser durante mucho tiempo el relato de sucesos y hechos humanos previstos y queridos por la Providencia, de modo básicamente análogo a la teología cristiana medieval. Ello no obstante, la religión musulmana manifestó un gran respeto por la Historia previa y posterior. No en vano Mahoma se presentaba como el último eslabón de una cadena de profetas y el *Corán,* el libro revelado musulmán, contiene muchas advertencias derivadas de las lecciones de la Historia [111].

Bajo esa concepción religiosa, las primeras obras históricas musulmanas estuvieron centradas en la recolección de los dichos y actos del profeta (los *hadith* o hadices), que, junto con el Corán, pasarían a conformar la ley islámica (la *Sariah* o Sharia).

---

[111] Maurice Gaudefroy-Demombynes, *Mahoma,* Madrid, Akal, 1990. Mohammed-Allal Sinaceur, «La ideología del Islam», en F. Châtelet y G. Mairet (eds.), *Historia de las ideologías,* pp. 161-174. Una breve y ajustada presentación de la historiografía árabe en Charles-Olivier Carbonell, *La historiografía,* cap. 6; R. Stephen Humphreys, «Historiography, Islamic», en J. R. Strayer (dir.), *Dictionary of the Middle Ages,* vol. 6, pp. 249-255; y J. L. Cassani y A. J. Pérez Amuchástegui, *Del «epos» a la Historia científica,* pp. 143-149.

Ibn Ishaq (muerto en el 768) fue el primer biógrafo conocido del profeta con su *Vida de Mahoma,* escrita a partir de todas las fuentes y testimonios disponibles con gran cuidado en la narración cronológica, fidelidad en la transcripción de noticias directas e indirectas, pero notoria credulidad y falta de filtro crítico en su aceptación. Las mismas características predominan en otro género muy querido por la historiografía musulmana: las vidas de hombres sabios y devotos y de los califas de los reinos islámicos. Es el caso de la *Necrología de los hombres ilustres* redactada por Ibn Kallikan (muerto en el 1282); de la *Historia de los profetas y los reyes* (más conocida como los *Anales)* de Al-Tabari (838-923); o de la *Historia de las dinastías musulmanas* escrita por Ibn At-Tiqtaqa (muerto hacia el 1301). No en vano la función de la Historia en la cultura musulmana, además de dar cuenta de la expansión de la verdadera religión por todo el mundo, consistía básicamente en transmitir las sentencias de los sabios, referir sus virtudes y talentos, y enseñar a las autoridades los secretos del gobierno y de la guerra.

Dentro de ese panorama relativamente inmutable, una figura señera y extraña sobresale en la historiografía musulmana por su alto grado de secularización y racionalidad crítica: el tunecino Ibn Jaldún (1332-1406). Como autor de una crónica de historia universal, Ibn Jaldún redactó un prefacio e introducción (la *Muqaddimah)* que reflejaba una concepción y metodología histórica muy novedosa y premonitoria. El comienzo de ese apartado reza así:

Debe saberse que la Historia, en verdad, es información sobre la organización social de los hombres, sobre la civilización. Trata de las condiciones que influyen en la naturaleza de las civilizaciones, por ejemplo, el salvajismo y la sociabilidad, los sentimientos de grupo y los diferentes modos en los que un grupo humano consigue la suprema-

cía sobre otros. Trata de la autoridad real y de las dinastías que se constituyen y de los rangos que existen dentro de ellas. Y trata también de las varias formas de trabajo y modos de vivir, de las ciencias y las artes que los hombres realizan como parte de sus actividades y esfuerzos, y de todas las otras instituciones que se originan en la misma civilización por su propia naturaleza.

Sin embargo, se trató de una genial «figura solitaria» sin influencia real en la historiografía musulmana u occidental contemporánea o posterior y cuya obra sólo sería descubierta y valorada a partir de la segunda mitad del siglo XIX [112].

IV. EL RENACIMIENTO Y LA APARICIÓN DE LA ERUDICIÓN CRÍTICA HISTÓRICA

Durante los siglos XV y XVI, las transformaciones socio-políticas, económicas y culturales que dieron origen al Renacimiento en Europa posibilitaron una recuperación gradual de la práctica historiográfica al estilo grecorromano. No en vano la expansión de la economía mercantil, las innovaciones tecnológicas (entre ellas, el reloj, clave para una nueva concepción temporal secuencial), la formación de los Estados modernos y los grandes descubrimientos geográficos fueron acompañados de dos fenómenos culturales transcendentales: la recepción de obras clásicas (originales o desconocidas) gracias a la diáspora de gramáticos bizantinos tras la caída de Constantinopla ante

---

[112] Ibn Jaldún, *Introducción a la Historia universal,* México, FCE, 1977, traducción de J. Feres. Cfr. Yves Lacoste, *El nacimiento del Tercer Mundo: Ibn Jaldún,* Barcelona, Península, 1971; J. Le Goff, *Pensar la Historia,* pp. 80-83, y P. Pagés, *Introducción a la Historia,* pp. 127-130.

los turcos (1453); y la invención de la imprenta (1455) y consecuente multiplicación y divulgación de la producción bibliográfica. En su conjunto, esas transformaciones redujeron sustancialmente la influencia y poder terrenal del papado y significaron un debilitamiento del control eclesiástico sobre el universo intelectual de Europa (manifiesto en el declive del estudio de las «ciencias divinas» en paralelo a la expansión del movimiento humanista concentrado en el estudio de las «letras humanas» greco-romanas). En particular, el descubrimiento de América en 1492 y el progresivo conocimiento de las culturas precolombinas supuso un fortísimo golpe a la cosmovisión cristiana medieval por cuanto significaba la incipiente trituración de las explicaciones literales bíblicas sobre la Historia humana: ¿Habían estado los animales americanos en el Arca de Noé? ¿Cómo habían llegado los apóstoles a ese continente si de verdad el cristianismo era una religión católica (universal)? [113].

En ese nuevo contexto de oscurecimiento de la tutela teológica, los humanistas renacentistas redescubrieron la cultura clásica en su forma original y, entregándose a su estudio, interpretación y traducción a lenguas vernáculas, generaron una nueva conciencia histórica: «un sentido de la perspectiva temporal ... nacido a la par que los pintores italianos comenzaban a representar las figuras de acuerdo con las leyes de la perspectiva espacial». Al menos desde Petrarca (1304-1374), la conciencia de anacronismo, de «sentido de la discontinuidad histórica», de necesaria atención a las circunstancias de tiempo y lugar como magnitudes significativas e irrecusables, fue abriéndose paso entre los humanistas. Todo ello al compás de una transcenden-

[113] G. Bueno, «La teoría de la esfera y el descubrimiento de América», *El Basilisco,* nº 1 (segunda época), 1989, pp. 3-32.

tal periodización profana de la Historia de estructura ternaria (Antigüedad, Medievo y Modernidad), cuyo origen religioso pudiera estar en el esquema de las tres edades (del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo) propugnado por el fraile visionario Joaquín de Fiore en el siglo XII [114].

En definitiva, mediante sus estudios y traducciones, los humanistas renacentistas empezaron a comprender que los acontecimientos de la Historia antigua y los bíblicos estaban separados de su propia época no sólo por el transcurso del tiempo sino también y sobre todo por la diferencia radical en las condiciones de vida. Y de ese modo, la experiencia intelectual del cambio de los procesos culturales a lo largo del tiempo, la atención a la distancia temporal y al tiempo pasado como tiempo extraño, hicieron brotar la conciencia y perspectiva histórica. En esta transformación, no cabe olvidar el poderoso influjo de la nueva máquina para medir el tiempo que se popularizó a fines del siglo XIV en las ciudades: el reloj mecánico, caracterizado por su regularidad, precisión y constancia. Una máquina situada, según Lewis Mumford, en «el origen mismo de la técnica moderna»:

> Las nubes que podían paralizar el reloj de sol, el hielo que podía detener el reloj de agua una noche de invierno, no eran ya obstáculos para medir el tiempo: verano e invierno, de día o de noche, se daba uno cuenta del rítmico sonar del reloj. [...] La medición del tiempo pasó

[114] Delno C. West y Sandra Zimdars-Swartz, *Joaquín de Fiore. Una visión espiritual de la historia,* México, FCE, 1986. La idea de una Edad Media parece proceder de Cristóbal Keller, autor en 1688 de una obra que dotaba de unidad al período transcurrido entre Constantino el Grande y la caída de Constantinopla en poder turco: *Historia medii aevi a temporibus Constantini Magni ad Constantinopolim a Turcis captam.* Cfr. J. I. Ruiz de la Peña, *Introducción al estudio de la Edad Media,* Madrid, Siglo XXI, 1984, pp. 46-47.

al servicio del tiempo, al recuento del tiempo y al racionamiento del tiempo. Al ocurrir esto, la eternidad dejó poco a poco de servir como medida y foco de las acciones humanas [115].

La República de Florencia fue la cuna de los primeros historiadores humanistas que reactualizaron en sus obras el modelo clásico de relato profano, racionalista e inmanentista, bajo el nuevo paradigma de la conciencia de perspectiva temporal y sentido del anacronismo. Leonardo Bruni, canciller de la ciudad, redactó entre 1415 y 1444 sus *Doce libros de historia florentina* basándose y citando extensamente documentos de los archivos oficiales. Nicolás Maquiavelo (1469-1527), que fuera secretario de la cancillería, escribió en la misma línea su propia *Historia de Florencia* y un famoso ensayo histórico-político de gran influencia posterior: *El Príncipe.* Finalmente, Francesco Guicciardini (1483-1540), embajador de la República, publicó una *Historia de Italia* que comenzaba en 1494, fecha del inicio de la intervención militar francesa en la península y de la nefasta internacionalización de los conflictos entre las ciudades italianas.

En consonancia con la naturaleza de sus autores (funcionarios y políticos) y con la influencia de los modelos clásicos, la historiografía florentina era básicamente política, militar y diplomática, sin pretensiones moralizantes o religiosas (de ahí el

---

[115] Lewis Mumford, *Técnica y civilización,* Madrid, Alianza, 1982, pp. 29-34 (la cita en p. 31). Denys Hay, *Annalists and Historians,* pp. 87-92. Harry Ritter, «Anachronism», en *Dictionary of Concepts in History.* Donald R. Kelley, *Foundations of Modern Historical Scholarship,* Nueva York, Columbia University Press, 1970, *passim.* Del mismo autor, véase *Versions of History from the Antiquity to the Enlightenment,* texto número 61 (Joachim of Flora) y capítulo 6 (The Renaissance). Lucien Febvre y Henri-Jean Martin, *La aparición del libro, 1450-1800,* México, Uteha, 1962. E. Mitre, «Formulaciones trinitarias y especulación histórica en el Occidente medieval» en *op. cit.,* pp. 97-115.

llamado realismo amoral maquiavélico), pero con intención de enseñar lecciones políticas a los ciudadanos y gobernantes y de legitimar derechos ejercidos o pretendidos por la República. Y a la par, estaba escrita con esmero literario, preocupación estilística y apoyatura en la documentación archivística oficial[116].

El modelo historiográfico florentino tuvo su eco y reflejo entre los historiadores humanistas del resto del continente. De este modo, imitando sus características formales y metodológicas, surgió una notable producción histórica (multiplicada y difundida por la imprenta) que difería sensiblemente de la historiografía bajo-medieval precedente. Además, también se produjo un cambio notable en la procedencia y composición social de los nuevos autores de historias: entre ellos abundaban cada vez más los elementos laicos y cortesanos frente a los clérigos. Así, el jurista francés Jacques Auguste de Thou (1553-1617) escribió una profana *Historia de su tiempo* que la curia romana incluyó en el *Index Librorum Prohibitorum;* el católico germano Beatus Rhenanus (1486-1547), discípulo de Erasmo de Rotterdam, publicó una *Historia de los asuntos alemanes;* William Camden (1551-1623) fue autor de unos *Anales de historia inglesa e irlandesa en el reinado de Isabel;* Jerónimo

---

[116] H. E. Barnes, *A History of Historical Writing,* pp. 101-111. Denys Hay, *op. cit.,* pp. 96-100 y 111-116. F. Sánchez Marco, *Invitación a la Historia,* pp. 136-142. Para los historiadores florentinos, la ejemplaridad de la Historia se basaba en la común identidad del género humano, que permitía deducir enseñanzas históricas (Maquiavelo: «el hombre permanece siempre el mismo»). El realismo ajeno a consideraciones morales de Maquiavelo se aprecia en este consejo político: «(el príncipe) tiene que contar con un ánimo dispuesto a moverse según los vientos de la fortuna y la variación de las circunstancias se lo exijan, y como ya dije antes, no alejarse del bien, si es posible, pero sabiendo entrar en el mal si es necesario». *El príncipe,* Madrid, Cátedra, 1985, p. 140. Traducción de Helena Puigdomenech.

de Zurita (1512-1580), en calidad de cronista real, elaboró los *Anales de la Corona de Aragón;* y el jesuita español Juan de Mariana (1535-1625) compuso su famosa y voluminosa *Historia de España.* La reactualización del modelo historiográfico clásico se reflejó asimismo en la redacción de tratados sobre «la historia perfecta» en Francia: el famoso *Método para facilitar el conocimiento de la Historia* del jurista Jean Bodin (1566) y la *Historia de las historias* (1599) del humanista Lancelot de La Popeliniere [117].

Fue en España donde el descubrimiento y conquista de América a partir de 1492 generó una producción historiográfica muy parecida a la de Heródoto y los logógrafos por su incorporación de temas geográficos, naturalistas y etnográficos en la narración histórica: la llamada Cronística de Indias. El relato de Cristóbal Colón sobre su expedición y sus cartas informando del descubrimiento a los Reyes Católicos *(El Diario de a bordo* y las *Cartas,* editadas en 1493) fijaron el modelo básico y fueron divulgadas de inmediato por toda Europa en traducción latina, italiana, francesa, inglesa y alemana. El mismo éxito tuvieron las *Cartas de relación de la conquista de México* escritas por el propio Hernán Cortés (1519-1526) y otra serie de narraciones de soldados partícipes en la empresa (Bernal Díaz del Castillo: *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España,* completada en 1568; Pedro Cieza de León: *Crónica del Perú,* 1553), funcionarios de la administración colonial (Gonzalo Fernández de Oviedo: *Historia general y natural de las Indias,* 1535) o religiosos (fray Bartolomé de las Casas: *Brevísima relación de la destrucción de las Indias,* 1552). La plenitud de esa

---

[117] D. R. Kelley, *Versions of History,* texto nº 85 (Camden) y 87 (De Thou). H. E. Barnes, *op. cit.,* pp. 111-120. Denys Hay, *Annalists and Historians,* pp. 122 y 134-138. J. Le Goff, *Pensar la Historia,* pp. 84-86.

cronística sobre el Nuevo Mundo se logrará en 1590, con la publicación de la gran *Historia Natural y Moral de las Indias* elaborada por José de Acosta[118].

En todas esas obras, el marco de historia política y militar al estilo de Tucídides y Tito Livio se desbordó necesariamente en favor de la presentación de la geografía de las tierras recién descubiertas, de la asombrada descripción de las costumbres y culturas de las comunidades indígenas y de la exposición de la novedosa flora, fauna y naturaleza de las Indias occidentales[119]. Sin embargo, sólo la cronística española de Indias y en general la literatura de viajes y descubrimientos reflejaron esas características, que no llegaron a afectar a la restante historiografía europea.

La nueva conciencia temporal de los humanistas renacentistas, su sentido de la perspectiva histórica y de la atención irrecusable debida a las circunstancias de espacio y tiempo, fue cristalizando a medida que estudiaban los textos de autores clásicos redescubiertos y solucionaban los problemas planteados por su interpretación y traducción a las distintas lenguas vernáculas. Y de esta paciente labor de análisis filológico comparativo para obtener el sentido literal de los textos clásicos fue desprendiéndose la disciplina histórica, el oficio cuasiartesa-

---

[118] Francisco Esteve Barba, *Historiografía indiana,* Madrid, Gredos, 1992. Véase la introducción de M. León-Portilla a *Crónicas indígenas. Visión de los vencidos,* Madrid, Historia 16, 1985, y a la obra de Bernal (Madrid, Historia 16, 1984). También las ediciones de Luis Arraz a la obra de Colón (Madrid, H16, 1985); M. León-Portilla a la de Díaz del Castillo (Madrid, H16, 1984); y M. Ballesteros a la de Fernández de Oviedo (Madrid, H16, 1986) y Cieza de León (Madrid, H16, 1984). M. Ballesteros Gaibrois, *La novedad indiana,* Madrid, Alhambra, 1987. Benito Sánchez Alonso, *Historia de la historiografía española,* Madrid, CSIC, 1950, vol. 2.

[119] Rocío Sánchez Rubio, «Los espacios desconocidos: cronistas del Nuevo Mundo», *Puertas a la lectura* (Badajoz), nº 3, 1997, pp. 42-47.

nal, que habría de estar en el origen de la historia científica del siglo XIX: la erudición crítica documental.

El humanista y escritor Petrarca fue quizá el primero en transitar esta vía de la crítica histórica al denunciar como fraudulento el pretendido pergamino de Julio César en el que cedía a la casa de los Habsburgo la jurisdicción sobre el territorio de Austria: «¿Quién no aprecia cuán falso y ridículo es que Julio César se llame a sí mismo Augusto? Creí que todos los escolares sabían que ese título sólo comenzó a ser utilizado por su sucesor».

Pero sin duda, el gran triunfo en esa primera roturación racionalista del material histórico fue el descubrimiento del fraude de la supuesta «Donación de Constantino», según la cual el emperador había entregado al papa Silvestre y a sus sucesores la autoridad sobre Roma y todo el Imperio de Occidente. Lorenzo Valla (1407-1457), humanista al servicio del rey de Nápoles (enfrentado a las pretensiones políticas del papado), descubrió la superchería mediante una demoledora crítica interna del documento, mostrando su anacronismo respecto al latín del siglo IV y sus errores e inexactitudes gramaticales, jurídicas, geográficas y cronológicas. De hecho, se trataba de una burda falsificación del siglo VIII que había servido para inducir a Pipino el Breve a reconocer la soberanía territorial del Papa. No cabe minusvalorar la importancia de estos hechos: por vez primera, la crítica documental lograba una verdad histórica, aunque fuese negativa, demostrando el carácter fraudulento de unos documentos; es decir, se destituía a los mismos de su condición de reliquia histórica. Y en este sentido, es justa la afirmación de que Petrarca y Valla son «padres fundadores de la erudición histórica moderna» [120].

---

[120] D. R. Kelley, *Foundations of Modern Historical Scholarship,* capítulo 1 y 2 («Lorenzo Valla Reveals the Grounds of Historical Knowledge». Del mis-

Por otra parte, la emergente crítica histórica fue deudora del paciente trabajo de los llamados *anticuarios:* coleccionistas, clasificadores y estudiosos de reliquias, obras de arte y textos antiguos. Entre todos ellos destacó Flavio Biondo, notario apostólico y editor de *Roma instaurata* (1446), una recopilación de fuentes sobre la antigua ciudad de Roma y descripciones de los restos arquitectónicos y urbanos obtenidas mediante visitas e inspecciones topográficas. La disciplina de la numismática fue creada por el francés Guillaume Budé, bibliotecario de Francisco I y autor del estudio *De asse et partibus eius* (1514), el primer tratado sistemático sobre la moneda romana. Otro humanista francés, Joseph Justus Scaliger, estableció las bases de la moderna cronología histórica con su monumental obra *De emendatione temporum* (1583). Y al comienzo del siglo XVII, el flamenco Jan Gruter publicó el *Corpus inscriptionum antiquarum,* el primer repertorio sistemático de inscripciones latinas clásicas, para el cual Scaliger redactó el índice y sentó las bases de la futura epigrafía [121].

Esta labor de anticuarios eruditos fue acompañada y favorecida por cambios institucionales notables: la organización de los primeros archivos estatales nacionales y la formación de las primeras grandes bibliotecas públicas o semipúblicas. Así, por ejemplo, hacia 1450 fue organizada y sistematizada para uso de la Curia romana la Biblioteca Vaticana, el mayor repositorio bibliográfico y documental de toda la cristiandad. Por su parte,

---

mo autor, véase su selección de textos de Petrarca y Valla en *Versions of History,* nº 63 y 65.

[121] Peter Burke, *The Renaissance Sense of the Past,* Londres, Arnold, 1969, p. 25. Denys Hay, *Annalists and Historians,* pp. 101-105. D. R. Kelley, *Foundations of Modern Historical Scholarship,* pp. 55-58. J. Le Goff, *Pensar la historia,* p. 117. G. J. Whitrow, *Time in History,* p. 137.

en España, el emperador Carlos I dispuso en 1543 que se concentraran en el castillo y fortaleza de Simancas (Valladolid)

> [...] ciertas escrituras concernientes a nuestra real corona y real patrimonio y a otras cosas para que en ésta estén mejor guardadas y puedan ser consultadas más fácilmente por nuestros fiscales y por las personas que hayan menester [122].

El inicio de la Reforma religiosa en Alemania en 1517 y las consecuentes disputas religiosas entre católicos y protestantes en toda Europa acentuaron enormemente los avances en las técnicas de estudio crítico filológico y documental. Así, un equipo de historiadores luteranos, dirigido por Flacius Illyricus, emprendió la tarea de redactar una Historia eclesiástica basándose en la edición crítica y exégesis de textos originales cristianos. El resultado fueron los trece volúmenes llamados *Centurias de Magdeburgo* (porque el relato se vertebraba sobre períodos de cien años: origen de la periodización secular). Se trataba de una Historia de la Iglesia que llegaba al siglo XIII y cuya primera edición apareció entre 1539 y 1546. Naturalmente, el deseo de los historiadores luteranos de recuperar y enlazar con la tradición cristiana primitiva, antes de su supuesta corrupción por la Iglesia romana, tenía una intencionalidad manifiesta: demostrar la falta de base histórica de las pretensiones políticas y dogmáticas del papado.

La respuesta católica al desafío de las *Centurias* fue obra del cardenal César Baronio, cuyos 38 volúmenes de *Annales ecclesiastici* (primer volumen, 1588) constituían una historia de la Iglesia también apoyada en documentación original contrasta-

---

[122] Vicenta Cortés, *Archivos de España y América. Materiales para un manual,* Madrid, Universidad Complutense, 1979, p. 47.

da y criticada. Y dada la abundancia de citas y referencias, Baronio introdujo un mecanismo para aligerar el texto principal que tendría amplio curso posterior: las notas marginales donde se daban las referencias exactas y minuciosas sobre los documentos o citas recogidos en el texto [123].

En definitiva, de la controversia religiosa, coetánea con las guerras de religión de los siglos XVI y XVII, surgió una Historia eclesiástica que había perdido su carácter sacro y había devenido en relato racionalista, erudito al modo renacentista y conscientemente demostrativo y polémico. Bajo ese modelo, los historiadores jesuítas, organizados en equipo bajo la dirección de Jean Bolland (de ahí su apodo de «bolandistas»), comenzaron en Amberes la edición de las *Acta sanctorum* (primer volumen, 1643): relatos de las vidas de los santos basados en un examen crítico de las fuentes disponibles y descartando los aspectos legendarios y documentos fraudulentos.

Por su parte, los benedictinos parisinos de la congregación de Saint-Maur (los «mauristas») iniciaron una empresa similar de edición crítica de las vidas de los santos de la orden benedictina en 1668. Y sería un benedictino maurista, Jean Mabillon (1632-1707), quien daría un impulso crucial al método histórico crítico hasta el punto de ser llamado «el Newton de la Historia». En 1681, Mabillon publicó su famosa *De Re Diplomatica,* estableciendo las reglas de la disciplina encargada de analizar, verificar y autentificar los documentos históricos (los «diplomas») para descubrir el texto original, sus interpolaciones, modificaciones y manipulaciones a lo largo del tiempo. Y todo ello atendiendo a sus características gráficas, estilísticas y formales (tipo de letra, abreviaturas, vocabulario, invocaciones, fórmu-

---

[123] Denys Hay, *op. cit.,* pp. 123-127. H. E. Barnes, *A History of Historical Writing,* p. 124-127. R. D. Kelley, *Versions of History,* capítulo 7.

las, etc.) y a sus modos de datación, rúbrica y sellado[124]. Es decir, las reglas sistemáticas para alcanzar un conocimiento cierto y verdadero sobre el carácter histórico o fraudulento de ese material documental.

A partir de 1681 («una gran fecha en la historia del espíritu humano», según el gran historiador francés Marc Bloch), la erudición crítica, pertrechada de reglas de análisis filológico, paleográfico, diplomático, cronológico, numismático y sigilográfico, prosiguió su roturación racionalista del material y las reliquias históricas y abrió el camino para la transformación de la Historia en una disciplina científica a lo largo del siglo XVIII. Y ello a pesar de la vigencia y resistencia de interpretaciones históricas generales de matriz teológica. No en vano, el mismo año en que Mabillon publicó su magna obra, el obispo Bossuet editó su *Discurso sobre la historia universal* (para uso del Delfín de Francia, su discípulo) reiterando la tesis de que todo el curso de la Historia humana estaba guiado y sometido a los designios inescrutables de la Divina Providencia:

Dios, desde lo alto de los cielos, tiene asidas en sus manos las riendas de todos los reinos, así como también tiene en las mismas todos los corazones. [...]. Él es quien prepara los efectos en las causas más lejanas, y quien descarga estos grandes golpes, cuyas resultas hácense sentir tan de lejos. Cuando quiere soltar las riendas y destruir los imperios, todo es débil e irregular en los gobiernos que los rigen. [...] porque es quien da y quien quita el poder, quien le transfiere de un hombre a otro, de una dinastía a otra, de un pueblo a otro, para mani-

---

124 Denys Hay, *Annalists and Historians,* pp. 160-162. D. R. Kelley, *Versions of History,* cap. 8. J. Le Goff, *Pensar la Historia,* p. 119. G. Lefebvre, *El nacimiento de la historiografía moderna,* pp. 90-92 y 104-106. Voz «Maurists», en J. Connan (ed.), *The Blackwell Dictionary of Historians.* Santos García Larragueta, *La dotación histórica,* Pamplona, Eunsa, 1998.

festar a todos que le tienen prestado, y que Él es el único en quien reside naturalmente. [...] Sólo Dios es el que lo tiene todo en su mano; quien sabe el nombre del que es, y del que no existe todavía; quien preside a todos los tiempos, y previene todos los juicios de los hombres[125].

Ciertamente, el surgimiento de la ciencia de la Historia, tal y como se practica hoy en día, no tuvo lugar hasta finales del siglo XVIII y principios del XIX. Con anterioridad, como hemos visto, la tradición del género literario histórico basado en los modelos clásicos y la nueva tradición de erudición y crítica documental se habían ignorado mutuamente. A este respecto, es un lugar común recordar la anécdota del abad de Vertot (1655-1735), quien habiendo escrito el relato del sitio de Rodas por los turcos en 1565, vio que le aportaban documentos nuevos y los rechazó diciendo: «Mi historia del sitio ya está hecha». También es indicativo del divorcio entre ambas tradiciones el episodio protagonizado por el padre Daniel, historiógrafo oficial de Luis XIV, a quien le fue encomendado escribir una historia del Ejército francés: fue introducido en la biblioteca real para mostrarle miles de volúmenes que podrían serle útiles en su tarea y, tras consultar algunos de ellos durante una hora, declaró finalmente que «todos esos libros eran papelería inútil que no necesitaba para escribir su historia»[126].

---

[125] Recogido en E. Mitre, *Historia y pensamiento histórico,* Madrid, Cátedra, 1997, pp. 178-179. Un análisis de la figura de Bossuet en Jean-Jacques Chevallier, *Los grandes textos políticos desde Maquiavelo a nuestros días,* Madrid, Aguilar, 1972, capítulo 4.

[126] J. Le Goff, *ibidem.* G. Lefebvre *op. cit.,* pp. 113-114.

V. LOS EFECTOS FUNDACIONALES DE LA ILUSTRACIÓN

En el transcurso del siglo XVIII, la erudición de los anticuarios se multiplicó espectacularmente en toda Europa y generó multitud de diccionarios, repertorios y colecciones que recogían, catalogaban y clasificaban las antigüedades artísticas, literarias y arqueológicas existentes. La *Académie des Inscriptions et Belles Lettres* editó entre 1723 y 1790 catorce volúmenes recopilando las ordenanzas de los reyes de Francia. En 1732, el *Thesaurus Antiquitatum Romanorum,* de J. G. Graevius, puso a disposición de los especialistas todo un cúmulo de fuentes clásicas latinas. A partir de 1747 comenzó a editarse la *España sagrada* del padre Enrique Flórez, un exhaustivo catálogo monumental, epigráfico y documental de todas las provincias españolas. Y en Italia, entre 1725 y 1751, Ludovico Antonio Muratori, bibliotecario de la Biblioteca Ambrosiana de Milán, publicó sus veinticinco volúmenes de *Rerum Italicarum Scriptores,* una recopilación de fuentes literarias de múltiples escritores sobre temas italianos [127].

El avance espectacular de la erudición crítica documental en el XVIII acabó por afectar a la forma de pensar y escribir la Historia según el modelo clásico-humanista. El racionalismo y causalismo inmanentista que había caracterizado al relato histórico desde el Renacimiento comenzó entonces a entretejerse y fundirse con el sentido crítico en el tratamiento y utilización

[127] J. Le Goff, *Pensar la Historia,* pp.120-121. G. Lefebvre, *op. cit.,* p. 108. Fernando Sánchez Marcos, *Invitación a la Historia,* pp. 224 y ss. Ch. O. Carbonell, *La historiografía,* pp. 89-92. Sobre la erudición española dieciochesca, véase: Manuel Moreno Alonso, *Historiografía romántica española,* Sevilla, Universidad, 1979, pp. 137-146.

de las reliquias históricas (materiales y verificables) que practicaba la erudición. El maridaje final entre ambas tradiciones (literaria y erudita) que daría origen a la Historia científica tuvo lugar a la par que la idea de Providencia Divina fue siendo paulatinamente sustituida por la idea de Progreso al compás de la expansión del movimiento intelectual europeo conocido como Ilustración.

Sin duda, los rasgos definitorios del complejo fenómeno cultural llamado Ilustración (entre otros: apelación a la razón humana como único criterio de conocimiento y autoridad, crítica de la religión, concepción pragmática del saber, carácter cosmopolita y universalista del saber, idea de la naturaleza como ámbito ordenado y predecible, etc.) fueron a la par un reflejo y un agente de las profundas transformaciones históricas operadas durante el siglo XVIII. De estas últimas cabe destacar por su importancia la difusión del método científico experimental aplicado el siglo anterior por Francis Bacon, Galileo e Isaac Newton; la expansión de la colonización europea en Asia y Oceanía; el notable crecimiento demográfico y urbano continental; la expansión económica agraria y mercantil; el enriquecimiento y fortalecimiento de las capas burguesas; la ampliación del público lector y de la producción bibliográfica; el reformismo institucional de los déspotas ilustrados; y el inicio de la crisis política del Antiguo Régimen. En cualquier caso, el movimiento de la Ilustración posibilitó tanto la aparición de las primeras filosofías de la historia como el establecimiento de una nueva perspectiva científica al abordar la tarea de escribir relatos históricos.

En efecto, de la mano de los filósofos ilustrados alemanes (G. W. Leibniz y sobre todo Inmanuel Kant), italianos (Giambattista Vico) y franceses (Turgot, Condorcet y Voltaire), la difusión de una concepción del tiempo como vector y

factor de progreso *(progredior:* caminar adelante, avanzar) hizo posible la consideración de la cronología como una cadena causal y evolutiva de cambios significativos e irreversibles en la esfera de la actividad humana. En otras palabras: la concepción del devenir de la Historia de la humanidad se vio entonces crucialmente afectada por el eclipse de la concepción del tiempo como ciclo reiterativo y por el paralelo triunfo de la noción de la «flecha del tiempo» (metáfora acuñada por el astrofísico Arthur Eddington en 1927 para subrayar el paso del tiempo direccionalmente y de modo irreversible desde el pasado fijo al futuro abierto). En gran medida, los descubrimientos de la mineralogía y de la paleontología pavimentaron ese proceso al descubrir la enorme antigüedad de la tierra y de sus fósiles, «el tiempo profundo» de los procesos cosmológicos y geológicos, de una inmensidad prácticamente inabarcable para la mente humana y difícil de comprender excepto mediante metáforas. Como diría el naturalista francés Jean Baptiste Lamarck: «¡Qué cortas las ideas de quienes atribuyen al globo una existencia de seis mil y unos pocos cientos de años de duración desde su origen hasta el presente!».

Y al desarrollar así la conciencia temporal inaugurada parcialmente por el humanismo renacentista, los ilustrados hicieron que el tiempo pasara a convertirse en la práctica historiográfica en un instrumento identificado con la cronología, principio de medida y clasificación por excelencia, contra el cual el mayor delito y falta habría de ser el anacronismo (incompatibilidad de momentos temporales diferentes) y la ucronía (ausencia de referencias temporales). Y precisamente la aplicación de esta novedosa concepción temporal a un relato-narración racionalista e inmanentista que se construye sobre la crítica de las reliquias materiales existentes sería lo que

habría de fundar la moderna disciplina de la historia científica[128].

Por consiguiente, es inexacta la afirmación reduccionista de que la Historia científica surgió cuando la tradición literaria y erudita se fusionaron e independizaron de la filosofía de la Historia. Muy al contrario, tanto la ciencia histórica como la filosofía de la historia surgieron en paralelo sobre la misma base y contexto sociocultural: la roturación crítica del material histórico realizada por la tecnología artesanal de la erudición histórica y la nueva concepción temporal asociada a la idea de Progreso. Y ambas cristalizaron en calidad de disciplinas cuyas perspectivas de trabajo y reflexión sobre la historia son distintas y sin embargo «dioscúricas», entretejidas y conectadas.

Ciertamente, la filosofía de la Historia que surje en Francia con Voltaire (1694-1778) contribuyó poderosamente a destruir la idea de Providencia Divina en favor de la idea de Progreso y, de ese modo, favoreció el desbloqueo del desarrollo de la ciencia histórica. Y ello porque la idea de Progreso, desprovista de implicaciones valorativas morales, presupone el carácter de sentido vectorial (evolutivo en una dirección dada, acumulativa e irreversible) del tiempo y permite elevarlo a la categoría de fundamento de comprensión de los procesos humanos (sobre todo por crítica implícita al anacronismo y la

[128] Paul Hazard, *El pensamiento europeo en el siglo XVIII,* Madrid, Alianza, 1985. Stephen Jay Gould, *La flecha del tiempo. Mitos y metáforas en el descubrimiento del tiempo geológico,* Madrid, Alianza, 1992. G. J. Whitrow, *Time in History,* p. 146 y ss. François Hartog, «La memoria y el tiempo», en *El Correo de la Unesco,* marzo 1990, pp. 13-15. J. Le Goff, «Progreso/Reacción», en *Pensar la Historia,* cap. 3 y pp. 119-120. Denys Hay, *Annalists and Historians,* cap. 8. J. T. Fraser, «El muro de cristal. Ideas representativas del tiempo en el pensamiento occidental», *Archipiélago. Cuadernos de crítica de la cultura* (Barcelona), nº 10-11, 1992, pp. 17-54.

ucronía)[129]. Basta recordar la siguiente exhortación de Voltaire a los historiadores en su *Diccionario filosófico* (1764) para darse cuenta de la modernidad de su planteamiento historiográfico que, *mutatis mutandis,* podría pasar por un manifiesto de la actual escuela francesa de *Annales:*

Se exige hoy a los historiadores modernos mayores detalles, hechos comprobados, fechas exactas, mayor estudio de los usos, de las costumbres y de las leyes, del comercio, de la hacienda, de la agricultura y de la población[130].

El propio Voltaire intentó practicar ese programa historiográfico en *El Siglo de Luis XIV* (1751) y en el *Ensayo sobre las costumbres y el espíritu de las naciones* (1769). En ambas obras, aunque predomina el enfoque filosófico sobre la escasa apoyatura histórica erudita, se materializa el ideal ilustrado de una Historia razonada e inmanentista, superadora de la narrativa político-diplomática en favor del tratamiento de todos los ámbitos de la civilización y la cultura humana, y con la función pragmática de contribuir a la reforma y educación del hombre y la sociedad en un sentido racionalista (una Historia útil para el hombre «como ciudadano y como filósofo»). Con la ironía de estilo que le caracterizaba, Voltaire subrayó certeramente las

---

[129] Robert Nisbet, *Historia de la idea de progreso,* Barcelona, Gedisa, 198. John Bury, *La idea de Progreso,* Madrid, Alianza, 1971. Enrique Moradiellos, «Notas sobre la idea de progreso en la historia», *Revista de Extremadura,* nº 16 y 17, 1995, pp. 85-104 y 89-96. Pedro Ruiz Torres, «Historia filosófica e historia erudita en los siglos XVIII y XIX», en F. Gimeno Blay (ed.), *Erudición y discurso histórico,* Valencia, Universidad, 1993, pp. 13-33.

[130] *Diccionario filosófico,* Buenos Aires, Sophos, 1960, vol. 2, p. 345. Para la redacción de este apartado sobre el nacimiento de la filosofía de la historia nos basamos en una obra inédita de la profesora C. González del Tejo (Oviedo, Universidad, 1990), a quien agradecemos su amabilidad al facilitárnosla.

diferencias entre la Historia escrita al modo clásico y su proyecto de «Historia razonada»:

... después de haber leído tres o cuatro mil descripciones de batallas y el contenido de varios centenares de tratados, encontré que en el fondo no estaba mejor informado que antes. Sólo aprendía en ellos acontecimientos. [...] Sin embargo, se descuida [...] otros conocimientos de una utilidad más evidente y duradera. Me gustaría conocer las fuerzas de que disponía un país antes de una guerra, si esa guerra las aumentó o las mermó. ¿Era España más rica antes de la conquista del Nuevo Mundo que hoy? ¿Qué diferencia de población tenía en tiempos de Carlos V y en los de Felipe IV? [...] (la Historia) tratará de averiguar cuáles han sido el vicio radical y la virtud dominante de una nación; por qué ha sido débil o poderosa en el mar; cómo y hasta qué punto se ha enriquecido desde hace un siglo; los registros de las exportaciones pueden decírnoslo. Querrá saber cómo se han establecido las artes, las manufacturas; las seguirá en su paso y en su vuelta de un país a otro. En fin, los cambios en las costumbres y en las leyes serán su gran tema. Se sabría así la historia de los hombres en vez de conocer una pequeña parte de la historia de los reyes y de las cortes[131].

El influjo de la Ilustración también es perceptible en los grandes historiadores británicos del siglo XVIII: el filósofo empirista escocés David Hume (1711-1716), autor de una famosa *Historia de Inglaterra;* su compatriota William Robertson (1721-1793), responsable de una *Historia del reinado del emperador Carlos V;* y el inglés Edward Gibbon (1737-1794), cuya popularidad universal se basó en su *Historia de la decadencia y caída del Imperio romano* (donde atribuía al cristianismo, con su

131 «Nuevas consideraciones sobre la Historia» (1744), en *Opúsculos satíricos y filosóficos,* Madrid, Alfaguara, 1978, pp. 177-178. Trad. de C. R. de Dampierre y prólogo de C. Pujol.

pacifismo y celibato, una gran responsabilidad en la subversión de la cultura y el Estado romano). Todos ellos se beneficiaron del ambiente político tolerante y liberal que se había establecido tras la definitiva victoria parlamentaria sobre el absolutismo monárquico en 1688, así como de la actitud empirista y pragmática que estaba consolidando en la sociedad un próspero desarrollo capitalista vertebrado sobre la reforma agraria y la expansión comercial, naval e imperial. Y todos ellos, coetáneos, amigos y admiradores del escocés Adam Smith, fundador de la economía política con su obra *La riqueza de las naciones* (1776), participaron en mayor o menor medida de la ideología del progreso. No en vano, Gibbon finalizó sus «Observaciones generales sobre la ruina del Imperio romano de Occidente» con las siguientes palabras:

> Por consiguiente, podemos llegar a la grata conclusión de que cada edad del mundo ha incrementado, y sigue incrementando, la riqueza real, el bienestar, el saber y quizá la virtud de la raza humana [132].

En ese contexto histórico y cultural tan favorable al racionalismo y a la filosofía del «sentido común», los historiadores ilustrados británicos acertaron a combinar en sus obras una sólida erudición documental, una exposición narrativa elegante y un enfoque filosófico racional y unitario al abordar su respectivo tema. Y aunque ese empirismo erudito y la preferencia por temas políticos (Gibbon: «Las guerras y la administración de

---

[132] Véase la selección comentada de textos de Gibbon en R. Stinson, *The Facies of Clio,* cap. 10 (la cita textual en p. 153). Denys Hay, *Annalists and Historians,* cap. 8. A. Momigliano, «Gibbon's Contribution to Historical Method», en *Studies in Historiography,* Londres, 1966. E. Breisach, *Historiography,* pp. 215-117. J. Fontana, *Historia,* cap. 4. A. Marwick, *The Nature of History,* pp. 35-39.

los asuntos públicos son los principales temas de la Historia») les alejaba del estilo volteriano, seguían compartiendo con los ilustrados franceses la idea de una Historia utilitaria, destinada a mejorar y promover la condición racional del hombre y perfeccionar la sociedad y el Estado.

Al igual que en Gran Bretaña, la Ilustración también tuvo una gran influencia en la práctica historiográfica alemana. Desde mediados del siglo XVIII, la Universidad de Gotinga (en Hannover) fue escenario de la progresiva mutación en historiadores de un grupo de juristas que se habían dedicado al estudio de la variedad de leyes y derechos existentes en los múltiples principados y estados alemanes, tan contraria a la supuesta unidad estática del derecho natural y sólo comprensible atendiendo a su génesis histórica. J. C. Gatterer, A. L. Schlözer y Arnold von Heeren participaron plenamente del proyecto ilustrado de superación de la historia política de tradición clásica: «La historia ya no puede ser meramente la biografía de reyes, notas cronológicas exactas sobre las guerras, batallas y cambios de gobierno, ni tampoco informes sobre alianzas y revoluciones» (Schlözer). Pero interpretaron y ejecutaron esa superación en un sentido más afín a Gibbon que a Voltaire, buscando la fusión de la erudición anticuaria más exhaustiva con una narración histórica bajo perspectivas cronológicas racionalistas e inmanentistas.

Para realizar sus trabajos, los historiadores de Gotinga (que pasaron a ser llamados «profesores de Historia» en vez de «Historia y leyes») comenzaron a reunir y depurar críticamente una vasta colección de datos (económicos, geográficos, demográficos, sociales) sobre los estados alemanes: una prometedora empresa denominada *Statistik* (Estadística: descripción del Estado). Y sobre ese material depurado construyeron sus relatos históricos sobre asuntos bien delimitados cronológica y geográficamente, en una modalidad que pretendía ser tanto narra-

tiva como analítica, aunque al final tuviera más de lo primero que de lo segundo [133].

Con las labores de la escuela histórica de Gotinga, la dilatada transición de una dual Historia literaria y erudita hacia una Historia-ciencia humana entró en su etapa final y decisiva. Sobre la base de sus prácticas y hallazgos, los historiadores alemanes de las primeras décadas del siglo XIX darían el paso último en el convulso contexto creado por la revolución francesa y las guerras revolucionarias y napoleónicas.

No obstante, cabe señalar que la escuela de Gotinga tuvo también una derivación menos innovadora e incluso contraria a los propósitos originarios de la Ilustración. La atención a la variedad cultural, legal e histórica de los estados alemanes fomentó unos estudios locales que apreciaban en ese particularismo la actuación de un *Volksgeist* (espíritu del pueblo) adaptado a las condiciones y necesidades singulares de cada área y época, frente a la universalidad y atemporalidad de la razón ilustrada y su concepción individualista del hombre como sujeto desprovisto de lazos sociales originarios. Justus Möser, autor de una *Historia de Osnabrück* (1768) que recogía minuciosamente las costumbres, tradiciones e instituciones peculiares de la ciudad en la que era magistrado, fue su primer representante y notorio precursor del romanticismo conservador y organicista. Poco después, el filósofo J. G. Herder (1744-1803) elevó el *Volksgeist* a la categoría de unidad orgánica colectiva de la Historia, cuya existencia precedía y conformaba al individuo mediante un len-

---

[133] H. Butterfield, «The University of Göttingen», en *Man on His Past,* Cambridge, University Press, 1969, pp. 39-50. Georg G. Iggers, *New Directions in European Historiography,* Middletown, Wesleyan University Press, 1984, pp. 12-17. E. Breisach, *Historiography,* pp. 217-224. Roland Stromberg, *Historia intelectual europea desde 1789,* Madrid, Debate, 1990, pp. 174-177.

guaje común, formas literarias y artísticas e instituciones y tradiciones propias del grupo popular específico de la nación:

¿Tiene una nación algo más precioso que la lengua de sus padres? En ella reside todo su universo de tradición, historia, religión y principios de existencia, todo su corazón y su alma. [...] Puesto que el hombre nace de una raza y dentro de ella, su cultura, educación y mentalidad tienen un carácter genético. De ahí esos caracteres nacionales tan peculiares y tan profundamente impresos en los pueblos más antiguos que se perfilan tan inequívocamente en toda su actuación sobre la tierra. Así como la fuente se enriquece con los componentes, fuerzas activas y sabor propios del suelo donde brotó, así también el carácter de los pueblos antiguos se originó de los rasgos raciales, la región que habitaban, el sistema de vida adoptado y la educación, como también de las ocupaciones preferidas y las hazañas de su temprana historia que le eran propias [134].

Como hemos de ver, el subsecuente nacionalismo político-cultural germano y esa concepción organicista de la singularidad histórica de cada época y pueblo (solidaria de un concepto del *Volksgeist* como espíritu objetivo que soplaba infatigable más allá del efímero tránsito de los individuos terrenales) habrían de ser factores muy influyentes en la conformación de la historiografía científica germana del siglo XIX.

---

[134] Hagen Schulze, *The Course of German Nationalism. From Frederick the Great to Bismark,* Cambridge, University Press, 1991, especialmente pp. 43-55. E. Breisach, *Historiography,* pp. 222-224. John Weiss, *Conservatism in Europe, 1770-1945,* Londres, Thames & Hudson, 1977, pp. 10-14. F. Meinecke, *El historicismo y su génesis,* Madrid, FCE, 1983 (ed. original alemana, 1936), caps. 8 (Möser) y 9 (Herder). Véase la selección comentada de textos de Herder en español en F. Sánchez Marco, *Invitación a la historia,* pp. 240-245; y en Miguel Artola, *Textos fundamentales para la Historia,* Madrid, Alianza, 1979, cap. 17.

5. A LA SOMBRA DE RANKE: LA CRISTALIZACIÓN DE LAS CIENCIAS HISTÓRICAS EN EL SIGLO XIX

I. LA ESCUELA HISTÓRICA GERMÁNICA Y LA IMPRONTA DEL HISTORICISMO

En los primeros años del siglo XIX, Alemania fue escenario del surgimiento de la moderna ciencia de la Historia sobre la base del maridaje de la tradición histórico-literaria y la erudición documental, al abrigo de una concepción del fluir temporal humano y social como proceso causal inmanente, irreversible y racional y ya no sólo como mera sucesión cronológica de acontecimientos. Es en este sentido en el que puede afirmarse que la Historia razonada y documentada comenzó a suplantar a la mera crónica de mayor o menor complejidad compositiva, narrativa o erudita.

Esa mutación transcendental fue posibilitada por los análisis histórico-jurídicos de la escuela de Gotinga, que en 1814 habían derivado en la fundación de la escuela histórica del derecho por Friedrich von Savigny. El postulado esencial de este profesor de la Universidad de Berlín, acérrimo conservador y nacionalista, reflejaba fielmente la operatividad histórica de la tesis del *Volksgeist:* los sistemas legales son producto «de la costumbre y del carácter del pueblo», de la Historia y de la tradición, y por tanto era estéril y artificiosa la elaboración y aplicación universal de cuerpos de legislación como los propuestos

por la Ilustración y los revolucionarios (las declaraciones de derechos humanos y las constituciones liberales). Por otro lado, dicha mutación en la práctica historiográfica se nutrió también de los avances realizados por la filología en el estudio, comprensión, interpretación (hermenéutica) y traducción de los textos clásicos: los análisis de F. A. Wolff sobre la génesis plural de los poemas homéricos (1795), las investigaciones sobre epigrafía griega de August Böckh, etc. [135].

Sobre la base de ese doble desarrollo cultural, la cristalización de la Historia científica germana se produjo en plena fase de crisis sociopolítica europea, iniciada por la Revolución francesa de 1789 y culminada por la derrota de Napoleón en 1815, tras casi veinticinco años de guerra y revolución que acabaron con las estructuras del Antiguo Régimen en gran parte del continente. En los estados alemanes occidentales, que habían sido anexionados por la Francia napoleónica, ello implicó la destrucción del régimen estamental y la implantación de los principios jurídicos y socio-económicos del liberalismo burgués (esencialmente, la igualdad jurídica, el derecho de propiedad privada individual e ilimitada y la libertad de contratación e iniciativa empresarial). En Prusia, cuyo Estado había sucumbido estrepitosamente ante la ofensiva militar francesa (derrota de Jena de 1806), la propia burocracia estatal procedió a desmantelar los aspectos más arcaicos del Antiguo Régimen que constreñían el pleno desarrollo de la economía capitalista (la servidumbre campesina, los privilegios nobiliarios, las formas

---

[135] E. Breisach, *Historiography,* pp. 228-231. George P. Gooch, *Historia e historiadores en el siglo XIX,* México, FCE, 1977, pp. 32-41 y 54-60. Véase un texto revelador de Savigny en M. Artola, *Textos fundamentales para la Historia,* pp. 563-566. Sobre Böckh, véase Julien Freund, *Las teorías de las ciencias humanas,* pp. 55-60.

de propiedad feudal, los gremios de oficios, etc.) a fin de restaurar la capacidad política y militar prusiana y preservar el poder económico y social de la aristocracia terrateniente. Como explicó el príncipe Hardenberg, canciller de Prusia en 1811, a su dubitativo rey: «Tenemos que hacer desde arriba lo que los franceses han hecho desde abajo» [136].

En ese contexto de «reforma por reacción» en Prusia, de exaltado nacionalismo de las clases medias y cultivadas en favor de la unificación de Alemania, de cambios socio-políticos vertiginosos e increíbles (Napoleón eliminó el Sacro Imperio Romano Germánico y redujo los cientos de estados alemanes a una cuarentena), surgió la nueva práctica historiográfica de carácter científico.

El historiador pionero en esa mutación fue Barthold Georg Niebuhr (1776-1831), nombrado en 1810 funcionario-profesor de Historia en la nueva Universidad de Berlín, ella misma un producto del movimiento de reforma prusiano. Formado originariamente como filólogo (llegó a dominar veinte lenguas a sus treinta años), Niebuhr inauguró el uso del «método histórico crítico» en sus trabajos: el examen y análisis crítico, filológico y documental, de las fuentes históricas materiales y su posterior utilización sistemática como base de una narración que «debe revelar, como mínimo con alguna probabilidad, las conexiones generales entre los acontecimientos». Su *Historia Romana* (dos volúmenes, 1811-1812) por primera vez dejaba de reproducir el relato de Tito Livio y los clásicos sobre el origen

---

[136] H. Schulze, *The Course of German Nationalism, 1763-1867,* cap. 4. Robert Gildea, *Barricades and Borders: Europe, 1800-1914,* Oxford, University Press, 1989, pp. 46-56. Eric Hobsbawm, *La era de la revolución, 1789-1848,* Barcelona, Labor, 1991, pp. 76-95. John Röhl, «Construcción de naciones», en A. Briggs (dir.), *Historia de las civilizaciones,* vol. X, *El siglo XIX,* Madrid, Alianza, 1989, pp. 239-246.

del Estado romano, en favor de los descubrimientos de la crítica filológica y documental sobre fuentes literarias y epigráficas latinas, relatados en un estilo sobrio, exhaustivo, arduo y ajeno a toda concesión retórica. Y en este sentido se ha dicho con propiedad que su obra significó la transición de la erudición a la ciencia histórica, dado que:

[...] va más allá del interés erudito por detalles notables del pasado en favor de una más amplia reconstrucción de aspectos de la realidad pretérita sobre la base de pruebas convincentes [...] (a fin de) establecer conexiones significativas entre acontecimientos y estructuras [137].

El propio Niebuhr, en el prólogo a la segunda edición de su magna obra (1827), dejó constancia del profundo impacto que las transformaciones revolucionarias y el ímpetu nacionalista habían tenido en su labor historiográfica:

Era una época en la que estábamos contemplando los acontecimientos más increíbles y excepcionales, cuando nos percatábamos de muchas instituciones olvidadas y decadentes por el estruendo de su desplome. Y nuestros corazones se engrandecían frente al peligro excepcional a medida que nos ligábamos apasionadamente a nuestros príncipes y a nuestro país.

La senda abierta por Niebuhr en la elaboración de la Historia crítica y documental fue recorrida y ampliada por otro ex-

---

[137] La cita procede de H. Ritter, «Scientific History», en *Dictionary of Concepts in History.* Véanse los textos de Niebuhr recogidos por Fritz Stern en su valiosa e insuperada antología de la literatura histórica desde la Ilustración: *The Varieties of History. From Voltaire to the Present,* Londres, Macmillan, 1970, cap. 2. G. P. Gooch, *Historia e historiadores en el siglo* XIX, México, FCE, 1977, pp. 21-31. A. Marwick, *The Nature of History,* pp. 39-41.

perto en filología clásica, Leopold von Ranke (1795-1886), cuya influencia sobre el desarrollo de la ciencias históricas, en Alemania y fuera de ella, es bien conocida. A diferencia de su predecesor, Ranke, nombrado profesor de la Universidad de Berlín en 1824, aplicó sus dotes críticas al estudio de la época moderna y fue autor de una ingente obra sobre Historia política y diplomática europea de los siglos XVI y XVII: *Historia de los pueblos latinos y germánicos desde 1494 hasta 1535* (1824), *Historia de los Papas* (1834), *Historia de Alemania en la época de la Reforma* (1839-1843), etc. En todas estas obras rankeanas estaba presente el llamado «primado de la política exterior» *(Primat der Aussenpolitik):* la idea de que los Estados y sus gobernantes son los agentes principales del devenir histórico y sus relaciones, conflictos y negociaciones constituían la materia esencial de la investigación histórica. En palabras del propio Ranke:

> [...] el metro de la independencia es lo que da a un Estado su lugar en el mundo; ella también impone la necesidad de subordinar todas las circunstancias internas al objetivo de la auto-afirmación del Estado [138].

Sin embargo, a pesar de su vasta producción, el nombre de Ranke es recordado sobre todo por sus innovaciones didácti-

---

[138] Citado en James Joll, *National Histories and National Historians: Some German and English Views of the Past,* Londres, German Historical Institute, 1985, p. 20. Sobre Ranke, véase G. P. Gooch, *Historia e historiadores en el siglo XIX,* pp. 83-109 y 119-121. Véase también la introducción de Dalmacio Negro a la obra de Ranke, *Sobre las épocas de la historia moderna,* Madrid, Editora Nacional, 1984. Son las conferencias que Ranke dictó en privado al rey Maximiliano de Baviera en 1854. Wenceslao Roces ha editado una antología española de la obra rankeana bajo el título *Pueblos y estados en la historia moderna,* México, FCE, 1979.

cas (inauguró la práctica del seminario universitario en el que los estudiantes avanzados aprendían a estudiar críticamente las fuentes históricas bajo la supervisión del profesor) y por sus afirmaciones teóricas y metodológicas, entre las cuales descolla con brillo propio la siguiente (del prefacio a su obra de 1824):

A la historia se le ha asignado la tarea de juzgar el pasado, de instruir al presente en beneficio del porvenir. Mi trabajo no aspira a cumplir tan altas funciones. Sólo quiere mostrar lo que realmente sucedió *(wie es eigentlich gewesen)*[139].

Para cumplir ese cometido, Ranke practicó y propugnó la búsqueda exhaustiva de documentos archivísticos originales, su verificación, autentificación y cotejo mutuo, y su utilización como base fundamental, y en la medida de lo posible exclusiva, de la narración histórica:

Veo venir un tiempo en que ya no edificaremos la Historia moderna sobre relatos de los historiadores, ni siquiera de los contemporáneos, excepto allí donde éstos poseían un conocimiento original, menos aún de los escritores de segunda mano, sino sobre los relatos de testigos oculares y los documentos originales.

Esa metodología empirista, de naturaleza positivista sólo en su apego fidedigno al documento (lo *positum:* lo dado y presente ante los sentidos), era solidaria de una concepción de la ciencia histórica de tipo «descripcionista»: el esfuerzo metódi-

---

[139] Recogido en Fritz Stern, *The Varieties of History,* p. 57. Gérard Noiriel ha recordado que el propio fundador de la Universidad de Berlín, Wilhelm von Humboldt, había pronunciado unas palabras muy similares a las de Ranke en 1821: «la tarea del historiador es exponer lo que ha ocurrido». *Sobre la crisis de la Historia,* Madrid, Cátedra, 1997, p. 56.

co de investigación archivística (la búsqueda de documentos-reliquias-pruebas) permitiría establecer los hechos, que casi hablaban por sí mismos, y proceder a reconstruir una imagen real y verdadera, objetiva, del pasado tal y como «realmente sucedió». En otras palabras, era una concepción deudora de la ilusión de que el uso fiel y contrastado de la documentación legada por el pasado permitiría eliminar, neutralizar, la subjetividad del historiador, que actuaría como una suerte de notario y ofrecería un relato histórico que fuese una reproducción conceptual, científica, del propio pasado, libre de juicios valorativos, independiente y ajena a las opiniones y creencias particulares del profesional.

En el caso de Ranke, fue precisamente la defensa del principio de actitud imparcial ante sus temas lo que le granjeó la admiración de sus colegas contemporáneos y posteriores, sobre todo al resistir el fuerte empuje de las corrientes nacionalistas alemanas y propugnar una perspectiva histórica europeísta y universal. Y ello a pesar de que tal principio fuese más bien proclamado que practicado a rajatabla: el conservadurismo político rankeano (era amigo del rey de Prusia, que le ennobleció en 1865) se aprecia en su concentración en la Historia político-diplomática y de las élites gobernantes, con exclusión de aspectos socio-económicos o populares, y en sus reflexiones sobre el sentido religioso de la Historia, reflejo de su inamovible fe protestante.

Esa concepción empirista de la práctica historiográfica se fundamentaba en una filosofía de la historia que ha venido en llamarse *historicismo,* a tenor de la cual «los hechos y situaciones pasadas son únicos e irrepetibles y no pueden comprenderse en virtud de categorías universales sino en virtud de sus contextos propios y particulares». Sin duda, el origen de esta filosofía se encontraba en los trabajos de la escuela de Gotinga

y en las influyentes obras de Möser y Herder, como una manifestación de la reacción conservadora frente al racionalismo universalista de los liberales ilustrados que triunfó plenamente en la Europa de la Restauración (1815-1848). Dentro de esa tradición, la nueva escuela histórica alemana, con Niebuhr, Savigny y Ranke, difundió la idea de la *historicidad* radical de todos los fenómenos humanos, fueran individuos privados o instituciones culturales (Estados, religiones, etc.). Todos ellos, únicos e irrepetibles en el tiempo y en el espacio, evolucionaban de acuerdo con sus propios principios y, por tanto, debían ser comprendidos hermenéuticamente en su singularidad y no explicados mediante leyes universales: eran resultado de la razón histórica y no de una atemporal razón ilustrada que concebía erróneamente el tiempo *histórico* como una magnitud equivalente al tiempo físico [140].

Este énfasis en la singularidad de los fenómenos históricos enfrentó a la historiografía alemana con las corrientes positivistas herederas del filósofo francés Augusto Comte (1798-1857), quien había propugnado el estudio de la sociedad (sociología) «con el mismo espíritu que los fenómenos astronómicos, físicos y químicos», para descubrir las leyes generales («relaciones necesarias que se derivan de la naturaleza de las cosas») que regulaban la evolución histórica y social y permitirían predecir el curso futuro. En este sentido, el historicismo que triunfó con Ranke no podía ser más opuesto al positivismo filosófico y so-

---

[140] G. G. Iggers, *The German Conception of History: The National Tradition of Historical Thought from Herder to the Present,* Middletown, Wesleyan University Press, 1968. H. Ritter, «Historicism» y «Positivism», en *Dictionary of Concepts in History.* Friedrich Meinecke, *El historicismo y su génesis,* Madrid, FCE, 1983. Juan José Carreras, «El historicismo alemán», en *Estudios sobre Historia de España. Homenaje a Manuel Tuñón de Lara,* Madrid, U. I. Menéndez Pelayo, 1981, tomo 2, pp. 627-642.

ciológico, embarcado en la búsqueda de las leyes constantes del devenir humano, a pesar del error habitual de catalogar a Ranke como modelo de historiador positivista.

La llamada a la investigación archivística sobre fuentes primarias lanzada por Ranke fue secundada de inmediato en Alemania y en el resto de los países occidentales. Y dados sus notorios éxitos en el rescate de datos y hechos caídos en el olvido de los archivos y bibliotecas, esta práctica historiográfica fue arrumbando paulatinamente a los meros cultivadores de la historia literaria y erudita.

En el ámbito alemán, el jurista y latinista Theodor Mommsen (1817-1903) fue el más destacado heredero de la metodología rankeana. Su monumental *Historia romana* (1854-1856) narraba el devenir de la república desde su fundación hasta el asesinato de César, apoyándose en la crítica filológica de los textos clásicos (históricos, literarios y jurídicos) y en los resultados de la epigrafía, la numismática y la incipiente arqueología. Fiel al principio de que toda Historia científica se construye sobre fuentes originales primarias, en 1862 Mommsen inició y supervisó la redacción del vastísimo *Corpus Inscriptionum Latinarum,* un catálogo exhaustivo de inscripciones epigráficas latinas que todavía hoy sigue siendo un instrumento esencial de trabajo en Historia antigua.

Sin embargo, Mommsen abandonó la tesis rankeana de la imparcialidad absoluta del autor en su trabajo histórico. Por el contrario, en consonancia con su vívido nacionalismo liberal y su deseo de contribuir a la formación de un Estado alemán unitario, propugnó abiertamente un «deber de pedagogía política» del historiador: «Ha de ayudar a aquellos para quienes ha escrito a elegir y definir su actitud futura frente al Estado» y debe ser un «combatiente voluntario por el derecho y la verdad y por la libertad del espíritu humano». Su famoso discurso rec-

toral de 1874 en la Universidad de Berlín popularizó unos principios metodológicos que fueron asumidos y compartidos en mayor o menor medida por toda la historiografía decimonónica y aún hoy pueden considerarse vigentes en términos generales:

La Historia, después de todo, no es más que el conocimiento distintivo de lo que realmente sucedió. Y ello consiste, de una parte, en el descubrimiento y examen de los testimonios disponibles y, de otra, en el entretejimiento de esos testimonios dentro de una narración de acuerdo con la comprensión que uno tiene de los hombres que conformaron los acontecimientos y de las condiciones que prevalecieron. A lo primero lo llamamos estudio crítico de las fuentes históricas; a lo segundo, la escritura pragmática de Historia. Nosotros, los historiadores, no somos los únicos que realizan este tipo de actividad. Porque todos ustedes, caballeros, todos los hombres que razonan en general, son buscadores de fuentes e historiadores pragmáticos. Ustedes deben ser ambas cosas para entender cualquier acontecimiento que tiene lugar ante sus ojos [141].

Esa conexión entre Historia y Política presente en Mommsen fue acentuada en un sentido cada vez más conservador por la llamada «escuela histórica prusiana», cuyos miembros dedicaron sus esfuerzos a la formación de una conciencia histórica alemana que potenciara la unificación nacional en torno a Prusia (con enorme éxito, por lo demás).

El discípulo de Ranke, Heinrich von Sybel (1817-1895), y Johann Gustav Droysen (1808-1884), todavía procuraban equi-

---

[141] Recogido en Fritz Stern, *The Varieties of History,* cap. 12, p. 192. G. P. Gooch, *Historia e historiadores en el siglo* XIX, pp. 453-464. Hinnerk Bruhns, «Mommsen, patriota ferviente», en *El Correo de la Unesco,* monográfico *Pensar el pasado,* abril 1990, p. 14.

librar su compromiso político y el rigor histórico. Sin embargo, el heredero de la cátedra berlinesa de Ranke, Heinrich von Treitschke (1834-1896), arrojó por la borda toda pretensión de imparcialidad en su *Historia alemana en el siglo XIX* (publicada en 1879): «Soy mil veces más un patriota que un profesor». Para Treitschke, la Historia era un arma ideológica de combate en la lucha por el afianzamiento y engrandecimiento del Estado alemán, cuya «primera misión» era «asegurarse su propia existencia» y «protegerse contra los enemigos interiores y exteriores». En consecuencia, la labor esencial del historiador alemán era «sentir en sí mismo y saber cómo excitar en el corazón de sus lectores [...] el gozo de la Patria».

No sorprende, por tanto, que Treitschke y sus discípulos obtuvieran un eco e influencia notorio en el ambiente intelectual y político de Alemania antes y después de la unificación lograda por el canciller Bismarck en 1871. En particular, la sacralización del Estado nacional (con tonos cada vez más racistas y antisemitas desde 1870) y el culto a las virtudes militares que potenció esta corriente historiográfica recibieron sanción oficial durante la Alemania guillermina (1871-1918), dada su perfecta compenetración con un Estado autoritario y plenamente industrializado, cuya principal obsesión era contener la democratización política y el avance de un potente movimiento obrero socialdemócrata aunque fuera a costa de una arriesgada política de expansión exterior en Europa central y oriental [142].

---

[142] Rechazando la democracia en nombre del Estado, Treitchske la definió como una situación en la que «el hombre poco fiable, inmaduro y sin educación tendría tanta influencia como el que es sabio, industrioso y patriota». Citado en David Blackbourne y Geoff Eley, *The Peculiarities of German History,* Oxford, University Press, 1984, p. 258. Sobre la escuela prusiana, véase: G. P. Gooch, *op. cit.,* cap. 8. E. Breisach, *Historiography,* pp. 235-238; Andreas Dorpalen, «Heinrich von Treitchske», *Journal of Modern History,*

Como hemos visto en otro apartado anterior, los fundamentos gnoseológicos de la concepción de la ciencia histórica predicada por Ranke y sus contemporáneos resultaban muy endebles. Sobre todo, su vana pretensión de «reconstruir el pasado» como «realmente sucedió» y su utópica premisa de eliminar totalmente al sujeto, al historiador y sus valores, del proceso interpretativo de construcción del relato histórico sobre la base de las reliquias-documentos.

En la actualidad podemos apreciar los motivos subjetivos y sociales (políticos e ideológicos) por los que la escuela histórica alemana concentró sus considerables esfuerzos en el ámbito de la Historia política y diplomática, tanto romana como moderna. Niebuhr y Mommsen consideraban que había un paralelismo histórico entre Roma y Prusia: la segunda estaba llamada a realizar la unidad alemana así como la misión de la primera había sido unificar Italia. Niebuhr confesó:

> La triste época de la humillación prusiana influyó en parte en la producción de mi historia [...] Me volví hacia una gran nación para fortalecer mi mente y la de mi auditorio. Sentíamos lo mismo que Tácito.

De igual modo, el privilegio otorgado por Ranke y sus discípulos a la investigación en archivos diplomáticos y estatales no era ajeno a la convicción general entre los historiadores «de que su tarea era contribuir a la construcción de un Estado nacional alemán». Un Estado que, según Ranke, era necesario

---

vol. 7, nº 3, 1972, pp. 21-35. Paul M. Kennedy, «The Decline of Nationalistic History in the West, 1900-1970», *Journal of Contemporary History,* vol. 8, nº 1, 1973, pp. 77-100. H. Schulze, *The Course of German Nationalism,* pp. 86 y 94. J. Fontana, *Historia,* p. 131. Fritz Fischer, *War of Illusions. German Policies from 1911 to 1914,* Londres, Chatto & Windus, 1975, pp. 29-31 y 39.

«para encarnar lo que sino sólo es una vaga conciencia nacional, para revelar el contenido de la Historia alemana y para que en él se experimente el espíritu vital efectivo de la nación». Y, ciertamente, dicha tarea, en el contexto europeo dominante, era esencialmente un asunto de orden *político* y *diplomático* y fue resuelta mediante el recurso a tres guerras de Prusia con Dinamarca (1864), Austria (1866) y Francia (1870) [143].

Dicho lo que precede, debe añadirse que la apreciación de ese contexto sociopolítico operante detrás de esos estudios en nada disminuye la valía de los resultados positivos, científicos, que pudieron ser alcanzados (y lo fueron) en esas investigaciones. Si no hubiera sido así, deberíamos concluir que se trataba de nuevas leyendas más sofisticadas, fábulas sutiles, reediciones de mitos de origen e identificación o meros panfletos políticos prusianos. Y es evidente que no son tal cosa (exceptuando quizá y en parte a Treitschke) y hay una diferencia fundamental, de orden, entidad, grado y calidad, entre esos relatos y los mitos. Aunque sus autores pretendiesen esos fines políticos y sus obras contribuyeran poderosamente a fomentar y extender el nacionalismo alemán, no cabe duda que en ellas había también conocimiento histórico positivo, verdadero (sobre la Historia romana y moderna). Y que ese conocimiento, en virtud de su racionalidad inmanentista y su apoyatura documental, instauraba un nivel de crítica autónoma y regresiva (es decir: independiente de las intenciones y propósitos del historiador) potencialmente destructiva de los mitos y falacias históricas, de las construcciones ideológicas interesadas (incluyendo las presentes en el propio trabajo histórico).

---

[143] J. Joll, *National Histories and National Historians,* p. 11. G. G. Iggers, *The German Conception of History,* passim. H. Bruhns, «El inaccesible pasado alemán», *El Correro de la Unesco,* abril 1990, pp. 4-9.

Ahí residía la nueva practicidad social de la moderna ciencia histórica y su valor para las restantes disciplinas humanísticas: a partir de entonces sería imposible hablar sobre el pasado sin tener en cuenta los resultados de la investigación histórica positiva y empírica, so pena de hacer pura metafísica pseudohistórica y meras fabulaciones arbitrarias. Esa novedosa Historia científica se erigía así en un antídoto y correctivo insuperable contra las falsificaciones interesadas y las mitificaciones halagadoras, impidiendo que la ignorancia histórica liberara y alimentara la imaginación incontrolada e irracional sobre el pasado.

En otras palabras, el conocimiento científico alcanzado por la escuela histórica germana brotaba necesariamente de un contexto socio-político peculiar (como no podía ser menos), pero no quedaba reducido a un mero y simple «reflejo» intelectual o ideológico del mismo que agotaba su valor en esa época y sociedad. Por el contrario, dicho conocimiento histórico se instalaba en un plano de razonamiento crítico documental y universal (en el sentido de supra-subjetivo y demostrativo) que posibilitaba una diferenciación radical respecto de los dogmas pseudo-históricos de matriz mítica, religiosa, legendaria o novelística. Haber alcanzado ese nivel de conocimiento histórico crítico, autónomo e internamente racional y regresivo es un mérito indudable de la escuela alemana y es el que permite precisamente, hoy en día, discriminar en ella lo «verdadero» y aún valioso para la disciplina y lo «ideológico» y prescindible. En este sentido, cabe afirmar que Niebuhr y Ranke, a pesar de su nacionalismo germanista y orientación política conservadora, siguen siendo colegas antecesores de los actuales historiadores de un modo que no puede predicarse de Heródoto o Tucídides.

II. PROFESIONALIZACIÓN Y NACIONALISMO EN LAS ESCUELAS HISTÓRICAS DECIMONÓNICAS

La expansión de la práctica historiográfica basada en la investigación archivística fue correlativa al proceso de institucionalización y profesionalización de los estudios históricos, completando el eje pragmático que está siempre presente en la cristalización de una ciencia.

A partir de Niebuhr y Ranke, la premisa de que la Historia es una disciplina científica cuyo método ha de ser enseñado de modo regulado a los aprendices (básicamente a través del seminario de investigación tutelado por un profesional) sirvió de plataforma para la creación de cátedras y departamentos de Historia en las universidades alemanas (desde 1810). En Francia se siguió de cerca este desarrollo (en la Sorbona desde 1812) y ya en 1818 la Historia se convirtió en asignatura obligatoria (por poco tiempo, en verdad) dentro de la enseñanza secundaria. Por el contrario, en Gran Bretaña la tradición histórica literaria resistió los embates iniciales del empirismo positivista y sólo en 1850 la Universidad de Oxford consideró a la Historia como disciplina merecedora de estudio académico. Dentro de España, la reforma universitaria de 1845 posibilitó la creación de nuevas cátedras de Historia en el marco de las facultades de derecho (aparte de las cátedras de Historia eclesiástica que había en las facultades de teología). En los Estados Unidos, durante el último cuarto del siglo XIX, el seminario de tipo rankeano fue importado en las universidades como método de enseñanza y formación de historiadores, junto con las reglas metodológicas de la escuela alemana. Una figura fundamental en ese proceso fue Herbert Baxter Adams, profesor de la Johns Hopkins University en Baltimo-

re y uno de los fundadores de la American Historical Association en 1884 [144].

A la par que la Historia se asentaba en las universidades, se generalizaba la apertura o creación de los archivos estatales (Public Record Office de Gran Bretaña, 1838; Archivo Histórico Nacional de España, 1866) y de las bibliotecas nacionales (Library of Congress de Washington, 1800), siendo ambas instituciones sendos repositorios claves de la materia prima del trabajo histórico. En paralelo, se multiplicaban las ediciones de fuentes documentales primarias en vastísimas colecciones. En 1819, con patrocinio oficial prusiano, se inició la publicación de los *Monumenta Germaniae Historica,* recopilación de documentos medievales alemanes. En Francia, desde 1830, el historiador y político François Guizot promovió las *Collections des documents inédits sur l'histoire de France.* En España, desde 1842, la Real Academia de la Historia (fundada en 1738) salió de su letargo secular con la publicación de la *Colección de documentos inéditos para la historia de España,* que ya contaba con 43 volúmenes dos décadas después.

La tendencia a la profesionalización derivada del surgimiento de puestos en las universidades e instituciones de enseñanza secundaria dio origen al gremio profesional de los histo-

---

[144] «Profession of History», en J. Cannon (ed.), *Blackwell Dictionary of Historians,* pp. 343-344. Christian Amalvi, «Lugar de la Historia en Francia», *El Correo de la Unesco,* abril 1990, pp. 18-21. A. Marwick, *The Nature of History,* pp. 52-59. P. R. H. Seale, *Learning and a Liberal Education. The Study of Modern History in the Universities of Oxford, Cambridge and Manchester, 1800-1914,* Manchester, University Press, 1986. Doris S. Goldstein, «The Professionalization of History in Britain in the Late Nineteenth and Early Twentieth Centuries», *Storia della Storiografia,* nº 3, 1983, pp. 3-27. M. Moreno Alonso, *Historiografía romántica española,* Sevilla, Universidad, 1979, pp. 281-295. J. Higham (editor), *History: the Development of Historical Studies in the United States,* Princeton, University Press, 1965.

riadores, bien configurado en casi toda Europa a partir de mediados del siglo XIX. Al final de la centuria, Alemania contaba con 175 cátedras de Historia universitaria, Francia con 71 y España con más de 60 (incluyendo Historia de la literatura y la filosofía) [145]. Esa corporación profesional fue cristalizando a medida que se regulaban los mecanismos de acceso a la función (cursos, exámenes y oposiciones), las convenciones técnicas sobre la edición de libros y documentos, las reglas de citación y referencia bibliográfica, los criterios mínimos de cientificidad historiográfica (evaluados mediante la elaboración de una tesis de doctorado), las sucesivas especialidades dentro de la disciplina, etc. Sobre esa base sociológica de historiadores profesionales, surgieron las primeras revistas especializadas destinadas al propio gremio: la alemana *Historische Zeitschrift* (1859), la francesa *Revue Historique* (1876), el *Boletín de la Real Academia Española de la Historia* (1877), la *English Historical Review* (1886), la *Rivista Storica Italiana* (1884) y la *American Historical Review* (1895). El prólogo de Gabriel Monod al primer número de la *Revue Historique* es bien representativo de los objetivos y postulados de la nueva comunidad profesional historiográfica que cobraba conciencia de sí misma. Según Monod, la revista sólo acogería «trabajos originales y de primera mano» que respetasen criterios «estrictamente científicos, donde cada afirmación esté acompañada de pruebas, de referencias a las fuentes y a las citas, excluyendo rigurosamente las generalidades vagas y los ejercicios de oratoria». Además, y «sobre todo», la revista quería «servir de vínculo entre todos aquellos que consagran sus esfuerzos a la vasta y múltiple in-

[145] E. Breisach, *Historiography,* p. 265. C. O. Carbonell, *La historiografía,* p. 116. M. Moreno Alonso, *op. cit.,* pp. 299-308. «Profession of history» en J. Cannon (ed.), *ibidem*. Gonzalo Pasamar e Ignacio Peiró, *Historiografía y práctica social en España,* Zaragoza, Universidad, 1987.

vestigación de que la Historia es objeto, haciéndoles sentir su solidaridad»[146].

Ya sólidamente constituida la profesión, fueron apareciendo los primeros manuales docentes de introducción al trabajo histórico, en los que la palabra «metodología» servía tanto para designar los propios métodos de trabajo como cuestiones de índole filosófica y metadisciplinar. De la mano de esos manuales, generaciones enteras de estudiantes universitarios fueron entrenados en las tareas de la investigación histórica y eventualmente, en algunos casos, incorporados en el gremio para perpetuar la propia tradición académica.

El primer manual influyente se debió al alemán Johann Gustav Droysen: *Grundiss der Historik* (Elementos de Historia), escrito en 1858 y publicado en Berlín diez años más tarde. El segundo fue obra del británico Edward A. Freeman *(The Methods of Historical Study,* Los métodos de estudio histórico, 1886), autor del memorable aforismo: «La historia es la política del pasado, y la política es la historia del presente». A él le siguieron el germano Ernst Bernheim *(Lehrbuch der historischen Methode,* Lecciones de método histórico, 1889); y los franceses Charles Langlois y Charles Seignobos *(Introduction aux études historiques,* Introducción a los estudios históricos, 1898), cuyo *dictum* aún resuena en las aulas de enseñanza: «La historia se hace con documentos [...] Nada suple a los documentos, y donde no los hay, no hay historia». Finalmente, casi al término del siglo (1898) comenzaron a celebrarse los primeros congresos internacionales[147].

---

146 Citado en Gérard Noiriel, *Sobre la crisis de la historia,* Madrid, Cátedra, 1997, pp. 65 y 68.

147 F. Stern, *The Varieties of History,* cap. 10. H. Ritter, «Method», *Dictionary of Concepts in History.* A. Marwick, *The Nature of History,* p. 57. Hay

Si bien la institucionalización y profesionalización de la Historia es un fenómeno general en Europa y Norteamérica durante el siglo XIX («el siglo de la Historia», escribió en 1876 Gabriel Monod en el primer número de la *Revue Historique),* también es cierto que ese proceso y la expansión del método documental-historicista no dejó de ser paralelo al surgimiento de nebulosas escuelas nacionales de Historia. Basta comparar a Leopold von Ranke con las figuras más notables de la historiografía inglesa o francesa: Thomas Babington Macaulay (1800-1859) y Jules Michelet (1789-1874). En ambos casos, la prédica rankeana del objetivismo y la neutralidad no fueron totalmente asumidas y se mantuvo la tesis de la participación interpretativa del historiador en la construcción del relato histórico.

Aun cuando sus relatos estuvieran basados en una exhaustiva investigación archivística, Macaulay no desatendió nunca el aspecto retórico heredado de la tradición literaria y fue sobre todo un excelente narrador. Esa preocupación por el efecto literario continuará siendo una cualidad distintiva de la historiografía británica en el contexto europeo. De igual modo, Macaulay, que fue diputado liberal en diversas ocasiones, es el mayor exponente de la llamada interpretación *whig* (liberal) de la Historia (con William Stubbs, Freeman, J. R. Seeley, Lord Acton, etc.), que juzgaba los procesos históricos desde el metro ofrecido por el presente liberal, próspero, seguro y complaciente, gradualista y constitucionalista, de la Inglaterra de su época (coincidente con la primera parte del reinado de la reina

---

edición española de los manuales de Droysen *(Histórica. Lecciones sobre la enciclopedia y metodología de la historia,* Barcelona, Alfa, 1983) y Langlois-Seignobos *(Introducción a los estudios históricos,* Buenos Aires, Pléyade, 1972).

Victoria). Unos procesos que no se reducían a la Historia política y diplomática al modo germano, sino que se extendían a lo que hoy día llamaríamos «Historia social» y aún «cultural» y «de las mentalidades», procurando abarcar todo el campo de las actividades humanas:

> [...] el progreso de las artes utilitarias y ornamentales, el ascenso de sectas religiosas y los cambios del gusto literario, las costumbres de las sucesivas generaciones, sin olvidar por negligencia las revoluciones que han tenido lugar en el vestuario, el mobiliario, la cocina y las diversiones públicas [148].

Macaulay llevó a la práctica ese programa historiográfico en su famoso capítulo tercero («Inglaterra en 1685») de su aún más famosa y popular *Historia de Inglaterra desde la entronización de Jacobo II,* publicada en 1849. Y pese a que un crítico contemporáneo descalificara el resultado comparándolo con «una tienda de curiosidades» en la que había de todo sin orden aparente, no cabe olvidar la presencia de esta tradición cuando se contempla el florecimiento de la Historia social y cultural británica y anglófona en el siglo XX y, especialmente, después de 1945. No en vano, Macaulay también fue un adelantado de la perspectiva histórica feminista al afirmar: «Me parece que las relaciones entre los dos sexos son al menos tan importantes como las relaciones entre dos gobiernos del mundo».

---

[148] F. Stern, *op. cit.,* cap. 5. Peter R. H. Slee, *Learning and a Liberal Education,* Manchester, University Press, 1986. G. P. Gooch, *Historia e historiadores en el siglo XIX,* cap. 15. A. Marwick, *The Nature of History,* pp. 52-54. Peter Burke, *Sociología e Historia,* Madrid, Alianza, 1980, p.16. Véanse las reflexiones de James Joll sobre Macaulay y la historiografía *whig* inglesa en *National Histories and National Historians, passim.*

Por otro lado, en Macaulay y la escuela *whig* británica, la Historia retuvo su funcionalidad social pragmática, en calidad de repositorio de ejemplos de conducta cívica y política, fuente para el descubrimiento y la afirmación de identidades nacionales o locales, y clave explicativa del origen, funcionamiento y evolución de las diversas estructuras y procesos sociales. Precisamente, esta concepción utilitaria del pasado histórico fundamentaba la preocupación estilístico-literaria de los historiadores *whig* (para conseguir la máxima divulgación de su obra) y demandaba la presencia activa, interpretativa, del historiador en la narración resultante de su investigación histórica.

En consonancia con ese utilitarismo, el propio Macaulay reflejó claramente en su obra la simbiosis de la idea liberal del progreso con la autosatisfacción nacionalista por la próspera situación de Gran Bretaña a mediados del siglo XIX: «La Historia de nuestro país durante los últimos ciento sesenta años es básicamente la historia de un perfeccionamiento físico, moral e intelectual». Y esa misma complacencia nacionalista se recogía en los manuales de texto que empezaban a conformar en las nuevas escuelas públicas y en las privadas la conciencia histórica popular de los británicos. En el decenio de 1880, uno de los más difundidos manuales escolares culminaba así su presentación de la Historia nacional:

Hemos visto a Inglaterra y a la Gran Bretaña haciéndose cada vez más grande, más poderosa, más libre y más inteligente, hasta que nuestro Imperio se ha convertido en el más extenso, más poderoso y más respetado de la superficie del globo terráqueo[149].

---

[149] Citado en J. Joll, *op. cit.,* p. Gareth Stedman Jones, «Historia: miseria del empirismo», en R. Blackburn (ed.), *Ideología y ciencias sociales,* Barcelona, Grijalbo, 1977, pp. 109-131. Reba N. Soffer, «The Modern University and

En la obra de Jules Michelet se encuentra también la conexión entre una investigación archivística exhaustiva (de 1830 a 1848 fue jefe de la sección histórica de los Archivos Nacionales franceses) y una participación consciente (y en su caso emotiva, plenamente romántica) en la construcción del relato histórico.

En más de un sentido, Michelet es el heredero y máximo exponente de una tradición historiográfica francesa que surge tras la Revolución de 1789 y que cuenta en su haber con figuras señeras como Antoine Barnave (1761-1793), Augustin Thierry (1795-1856), François Guizot (1787-1874) y Alexis de Tocqueville (1805-1859). La gran mayoría de ese grupo eran abogados o periodistas de extracción burguesa (menos el aristócrata Tocqueville), que tuvieron un destacado protagonismo como liberales en la vida política revolucionaria y post-revolucionaria. Barnave, diputado constitucionalista ejecutado por los jacobinos en 1793, fue autor de una penetrante *Introducción a la revolución francesa.* Thierry, periodista liberal anglófilo, escribió *La conquista de Inglaterra por los normandos* (1825) y un *Ensayo sobre la historia de la formación y progresos del Tercer Estado* (1853). El protestante Guizot, varias veces ministro y jefe de gobierno bajo la monarquía constitucional de Luis Felipe de Orleans (1830-1848), fue autor de una *Historia de la revolución en Inglaterra* (1826) y de una influyente *Historia de la civilización en Europa* (1832). Tocqueville, diputado liberal y fugaz ministro de Asuntos Exteriores en 1849 con la Segunda República, publicó en 1835 un penetrante examen del régimen político de los Estados Unidos *(La democracia en América)* y en 1856 un

National Values, 1850-1930», *Historical Research,* vol. 60, nº 142, 1987, pp. 166-187. Olive Anderson, «The Political Uses of History in Mid Nineteenth-Century England», *Past and Present,* nº 36, 1967, pp. 87-105.

gran estudio analítico del proceso revolucionario francés *(El Antiguo Régimen y la Revolución).*

De modo similar a sus colegas británicos, los historiadores franceses entendían su labor como una tarea de pedagogía política: «preocupado por el vivo deseo de contribuir por mi parte al triunfo de las ideas constitucionales, me puse a buscar en los libros de historia pruebas y argumentos para apoyar mis creencias políticas» (Thierry) [150]. Y en esa tarea de explicación y legitimación del triunfo revolucionario de la burguesía francesa, la escuela histórica post-revolucionaria inauguró el análisis de las luchas políticas e ideológicas como fenómenos y procesos en absoluto arbitrarios o autónomos sino directamente relacionados con la existencia de diversos grupos sociales definidos por su condición económica y cuyos intereses eran antagónicos en grados diferentes. Un conocido párrafo de la obra de Barnave (en el que, además, se identifica significativamente a las clases burguesas con el «pueblo») es muy elocuente al respecto:

> Desde que las artes y el comercio consiguen penetrar en el pueblo y crean un nuevo medio de riqueza en provecho de la clase laboriosa, se prepara una revolución en las leyes políticas; una nueva distribución de la riqueza prepara una nueva distribución del poder. Al igual que la posesión de las tierras ha elevado a la aristocracia, la propiedad industrial eleva el poder del pueblo; adquiere su libertad, se multiplica y comienza a influir en los negocios públicos [151].

---

[150] Citado por Josep Fontana, *Historia,* p. 109. Todo el capítulo 5 de esa obra se dedica a un análisis muy penetrante de la escuela histórica francesa. Cfr. G. Lefebvre, *El nacimiento de la historiografía moderna,* cap. 12 (dedicado al mismo tema).

[151] Reproducido en Josep Fontana, *op. cit.,* p. 107. Debe subrayarse que el escritor James Harrington ya había apuntado en 1656 esa idea basándose

En este sentido, Karl Marx estaría en lo cierto al reconocer con posterioridad su deuda con esa escuela historiográfica precedente:

> No es mérito mío haber descubierto la existencia de clases en la sociedad moderna ni la lucha entre ellas. Mucho antes que yo, los historiadores burgueses ya habían descrito el desarrollo histórico de esta lucha de clases y los economistas burgueses habían trazado su anatomía [152].

Entroncando fielmente con esa tradición historiográfica nacional, Jules Michelet elaboró una prolija obra histórica donde la presentación de los conflictos políticos e ideológicos se entretejía inextricablemente con la exposición de las condiciones sociales y económicas imperantes en cada coyuntura. En el caso de su popular *Historia de la Revolución francesa* (1847, primer volumen), Michelet combinaba ese entretejimiento con un explícito compromiso político anti-aristocrático, republicano y filo-jacobino. Y a tono con ese compromiso y su ardiente nacionalismo romántico, otorgó el protagonismo de la revolución a un agente histórico que se configuraba como «el pueblo

---

en el análisis de la guerra civil inglesa. Según dicho autor, la distribución de la propiedad de la tierra era el fundamento del poder político y de las instituciones correspondientes. Todo cambio en la distribución de la propiedad, como el experimentado en Inglaterra en favor de la *gentry* (pequeña nobleza y medianos propietarios sin título) y en perjuicio de la Corona y la alta nobleza, tenía como resultado una nueva distribución del poder político y del marco constitucional (simbolizada en la primacía del Parlamento sobre la Corte tras la derrota de Carlos I). Robert Ashton, *The English Civil War,* Londres, Weidenfeld & Nicolson, 1978, p. 74.

[152] Carta de Marx a Weydemeyer, 5 de marzo de 1852. Reproducido en K. Marx, *Sociología y filosofía social,* selección e introducción de T. B. Bottomore y M. Rubel, Barcelona, Península, 1978, p.18.

de Francia», aquel sector laborioso de la población opuesto a los privilegiados y acomodados e identificado con los *sans-culottes* (en palabras de Georges Lefebvre: «el artesano, el tendero, el empleado, el pequeño campesino propietario o agricultor»). El asalto a la cárcel real de París el 14 de julio de 1789 significaría, a tenor de Michelet, la primera irrupción de este protagonista popular en la historia nacional de Francia:

El asalto a la Bastilla no fue razonable en modo alguno, fue un acto de fe. Nadie lo propuso, pero todos creyeron y todos actuaron. A lo largo de las calles, de los puentes y de las avenidas, la multitud gritaba a la multitud: «¡A la Bastilla! ¡A la Bastilla!». Y en medio del toque a rebato, todos oían: «¡A la Bastilla!». Nadie, repito, dio la orden [...] ¿Quién lo hizo?: Los que tenían la devoción y la fuerza para hacer cumplir su fe ¿Quién?: El pueblo, todo el mundo[153].

El nacionalismo romántico apreciable en grado sumo en Michelet contribuyó asimismo a fomentar el desarrollo de historiografías nacionales en casi toda Europa a lo largo del siglo XIX. De hecho, el proceso de «construcción de naciones» que llevaron a cabo los diferentes nacionalismos europeos decimonónicos fue parejo a la redacción de historias nacionales que sirvieron como pieza clave en la configuración de esa novedosa conciencia de identidad de grupo «nacional» desarrollada al compás de la expansión de la economía industrial, del crecimiento demográfico y urbano y de la extensión de la alfabetización entre una población hasta hacía poco rural e iletrada.

De hecho, la expansión decimonónica de la historia fue un agente y un resultado de ese crucial proceso de sustitución de

---

[153] Recogido en R. Stinson, *The Facies of Clio,* cap. 13. G. Lefebvre, *El nacimiento de la historiografía moderna,* cap. 12. Christian Amalvi, «Michelet, el profeta», *El Correo de la Unesco,* abril 1990, pp. 15-16.

las tradicionales lealtades dinásticas y religiosas por la nueva lealtad y devoción a la Nación como «comunidad imaginada» (en frase feliz de Benedict Anderson). En ese proceso de construcción de las nuevas identidades nacionales, las historiografías correspondientes cumplieron una función socio-política y cultural inexcusable: «la necesidad de dar razón, a través de una historia nacional escrita ordenadamente, de un pasado coherente y dotado de sentido que presta significación al momento contemporáneo» (en palabras de Jover Zamora). La Constitución revolucionaria francesa de 1791 estableció por vez primera la funcionalidad política de la historia nacional al establecer que «la educación debería formar el espíritu de fraternidad entre los ciudadanos, apegarlos a su constitución, a su país y a sus leyes». Augustin Thierry, en 1820, también apreció la necesidad de fundamentar sobre una conciencia histórica nacional y popular las nuevas instituciones estatales surgidas de la destrucción revolucionaria del Antiguo Régimen:

> Puede que me equivoque, pero creo que nuestro patriotismo ganaría mucho en solidaridad y resolución si el conocimiento de la historia, y particularmente de historia francesa, estuviera mucho más difundida entre nosotros y se hubiera convertido en cierto sentido en algo más popular [154].

---

[154] F. Stern, *The Varieties of History,* p. 67. La cita previa sobre la constitución de 1791 procede de Marc Ferro, *Cómo se cuenta la Historia a los niños del mundo entero,* México, FCE, 1990, p. 378. Sobre la conexión entre nacionalismo e historiografía decimonónica, véanse las reflexiones de Eric Hobsbawm en, *La era de la revolución 1789-1848* (pp. 261-263); Benedict Anderson, *Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalism,* Londres, Verso, 1985; y Roland Stromberg en *Historia intelectual europea desde 1789,* Madrid, Debate, 1990, pp. 259-264. Cfr. Gerardo Pereira, «Sobre la función del pasado histórico en los movimientos nacionalistas», en *Homenaje a F. Presedo,* Sevilla, Universidad, 1995, pp. 851-862.

Ese contexto de efervescencia nacionalista sirvió de trasfondo para la redacción de las influyentes obras de los historiadores europeos de la primera mitad de siglo: la *Historia de Rusia* de Karamzin (1816); la *Historia del pueblo sueco* de E. G. Geijer (1832); la *Historia de Bohemia* de Frantisek Palacky (1836); el *Sommario della Storia d'Italia* de Cesare Balbo (1845); la *Historia de Portugal* de Alexandre Herculano (1846); la *Historia General de España* de Modesto Lafuente (1850), etcétera. A su amparo y el de decenas de manuales escolares, y con el concurso de mitos históricos, himnos, poemas, dramas y ceremonias conmemorativas *ad hoc* (el culto francés a Juana de Arco, la leyenda inglesa del sajón libre de nacimiento, Numancia y la unificación peninsular visigoda en España...), las diferentes burguesías europeas fueron creando su propia identidad nacional y divulgando esa creencia entre los restantes grupos sociales al compás de los procesos de escolarización, alfabetización, urbanización y modernización socio-profesional. El crucial y consciente protagonismo de los historiadores europeos en ese proceso puede apreciarse en el prólogo de Ernest Lavisse a la popular *Histoire de France* dirigida por él en 1900:

A la enseñanza histórica le incumbe el glorioso deber de hacer amar y comprender la patria [...], nuestros antepasados galos y los bosques de los druidas, Carlos Martel y Poitiers, Rolando en Roncesvalles, Godofredo de Bouillon en Jerusalén, Juana de Arco, todos nuestros héroes del pasado, aureolados de leyenda [...]. Si el escolar no lleva consigo el vivo recuerdo de nuestras glorias nacionales, si no sabe que nuestros antepasados combatieron en mil campos de batalla por causas nobles, si no aprende la sangre y el esfuerzo que costaron lograr la unidad de la patria y hacer surgir del caos de nuestras instituciones envejecidas las leyes sagradas que nos hicieron libres, si no se convierte en un ciudadano com-

penetrado con sus deberes y un soldado que ama la bandera, el maestro habrá perdido su tiempo [155].

III. LA INFLUENCIA DEL MARXISMO

La segunda mitad del siglo XIX, a la par que se iban constituyendo las diversas escuelas historiográficas nacionales, fue también escenario de la aparición y difusión de la obra del filósofo revolucionario alemán Karl Marx (Tréveris, 1818 - Londres, 1883).

El marxismo, entendiendo por tal inicialmente el cuerpo de escritos elaborados por Marx, sólo o en colaboración con su compatriota y amigo Friedrich Engels (1820-1895), constituye básicamente una filosofía materialista de clara implantación política y decidida vocación revolucionaria. El dirigente bolchevique ruso Vladímir Ilich "Lenin" (1870-1924) apuntaría con bastante precisión las tradiciones intelectuales que se combinaron en la génesis del pensamiento marxiano: «la filosofía clásica alemana, la economía política inglesa y el socialismo francés, unido a las doctrinas revolucionarias francesas en general» [156].

---

[155] Citado en J. Le Goff, *Pensar la Historia,* p. 75. G. P. Gooch en *Historia e historiadores en el siglo XIX* (cap. 22); C.O. Carbonell en *La historiografía* (pp. 105-109); P. M. Kennedy, «The Decline of the Nationalistic History in the West», pp. 77-91. Por lo que respecta a España, véase: M. Moreno Alonso*, Historiografía romántica española,* pp. 162-163 y 313-318; J. M. Jover Zamora, «Caracteres del nacionalismo español, 1854-1874», en *Actas del Simposio Posibilidades y límites de una historiografía nacional,* Madrid, CSIC, 1984, pp. 355-374; y G. Pasamar e I. Peiró, *Historiografía y práctica social en España,* 1987, pp. 15-20.

[156] V. I. Lenin, «Carlos Marx», en *Obras escogidas,* Moscú, Progreso, 1970, vol. I, p. 28. David MacLellan, *Karl Marx. Su vida y su obra,* Barcelona,

En el contexto del gran despegue de la industrialización europea, con su secuela de transformaciones económicas, migraciones y desarraigo de comunidades campesinas, extensión de la miseria social urbana y generación de una nueva clase obrera industrial (el proletariado fabril), Marx abordó el análisis crítico de esos cambios radicales bien pertrechado por su formación académica filosófica. No en vano, había sido estudiante de leyes y se había doctorado en filosofía en la prestigiosa Universidad de Berlín. Allí había recibido la profunda influencia del método dialéctico enseñado por el recién fallecido filósofo G. W. F. Hegel (1770-1831). Su análisis crítico fue extendiéndose desde el plano intelectual y político (como redactor del diario *La Gaceta Renana* de Colonia y autor del libro *Crítica de la filosofía del Estado de Hegel,* en 1842 y 1843) hasta el ámbito de los fundamentos económicos y de las consecuencias sociales de la implantación del nuevo orden burgués y capitalista (en los libros *Anales franco-alemanes* y *Manuscritos de Economía y Filosofía,* ambos de 1844).

En dicho proceso de análisis crítico y dialéctico de las transformaciones que se estaban operando en toda Europa, Marx acabó formulando una filosofía de la historia que denominó «concepción materialista de la historia» (conocida luego

---

Crítica, 1977. D. MacLellan, «La concepción materialista de la Historia», y Pierre Vilar, «Marx y la Historia», ambos en AA. VV., *Historia del marxismo. I. El marxismo en tiempos de Marx,* Barcelona, Bruguera, 1979, pp. 83-112 y 113-161. George Lichtheim, *El marxismo. Un estudio histórico y crítico,* Barcelona, Anagrama, 1971. Santos Juliá, «El materialismo histórico: Marx», en S. Juliá y A. Martínez, *Teoría e historia de los sistemas sociales,* Madrid, UNED, 1991, cap. 7. Véase igualmente las contribuciones de J. Fontana, J. J. Carreras, S. Juliá y otros en «El marxismo y la historia», AA. VV., *El marxismo en España,* Madrid, FIM, 1984.

por sus seguidores como «materialismo histórico»). El libro *La ideología alemana,* escrito en 1846 estando exiliado en Bruselas con su familia y publicado póstumamente, recogió la primera versión sistemática de sus reflexiones sobre el tema. Partiendo de la base de que la mera supervivencia del hombre y la sociedad humana exigía «beber, comer, disponer de vivienda, vestirse y otras cosas parecidas», Marx concluía que el hecho histórico fundamental era «la producción de los medios que permiten satisfacer estas necesidades, la *producción de la vida material* en sí». Esa labor básica e inexcusable era realizada por las sociedades humanas por medio de unas determinadas *fuerzas productivas* (constituidas por la fuerza de trabajo humana y por los medios de producción disponibles: útiles, recursos naturales, saberes tecnológicos, etc.) y dentro de un marco determinado de *relaciones sociales de producción* (las relaciones establecidas entre los miembros de la sociedad según la naturaleza de la división social del trabajo, de la separación de funciones entre sexos y generaciones, de la condición de propietario o no-propietario de los medios de producción, del papel desempeñado por cada individuo y grupo en la distribución y consumo de la producción, etc.). La configuración material concreta de esa combinación entre el grado de desarrollo de las fuerzas productivas y las correspondientes relaciones de producción daba lugar a un determinado *modo de producción.* El modo de producción constituido por la combinación de fuerzas productivas y relaciones de producción condicionaba las restantes actividades de la sociedad humana, tanto políticas, como jurídicas, culturales, religiosas o ideológicas. En esto consistía la famosa «vuelta del revés» marxista del idealismo hegeliano: «No es la conciencia la que determina la vida, sino la vida la que determina la conciencia». En otras palabras: la experiencia social derivada de las formas y condiciones materiales de producción y reproduc-

ción de los grupos y comunidades humanas eran la fuente generatriz de la conciencia social característica de esas sociedades.

Las tesis contenidas en *La ideología alemana* fueron sintetizadas de modo magistral en el famoso prefacio a la *Contribución a la crítica de la economía política,* publicado en 1859 en Londres, donde Marx había fijado su residencia definitiva tras el fracaso de la revolución de 1848 en el continente:

Mis investigaciones dieron este resultado: que las relaciones jurídicas, así como las formas de Estado, no pueden explicarse ni por sí mismas, ni por la llamada evolución general del espíritu humano; que se originan más bien en las condiciones materiales de existencia [...]; que la anatomía de la sociedad hay que buscarla en la economía política [...] El resultado general a que llegué y que, una vez obtenido, me sirvió de guía en mis estudios, puede formularse brevemente de este modo: en la producción social de su existencia, los hombres entran en relaciones determinadas, necesarias, independientes de su voluntad; estas relaciones de producción corresponden a un grado determinado de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales. El conjunto de estas relaciones de producción constituye la estructura económica de la sociedad, la base real, sobre la cual se eleva una superestructura jurídica y política y a la que corresponden formas sociales determinadas de conciencia. El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de vida social, política e intelectual en general. No es la conciencia de los hombres la que determina la realidad; por el contrario, la realidad social es la que determina su conciencia[157].

---

[157] K. Marx, *Contribución a la crítica de la economía política,* Madrid, A. Corazón, 1978, pp. 42-43. Cfr. la selección de textos sobre «la concepción materialista de la historia» procedentes de *La ideología alemana* y otras obras en K. Marx, *Sociología y filosofía social* (edición de T. Bottomore y M. Rubel), Barcelona, Península, 1978, pp. 71-86. Una guía útil a los conceptos básicos la obra de Marx es la de G. Bekerman, *Vocabulario básico del marxismo,*

A juicio de Marx, el desarrollo de las fuerzas productivas (sobre todo la aplicación práctica de los avances tecnológicos y científicos) en el seno de una sociedad posibilitaba la generación de un desajuste y conflicto entre las mismas y las relaciones de producción establecidas y sus formas jurídicas, políticas e ideológicas, abriendo una época de revolución social hasta el establecimiento de un nuevo modo de producción en el que las relaciones sociales se acomodasen al grado de desarrollo alcanzado por las fuerzas productivas. La dinámica histórica parecía registrar la sucesión de cuatro modos de producción distintos (primitivo, asiático, antiguo y feudal) antes del surgimiento del moderno modo de producción capitalista, cuya formación y leyes de funcionamiento constituían la materia analizada por Marx en *El Capital* (primer volumen, 1867). Bajo esa perspectiva, las relaciones sociales propias del modo de producción capitalista se caracterizaban por la existencia de dos clases antagónicas definidas por su función económica: la burguesía (clase dominante que tenía la propiedad privada de los medios de producción y acaparaba la plusvalía generada en el mercado por el producto del trabajo de sus obreros asalariados); y el proletariado (clase dominada, desposeída de los medios de producción y obligada a trabajar a cambio de un salario siempre inferior al valor del producto de su trabajo en el mercado). La existencia de esa explotación social (patente en la acaparación por la burguesía de la plusvalía generada en el mercado) y el antagonismo estructural entre los intereses respectivos de ambos grupos era la base de la *lucha de clases* entre burgueses y proletarios propia del capitalismo.

Barcelona, Crítica, 1983. Una visión crítica de esta filosofía de la Historia se halla en el capítulo 6 («Materialismo histórico») de la biografía de Isaiah Berlin, *Karl Marx,* Madrid, Alianza, 1973.

El análisis dialéctico marxiano de los fenómenos económicos, sociopolíticos e intelectuales no pretendía ceñirse a una comprensión teórica o científica de la realidad histórica sino que se concebía como instrumento para la acción revolucionaria, para la intervención consciente en la lucha de clases al lado de los explotados. En opinión de Marx, las transformaciones acarreadas por el proceso de industrialización estaban generando por vez primera una clase universal, el proletariado fabril, que podría y habría de ser el agente colectivo, el sujeto histórico, de una revolución que diera al traste con la organización capitalista y el dominio de la burguesía, aboliendo la propiedad privada y abriendo la vía con su triunfo y dominio político hacia la eliminación de la sociedad de clases y la explotación humana (características de la sociedad comunista).

Como complemento de esa intención revolucionaria, Marx fue autor de una serie de obras *(El manifiesto comunista,* 1848; *El 18 de Brumario de Luis Bonaparte,* 1852; *La guerra civil en Francia,* 1871) que constituían elementos de combate e intervención política inmediata. En ellas, el análisis teórico de la realidad existente pretendía sustentar y subordinarse a las exigencias de la lucha de clases y a la necesidad de movilizar y organizar al proletariado para llevar a cabo el programa político comunista. En estas obras, el aspecto descriptivo y analítico de la obra marxiana cedía su lugar a la faceta prescriptiva y voluntarista propia de la lucha política. La conocida consigna final del *Manifiesto,* «¡Proletarios de todos los países, uníos!», era un llamamiento a la acción revolucionaria de una clase social definida en términos económicos pero aún inexistente como agente social consciente y activo políticamente: era un programa de acción, no un diagnóstico de realidad efectiva y comprobada. Precisamente ese activismo era el resultado per-

seguido y deseado por el libro y su autor; no se trataba de un previo hecho positivo descrito y analizado.

Esa faceta dual que se advierte en la obra marxiana es la base del desarrollo alternativo que puede hacerse (y se hizo) del mismo. O bien acentuar el aspecto crítico-descriptivo, subrayando el carácter material de las estructuras productivas y de la dialéctica objetiva y sujeta a leyes inexorables establecida entre relaciones de producción y fuerzas productivas (origen de la interpretación del marxismo como «determinismo y reduccionismo economicista», que se extendió a fines del siglo XIX entre los socialistas de la Segunda Internacional de la mano del teórico austriaco Karl Kautsky). O bien subrayar el carácter activo de los agentes sociales, de la lucha de clases, en cuyo caso se tiende a contemplar el proceso histórico bajo el prisma de la lucha política clasista y a concebir ésta como «el motor de la Historia» y de la sucesión de modos de producción (tal como lo hará Lenin y el marxismo de inspiración bolchevique: «Sólo es marxista el que hace extensivo el reconocimiento de la lucha de clases al reconocimiento de la dictadura del proletariado»).

El propio Marx fue bien consciente del dualismo de su obra y procuró rechazar tanto la versión del voluntarismo subjetivista que hacía abstracción de las condiciones objetivas («¡La ignorancia nunca ha sido una ayuda para nadie!») como su alternativa opuesta: la «transformación de mi explicación de los orígenes del capitalismo en Europa occidental en una teoría histórico-filosófica de un movimiento universal necesariamente impuesto a todos los pueblos, cualesquiera que sean las circunstancias en que se encuentran». No cabe olvidar este dualismo fehaciente al examinar el desarrollo multiforme, heterogéneo y contradictorio de lo que habrá de ser la escuela historiográfica marxista. Sin olvidar el hecho fundamental, y a la postre decisi-

vo, de que Marx tuvo siempre más adeptos fideístas que lectores reflexivos[158].

En todo caso, la influencia de Marx sobre la práctica de la profesión histórica fue mínima durante la segunda mitad del siglo XIX. Aparte de algunos casos aislados (Jean Jaurès en Francia, Franz Mehring en Alemania), la casi totalidad de los historiadores siguieron fieles a las concepciones filosóficas y técnicas de trabajo legadas por el empirismo positivista de tradición rankeana. Habría que esperar a la quiebra de la ideología del progreso y la razón que se produce en la primera década del XX, y sobre todo a la Gran Guerra de 1914-1918 y al triunfo de la revolución bolchevique en Rusia, para que el marxismo penetrase e influyese con fuerza en el gremio profesional de los historiadores.

[158] El rechazo marxiano al voluntarismo se produjo en sus debates con Bakunin y los anarquistas, mientras que la denuncia al determinismo la efectuó en las discusiones con sus propios partidarios. Cfr. D. McLellan, *Marx: su legado,* Barcelona, Quarto, 1984, pp. 30 y 55-57; K. Marx, *Sociología y filosofía social,* pp. 36-37. Sobre la heterogeneidad de la escuela de pensamiento marxista véanse: Robert A. Gorman (ed.), *Biographical Dictionary of Marxism,* Londres, Mansell, 1986; y Alfred Schmidt, «La importancia de Marx para el pensamiento historiográfico contemporáneo», *Revista de Estudios Políticos,* nº 37, 1984, pp. 49-65.

6. CRISIS Y RENOVACIÓN: LAS CIENCIAS HISTÓRICAS EN EL SIGLO XX

I. LOS DESAFÍOS DE LA HISTORIA EN LOS ALBORES DEL SIGLO

Al comenzar el siglo XX, la práctica histórica de los profesionales estaba firmemente asentada sobre el modelo empírico-positivista (con su principio de objetivismo y neutralidad) e historicista (con su pretensión de comprender lo «único e irrepetible») que había surgido en Alemania cien años antes. Incluso en Francia, pocos se habrían atrevido a contestar el *dictum* de Numa-Denis Fustel de Coulanges (1830-1889, autor de *La ciudad antigua):* «No soy yo el que hablo, es la Historia la que habla a través de mí»; «la Historia es pura ciencia, una ciencia como la física o la geología. Su único objetivo es establecer hechos, descubrir verdades». También en Inglaterra, Lord Acton era capaz de poner en marcha en 1902 la gran empresa colectiva que fue *The Cambridge Modern History* (La Historia moderna de la Universidad de Cambridge) en la confianza de que

[...] nuestro Waterloo deberá satisfacer por igual a los franceses y a los ingleses, a los alemanes y a los holandeses; que nadie pueda decir, sin examinar la lista de autores, dónde dejó de escribir el obis-

po de Oxford y si le sustituyó Fairbairn o Gasquet, Liebermann o Harrison[159].

Y sin embargo, ya entonces apuntaban serias dudas dentro de la profesión y fuera de ella sobre la validez de las premisas teóricas y los resultados prácticos del método empírico-historicista. Es cierto que desde mediados del XIX habían surgido críticos notables a esa tradición. En 1872 el suizo Jacob Burckhardt (1818-1897) había rechazado suceder en la cátedra berlinesa a su maestro Ranke en desacuerdo con su metodología «fría» y su pretensión de haber eliminado al sujeto en la construcción de un relato histórico ajeno por completo al arte literario. Además, frente a la concentración abusiva en la Historia política y diplomática de la escuela alemana, Burckhardt retomó la idea volteriana de una Historia de la cultura y la civilización y publicó influyentes obras maestras en este campo: *La era de Constantino el Grande* (1853) y *La cultura del Renacimiento en Italia* (1860) pretendieron capturar el espíritu de su tiempo *(Zeitgeist)* mediante el uso de fuentes literarias y artísticas de un modo empático e impresionista[160].

A fines de la centuria, en los Estados Unidos, Frederick Jackson Turner (1861-1932), de sólida formación académica filogermana, se alejaba también del campo político-diplomático

[159] Recogido en F. Stern, *The Varieties of History,* pp. 246-249. La primera cita de Fustel y una certera exposición sobre la situación en el período de cambio de siglo se hallan en Geoffrey Barraclough, *Main Trends in History,* Nueva York, Holmes & Meier, 1979, pp. 5-8. Traducción española: *Introducción a la historia contemporánea,* Madrid, Gredos, 1979. La segunda cita de Fustel en Gérard Noiriel, *Sobre la crisis de la historia,* Madrid, Cátedra, 1997, p. 62.

[160] A. Marwick, *The Nature of History,* p. 45. Voz «Cultural History» en H. Ritter, *Dictionary of Concepts in History.* Werner Kaegi, «Prólogo» a J. Burckhardt, *La cultura del Renacimiento en Italia,* México, Porrúa, 1984.

y abría la joven historiografía norteamericana a la influencia y métodos hipotético-deductivos de otras ciencias sociales recién cristalizadas: «debe tenerse en cuenta todas las esferas de la actividad del hombre» y «ningún ámbito de la vida social puede comprenderse aislado de los demás». Su fructífero ensayo histórico sobre *El significado de la frontera en la Historia americana* (1893) reflejaba por igual el interés por la geografía humana y su familiaridad con las doctrinas del darwinismo y el naturalismo contemporáneas [161].

De hecho, la crisis finisecular del paradigma histórico rankeano era coetánea de la extensión de una versión social de las tesis evolucionistas expuestas por Charles Darwin en su influyente libro *El origen de las especies por medio de la selección natural* (1859). A tenor de este «Darwinismo social» (cuyo máximo cultivador fue el británico Herbert Spencer: *Sistema de filosofía sintética,* primer volumen, 1860), era posible y necesario hallar en los «organismos» humanos leyes de evolución social similares al principio biológico de selección natural de las especies animales mediante «la supervivencia de los más aptos en la lucha por la vida».

No en vano, sobre la doble base filosófica del positivismo (en sentido comtiano) y del evolucionismo darwinista, y mediante la aplicación de métodos hipotético-deductivos al material recogido y estudiado, las restantes Ciencias humanas estaban localizando sorprendentes e inesperadas leyes evolutivas, estructuras apenas invariables y pautas regulares de conducta humana en sus respectivos campos de trabajo. La Sociología positiva lo había hecho con los estudios fundacionales de Emi-

---

[161] E. Breisach, *Historiography,* pp. 314-316. R. Stinson, *The Faces of Clio,* cap. 16. F. Stern, *op. cit.,* capítulo 13. Peter Burke, *Sociología e Historia,* Madrid, Alianza, 1980, pp. 25-26.

le Durkheim *(La división del trabajo social,* 1893; *El suicidio,* 1897) y Max Weber *(La ética protestante y el espíritu del capitalismo,* 1904-1905). La lingüística con la obra inferencial y comparativista de Franz Boop *(Gramática comparada de las lenguas indoeuropeas,* 1832-1852). La psicología experimental con los trabajos de William James y Wilhelm Wundt en la década de 1870. La antropología cultural con las investigaciones de Edward Tylor *(Cultura primitiva,* 1871), Lewis Henry Morgan *(La sociedad antigua,* 1877) y James Frazer *(La rama dorada: un estudio comparativo de las religiones,* 1890)[162].

El Darwinismo social tuvo otra derivación mucho menos positiva y más perniciosa para la historiografía y la cultura occidental. El reduccionismo biologicista que implicaba esa tesis ofreció un fundamento pseudocientífico a las nuevas teorías racistas que se extendieron por Europa y el mundo occidental durante la expansión imperialista de la segunda mitad del siglo XIX y que alcanzaron su dramática plenitud en el XX. A tenor de las mismas, el dato clave de la evolución histórica era la existencia de razas biológicas, definidas como grupos humanos diferenciados por caracteres anatómicos y rasgos somáticos transmitidos sólo por herencia natural e irreversible: color de piel, forma de ojos, nariz y pelo, índice cefálico, grupo sanguíneo, etc.

Los teóricos racistas decimonónicos (el conde de Gobineau en Francia, el biólogo alemán Ernst Haeckel, el médico escocés

---

[162] Sobre la situación finisecular de las ciencias sociales véase H. Stuart Hugues, *Conciencia y sociedad. La reorientación del pensamiento social europeo,* Madrid, Aguilar, 1970 (especialmente caps. 2 y 8). También R. Stromberg, *Historia intelectual europea desde 1789,* pp. 174 y ss.; y George L. Mosse, *La cultura europea del siglo XIX*, Barcelona, Ariel, 1997. Cfr. la introducción y selección de textos de esos autores finiseculares en Talcott Parsons (ed.), *Theories of Society: Foundations of Modern Sociological Theory,* Nueva York, Free Press, 1965.

Robert Knox, el ensayista anglo-germano Houston Stewart Chamberlain) sostuvieron que los rasgos físicos raciales determinaban las características culturales y las virtudes morales e intelectuales de cada grupo («la cultura se lleva en la sangre») y que ello se demostraba por la evidente superioridad de unas razas (por supuesto, la «blanca» o caucasoide) sobre otras inferiores (la «negra» o negroide y la «amarilla» o mongoloide) en el transcurso de la evolución de la humanidad. Las nefastas consecuencias historiográficas y morales de esta simplista reducción de la cultura (como aprendizaje) a la biología (como herencia), que se expandía sobre todo en ámbitos cultos y populares germánicos bajo la forma del mito de la superioridad de la raza «aria», quedan reflejadas en estas palabras escritas en 1900 por el médico británico Karl Pearson:

La Historia nos enseña un único modo en el que se produce un estado de civilización; a saber: la lucha de una raza contra otra raza, y la supervivencia de la raza más apta mental y físicamente [...] Esta dependencia de la supervivencia de la raza más apta, terrible como pueda parecer a algunos, proporciona a la lucha por la vida sus rasgos redentores; es la terrible prueba de la que surje el mejor metal [...] El camino del progreso está sembrado de despojos de naciones, por todas partes hay restos visibles de la hecatombe de las razas inferiores y de las víctimas que no encontraron la estrecha vía hacia la mayor perfección[163].

---

[163] Citado en P. M. Kennedy, «The Decline of Nationalistic History in the West, 1900-1970», p. 89. Sobre la expansión de las doctrinas racistas véanse las obras claves de George L. Mosse, *Toward the Final Solution. A History of European Racism,* Madison, University of Wisconsin Press, 1985; Ruth Benedict, *Race and Racism,* Londres, Routledge and Kegan Paul, 1983; y Stephan L. Chorover, *Del Génesis al Genocidio. La sociobiología en cuestión,* Barcelona, Blume, 1982.

Un claro ejemplo de los despropósitos a que conducía este reduccionismo biologicista de los fenómenos culturales puede apreciarse en el siguiente párrafo de Gustave Le Bon. Este influyente ensayista francés, autor de la popular obra *La psicología de las multitudes* (1895), sostenía la imposibilidad de que un Japón por entonces en pleno proceso de modernización lograra jamás alcanzar un desarrollo cultural similar al de las sociedades occidentales:

> Un japonés puede fácilmente obtener un título universitario o convertirse en abogado. Sin embargo, el tipo de barniz que consigue de este modo es bastante superficial y no tiene ninguna influencia en su constitución mental. Lo que ninguna educación podrá darle, porque sólo se obtienen mediante la herencia, son las formas de pensamiento, la lógica y, sobre todo, el carácter del hombre occidental [164].

Al margen de la sombra amenazante que los mitos racistas proyectaban sobre la historiografía occidental (no en vano la «herencia» y la «necesidad biológica» anulaban el aprendizaje y la libre opción del individuo como determinantes principales de la acción humana), desde 1883, el filósofo Wilhelm Dilthey había puesto en cuestión las pretensiones rankeanas de que el conocimiento histórico era *tan* científico como el logrado por las ciencias naturales y que era posible neutralizar al historiador en el proceso de investigación y en la narración resultante. Las dudas sembradas al respecto crecieron a la par que comenzaba a cuestionarse la validez social de una pléyade de monografías históricas exhaustivas sobre minúsculas parcelas de hechos pasados «únicos e irrepetibles», escri-

---

[164] Citado en R. Benedict, *Race and Racism,* p. 82. Cfr. G. Le Bon, *La psicología de las multitudes,* Buenos Aires, Albatros, 1958.

tas en una jerga densa e incomprensible para el lego y destinadas al consumo y lectura de los colegas de especialidad. En 1896, el historiador francés Camille Jullian iniciaba el largo rosario de denuncias contra la especialización minifundista y la falta de criterio para evitar el «todo vale» en el tratamiento de temas por los historiadores: «La Historia en Alemania se desmenuza y se deshoja».

En gran medida, la *Cambridge Modern History* y la *Revue de synthèse historique* de Henri Berr (fundada en 1900) fueron tanto síntomas de una insatisfacción profesional con esa tendencia a la especialización aislacionista y gratuita e intentos de combatirla mediante un esfuerzo colectivo para lograr una síntesis histórica comparativa, de calidad profesional compatible con una potencial divulgación pública. En ese mismo contexto, siguiendo los pasos de Turner, el norteamericano James Harvey Robinson acuñó la primera demanda en favor de una *Nueva Historia* en 1912, definiéndola por la superación del énfasis en los aspectos políticos, constitucionales y militares, por el entronque con los métodos y resultados de las modernas ciencias sociales, y por la conexión del pasado con el presente de un modo pragmático y utilitario al servicio de una sociedad democrática. La historiografía en Estados Unidos veía nacer así una corriente denominada *progresista* en estrecho contacto con la economía y la sociología contemporánea. La modernidad y actualidad del planteamiento de Robinson queda bien reflejado en este párrafo inicial de su ensayo programático:

En su sentido más amplio, la Historia incluye todo rastro y vestigio de cualquier cosa hecha o pensada por el hombre desde su aparición en la tierra. Tanto puede aspirar a seguir el devenir de las naciones como a describir los hábitos y emociones del más oscuro de los individuos. Sus fuentes de información se extienden desde los rudos bifaces pé-

treos de Chelles hasta el periódico de esta mañana. Es la ciencia amplia y global de los fenómenos humanos pretéritos [165].

Al mismo tiempo que se producían esos reajustes en el seno de la historiografía, la expansión del movimiento obrero y socialista desde el último cuarto del siglo en Europa y el mundo occidental fue ampliando la influencia del marxismo sobre el conjunto de las ciencias humanas. Bien sea porque asumieran las premisas filosóficas y políticas del marxismo o porque las rechazaran, los mejores cultivadores de la Sociología, la Economía política y la Historia no pudieron seguir manteniéndose ajenas a sus tesis y a su concepción de la Historia y de la implantación política de las ciencias humanas.

En no poca medida, el atractivo y reto intelectual del marxismo procedía de su capacidad indudable para intentar dar cuenta global y racional del curso efectivo de los procesos históricos sujetos a análisis: las causas de las transformaciones en el modo de producción y en la estructura económica de una formación social histórica; la modalidad de su ligazón con los conflictos sociales y políticos coetáneos; y la manera como todo ello se reflejaba y condicionaba el universo intelectual y cultural correspondiente. Aparecía así como un verdadero modelo racional interpretativo para iniciar la investigación científica en las disciplinas humanísticas, superando el agotamiento del modelo descriptivo empírico-historicista y propugnando un principio analítico y hermenéutico de tremenda virtualidad operativa: la necesaria existencia de una conexión significativa (cuya modalidad debía establecerse mediante investigación) entre los

[165] Recogido en F. Stern, *The Varieties of History,* p. 258. H. S. Hugues, *Consciousness and Society: The Reorientation of European Social Thought, 1890-1930,* pp. 183-200. J. Le Goff, *Pensar la Historia,* p. 123.

diversos planos fenoménicos de una sociedad histórica (económicos, políticos, sociales, culturales, religiosos...) conformada sobre un modo de producción y reproducción de su propia existencia social.

En calidad de tal perspectiva materialista de análisis de la Historia como proceso evolutivo de las formas de sociedad humana, la influencia de la filosofía marxiana desbordó considerablemente a los pocos profesionales marxistas declarados. Es bien sabido, por ejemplo, la importancia que tuvo el marxismo en el desarrollo del pensamiento sociológico del alemán Max Weber (1864-1920) o en la filosofía y obra histórica del italiano Benedetto Croce (1866-1952), aunque sólo fuese como contrafigura frente a la cual tallaron sus propias ideas y conceptos. Ambos aceptaban «la legitimidad relativa de la concepción materialista de la historia» como «principio heurístico» de interpretación general histórica, aunque rechazasen las consecuentes proposiciones políticas de Marx y su visión del proletariado como clase universal revolucionaria y emancipadora de la humanidad. Otro tanto sucedió con los más famosos cultivadores de la Sociología política en el período de entresiglos: Vilfredo Pareto, Gaetano Mosca y Robert Michels. Estos «herederos de Maquiavelo», enunciadores del concepto de «élite» gobernante (en contraposición a la «clase» socio-económica) y analistas del papel de la fuerza, el poder y la lucha en la actividad política, recibieron el impacto pleno del pensamiento marxiano y dedicaron gran parte de su obra a ajustar cuentas con el mismo desde posiciones conservadoras (Pareto y Michels) o liberal-democráticas (Mosca). Así, por ejemplo, Pareto reconoció que «la interpretación culta de la concepción materialista de la Historia nos conduce a la realidad y tiene todas las características de una teoría científica», pero que ella misma «no era más favorable al socialismo que cualquier otra doctrina» e «in-

cluso podría decirse que es absolutamente contraria al socialismo ético y sentimental»[166].

II. NUEVAS ESPECIALIDADES: LA HISTORIA ECONÓMICA Y LA HISTORIA SOCIAL

Una de las más claras influencias indirectas (y en algunos casos directas) del marxismo en la historiografía puede apreciarse en la cristalización de dos disciplinas históricas especializadas en los albores del siglo XX: la Historia económica y la Historia social (o social y económica, según algunos autores).

Por supuesto que siempre había habido una sección económica en los estudios históricos previos a esa época (o viceversa, secciones históricas en las obras de economistas: Adam Smith, *La riqueza de las naciones,* 1776; Fiedrich List, *El sistema nacional de economía política,* 1841). Pero sólo desde los años finales del XIX, con el desarrollo universal de las transformaciones capitalistas (la formación del mercado mundial como realidad constantemente operativa) y con la difusión de las tesis económicas marxianas en el ámbito cultural, el estudio de la economía de tiempos pretéritos pasó a constituirse en disciplina autónoma y reconocida dentro del gremio historiográfico. Hitos claros en ese proceso fueron la publicación de las famosas *Lecciones sobre la Revolución Industrial* de Arnold Toynbee (1884), el libro *La organización industrial en los siglos XVI y XVII* (1904) de George Unwin, y la clásica obra de John Clapham, *El desarrollo económico de Francia y Alemania* (1921). El con-

---

[166] H. S. Hughes, *Consciousness and Society,* caps. 3, 7 y 8. La cita de Pareto en p. 80. G. Barraclough, *Main Trends in History,* pp. 17-21.

secuente gremio de historiadores económicos británicos editó incluso desde 1929 su propio órgano de expresión: *The Economic History Review* (Revista de Historia económica). En Estados Unidos, la creciente atención por las realidades económicas que operaban detrás del comportamiento socio-político dio origen a una obra clásica de la escuela progresista: en 1913 vio la luz el libro *Una interpretación económica de la Constitución,* de Charles Beard, señalando claramente la tendencia a la aproximación a las ciencias sociales que va a caracterizar a la historiografía norteamericana en lo sucesivo [167].

Por su propia naturaleza, la disciplina de Historia económica fue desde el comienzo un correctivo importantísimo al modelo historiográfico rankeano y a sus presupuestos filosóficos y metodológicos (sobre todo, su tesis de la comprensión hermenéutica de hechos singulares, únicos e irrepetibles). En primer lugar, porque la Historia económica se ocupaba de los precios, las rentas, el endeudamiento, la producción, el consumo, la población, los matrimonios, los nacimientos, las defunciones, etc. Es decir: magnitudes todas cuantificables en series estadísticas y capaces de reflejar fluctuaciones temporales de largo plazo, con sus correspondientes curvas gráficas con ciclos potenciales, susceptibles de análisis con métodos hipotético-deductivos y posibilitadores de generalizaciones empíricas.

---

[167] H. Ritter, «Economic History», en *Dictionary of Concepts in History.* Pedro Tedde, «La historia económica y los economistas», en *Papeles de Economía Española,* nº 20, 1984, pp. 363-381. Pablo Martín Aceña, «La Historia económica contemporánea: raíces y perspectivas», en AA. VV., *Problemas actuales de la Historia. Terceras Jornadas de Estudios Históricos,* Salamanca, Universidad, 1993, pp. 189-198. E. Breisach, *Historiography,* cap. 9. R. Stinson, *op. cit.,* cap. 17. F. Stern, *op. cit.,* pp. 304-305. J. Fontana, *Historia,* pp. 187-190. Carlo M. Cipolla, *Entre la Historia y la Economía. Introducción a la Historia económica,* Barcelona, Crítica, 1991.

Además, el material peculiar de la Historia económica se presentaba modalmente como estructuras y procesos anónimos y masivos, donde la individualidad humana quedaba subsumida y recogida en configuraciones sociales que eran reflejables en cuadros, tablas y gráficos. En este sentido, la cuantificación estadística y el tratamiento de procesos sociales masivos y anónimos implicaba *de facto* la superación de la singularidad del hecho irrepetible individual y planteaba la posibilidad de determinar la existencia de estructuras, constantes o regularidades en el comportamiento económico de las sociedades humanas analizadas. Y ello sin vulnerar ningún principio axiomático de la Ciencia histórica, en la medida en que las series estadísticas se construían sobre documentación histórica original (axioma de la prueba material verificable), se consideraban sujetas al principio de causalidad inmanente material, y se respetaba su despliegue cronológico como vector significativo irrenunciable.

En definitiva, la Historia económica demostraba que la subida de los precios o el aumento de la producción de grano o de la mortandad infantil en un período pretérito habían sido fenómenos, sucesos o procesos historiables con tanta propiedad y entidad como la batalla, el tratado diplomático o el episodio político que había sido privilegiado por la historiografía de tradición rankeana. Y al historiar esos fenómenos, la propia práctica historiográfica trituraba críticamente algunos de los presupuestos filosóficos y metodológicos más caros a los herederos de Ranke.

La especialidad de Historia social como «estudio de grupos sociales, sus interrelaciones y sus funciones en las estructuras y procesos económicos y culturales» (definición de Harry Ritter) surgió también en el período de cambio de siglos, sobre el mismo sustrato sociológico que la Historia económica: la forma-

ción de la economía mundial mediante la expansión capitalista y el simultáneo surgimiento de las sociedades de masas propias de las economías industriales avanzadas. Previamente, durante el siglo XIX, el término se había aplicado a los relatos históricos que trataban de «los pobres», de las «clases bajas», del mundo del trabajo, del movimiento obrero y de sus sindicatos. Y desde su constitución como nueva disciplina, una tendencia interpretó su singularidad como la de ser «la Historia sin política», al decir de George M. Trevelyan en su popular *Historia social de Inglaterra,* publicada en 1944) [168]. Sin embargo, la característica más definitoria de la nueva sub-disciplina fue desde el principio el uso de los recursos estadísticos y de la cuantificación numérica como elementos indispensables de su método de observación y análisis histórico. En un afamado estudio sobre la aristocracia británica en la época moderna, Lawrence Stone ha justificado así la razón de esta preferencia metodológica casi inevitable:

Si hemos de dar significado histórico a estas apariciones fugaces (las conductas de los individuos), es preciso asegurarnos de que son típicas, lo que sólo las estadísticas revelarán. La Historia política es diferente y más fácil. En un tiempo determinado sólo hay un primer ministro —si es que lo hay— y las políticas exterior y económica no exceden, en el peor de los casos, de tres. Pero un grupo social consta

[168] H. Ritter, «Social History», *Dictionary of Concepts in History.* Peter Burke, *Sociología e Historia,* cap. 1. Véanse las respuestas de Raphael Samuel, John Breuilly, J. C. D. Clark, Keith Hopkins y David Cannadine a la pregunta «¿Qué es historia social?», en Juliet Gardiner (ed.), *What is History Today?,* Londres, Macmillan, 1990. Cfr. A. Barrio Alonso, «A propósito de la Historia social, del movimiento obrero y los sindicatos», en G. Rueda (ed.), *Doce estudios de historiografía contemporánea,* Santander, Universidad de Cantabria, 1991, pp. 41-68. Julián Casanova, *La Historia social y los historiadores,* Barcelona, Crítica, 1991.

de grandes masas de hombres, cada uno de los cuales es un ser humano, y como tal una variante parcial de la norma. La medida estadística es el único medio de deducir un modelo coherente del caos de conductas personales y de descubrir lo que es una muestra típica y lo que se aparta del modelo normal. El no haber aplicado esos conceptos ha llevado a generalizaciones descabelladas e inadmisibles sobre fenómenos sociales, basadas en un puñado de ejemplos destacados y bien documentados [169].

La conexión de esta disciplina con el movimiento socialista de entresiglos (de inspiración marxista o no) es aún más apreciable que en el caso de la historia económica. En Gran Bretaña, cuna de la revolución industrial y escenario de las primeras formas organizativas obreras, el matrimonio socialista (fabiano) Beatrice y Sidney Webb iniciaron en 1894 el estudio de las organizaciones sindicales con la publicación de su obra *The History of Trade Unionism* (Historia del sindicalismo). Otro matrimonio de ideología análoga, John L. y Barbara Hammond fueron autores de una trilogía clásica y pionera sobre el dramático efecto de la industrialización británica en las clases populares: *The Village Labourer* (El trabajador del campo, editado en 1911), *The Town Labourer* (El trabajador urbano, 1917) y *The Skilled Labourer* (El trabajador artesanal, 1919). Incluso en el corazón de la fortaleza empírico-historicista, Karl Lamprecht también rompió con los moldes tradicionales al declarar que «la Historia es principalmente una ciencia socio-psicológica» y editar una *Historia de Alemania* (1891-1909) conforme a ese principio y para escarnio de sus colegas.

En Francia, la tradición abierta por el dirigente socialista Jean Jaurès *(Histoire Socialiste de la Révolution Française,*

[169] *La crisis de la aristocracia, 1558-1641,* Madrid, Alianza, 1985, p. 19. La edición original inglesa es de 1965.

1901-1904) se perpetuó como Historia social de la mano de Georges Lefebvre. Su obra *Les Paysans du Nord pendant la Révolution Française,* (Los campesinos del Norte en la revolución francesa, 1924) era un minucioso análisis de una estructura social agraria y de su transformación revolucionaria, realizado bajo una fructífera divisa bien alejada de Ranke: «No basta con describir; hace falta contar (numéricamente)». Ernest Labrousse prosiguió la tradición bajo la modalidad de una «Historia económica y social» bien reflejada en *Esquisse des mouvements des prix et des revenus en France au XVIII siècle* (Esbozo del movimiento de precios y rentas en Francia en el siglo XVIII, 1933). En esta obra fundamental demostraba estadísticamente la prosperidad económica de las burguesías francesas que precedió a la revolución de 1789 y, a la par, la existencia de coyunturales crisis de subsistencias que formaban el transfondo de las movilizaciones sociales. Por ejemplo, apuntaba que la toma de la Bastilla, a mediados de julio de 1789, había coincidido con el precio máximo secular del pan en París. En Bélgica, la Historia económica y social se consolidó plenamente con los trabajos de Henri Pirenne sobre el origen mercantil del renacimiento urbano medieval *(Las ciudades de la Edad Media,* 1927) y sobre la ruptura de la unidad mediterránea clásica en el siglo VIII bajo el impacto de la expansión musulmana *(Mahoma y Carlomagno,* 1937).

Así pues, al igual que la Historia económica, la nueva Historia social impugnaba y refutaba con sus temas, métodos y resultados la exclusividad de las tesis rankeanas sobre el trabajo histórico. Y al hacerlo demostraba el propio influjo ejercido por las restantes ciencias sociales sobre la Historia. No en vano, en 1914 Max Weber había respondido así a la objeción de un historiador alemán contra el uso de métodos comparativos e hipotético-deductivos en la investigación histórica:

Estamos absolutamente de acuerdo en que la Historia debe establecer lo que es específico, por ejemplo, de la ciudad medieval; pero esto sólo será posible si primero descubrimos lo que falta en otras ciudades (antiguas, chinas, islámicas) [170].

III. LA ESCUELA FRANCESA DE *ANNALES*

Dentro de esa evolución que experimenta la historiografía en las primeras décadas del siglo, y tras el trauma moral e intelectual que significó la Gran Guerra de 1914-1918, tuvo lugar el nacimiento de la influyente revista histórica francesa que habría de aglutinar a la llamada «La escuela de *Annales*». En línea con los esfuerzos renovadores iniciados por Henri Berr y Henri Pirenne años atrás, Lucien Febvre (1878-1956) y Marc Bloch (1886-1944) fundaron en 1929 *Annales d'histoire économique et sociale* (desde 1945, *Annales. Economies, Sociétés, Civilisations.* A partir de 1991, *Annales. Historie-Sciences Sociales).* Su propósito original era ofrecer una alternativa a la práctica historiográfica dominante, superando el estrecho enfoque político, diplomático y militar en favor de la apertura de otros campos de investigación y aplicando en ellos los avances metodológicos ofrecidos por la Sociología, la Demografía, las disciplinas

---

[170] Recogido en Peter Burke, *Sociología e Historia,* p. 38. Sobre el desarrollo apuntado de la historiografía social véanse: Harvey J. Kaye, *Los historiadores marxistas británicos,* Zaragoza, Universidad, 1989, pp. 126-129; Jürgen Kocka, *Historia social. Concepto, desarrollo, problemas,* Barcelona, Alfa, 1989; A. Marwick, *The Nature of History,* pp. 84-87; J. Fontana, *Historia*, pp. 230-232. François Dosse, *La Historia en migajas. De «Annales» a la «nueva Historia»,* Valencia, Institució Valenciana d'Estudis i Investigació, 1988, pp. 69-71.

geográficas, la Lingüística, la Arqueología o la Economía. El ensanchamiento del campo histórico se fundamentaba sobre la superación del concepto de «documento» rankiano (el texto escrito). Como escribió el propio Febvre:

> Indudablemente, la Historia se hace con documentos escritos. Pero también puede hacerse, debe hacerse, sin documentos escritos si éstos no existen [...] Por tanto, con palabras. Con signos. Con paisajes y con tejas. Con formas de campos y malas hierbas [...] Con exámenes periciales de piedras realizadas por geólogos y análisis de espadas de metal realizados por químicos. En una palabra: con todo lo que siendo del hombre depende del hombre, sirve al hombre, expresa al hombre, significa la presencia, la actividad, los gustos y las formas de ser del hombre[171].

De hecho, la renovación historiográfica asociada con la escuela de *Annales* se basó esencialmente en la enorme ampliación de los campos de trabajo y en la utilización de métodos de investigación tomados de otras disciplinas (el análisis sociológico y demográfico, el trabajo de campo geográfico y etnológico, la Estadística, el estructuralismo lingüístico, la Arqueología, el método comparativo, etc.). Dicha ampliación se hizo sobre la base del rechazo de temas políticos en beneficio de estudios de

---

[171] L. Febvre, *Combates por la historia,* Barcelona, Ariel, 1975, p. 232. Sobre *Annales,* véase también: André Burguiere, «Historia de una historia: el nacimiento de Anales», en Nora Pagano y Pablo Buchbinder (comp.), *La historiografía francesa contemporánea,* Buenos Aires, Biblos, 1993, pp. 79-100. Jean Glénisson, «France» en G. Iggers & H. T. Parker (eds.), *International Handbook of Historical Studies,* Londres, Methuen, 1980, pp.175-192; Michael Harsgor, «Total History: The Annales School», *Journal of Contemporary History,* 13, 1978, pp. 1-13; Lynn Hunt, «French History in the Last Twenty Years: The Rise and Fall of the Annales School», *Journal of Contemporary History,* 21, 1986, pp. 209-224; J. Fontana, *Historia,* cap. 11.

Historia económica y social: entre 1929 y 1945, el 57,8% de los artículos publicados en *Annales* versaban sobre temática económica, el 26,2% sobre Historia social, y sólo el 2,8% sobre Historia política (superada incluso por la Historia cultural: 10,4). En ese abandono y hostilidad abierta hacia la política, los «annalistas» reflejaban fielmente el desencanto de la generación de entreguerras europea con los ideales y los gobernantes que habían llevado a la guerra mundial; un desencanto paralelo al descubrimiento de la influencia avasalladora de fenómenos económicos y sociales como el paro masivo, la inflación galopante y la más profunda recesión en su propia experiencia vital y colectiva [172].

El privilegio otorgado al estudio de fenómenos económicos y sociales tuvo como resultado la preferencia por un esquema temporal de larga duración, sobre el que pudieran establecerse y analizarse estructuras sociales, ciclos económicos, permanencias, constantes y regularidades en la conducta de las comunidades humanas pretéritas. Y esta ralentización de la noción de tiempo histórico remató el abandono de la esfera política en su calidad de ámbito propio del tiempo corto, breve e inconstante de las acciones humanas que había cultivado la Historia tradicional.

La obra de los fundadores de *Annales* ofreció buena prueba de la valía de los resultados de tales preferencias temáticas y metodología interdisciplinaria. Febvre, especializado en la época moderna, aunó el estudio histórico y geográfico en su te-

---

[172] Sobre la historia de *Annales,* nos basamos esencialmente en la interpretación de François Dosse, *La historia en migajas. De «Annales» a la «nueva Historia»,* Valencia, Institució Valenciana d'Estudis i Investigació, 1988, cap. 1 y 2. La estadística de temáticas de artículos se recoge en p. 51. Una lectura más benévola de esa historia en Peter Burke, *La revolución historiográfica francesa. La escuela de los* Annales, *1929-1989,* Barcelona, Gedisa, 1993.

sis sobre *Felipe II y el Franco-Condado* (1911) y abordó el análisis histórico de las representaciones ideológicas colectivas (llamadas en Francia «mentalidades») en su *Le problème de l'incroyance au* XVI *siècle: la religion de Rabelais* (El problema del descreimiento en el siglo XVI: la religión de Rabelais, 1942). Por su parte, el medievalista Bloch también practicó la Historia de las mentalidades en su *Les Rois Thaumaturges* (1924), donde estudiaba la función social del milagroso poder atribuido a los reyes franceses e ingleses para curar una enfermedad de la piel (la escrófula) tocando al enfermo; y con *Les Caractères originaux de l'historie rurale française* (1931) y *La société féodale* (1940) reorientó la investigación medievalista desde los estudios jurídicos e institucionales hacia el análisis de las formas de propiedad y explotación agraria y las estructuras socio-culturales correspondientes.

El verdadero triunfo de la escuela historiográfica de *Annales,* sin embargo, sólo tuvo lugar después de la Segunda Guerra Mundial, de la mano de Lucien Febvre y una vez desaparecido Marc Bloch, a quien los alemanes habían fusilado en 1944 por su participación en el movimiento de resistencia antinazi. Precisamente, la victoria de la coalición aliada (Gran Bretaña, Estados Unidos y la Unión Soviética) sobre las tres potencias fascistas y expansionistas (Alemania, Italia y Japón) fue condición de posibilidad de esa práctica historiográfica renovada y de la misma supervivencia de la tradición historiográfica moderna occidental. No en vano, los Estados fascistas establecieron un control absoluto, radical y totalitario sobre las investigaciones, publicaciones y enseñanzas de la Historia, con el propósito de subordinar esas actividades a los intereses del Estado y la Nación según los definían sus respectivos caudillos y partidos únicos. De ese modo, la historiografía académica en dichos países perdió todo el carácter crítico-racional, inmanentista y demos-

trativo que le había caracterizado y se convirtió en literatura mítica y legendaria, en muchos casos racista y siempre descaradamente propagandística.

Las directivas de Adolf Hitler en *Mi lucha* (especie de autobiografía política redactada en 1924), que constituyó un verdadero texto programático oficial durante la dictadura nazi en Alemania (1933-1945), reflejan ese envilecimiento de la Historia en aras de un mito racial y social-darwinista fanáticamente doctrinario y con tintes milenaristas. Dicho mito era un digno heredero del viejo antiintelectualismo reaccionario de los románticos nacional-populistas pan-germanos, que abominaban del racionalismo «extranjero», propugnaban «pensar con la sangre», sacralizaban un *Volksgeist* (alma nacional) arraigado en el *Blut und Boden* (Sangre y Suelo) y sostenían una visión conspirativa y demonológica del desarrollo histórico. Según las órdenes de Hitler, la Historia enseñada en la «Nueva Alemania»

[...] debe gravitar en torno a la noción de raza; la historia griega y la romana son indispensables, pero a condición de insertarlas en su contexto de la comunidad racial de los arios; su historia es un combate permanente por la pureza de la raza, siempre en peligro debido a la conjura maléfica de las razas inferiores, que intentan infiltrarse en el cuerpo de un pueblo sano. [...] hay que concentrar la atención sobre algunos de nuestros héroes eminentes, y saber pasar por encima de una presentación objetiva, tener como finalidad inflamar el orgullo nacional. [...] Hay que saber elegir a los más grandes de nuestros héroes para presentarlos a la juventud en una forma tan penetrante que los convierta en los pilares de un sentimiento nacional inquebrantable [...]. Al salir de la escuela, el adolescente no debe ser tibio, pacifista, demócrata o cualquier otra cosa de ese género, sino un alemán completo. [...] No hay duda de que el mundo va hacia una conmoción total. ¿Será ésta para la salvación de la comunidad aria o para

provecho del judío eterno? [...] No quiero que se aprenda la historia, sino que instruya [173].

En 1945, tras la cruenta derrota del nazismo y del fascismo y con el restablecimiento de la tradición liberal-democrática, pudo continuarse el proyecto de renovación historiográfica auspiciado por Febvre y Bloch. Fue a partir de entonces, con el título de la revista transformado en *Annales. Economies, Sociétés, Civilisations,* cuando su modo de entender la práctica de la Historia se generalizó crecientemente en las universidades francesas y se exportó a buen número de países europeos (entre los que se encontraba España) y extraeuropeos (notablemente, América Latina). Dicho triunfo fue incontestable a partir de 1956, momento en que Fernand Braudel (1902-1985) asumió la dirección de la revista a la muerte de Febvre y le sustituyó en la presidencia de la Sección Sexta (Historia social y económica) de la *École Pratique des Hautes Études* de París.

Desde la publicación de *La Méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II* (1949), Braudel había sido el sistematizador del «modelo ecológico-demográfico» (o «paradigma estructural geo-histórico») que caracterizaría el trabajo investigador de los integrantes y colaboradores de *Annales.* Su libro estudiaba ese amplio espacio geográfico en el siglo XVI

---

[173] Recogido en Marc Ferro, *Cómo se cuenta la Historia a los niños en el mundo entero,* pp. 197-198; en la misma obra se cita un texto escolar japonés anterior a 1945 de análogo contenido mítico y propagandístico (pp. 379-380). Cfr. Gilmer W. Blackburn, *Education in the Third Reich: Race and History in Nazi Textbooks,* Albany, State University of New York Press, 1985. Sobre la tradición nacional-populista (Volkish) que precedió la formulación de la ideología nazi, véase el estudio magistral de George L. Mosse, *The Crisis of German Ideology. Intellectual Origins of the Third Reich,* Nueva York, Schocken Books, 1981.

atendiendo a tres tiempos/niveles distintos: «larga duración, coyuntura, acontecimiento» [174]. En la base de la evolución histórica se encontraba el tiempo de la «larga duración», que correspondía a las casi inmutables relaciones humanas con el medio, a la *estructura* «casi situada fuera del tiempo», la «geohistoria» («ciertos marcos geográficos, ciertas realidades biológicas, ciertos límites de productividad, y hasta determinadas coacciones espirituales»). Por encima se hallaba el tiempo de la duración media, «una Historia de ritmo lento», que correspondía a la *coyuntura,* entendiendo por tal los procesos sociales, económicos y culturales que se revelan en ciclos: «una curva de precios, una progresión demográfica, el movimiento de salarios, las variaciones de la tasa de interés», etc. Finalmente, en «el tercer nivel», el tiempo corto y breve que correspondía al «individuo y al *acontecimiento»,* a la Historia «episódica», y que básicamente era una Historia política tradicional.

Esa jerarquía de tiempos y planos tendía, por su propia naturaleza, a privilegiar el estudio de los dos primeros órdenes, a practicar una «Historia estructural» o «coyuntural» y despreciar la «Historia episódica», que se ocupa de los acontecimientos. Las propias metáforas naturalistas utilizadas por Braudel para definir los acontecimientos acentúan la profundidad de ese desprecio: se trata de meras «espumas», «crestas de ola que animan superficialmente el potente movimiento respiratorio de una masa oceánica», «destellos luminosos que atraviesan la

---

[174] F. Braudel, *El Mediterráneo y el mundo meditarráneo en la época de Felipe II,* México, FCE, 1953. Las citas de Braudel que siguen se recogen en el prólogo a su libro, pp. XVII-XVIII, y en su artículo «La larga duración», en su obra *La Historia y las ciencias sociales,* Madrid, Alianza, 1968 (pp. 71 y 98). Véase además, P. Burke, «F. Braudel», en J. Cannon (ed.), *The Historian at Work,* Londres, Allen & Unwin, 1980; y la voz «Braudel» en J. Cannon, *The Blackwell Dictionary of Historians,* pp. 50-51.

Historia», «olas que alzan las mareas en su potente movimiento» [175]. La paradoja de la construcción braudeliana, a pesar de su retórica de «Historia total», residía en la operación de evacuación de la historicidad derivada de su privilegio de la larga duración.

En gran medida, la concepción de Braudel de un tiempo estacionario, semiinmóvil, sin discontinuidad, reflejaba la radicalización extrema del matizado determinismo geográfico de sus maestros: «una de las superioridades francesas en las ciencias sociales es esa escala geográfica»; «Geografía en primer lugar»; «retengamos la fragilidad congénita de los hombres frente a las fuerzas colosales de la naturaleza»; «si se quiere comprender la larga duración, lo más fácil es evocar la necesidad geográfica». Y esta radicalización le llevaba a coincidir con el fatalismo geográfico del alemán Friedrich Ratzel, que había escrito en su tratado de *Geografía política* (1897) palabras muy similares: «En esta poderosa acción del suelo hay algo misterioso que no deja de angustiar al espíritu, porque la aparente libertad del hombre parece estar aniquilada»; «El suelo regula los destinos de los pueblos con ciega brutalidad». En consonancia con esas tesis, la obra sobre el Mediterráneo no presentaba y trataba a los acontecimientos (políticos, bélicos, diplomáticos) como síntomas de fenómenos más profundos en una dialéctica tripartita con estructuras y coyunturas; más bien aparecían como

[175] Braudel retomaba así una metáfora previa de Gabriel Monod en 1896: «La mayor parte de los *hechos* llamados *históricos* no son, respecto a la verdadera historia humana, otra cosa que olas que, sobre el movimiento profundo y constante de las mareas, se elevan en la superficie del mar, se colorean por un instante con todos los reflejos luminosos y, después, se rompen sobre la arena, sin dejar nada detrás de ellos». Citado en Elena Hernández Sandoica, *Los caminos de la Historia. Cuestiones de historiografía y método,* Madrid, Síntesis, 1995, p. 20.

apéndices sin nexo necesario, como «espuma superficial» cambiante y desconcertante, relatados de un modo tradicional según confesión propia de Braudel: «(en esta tercera parte) Leopold von Ranke reconocería sus consejos, su manera de escribir y de pensar» [176].

En esa persistente devaluación de los acontecimientos políticos («La política no hace otra cosa que calcar una realidad subyacente») la obra braudeliana era legítima heredera de los fundadores de *Annales.* No en vano, el espacio y el tiempo histórico de Braudel son dimensiones despolitizadas. En palabras de su discípulo más conservador, Pierre Chaunu, el «maravilloso descubrimiento» de Braudel habría sido «el espacio separado del Estado, [...] el diálogo del hombre con la tierra y el clima, este combate secular del hombre y las cosas, sin el trasfondo del Estado». Desde una óptica más crítica, Jean Chesneaux coincide en el juicio: «La larga duración querida por la nueva Historia es una larga duración despolitizada». Pero ello mismo es también una triste e irónica paradoja de la labor historiográfica de Braudel y de los *Annales.* Ante todo, porque esa teoría y su obra paradigmática *(La Méditerranée...)* fueron concebidas mientras Braudel era prisionero de guerra en un campo de concentración alemán tras la caída y ocupación de Francia en 1940. En un momento en que decisiones políticas y militares por parte de los dirigentes de la Alemania hitleriana habían acabado con un régimen francés de considerable «larga dura-

---

[176] Las diversas citas textuales de Braudel se recogen en F. Dosse, *La Historia en migajas,* pp. 52, 140, 145 y 166. Véanse también las reflexiones de Braudel en *La historia y las ciencias sociales,* pp. 71 y 104-105. Cfr. Jacques Revel, «Historia y ciencias sociales. Los paradigmas de *Annales*», e Immanuel Wallerstein, «Fernand Braudel. Homme de la Conjoncture», ambos en N. Paganos y P. Buchbinder (comp.), *La historiografía francesa contemporánea,* pp. 101-129 y 131-151.

ción» y amenazaban con destruir una tradición política occidental de aún mayor duración, la Historia de Braudel privilegiaba una perspectiva temporal que rebajaba y devaluaba la importancia de los «acontecimientos» políticos y militares y las decisiones humanas conscientes y meditadas. Antes de su ejecución, Bloch había llamado la atención contra el descuido criminal de sus colegas en el análisis histórico de los fenómenos fascista y nazi. Sin embargo, tras la derrota nazi, tras el descubrimiento de la inconcebible barbarie perpetrada en los campos de exterminio como Auschwitz, de la mano de Braudel se operaría el triunfo de una «perversa ironía» definida así recientemente por la historiadora Gertrude Himmelfarb:

> En los años posteriores a la guerra, a medida que los historiadores trataban de asimilar la enormidad de los individuos e ideas responsables por aquellos «acontecimientos de breve duración» (conocidos como Segunda Guerra Mundial y Holocausto), la teoría de la Historia que minimizaba a individuos, ideas y, sobre todo, acontecimientos ganaba influencia creciente[177].

En cualquier caso, siguiendo el paradigma historiográfico braudeliano (basado en «férreas limitaciones de malthusianismo y ecología», según la crítica del historiador británico Lawrence Stone), la pléyade de historiadores de *Annales* se volcó a estudiar, con métodos innovadores, procesos de larga y media duración sobre marcos geográficos precisos y asuntos poco tradicionales y metapolíticos. En el plazo de dos décadas, el fenó-

---

[177] G. Himmelfarb, *The New History and the Old,* Cambridge, Harvard University Press, 1987, p. 11. Véase en el mismo sentido el prólogo de Arno Mayer *a Why Did the Heavens Not Darken? The «Final Solution» in History,* Londres, Verso, 1990, p. viii. Las citas previas de Braudel, Chaunu, Chesneaux y Bloch proceden de F. Dosse, *op. cit.,* pp. 60-61, 145-146 y 240.

meno había producido, como mínimo, dos consecuencias diferentes y conexas.

En primer lugar, los analistas acudieron a la estadística como único medio para penetrar y descubrir la «larga duración» o la «coyuntura», y así se constituyó la «Historia serial», definida por Pierre Chaunu como «una Historia interesada menos por los hechos inviduales [...] que por los elementos que pueden ser integrados en una serie homogénea». Emmanuel Le Roy Ladurie, en una época el portavoz más extremo de esta tendencia, expresó terminantemente el sentido de ese giro: «la historia que no es cuantificable no puede llamarse científica»; «(la cuantificación) ha condenado virtualmente a muerte la historia narrativa de acontecimientos y la biografía individual»; y «el historiador del mañana será programador (de computadoras) o no será nada». El fetichismo del número y la serie produjo sus mejores frutos en el campo de la Demografía y la Economía histórica (bautismos, testamentos, producción de bienes y mercancías, rentas, precios...) para la época moderna (siempre que se dispusiera de fuentes suficientes y mínimamente fiables para confeccionar tales series). Pero también generó un uso imprudente y poco juicioso de la cuantificación en otros ámbitos históricos, con resultados de sentido absurdo, faltos de interés u ofrecidos como estructuras históricas de explicación inexistente o inefable. Todo ello bajo una concepción histórica bien alejada del ideal braudeliano de la «Historia total», que Pierre Nora se ocupó de conceptuar en 1974: «Vivimos una Historia en migajas, ecléctica, abierta a curiosidades que no hay que rechazar»[178].

[178] F. Dosse, *La Historia en migajas,* pp. 188-210. Pierre Chaunu, «L'histoire sérielle, Bilan et perspectives», *Revue historique,* vol. 243, nº 2, 1970, pp. 297-320. Emmanuel Le Roy Ladurie, *Le territoire de l'historien,* París,

La segunda consecuencia del rumbo impreso por Braudel fue el redescubrimiento y ampliación del temario de la Historia cultural bajo la rúbrica de «Historia de las mentalidades». Este viraje se apoyaba en la diferención establecida en 1932 por el sociólogo Theodor Geiger entre «ideología» (como sistema elaborado de creencias y conceptos que explican el mundo a quien la sustenta) y «mentalidad» (un complejo de opiniones y creencias colectivas inarticuladas, menos deliberadas y reflexivas que las primeras y más «populares») [179].

Influenciados por el desarrollo de la Psicología social y la Antropología estructural, una parte de los historiadores de *Annales* se lanzó al estudio del nivel inconsciente de las prácticas sociales y las representaciones colectivas, siempre con un aparato metodológico que tenía en la cuantificación estadística su medio y objetivo máximo. Así, el privilegio de la Historia económica y social fue cediendo paso a una Historia de las mentalidades concebida casi como Antropología retrospectiva del ámbito de la cultura material y simbólica de las sociedades. Durante la década de 1970, los artículos de Historia cultural ascendieron al 32,8% del conjunto de artículos de la revista, superando ampliamente a los de Historia social (27%) o económica (25,7%).

Gallimard, 1973, vol. I. Lawrence Stone, «The Revival of Narrative: Reflections on a New Old History», *Past and Present,* nº 85, 1979. J. Glénisson, «France», en G. Iggers y H.T. Parker, *International Handbook of Historical Studies,* p. 178 y ss. Véase una crítica acerba de la orientación actual de Annales en J. Fontana, *ibidem.*

[179] Cfr. Karl Dietrich Bracher, *The Age of Ideologies. A History of Political Thought in the Twentieth Century,* Londres, Methuen, 1985, p. 181. Cfr. Michel Vovelle, *Ideologías y mentalidades,* Barcelona, Crítica, 1985. Véase también Carlos Barros, «Historia de las mentalidades: posibilidades actuales», en Autores Varios, *Problemas actuales de la Historia,* Salamanca, Universidad, 1993, pp. 49-67.

Los temas y tópicos preferentes cambiaron en consecuencia: del estudio de producciones, precios, rentas, deudas, nacimientos, defunciones, matrimonios, etc., se pasó al análisis de la actitud ante la muerte, los gustos de los lectores de libros y revistas, la piedad e impiedad religiosa, la infancia y adolescencia, la sexualidad normalizada y marginada, la locura, el ocio y los juegos, los pedigüeños, el bandidaje, etc.

Sin caer en el fetichismo del número, los medievalistas Georges Duby y Jacques Le Goff o el modernista Michel Vovelle se revelaron como maestros consumados en este campo y subrayaron la relación dialéctica entre el ámbito cultural y los otros ámbitos humanos. Pero a su lado proliferaron los estudios de Historia de la cultura popular y las mentalidades «en migajas», desprovistos de todo axioma de conexión con otras dimensiones socio-históricas y con los mismos vicios y defectos de su colega serial. Además, esta corriente también mantuvo férreamente el rechazo a la dimensión política que sigue siendo el rasgo definitorio (¿el único?) de la revista *Annales:*

La Historia política es psicológica e ignora los condicionamientos; es elitista, es decir, biográfica, e ignora la comparación; es narrativa e ignora el análisis; es idealista e ignora lo material; es ideológica y no tiene conciencia de serlo; es parcial y no lo sabe de antemano; se apega al consciente e ignora el inconsciente; es puntual e ignora la larga duración; en una palabra, pues esta palabra resume todo en la jerga de los historiadores, es factual[180].

Con estas orientaciones teóricas y metodológicas tan discutibles (como mínimo), desde principios de la década de los se-

[180] Palabras de Jacques Julliard reproducidas por Dosse, *La Historia en migajas,* p. 241. En esa misma obra, página 51, se recoge la estadística de artículos citada.

tenta la importancia e influencia de *Annales* en el ámbito historiográfico internacional fue decreciendo en beneficio de otras corrientes renovadoras procedentes al comienzo, sobre todo, del área anglófona.

IV. EL IMPACTO DE LA HISTORIOGRAFÍA MARXISTA BRITÁNICA

En paralelo al relanzamiento del grupo de *Annales* después de la Segunda Guerra Mundial, la historiografía de tradición marxista comenzó una brillante expansión en Gran Bretaña. El hito clave de ese proceso fue la fundación en 1952 de la revista *Past and Present* (Pasado y Presente), en plena época de la guerra fría en Europa y el resto del mundo. Detrás de la empresa estaban un grupo de historiadores de inspiración marxista que iniciaban su carrera o estaban en la cima de su prestigio: el arqueólogo Vere Gordon Childe, el medievalista Rodney Hilton, el modernista Christopher Hill, el contemporanista Eric J. Hobsbawm; más un economista que había sido maestro de la mayoría e introductor del marxismo en la Universidad de Cambridge: Maurice Dobb. A su lado cooperaron historiadores y profesionales de las ciencias sociales que no temían asociarse con tal compañía: Geoffrey Barraclough, R. R. Betts y A. H. M. Jones, por ejemplo. Sobre la apertura de miras que revelaba ya esa misma colaboración, la revista pasó a convertirse en el adalid de la renovación de los estudios históricos británicos [181].

[181] C. P. Hill, R. Hilton y E. J. Hobsbawm, «Past and Present. Origins and Early Years», *Past and Present,* nº 100, 1983, pp. 3-14. Véase el estudio de conjunto de Harvey J. Kaye, *Los historiadores marxistas británicos,* Zaragoza, Universidad, 1989, y la introducción de R. Aracil y M. García Bonafé, «Marxismo e historia en Gran Bretaña», a los artículos de varios autores marxistas británicos polemizando sobre su práctica historiográfica: Richard

Ciertamente, la tradición historiográfica marxista en Gran Bretaña estaba entonces muy alejada del anquilosamiento a que había llegado la única historiografía marxiana de importancia cuantitativa: la generada en la Unión Soviética a partir de 1917 como ideología de Estado, cuya alma había sido el historiador Mijaíl Pokrovski (1868-1932). Desde finales de los años veinte, a la par que se aceleraba el proceso de burocratización que había de conducir al estalinismo, la historiografía soviética había ido subordinando (de buen grado o por la fuerza) sus investigaciones y resultados a las directrices políticas del partido comunista de la URSS. Y ello porque, en palabras del secretario general de dicho partido, Nikita Kruschev, todavía en 1956: «los historiadores son peligrosos; son capaces de poner todas las cosas patas arriba. Hay que vigilarlos». Por consiguiente, la labor de la historiografía soviética, pese a sus logros esporádicos y parciales, quedó firmemente constreñida por el marco interpretativo sancionado oficialmente. Stalin, en su obra *Materialismo dialéctico y materialismo histórico* (1938) había determinado el esquema necesario de evolución histórica de la humanidad: «La Historia conoce cinco tipos fundamentales de relaciones de producción: la comuna primitiva, la esclavitud, el régimen feudal, el régimen capitalista y el régimen socialista». Los historiadores soviéticos tuvieron que plegarse al mismo e incorporar además en sus trabajos frases y conceptos derivados del «marxismo-leninismo» que sólo operaban a modo de letanías y salmodias dirigidas a creyentes y convertidos. Por otra parte, la enseñanza de la historia en la URSS tuvo formalmente un carácter doctrinario y propagandístico bastante afín al de los totalitarismos fascistas. Según

---

Johnson *et al., Hacia una Historia socialista,* Barcelona, Serbal, 1983. J. Fontana, *Historia,* pp. 236-244.

una *Instrucción* oficial de 1934 dirigida a los historiadores soviéticos:

> Una buena enseñanza de la Historia debe crear la convicción del inevitable fracaso del capitalismo [...] y que en todo, en el ámbito de las ciencias, de la agricultura, de la industria, de la paz y de la guerra, el pueblo soviético marcha a la cabeza de las demás naciones, que sus importantes acciones no tienen igual en la historia. [...] Es importante insistir sobre las guerras y los problemas militares para sostener el patriotismo soviético[182].

En otro orden, la historiografía de tradición marxista en Francia, bien representada en los estudios sobre la revolución de 1789 (Albert Soboul) o la Historia social y económica europea (donde sobresale el hispanista Pierre Vilar y su monumental *Cataluña en la España moderna,* publicada en 1962), fue seriamente limitada en su crecimiento y renovación por el influjo teórico del filósofo Louis Althusser (1918-1990). Bajo su amparo, una forma escolástica de marxismo estructuralista se difundió por toda Europa occidental y América Latina, dañando seriamente el valor de las investigaciones históricas emprendidas sobre sus presupuestos. Estos fueron resumidos para uso y consumo general en el muy reeditado catecismo elaborado por Marta Harnecker: *Los conceptos elementales del materialismo histórico,* de 1969. En él se encuentran afirmaciones tan dogmáticas y paralizantes para la investigación histórica como las siguientes: «El materialismo histórico es

---

[182] Citado en Marc Ferro, *Cómo se cuenta la Historia a los niños en el mundo entero,* p. 239. G. Barraclough, *Main Trends in History,* pp. 21-28. E. Breisach, *Historiography,* cap. 25. S. H. Baron y N.W. Heer, «The Soviet Union: Historiography Since Stalin», en G. Iggers y H. Parker, *International Handbook of Historical Research,* cap. 15. J. Fontana, *op. cit.,* pp. 214-226.

una *teoría científica»,* «es un estudio científico de la sucesión discontinua de los diferentes modos de producción»; «en las sociedades de clase *no es el hombre o los hombres en general los que hacen la historia,* sino las *masas,* es decir, *las fuerzas sociales comprometidas en la lucha de clases,* las cuales son *el motor de la historia»* [183].

La falta de unos contextos políticos y culturales similares, junto con la existencia de una vigorosa tradición de historiografía social autónoma, contribuyen a explicar el contraste que supone la enorme vitalidad de los historiadores marxistas británicos a partir de 1952. Sus contribuciones más destacadas se sitúan en el ámbito de la historia social y cultural británica y europea desde la Edad Media hasta la época contemporánea. En marcado contraste con la escuela de *Annales,* sus investigaciones empíricas combinaron la aplicación de los métodos disponibles de otras ciencias humanas con el tratamiento dialéctico de asuntos «estructurales» tanto como «episódicos». No en vano, esos trabajos restituían a la ideología y a la política su centralidad en la evolución histórica, al considerarlas como los planos en los que se configuran y se resuelven las tensiones y proyectos antágonicos que están latentes en toda sociedad de clases. Y esa elección metodológica, en palabras posteriores de Hobsbawm, tenía como base la premisa metódica de que:

No hay nada nuevo en elegir la contemplación del cosmos mediante un microscopio en vez de un telescopio. Mientras sigamos estudian-

---

[183] M. Harnecker, *Los conceptos elementales del materialismo histórico,* Madrid, Siglo XXI, 1976 (36ª edición), pp. 227, 229 y 236. Pierre Vilar opuso una resistencia digna a los planteamientos althusserianos en *Historia marxista, historia en construcción,* Barcelona, Anagrama, 1974; y (en colaboración con Boris Fraenkel), *Althusser, método histórico e historicismo,* Barcelona, Anagrama, 1972.

do el mismo cosmos, la alternativa de microcosmos o macrocosmos es cuestión de elegir la técnica apropiada[184].

Fruto de ese enfoque pluralista, la escuela marxista británica produjo una pléyade de obras de Historia social de notable importancia e influencia en el gremio profesional: los estudios sobre el feudalismo inglés y europeo de Rodney Hilton (entre otros su *The English Peasantry in the Later Middle Ages* [El campesinado inglés en la Baja Edad Media] publicado en 1958); la copiosa producción de Christopher Hill sobre el período de la revolución inglesa del siglo XVII (con su pionero *Intellectual Origins of the English Revolution,* Los orígenes intelectuales de la revolución inglesa, de 1965); y los variados trabajos de Eric Hobsbawm sobre las formas de protesta popular y laboral de la época de la industrialización decimonónica (empezando por *Primitive Rebels,* Rebeldes primitivos, de 1963), y su obra en colaboración con George Rudé, *Captain Swing: A Social History of the Great English Agricultural Uprising of 1830* (Capitán Swing: Una Historia social de la gran insurrección agraria inglesa de 1830), editada en 1969.

A esa lista de autores y obras claves debe añadirse con derecho propio Edward Palmer Thompson, cuyo estudio sobre *La formación histórica de la clase obrera en Inglaterra* (The Making of the English Working Class, publicada en 1963) renovó por completo el sentido de los conceptos de «clase» y «lucha de clases» en la investigación histórica, superando su mera definición en términos económicos mecanicistas para resituarlos en contextos sociales y culturales forjados en la propia experiencia histórica y práctica laboral y política de los respectivos gru-

---

184 E. Hobsbawm, «The Revival of Narrative: Some Comments», *Past and Present,* nº 86, 1980, p. 7.

pos de la sociedad. El mismo Thompson, entendiendo el marxismo como filosofía crítica e implantada políticamente, arremetió durísimamente contra el estructuralismo althusseriano y sus efectos esterilizantes en la práctica histórica con su obra *Miseria de la teoría* (1978). En este sentido, el conjunto de la obra de estos autores británicos es una refutación de la idea misma de que el marxismo es «una ciencia» en el sentido althusseriano. Y, por ello mismo, un retorno a la concepción de la tradición marxista como parte de una filosofía crítica, de una cosmovisión materialista y dialéctica, que no conlleva el uso preceptivo de unos términos acuñados («modo de producción», «formación económica-social», «base» y «superestructura», etc.) ni la aceptación de unas leyes generales y universales de evolución histórica de las sociedades (las leyes de desarrollo de los cinco «modos de producción» sucesivos) que se encuentran fijadas en algún texto canónico de los maestros y autoridades.

La propia riqueza de la obra de estos historiadores marxistas británicos posibilitó su creciente influencia en el ámbito de la historiografía social, europea y mundial, durante las décadas de 1960 y 1970. Desde luego, los círculos historiográficos marxistas occidentales recibieron el profundo influjo de esta escuela. Así se refleja en el grupo organizado en Oxford por Raphael Samuel y Gareth Stedman Jones en torno al *History Workshop Journal* (Revista del taller de historia), una «revista de historiadores socialistas y feministas» (como reza el subtítulo) publicada desde 1976. Y también se refleja en la revista norteamericana *Radical History Review,* editada desde 1973 por la asociación MARHO (Marxist and Radical Historians' Organization) [185].

---

[185] Raphael Samuel, «History Workshop, 1966-1980» en R. Samuel (ed.), *People's History and Socialist Theory,* Londres, Routledge and Kegan Paul,

Pero al margen del influjo sobre círculos historiográficos marxistas, el impacto global de la práctica historiográfica de Hobsbawm, Thompson y los colaboradores de *Past and Present* se pudo apreciar en las obras de los mejores historiadores sociales (o sociólogos historiadores), con independencia de su campo de especialización. Por ejemplo, es perceptible su influencia en Barrington Moore Jr. y su *Social Origins of the Dictatorship an Democracy: Lord and Peasant in the Making of the Modern World* (Los orígenes sociales de la dictadura y la democracia: el señor y el campesino en la formación del mundo moderno), publicada en 1966. También pudiera rastrearse en el nuevo enfoque de la historia socio-económica de la Antigüedad que inauguró Moses I. Finley con su *The Ancient Economy* (La economía antigua, 1973). Y resulta indispensable para comprender el florecimiento de la Historia social crítica en Alemania occidental durante la década de los años sesenta bajo el impulso de la llamada «escuela de la Universidad de Bielefeld» (Hans-Ulrich Wehler, Jürgen Kocka, etc.).

V. LA CLIOMETRÍA NORTEAMERICANA

La última de las grandes corrientes de investigación histórica aparecida después de la Segunda Guerra Mundial tuvo su

---

1981. Hay traducción española parcial de esta obra, con prólogo de J. Fontana: *Historia popular y teoría socialista,* Barcelona, Crítica, 1984. Sobre la influencia del grupo *Past and Present* en América y en el mundo occidental, véanse: Harvey Kaye, *Los historiadores marxistas británicos,* pp. 201-211; y R. Aracil y M. García Bonafé, *op. cit.,* pp. 36-45.

origen en los Estados Unidos. Se trata de la «Nueva Historia Económica», también llamada *Cliometría* o Historia cuantitativa, que se define más por el método utilizado que por el campo o material al que se aplica (ya que se ejerce igualmente en Historia económica, social, demográfica, familiar o política). En este sentido, la investigación cliométrica consiste meramente en la utilización exhaustiva de un método cuantitativo y la aplicación de unos modelos teóricos matemáticos explícitos en el tratamiento de los datos recogidos y elaborados [186].

En sus inicios, la cliometría se nutrió de los avances en la teoría económica efectuada por John Maynard Keynes (1883-1946) y sus discípulos, sobre todo gracias a los conceptos de medición macroeconómicos (contabilidad social, cálculo de productividad, etc.). Del mismo modo, el avance espectacular de la tecnología informática que entonces se iniciaba fue condición de posibilidad para el tratamiento y explotación cliométrico de ingentes cantidades de información estadística. Por lo que respecta a su prescripción del uso exclusivo de la cuantificación, es fácil percibir que una de las últimas tendencias de *Annales* tiende a confluir (o confundirse) con las premisas de la escuela cuantitativa.

La fecha fundacional de la cliometría podría ser 1958, cuando los historiadores norteamericanos Alfred H. Conrad y

---

[186] Alberto Baccini y Renato Giannetti, *Cliometría,* Barcelona, Crítica, 1997. Patrick O'Brien, «Las principales corrientes actuales de la Historia económica», *Papeles de economía española,* nº 20, 1984, pp. 383-399. H. Ritter, «Quantification, Quantitative History», en *Dictionary of Concepts in History,* pp. 351-355. Lawrence Stone, «History and the Social Sciences in the XXth Century», en *The Past and the Present,* Londres, Routledge and Kegan Paul, 1981, pp. 32-40. J. Fontana, *Historia,* pp. 190-199. G. Barraclough, *Main Trends in History,* pp. 84-89.

John R. Meyer publicaron su estudio sobre «La economía esclavista en el Sur prebélico». En él, las fuentes estadísticas disponibles eran sometidas a distintas y exhaustivas técnicas de análisis matemáticos mediante ordenadores para obtener los resultados sobre los que fundamentaban su conclusión: en el momento de iniciarse la guerra de Secesión en Norteamérica (1861), el esclavismo sureño era rentable económicamente, pero su mantenimiento exigía la expansión del sistema hacia los territorios del sudoeste.

Robert W. Fogel utilizó las mismas técnicas, incluyendo la construcción de modelos contrafactuales, en su influyente libro *Railroads and American Economic Growth* (Los ferrocarriles y el crecimiento económico americano, aparecido en 1964), donde concluía que el efecto dinamizador de este medio de transporte sobre la economía norteamericana del siglo XIX era sustancialmente menor de lo que habían creído los primeros historiadores económicos. Diez años más tarde, el mismo autor, en colaboración con Stanley L. Engermann, presentaban otra polémica obra cliométrica, *Time on the Cross: The Economics of American Negro Slavery* (Tiempo en la cruz: la economía de la esclavitud negra americana). En ella concluían que no sólo la esclavitud había sido rentable sino que las condiciones materiales de los esclavos sureños no habían sido peores que las de los asalariados libres del Norte.

Desde esas investigaciones iniciales de Fogel, los estudios de tipo cliométrico se han ido expandiendo en todos los campos donde existen las mínimas fuentes estadísticas susceptibles de tratamiento informático y análisis matemático: trabajos de Historia demográfica que buscan la «reconstrucción de familias» para detectar patrones locales o regionales de reproducción y herencia; estudios de la «nueva Historia política» sobre las pautas de voto electoral o parlamentario en diferentes paí-

ses; análisis de la «nueva Historia social» sobre las modalidades de huelgas laborales y sus participantes; etc. [187].

Y en paralelo a esa expansión fuera de los dominios de la Historia económica, se han incrementado las llamadas de alarma sobre los riesgos de esa aplicación «inmoderada y sin juicio del uso de la cuantificación» (palabras de Lawrence Stone), basándose sobre todo en la falta de absoluta fiabilidad de las estadísticas históricas existentes, en la necesidad de codificar uniformemente masas de datos distintos y a veces equívocos, y en los problemas de verificación y contraste de la inmensa cantidad de datos informáticos empleados y procesados. Sin mencionar la progresiva dificultad de la mayoría de los historiadores para leer y comprender unas obras donde el análisis matemático prima sobre el razonamiento discursivo y el texto lingüístico. Precisamente fue un historiador de la economía del prestigio de David S. Landes quien tempranamente (1972) advirtió contra el creciente fetichismo del número y la cuantificación:

Las cifras, en resumidas cuentas, no son más que datos. Son, entre otras cosas, una ayuda para contrastar hipótesis y para dar contenido exacto a un análisis. Pero no son un sucedáneo del análisis; no pueden decirnos lo que no les preguntamos; y no constituyen una expresión autónoma y nítida de ningún tipo de realidad objetiva [188].

---

[187] Konrad H. Jarausch, «The Role of Quantitative Methods in History. Decline or Reawakening?», *Storia della Storiografia,* nº 18, 1990, pp. 43-60. Sebastián Coll, «La nueva Historia económica y su influencia en España», en G. Rueda (ed.), *Doce estudios de historiografía contemporánea,* Santander, Universidad, 1990, pp. 69-119.

[188] D. S. Landes, « Las estadísticas como fuente para la Historia del desarrollo económico de la Europa occidental», en D. S. Landes y otros. *Las dimensiones del pasado. Estudios de Historia cuantitativa,* Madrid, Alianza, 1974

Algo muy similar ha hecho otro historiador económico, Carlo M. Cipolla, al parodiar con ironía las grotescas aberraciones implícitas en trabajos históricos aparententemente serios y de pretensión científica [189]. En cualquier caso, no cabe duda de que «la búsqueda de la cantidad», al decir de Geoffrey Barraclough, fue «la más poderosa de las nuevas tendencias en Historia, el factor supremo que distingue las actitudes históricas de la década del setenta».

VI. TRADICIÓN Y RENOVACIÓN EN LAS DISCIPLINAS HISTÓRICAS

Al margen y a la par que las tres grandes corrientes que hemos señalado previamente, desde la década de los cincuenta se fue produciendo una renovación notabilisíma en los presupuestos y métodos de las especialidades históricas que más habían sufrido el embate contra el mal llamado positivismo decimonónico: la Historia política y diplomática. Ciertamente, ambas especialidades habían seguido practicándose en el gremio histórico con gran dedicación y éxito público, aun cuando no se vieran

---

(edición original inglesa, 1972), pp. 18-68 (la cita en p. 33). Cabe dudar de la eficacia de dicha advertencia si tenemos en cuenta las recientes palabras de cautela pronunciadas por Emiliano Fernández de Pinedo: «los avances serán reales y no fuegos de artificio si se retorna al archivo, si se combinan datos nuevos creíbles y convenientemente criticados, y teorías sacadas de la economía política o de otras ciencias sociales, si se tiende a construir modelos explícitos, no necesariamente matematizados». «La historia económica ¿un filón que se agota?», en Massimo Montanari y otros, *Problemas actuales de la historia,* Salamanca, Universidad, 1993, pp. 69-82 (la cita en p. 82).

[189] C. M. Cipolla, *Allegro ma non troppo,* Barcelona, Crítica, 1991.

afectadas por las tendencias de la vanguardia historiográfica y sufrieran en gran medida su desprecio o menosprecio. Finalmente, a lo largo del decenio de los años cincuenta, la conexión con los métodos y los modelos teóricos de las restantes ciencias sociales también alcanzó a estas disciplinas. La Historia política dejó de ser la difamada Historia elitista y belicista «del tambor y la corneta», al igual que la Historia diplomática superó el nivel de relato de «los entresijos de las cortes y las cancillerías».

Por ejemplo, la *Storia della politica estera italiana dal 1870 al 1896. Le Premesse* de Federico Chabod, publicada en 1951, presentaba un estudio de la diplomacia del nuevo Estado italiano unificado de carácter casi sociológico, donde los avatares de la actividad estatal en el marco internacional se tallaban sobre un trasfondo político, cultural y social activamente operante [190]. Igualmente, en 1959 el historiador marxista Arno J. Mayer (luxemburgués afincado en Norteamérica) publicaba *Political Origins of the New Diplomacy* (Los orígenes políticos de la nueva diplomacia), sobre la respuesta de los gobiernos occidentales ante la revolución bolchevique en 1917 y 1918. Esta obra esencial arrumbaba la perspectiva tradicional que consideraba la política exterior estatal como ámbito autónomo y demostraba el modo en que su formulación y ejecución dependía no sólo de los intereses del Estado en el escenario internacional sino también y fundamentalmente de las tensiones y correlación de fuerzas sociopolíticas que se daban en el interior del propio Estado. En el mismo sentido, en 1961 aparecía *Los objetivos de guerra de Alemania en la Primera Guerra Mundial,* del profesor germano occidental Fritz Fischer. En esencia, el

---

[190] Walter Maturi, «Federico Chabod, historian of Italian Foreign Policy», en la traducción inglesa de la obra de Chabod: *Italian Foreign Policy,* Princeton, Princeton University Press, 1996, pp. xxvii-xxxvi.

trabajo revelaba que las élites dirigentes germanas habían optado por el recurso a la guerra en 1914 porque la expansión en Europa central y oriental parecía el único medio de preservar el orden social establecido frente a las presiones reformistas y democratizadoras procedentes de las clases populares alemanas. La tesis consecuente de que el Reich (su élite dirigente y su sistema socio-político) había sido en gran medida culpable del estallido de la guerra no sólo generó una acre discusión entre los historiadores alemanes (la «controversia Fischer», prefiguradora de la «querella de los historiadores» de 1986-1987) sino que tuvo la virtud de amortiguar severamente la tesis rankeana del «primado de la política exterior» en beneficio del «primado de la política interior» *(Primat der Innenpolitik)* [191].

A partir de los trabajos de Chabod, Mayer y Fischer, secundados por otros historiadores entre los cuales destacan el francés Pierre Renouvin y su discípulo Jean-Baptiste Duroselle, la Historia política y diplomática, renacida esta última como Historia de las relaciones internacionales, retomaron su lugar en la vanguardia de la renovación teórica y metodológica de las disciplinas históricas. Todo parece indicar que, como ha escrito al respecto el medievalista Jacques Le Goff, «la Historia política ya no es el esqueleto de la Historia, pero es sin embargo su núcleo» [192].

---

[191] A. Mayer, *Political Origins of the New Diplomacy,* Nueva York, Vintage, 1959. El título original del libro de Fischer es *Griff nach der Weltmacht* (La tentativa para obtener el poder mundial); el texto traduce la versión inglesa: *Germany's Aims in the First World War,* Nueva York, Chatto & Windus, 1967. Cfr. «Diplomatic History» y «F. Fischer» en J. Cannon, *The Blackwell Dictionary of Historians,* pp. 109-11 y 133-134. John A. Moses, *The Politics of Illusion: The Fischer Controversy in German Historiography,* Londres, G. Prior, 1975.

[192] Jacques Le Goff, «¿Es la política todavía el esqueleto de la Historia?», en J. Le Goff, *Lo maravilloso y lo cotidiano en el Occidente medieval,* Barcelona

Una renovación «modernizante» similar a la de la Historia política y diplomática tuvo lugar en el ámbito de la Historia cultural e intelectual. En realidad, la tradición «disidente» de Jacob Burckhardt se había perpetuado de la mano de cultivadores tan fecundos como el holandés Johan Huizinga *(El otoño de la Edad Media,* de 1919, sobre la vida cortesana bajomedieval en la Borgoña) o el alemán Friedrich Meinecke *(La génesis del historicismo,* de 1936, acerca de la conformación de esa influyente filosofía histórica en Alemania). Sobre la base de esa tradición de Historia intelectual y de la «alta cultura» (que se perpetuó hasta la actualidad con los fecundos trabajos de Jacob L. Talmon, Fritz Stern, George Mosse, Eberhard Jäckel, Antoine Prost, Philippe Ariès, etc.), las nuevas corrientes surgidas después de 1945 fueron reflejando progresivamente las tendencias operantes en las restantes disciplinas históricas: el impulso incontenible de la cuantificación y la expansión de su campo temático hasta incluir (y en algunos casos privilegiar) las manifestaciones culturales de masas y populares[193].

En ese proceso de reorientación hacia la «cultura popular», la publicación de la obra del historiador italiano Carlo Ginzburg, *El queso y los gusanos. El cosmos según un moline-*

Gedisa, 1985, pp. 163-178 (cita en p. 178). Donald Cameron Watt *et al.,* «What is Diplomatic History?» en J. Gardiner (ed.), *What is History Today,* Londres, Macmillan, 1988, pp. 131-142. Peter Clarke, «Political History in the 1980s» en Th. Rabb y R. Rotberg (eds.), *The New History,* Princeton, University Press, 1982, pp. 45-47.

[193] «Cultural History», en H. Ritter, *Dictionary of Concepts in History.* H. S. Hugues, *Concioussness and Society,* pp. 229-248. Cfr. Peter Burke, «El descubrimiento de la cultura popular», en R. Samuel (ed.), *Historia popular y teoría socialista,* Barcelona, Crítica, 1984, pp. 78-92; y Roger Chartier, «Intellectual History or Sociocultural History? The French Trajectories», en D. LaCapra y S. L. Kaplan (eds.), *Modern European Intellectual History,* Ithaca, Cornell University Press, 1982, pp. 13-46.

ro del siglo XVI (1976), fue quizás un hito crucial. Sencillamente, la historia del proceso inquisitorial contra el molinero herético Menocchio informaba mucho más sobre la sociedad y cultura renacentista en Italia que las historias sociales que se limitaban a elaborar largas series de datos cuantificables. Además, la obra de Ginzburg daba carta de naturaleza a una singular práctica historiográfica llamada a tener una gran influencia en el futuro: la *microhistoria.* En esencia, esta perspectiva y metodología histórica consiste en la «reducción de la escala de observación, en un análisis microscópico y en un estudio intensivo del material documental» (palabras de Giovanni Levi). Todo ello bajo el supuesto de que «la mirada cercana permite atrapar cualquier cosa que escapa a la visión de conjunto» (Ginzburg) y que dicha observación es un correctivo imprescindible para matizar las grandes construcciones históricas abstractas, cuantitativas, suprasubjetivas y de protagonistas masivos y anónimos [194].

De igual modo, la expansión temática de la Historia de la cultura popular posibilitó la creciente atención hacia el papel de la mujer, de las mujeres anónimas en la historia, al compás de la nivelación del *status* civil y laboral de las mujeres en las sociedades occidentales de postguerra y del surgimiento del movimiento feminista. Buena prueba de esta conexión entre la nueva historiografía de la mujer y esas transformaciones socio-laborales reside en el hecho de que el primer trabajo pionero fuera obra de una norteamericana, Mary Ritter Beard,

---

[194] Véase la introducción de Ginzburg a su obra *El queso y los gusanos,* Barcelona, Muchnik, 1981. Del mismo autor, «Microhistoria: dos o tres cosas que sé de ella», *Manuscrits* (Barcelona), nº 12, 1994, pp. 13-42. Giovanni Levi, «Sobre microhistoria», en P. Burke (ed.), *Formas de hacer historia,* cap. 5 (la cita en p. 120). Cfr. Justo Serna y Anacleto Pons, *Cómo se escribe la microhistoria,* Madrid, Cátedra, 2000.

autora en 1946 de *Women as a Force in History* (La mujer como una fuerza en la Historia)[195].

El desarrollo de la Historia de la cultura popular fue propiciada en gran medida por la expansión de la historiografía en las nuevas naciones del Tercer Mundo que iban surgiendo del proceso de descolonización iniciado en 1945. Y esta expansión de la historiografía académica y profesional en nuevos ámbitos geográficos donde la tradición archivística era muy tenue o casi inexistente promovió una innovación metodológica de gran alcance: el recurso a la Historia oral, a las fuentes orales, como medio principal para la elaboración del relato histórico. Para los nuevos Estados africanos, por ejemplo, la tradición oral, junto con la arqueología, constituían el único depósito disponible para reactualizar su historia precolonial y aún colonial. La consecuente recogida sistemática de testimonios de ancianos, de cuentos, leyendas y genealogías conservadas por tradición oral dentro de las tribus fomentaron, por su misma naturaleza, una Historia de la cultura popular cuyos métodos (el uso de las fuentes orales) fueron paulatinamente asimilados por la historiografía occidental. Y ese mismo método y sus materiales (relatos, fábulas, mitos, cuentos, genealogías tribales, etc.) fueron acercando la Historia cultural a la Antropología y a la crítica literaria[196].

---

195 Olwen Hufton *et al.,* «What is Women's History?», en J. Gardiner (ed.), *op. cit.,* pp. 82-95. Joan Scott, «Historia de las mujeres», en P. Burke (ed.), *Formas de hacer Historia,* Madrid, Alianza, 1993, pp. 59-88. Bonnie S. Anderson y Judith P. Zinsser, *Historia de las mujeres: una historia propia,* Barcelona, Crítica, 1991.

196 Joseph Ki-Zerbo, «La tradición oral como fuente historiográfica», *El Correo de la Unesco,* abril 1990, pp. 43-46. J. F. Ade. Ajayi y E. J. Alagoa, «Sub-Saharan Africa», en G. Iggers y H. Parker (eds.), *International Handbook of Historical Studies,* pp. 403-418. Alicia Alted Vigil, «El testimonio oral

De hecho, el último rasgo que ha caracterizado al desarrollo de la historiografía occidental desde la pasada década de los años ochenta ha sido el acercamiento a los métodos y técnicas de los estudios antropológicos y literarios. En cierta medida, la influencia de la Antropología (en particular, de la antropología simbólica auspiciada por Clifford Geertz y su técnica de la «descripción densa») y de los métodos de lectura de la crítica literaria parecen haber desplazado al influjo que tuvieron la sociología y la economía sobre la práctica historiográfica vanguardista en las décadas previas. El caso de la evolución de los historiadores de *Annales* es paradigmático a este respecto. Pero este desplazamiento no ha sido en absoluto completo ni, mucho menos, tranquilo o libre de conflictos. Porque ese cambio de paradigmas dominantes en la investigación historiográfica ha provocado durante los decenios de 1980 y 1990 un inusitado renacimiento del debate gremial sobre la forma y función de la propia disciplina que aún sigue vigente.

---

como fuente histórica», *Perspectiva contemporánea,* nº 1, 1988, pp. 155-162. Gwyn Prins, «Historia oral», en P. Burke (ed.), *Formas de hacer Historia,* cap. 6. Paul Thompson, *The Voice of the Past,* Oxford, University Press, 1978. Philippe Joutard, *Esas voces que nos llegan del pasado,* México, FCE, 1986.

7. EL DEBATE SOBRE EL SER Y EL HACER DE LA HISTORIA ANTE EL CAMBIO DE MILENIO

I. AIRES DE «CRISIS DISCIPLINAR» EN TIEMPOS DE INCERTIDUMBRE

A finales del año 1979, el historiador británico Lawrence Stone publicó en la revista *Past and Present* un influyente artículo sobre el estado de la historiografía occidental titulado «El resurgimiento de la narrativa: reflexiones sobre una nueva historia vieja». En el mismo, Stone apreciaba la existencia de síntomas inequívocos de agotamiento en los tres tipos de «Historia científica» que hasta entonces habían servido como modelos regulativos (y contendientes) de la práctica historiográfica más vanguardista: el paradigma económico-social de inspiración marxista; el proyecto ecológico-demográfico de la revista *Annales;* y la metodología cliométrica de origen estadounidense. La razón de ese agotamiento simultáneo parecía ser la común incapacidad para producir su pretendida «explicación coherente y científica del cambio histórico»; entre otras cosas, porque el cuantitativismo y el determinismo económico o geo-malthusiano habían desatendido las dimensiones políticas, ideológicas y culturales que operaban activamente en la dinámica histórica de las sociedades humanas. En esas condiciones, Stone señalaba la aparición de una «nueva Historia» (la tercera de tal denominación en lo que va de siglo) alejada de los «enfoques analíti-

cos y estructurales», cuyo uso de los modos narrativos e interés por las temáticas políticas y culturales le acercaba a la Historia tradicional que «el grueso de la profesión» siempre había seguido practicando a pesar de las vanguardias antedichas. Esta inversión de tendencias en el seno de la historiografía occidental es lo que conceptuaba como «el resurgimiento de la narrativa», aun reconociendo que traducía procesos mucho más amplios y profundos:

Hay síntomas de cambio en el tema central de la Historia: de las circunstancias que rodean al hombre a la consideración del hombre en sus circunstancias; cambio en los problemas estudiados: de lo económico y demográfico a lo cultural y emocional; cambio en las fuentes principales de influencia: de la Sociología, Economía y Demografía a la Antropología y Psicología; cambio en el sujeto: del grupo al individuo; cambio en los modelos explicativos de la mutación histórica: de lo estratificado y unicausal a lo interconectado y multicausal; cambio en la metodología: de la cuantificación de grupo al ejemplo individual; cambio en la organización: de lo analítico a lo descriptivo; y cambio en la categorización del papel del historiador: de lo científico a lo literario[197].

Ciertamente, la evolución de la historiografía a lo largo de los siguientes decenios parece corroborar sin duda alguna el diagnóstico y pronóstico avanzado por Lawrence Stone en su artículo. Al lado de la inveterada corriente de Historia política e intelectual de tipo tradicional, ha florecido una «nueva Historia» que refleja heterogéneamente los cambios apuntados y supone la demostración más palpable de la pérdida de influencia de los

[197] «The revival of narrative: reflections on a new old History», *Past and Present,* nº 85, noviembre 1979. Reeditado en la colección de ensayos del autor *The Past and the Present,* Londres, Routledge and Kegan Paul, 1981, pp. 74-96. Hay edición española.

tres modelos regulativos científicos entre las supuestas vanguardias del gremio historiográfico.

La crisis de la práctica histórica de inspiración marxiana se manifiesta en la propia revisión y trituración que sus mejores cultivadores (por ejemplo, Eric Hobsbawm, David Blackbourne, Geoff Eley o Gareth Stedman Jones) han ejecutado sobre sus postulados teóricos tradicionales y ortodoxos: abandono de la problemática de los modos de producción y de sus leyes de funcionamiento, transformación y sucesión; reformulación de las categorías de «base» y «superestructura», del concepto de «clase» como agente histórico operativo, de la «lucha de clases» como único o principal «motor» del cambio histórico, etc. [198]. Otro tanto parece haber sucedido con los historiadores cliométricos, una vez reconocidos sus casi insolubles problemas de contrastación y verificación de datos y resultados y su forzada renuncia al estatuto de única práctica historiográfica «científica» y, como tal, verdadera y necesaria [199].

Pero, sin duda, es en el seno de la escuela de *Annales* donde el agotamiento se presenta más patente e incontestable. Basta comprobar la evolución profesional de dos de sus figuras más paradigmáticas: Emmanuel Le Roy Ladurie y Georges Duby. El primero fue autor, en 1973, de aforismos tan memorables y combativos como el siguiente: «(la cuantificación) ha condenado virtualmente a muerte la historia narrativa de acontecimien-

---

[198] Sobre la denominada «crisis del marxismo», véanse las reflexiones quizá demasiado optimistas de Perry Anderson *(Tras las huellas del materialismo histórico,* Madrid, Siglo XXI, 1986), Francisco Fernández Buey («Marxismos e Historia hoy», en *Problemas actuales de la Historia,* Salamanca, Universidad, 1993, pp. 210-227) y Josep Fontana, *La Historia después del fin de la historia,* Barcelona, Crítica, 1992.

[199] R. W. Fogel y G. R. Elton, *¿Cuál de los caminos al pasado? Dos visiones de la Historia,* México, FCE, 1989.

tos y la biografía individual». Sin embargo, poco después publicaría su *Montaillou,* un retrato de lectura amena y popular sobre la vida, la moral y las costumbres en una aldea occitana del siglo XIV; y más recientemente (1987), *El Estado real,* una historia de Francia en los siglos XV y XVI muy bien ilustrada, en gran medida narrativa y vertebrada sobre los sucesivos monarcas de la casa Valois y Borbón. Por su parte, el mismo Duby que había escrito una canónica monografía sobre la economía y sociedad de la alta y plena Edad Media *(Guerreros y campesinos,* 1973), ha devenido en prolífico autor de auténticas obras maestras de la «nueva Historia»: *El caballero, la mujer y el cura* (1981), un estudio sobre el matrimonio feudal, y la breve y enjundiosa biografía de *Guillermo el mariscal* (1987).

De hecho, la casi totalidad de los historiadores de *Annales* han renegado del proyecto braudeliano de una «Historia total» estructurada en planos y tiempos diferentes en beneficio de una suerte de antropología retrospectiva multifacética y heterogénea, que se presenta esencialmente bajo la rúbrica de «Historia de las mentalidades» en su pretensión de no ser una mera «Historia de la cultura popular». Bastan las siguientes cifras para confirmarlo: los artículos en *Annales* de temática cultural pasaron de representar el 10,4 por ciento en su primera época (1929-1945) hasta significar el 35 por ciento en el período 1975-1984. Mientras tanto, los artículos de temática económica descendieron del 57,8 al 19 por ciento, y los de temática social del 26,2 al 24 [200].

---

[200] François Dosse, *La Historia en migajas. De* Annales *a la nueva Historia,* p. 51. Peter Burke, «La tercera generación», en N. Pagano y P. Buchbinder (comp.), *La historiografía francesa contemporánea,* pp. 153-192. El mismo Pierre Chaunu afirma en la actualidad que «lo cuantitativo, por sí mismo, no explica nada». Entrevistado por F. Dosse, *L'instant éclaté. Entretiens,* París, Aubier, 1994. Recogido en José Manuel Cuenca Toribio, *La Francia actual: Política y políticos,* Córdoba, Universidad, 1996, p. 160. Una útil revisión crí-

El curso reciente que caracteriza a la historiografía francesa ha tenido su correlato análogo en la evolución de las restantes historiografías occidentales, con mayor o menor intensidad. En todas partes, la práctica historiográfica ha conocido una ampliación temática ilimitada de sus áreas de interés hacia asuntos y aspectos antes ignotos o subvalorados, en perjuicio de los clásicos temas políticos, diplomáticos, militares, intelectuales, económicos o sociales. Por todas partes se aprecia un deslizamiento notorio del discurso histórico hacia modos narrativos y descriptivos tejidos sobre acontecimientos particulares, en detrimento de los modos analíticos volcados sobre las estructuras y los procesos temporales de largo alcance. Y en casi todos los casos, esos desplazamientos se acompañan de una promoción del enfoque centrado en la individuación del sujeto histórico y en sus concepciones simbólicas y experiencia vital y cotidiana, con abandono o merma del enfoque colectivo, público y supra-individual. En definitiva, parece que la «macrohistoria» privilegiada por las tendencias filo-sociológicas y economistas ha devenido en «microhistoria» para los practicantes de la «nueva historia». Y todo ello a la par que se ha registrado un incremento del número de historiadores profesionales en ejercicio verdaderamente espectacular: los poco más de 500 profesores de Historia universitarios en Francia en 1968 pasaron a ser 1.200 quince años después; en el caso de la República Federal de Alemania su número creció desde 320 en 1960 a 1.343 en 1975; en tanto que en los Estados Unidos la *American Historical Association* incrementó sus afiliados desde 3.800 en 1945

tica de uno de los últimos productos de la escuela histórica francesa (los tres volúmenes de la serie dirigida por Pierre Nora, *Les Lieux de mémoire,* París, Gallimard, 1984-1992) en Tony Judt, «A la Recherche du Temps Perdu», *The New York Review of Books,* 3 de diciembre de 1998.

hasta 18.500 en 1970[201]. En esas condiciones, parece difícil disentir del juicio reciente avanzado por Elena Hernández Sandoica sobre las razones básicas de esta ruptura y dispersión de la Historia en pequeñas subdisciplinas casi autónomas y poco o nada comunicadas entre sí:

La fragmentación que hoy caracteriza a nuestra disciplina vendría a derivarse obligatoriamente del incremento de los objetos de análisis, del cruce aleatorio de perspectivas, de la cantidad ingente de información acumulada por distintos cauces y con distinta metodología, documentación abundantísima que obedece a procesamientos diferentes y origen de resultados dispares, no sistematizada y ni siquiera sometida a los designios selectivos previos de los proyectos de investigación[202].

La generalidad de los fenómenos citados ha corrido paralela a la extensión de unos nuevos postulados teóricos, de naturaleza ontológica y gnoseológica, explícitos e implícitos, que pretendían argumentar y legitimar la nítida inversión operada respecto a la tradición historiográfica previa. El núcleo de toda su argumentación podría establecerse escuetamente sin hacer violencia excesiva de las diferentes formulaciones: la propia realidad sobre la que se escribe la Historia, al igual que la realidad de nuestros días, carece de estructura, es amorfa, heterogénea, asistemática, invertebrada, multifacética, y se escapa a toda conceptuación y representación bajo paradigmas deterministas y vertebradores como los que ofrecían los modelos regulativos cientifistas; en consecuencia, sólo caben relatos históricos diferentes y paralelos sobre las ilimitadas partes de esa realidad atomizada (sin conexión al menos conocida y cognoscible en-

---

[201] Gérard Noiriel, *Sobre la crisis de la Historia,* pp. 19-20.
[202] *Los caminos de la Historia,* p. 13.

tre sus partes), que desafía la vertebración de una «Historia total» y sólo permite una multitud de historias que serán todas igualmente válidas y pertinentes.

No cabe duda de que esos postulados teóricos derivan en gran parte del llamado «pensamiento débil» atribuido a la «Postmodernidad», muy extendido en las sociedades industriales avanzadas y cuyo impacto sobre los historiadores ha sido notorio, como habremos de ver posteriormente. De momento, bastará subrayar el arraigo de esos postulados entre los promotores de la bautizada «nueva Historia» mediante una breve selección de citas que bien hubiera podido proceder de todos los ámbitos geográficos occidentales y de todas las especialidades existentes dentro del gremio de historiadores. Así, por ejemplo, Jacques Le Goff y Pierre Nora, prohombres del grupo «annalista» francés, enunciaron tesis similares en 1974 sin rodeos: «el dominio histórico no tiene límites». En el mismo prólogo de una obra colectiva añadían que la misma «invoca el desmenuzamiento actual de la historia y toma conciencia de la coexistencia de tipos de historia igualmente válidos». Paul Veyne corroboró esa idea al subrayar: «Todo acontecimiento es digno de la historia». Y otra vez Pierre Nora definió con precisión la consecuencia para la disciplina de tales premisas: «Vivimos una historia en migajas, ecléctica, abierta a curiosidades que no hay que rechazar». Muy recientemente, en el ámbito británico, Juliet Gardiner reiteró la tesis de que «el campo propio de la investigación histórica se extiende desde las constituciones hasta las falsificaciones, desde la magia hasta la menstruación»[203].

---

[203] J. Le Goff y P. Nora (directores), *Hacer la Historia,* Barcelona, Laia, 1980, vol. I, pp. 7 y 8. F. Dosse, *La Historia en migajas,* p. 189. J. Gardiner (ed.), *What is History Today?,* Londres, Macmillan, 1988, p. 1.

La subsecuente fragmentación de la praxis histórica que estas posiciones teóricas alimentaron (y reflejaron) provocó desde el principio un hondo debate y una verdadera crisis de identidad de la disciplina. No todos los profesionales de la Historia, ni mucho menos, compartieron esas tesis ontológicas y gnoseológicas ni aceptaron sus implicaciones prácticas extremas del «todo vale» y «todo es historiable con idéntica propiedad». Desde luego, los historiadores más tradicionales y los continuadores de la trilogía desplazada mantuvieron sus perspectivas y resistieron el embate relativista y asistemático con notorio éxito. Incluso dentro de las filas de quienes secundaron el programa de apertura temática ilimitada hubo negativas a aceptar que todas las facetas de la realidad fueran dignas de ser historiadas con igual justificación y en compartimentos autónomos e inconexos (tal sería el caso de Georges Duby). No en vano, los detractores de esa apertura ilimitada podían señalar que, de hecho, muchos de sus productos novedosos en bien poco se diferenciaban de las múltiples historias banales y triviales que siempre habían florecido al lado de la producción elaborada por la disciplina académica histórica: las crónicas locales y familiares, las historias sobre muebles antiguos, viejas locomotoras, tipos de armas, modelos de aviones, equipos deportivos, instituciones educativas, festivales laicos y religiosos, los libros sobre restaurantes y menús de cocina, vestidos, sombreros y abalorios, etc.

En cualquier caso, todo parece indicar que en los últimos años el debate gremial sobre los efectos de la «nueva historia» se ha intensificado enormemente. Las filas de los detractores han engrosado a medida que se generalizaba la idea de hallarse ante una «crisis de la disciplina» de naturaleza radical y potencialmente letal. En pocas palabras: las nuevas prácticas historiográficas planteaban el riesgo de disolución irreversible de la

tradición científico-humanista que había cristalizado a principios del siglo XIX, en la medida en que derrumbaba sus fundamentos teóricos básicos y los procedimientos y convenciones operativas acumuladas por la praxis profesional. ¿Qué fundamentos y procedimientos? Por ejemplo, el principio de determinación y causalidad inmanente en la explicación de fenómenos históricos, que anulaba la consideración del desarrollo de un aspecto de la realidad como proceso autónomo (esto es: conteniendo en sí mismo la razón de su propia evolución). Por ejemplo, el axioma de verificabilidad material supra-subjetiva de las pruebas que sustentan una afirmación histórica, como único modo posible de discrimar su carácter ficticio, probable o verdadero en términos gnoseológicos. Por ejemplo, el principio de respeto a la «flecha del tiempo» que impone la exclusión del anacronismo y de la ucronía como referentes temporales de un relato histórico pretendidamente verídico y no sólo ficticio y novelesco.

De hecho, durante los últimos años, la «nueva Historia» se ha visto sometida a una poderosa oleada de críticas muy diversas que partían de la defensa de esos principios constitutivos de la disciplina histórica. Tal puede ser el caso de la denuncia de Gertrude Himmelfarb contra la «psico-historia», por su tentativa de reduccionismo de todas las categorías explicativas del proceso histórico general a términos psicológicos individuales, que además son imposibles de verificar, comprobar y contrastar. El blanco de la crítica de Himmelfarb lo constituyen obras como la biografía sobre Martín Lutero elaborada por el psiquiatra Erik Erikson (publicada en 1958), que asocia la rebelión del monje agustino contra el Papa (y el inicio de la Reforma protestante) con su previa rebelión contra su padre durante su «crisis de identidad» juvenil. Igual blanco de críticas plantea el trabajo de Rudolph Binion *(Hitler among the Germans,* apa-

recido en 1976), que pretendía enlazar el Holocausto de los judíos llevado a cabo por los nazis y el uso específico de las cámaras de gas como medio de exterminio con el tratamiento que un médico judío (el doctor Bloch) había administrado a la madre de Hitler enferma de cáncer. A tenor del razonamiento de ese autor, «el *continuum* psicológico» del antisemitismo de Hitler (y su consecuente trato a los judíos) quedaría resumido así:

La inútil operación quirúrgica aplicada sobre el cáncer de su madre (el programa de expulsión), cediendo el paso a la representación de su muerte como homicidio compasivo (el programa de eutanasia), y esto deviniendo a su vez en la venganza de Hitler contra Bloch (la Solución Final).

Probablemente, la crítica mas potente y radical a ese tipo de pseudo-explicaciones especulativas de corte psicológico de los procesos históricos haya procedido del doctor Stephen L. Chorover, un afamado neuropsicólogo norteamericano. A propósito de tesis como la de Binion y de otras interpretaciones psicoanalíticas sobre el nazismo, Chorover ha escrito unas palabras bien reveladoras:

Como psicólogo, estoy sumamente familiarizado con las «explicaciones» del genocidio nazi que asumen formas psicológicas. Según estas explicaciones, el «holocausto» ocurrió porque las personalidades del pueblo alemán en su conjunto y particularmente de aquella fracción que participó, condonó o tuvo conocimiento del genocidio nazi (y quizá también de las víctimas), estaban profunda y fatalmente alteradas. En otras palabras, la secuencia de acontecimientos en la que millones de hombres, mujeres y niños fueron sistemáticamente perseguidos, segregados, encarcelados, torturados y asesinados es supuetamente comprensible en términos de la peculiar psicología de masas —«autoritaria»— del pueblo alemán, o como reflejo de la es-

pecial estructura caracteriológica («sádica» o «masoquista») de sus líderes. Intento demostrar, sin embargo, que el esfuerzo por explicar hechos de tal importancia histórica en términos de demencias individuales o de psicosis colectivas es tan fácil como peligroso. Piénsese, por ejemplo, en las explicaciones basadas en la pretendida demencia u ofuscación de los líderes políticos que organizaron toda la empresa. A pesar de su seductor atractivo, la especulación psicológica explica muy poco, y el empeño en invocar los «motivos inconscientes» de Hitler («cuando era un muchacho, su madre fue tratada de cáncer de mama, sin éxito, por un médico judío»), o la inestabilidad psicológica de sus lugartenientes («Goering era un toxicómano; Goebbels, un paranoico confirmado») convirtiéndolos en la clave para entender la violencia masiva, es equiparable a un ejercicio de justificación política. No quiero decir que en el genocidio nazi faltaran las dimensiones psicológicas, sino solamente que los intentos por explicar el genocidio en términos psicológicos carecen de poder explicativo real. Hitler y su camarilla no fueron un grupo de demonios psicóticos responsables de la movilización de ciegas fuerzas sociales. Y lo que es más, en la medida que la descripción psicohistórica crea la mistificadora impresión de que los acontecimientos propios de la esfera política y de la social pueden «explicarse» con el lenguaje, estrechamente privado, de los determinantes psicológicos exteriores, la psicohistoria misma es un instrumento de engaño más que un medio de explicación[204].

Pero no sólo la psico-historia es objeto de la crítica de Himmelfarb y otros historiadores actuales. También lo es aquella corriente novedosa de Historia social que prescinde conscientemente de la vida política como irrelevante para entender el devenir de las sociedades y permite hacer afirmacio-

[204] Stephen L. Chorover, *Del Génesis al Genocidio. La sociobiología en cuestión,* Barcelona, Blume, 1982, pp. 21-22. Cfr. Saul Friedländer, *History and Psychoanalysis: An Inquiry into the Possibilites and Limits of Psychohistory,* Nueva York, Holmes and Meier, 1978.

nes como la siguiente sin ánimo metafórico ni brillantemente retórico: «Mickey Mouse puede que sea de hecho más importante para comprender la década de los años treinta (en Estados Unidos) que el presidente Franklin D. Roosevelt». Aunque podría dudarse de la novedad de su planteamiento genérico si se tiene en cuenta una afirmación de H. Boudreau realizada en 1894 al defender sus estudios pioneros sobre Historia de la alimentación: «Para la ciencia exacta de los asuntos humanos, un menú es más instructivo que una narración de hechos de guerra, un libro de cocina más que una colección de actas diplomáticas, una estadística de alimentos más que un relato de intrigas de corte»[205]. Frente a declaraciones como éstas, un historiador más «tradicional» (que no retógrado) de la talla de Jean-Baptiste Duroselle ha podido afirmar recientemente con innegable ironía crítica: «Es sumamente interesante hablar del jabón que utilizaban los campesinos para lavarse, pero la Primera Guerra Mundial tiene igualmente cierta importancia»[206].

En un sentido muy similar podría aducirse la crítica de David Cannadine contra la creciente «Historia de la vida privada» trivializada, plagada de generalidades vagas y que prescinde de toda referencia y conexión con marcos socio-económicos gene-

[205] *Études d'histoire de l'alimentation,* París, 1894, p. 5. Citado en Massimo Montanari, «Historia, alimentación, historia de la alimentación», *Problemas actuales de la historia,* Salamanca, Universidad, 1993, pp. 19-27 (la cita en p. 19). Gertrude Himmelfarb, *The New History and the Old,* Cambridge (Mass.), Harvard University Press, 1987, pp. 10 y 37-40. La última cita recogida por Himmelfarb procede de Warren I. Susman, *Culture as History: The Transformation of American Society in the Twentieth Century,* Nueva York, 1985.

[206] Declaraciones de Duroselle a *Le Monde* (20 de septiembre de 1994). Citadas en J. M. Cuenca Toribio, *La Francia actual,* p. 127.

rales, olvidando que por definición la vida «privada» de los individuos es mayormente incognoscible e insondable y sólo cabe apreciar sus manifestaciones externas, conductuales, extrospectivas y «públicas» (en cuanto que podemos tener noticias de ellas). Sencillamente, la originalidad de un neoyorquino que decide huir de la gran metrópoli y pasar su descanso dominical en la playa de Coney Island se revela de otro modo si descubrimos que cientos de neoyorquinos tuvieron la misma idea genial y la pusieron en práctica porque una línea de metro suburbano enlazaba la ciudad y la costa. El sociólogo Pierre Bourdieu ha alertado sobre los riesgos metodológicos, teóricos y prácticos, de esa creciente preferencia historiográfica actual por la vida cotidiana contemplada exclusivamente bajo el prisma del sujeto individual:

> Intentar comprender una vida como una serie única y suficiente en sí misma de acontecimientos sucesivos sin otro nexo que la asociación a un «sujeto» cuya constancia no es sin duda más que la de un nombre, es por lo menos tan absurdo como intentar dar razón de un trayecto en el metro sin tomar en cuenta la estructura de la red, es decir, la matriz de las relaciones objetivas entre las diferentes estaciones[207].

Ante ese panorama de novedades historiográficas, no es de extrañar la caracterización pesimista que Robert Darnton ha dado de la última y pretendidamente vanguardista «nueva Historia»: «atestada de curiosidades..., aderezada conveniente-

---

[207] Citado en Elena Hernández Sandoica, *Los caminos de la Historia. Cuestiones de historiografía y método,* Madrid, Síntesis, 1995, p. 160. Los comentarios de Cannadine se refieren al volumen IV de la *Historia de la vida privada* editada por Michelle Perrot (París, Editions du Seuil, 1987), dedicado al período 1789-1914. Forman parte de su reseña «Through the Keyhole», *The New York Review of Books,* 21 noviembre 1991, pp. 34-38.

mente para ser sensacional y mermada en entidad para ser accesible»[208].

II. LA «CRISIS COGNITIVA» Y EL «PENSAMIENTO DÉBIL» DE LA POSTMODERNIDAD

La llamada «crisis de la disciplina» por disolución atomista del campo histórico y trivialidad temática es una de las facetas más notables del debate historiográfico en curso en el mundo occidental. Pero no es la única ni, probablemente, la más importante y decisiva. Porque en paralelo con ella se ha abierto una llamada «crisis cognitiva» que impugna la posibilidad de todo tipo de conocimiento histórico científico, ya sea trivial, importante o esencial. Y esta impugnación no deja de ser una variante de la negación y puesta en duda de todo conocimiento racional, demostrativo determinista y verdadero ofrecido por las ciencias, por influencia directa del llamado «pensamiento débil de la postmodernidad»[209]. Aunque debe señalarse que, en el plano historiográfico, los efectos de esta corriente filosófica se han hecho sentir esencialmente sobre la disciplina de Historia intelectual, la más proclive por su propia naturaleza a reflexionar teóricamente sobre su actividad y campo temático. En las

[208] La definición de Darnton se recoge en Karin J. MacHardy, «Crisis in History, or: Hermes Unbounded», *Storia della Storiografia,* Milán, nº 17, 1990, pp. 5-27 (10 para la cita).

[209] Para una crítica reciente y reveladora de las falacias del postmodernismo véase el libro de Alan Sokal y Jean Bricmont, *Imposturas intelectuales,* Barcelona, Paidós, 1999. Cfr. H. C. F. Mansilla, «La abdicación del pensamiento ante el horizonte del presente», *Revista de Estudios Políticos,* nº 103, 1999, pp. 89-128.

restantes disciplinas históricas, el inveterado empirismo, la pereza intelectual y la aversión por la teoría han permitido continuar su plurivalente práctica sin demasiada preocupación por el asunto, aun cuando *de facto* les afectase, como hemos visto y veremos, el cambio de clima y textura intelectual propiciado por la postmodernidad.

Precisamente, fue en el ámbito de la Historia intelectual donde comenzaron a hacer mella las corrientes filosóficas de orientación lingüística que pretenden cuestionar o destruir los fundamentos racionales y operativos sobre los que se apoya la práctica historiográfica desde principios del siglo XIX. Y en este proceso (a veces denominado «el giro lingüístico») [210] parece indudable que la influencia suprema ha correspondido al pensador francés Jacques Derrida y a su «estrategia general de deconstrucción» como método de lectura de textos lingüísticos.

En esencia, la deconstrucción es un procedimiento de lectura textual que pretende descomponer las estructuras lingüísticas que sostienen el discurso escrito como racional y coherente, revelando las antinomias, contradicciones, disonancias, paralogismos y faltas de sentido unívoco que están presentes en el llamado plano «literal» tanto como en el metafórico. De ese modo, se hace imposible la determinación del significado preciso del texto en cuestión, porque éste resulta incapaz de

---

[210] Vocablo derivado de la obra de Richard Rorty, *El giro lingüístico. Dificultades metafilosóficas de la filosofía lingüística,* Barcelona, Paidós, 1990. Véase una introducción al tema en Isabel Burdiel y María Cruz Romeo, «Historia y lenguaje. La vuelta del relato dos décadas después», *Hispania,* nº 192, 1996, pp. 333-346; y Hermann von der Dunk, «Narrativity and the Reality of the Past», *Storia della Storiografia,* nº 24, 1993, pp. 23-44. También son pertinentes las reflexiones de Georg G. Iggers, *La ciencia histórica en el siglo XX,* pp. 96-104; y G. Noiriel, *Sobre la crisis de la Historia,* pp. 126-130.

transmitir su mensaje sin incertidumbre y coexisten múltiples lecturas en conflicto del mismo y todas totalmente legítimas. La razón de esa incertidumbre esencial estribaría en que el signo lingüístico es arbitrario, es una «institución inmotivada» y no guarda ninguna relación necesaria ni natural con lo que pretende significar. «Cada signo *no representa, no está por* un objeto, sino que cada signo repite —o prefigura— otro signo»[211]. Por tanto, el sentido del signo es siempre ambiguo y siempre será imposible decidir con certeza su significado (tesis de la «indecibilidad» del sentido del signo). De ahí se deriva, a efectos de crítica literaria y todo tipo de lectura textual, la imposibilidad de buscar el sentido exacto del texto, su interpretación precisa y la «intención» del autor, porque no existen de hecho y porque, si existieran, serían incognoscibles, indecidibles e imposibles de verificar y comprobar.

Como complemento de esta tesis gnoseológica sobre la imposibilidad de conocer con certeza, de obtener verdades, de interpretar con seguridad un texto, Derrida sostiene una tesis ontológica del mismo carácter negativo: pensamos y vivimos con signos y no hay esfera conocida de la actividad humana «fuera» del lenguaje y la praxis lingüística. Sencillamente, no hay manera extralingüística de determinar si el mundo tiene una naturaleza estable o consistente que la lengua pueda reflejar. El deseo de encontrar un «fuera» del texto es un proyecto metafísico por antonomasia: es la metafísica del «logocentrismo» que estaría sosteniendo todo el pensamiento racionalista, determinista y causalista occidental. No hay «fuera» del texto porque «texto» y «contexto» son igualmente «textuales» de arriba

---

[211] Palabras de Carmen González-Marín recogidas en su artículo-entrevista con Derrida, «Jacques Derrida: leer lo ilegible», *Revista de Occidente,* nº 62-63, 1986, pp. 160-182 (cita en p. 163).

abajo: al igual que los signos sólo se refieren a otros signos, los textos sólo pueden referirse a otros textos, generando así la tela de araña infinita que es la intertextualidad [212]. En otras palabras, el hipotético mundo real (declinado en plural, necesariamente) no sería más que un conjunto de textos infinitos y personales:

Es preciso que nos pongamos de acuerdo en lo que significa «sobre textos». Yo estaría de acuerdo a condición de ampliar considerablemente y reelaborar el concepto de *texto.* No pretendo hacer olvidar la especificidad de lo que clásicamente se llama «texto», algo escrito, en libros o en cintas magnéticas, en formas archivables. Pero me parece que es necesario, y he tratado de mostrar por qué, reestructurar este concepto de texto y generalizarlo sin límite, hasta el punto de no poder seguir oponiendo, como se hace normalmente, bien el texto a la palabra, o bien el texto a una realidad —eso que se denomina «realidad no textual»—. Creo que esa realidad *también* tiene la estructura del texto [213].

En su conjunto, y al margen de su virtualidad crítico-literaria, la deconstrucción derridiana aparece como una forma de duda nihilista (más que puramente escéptica) que «significaría la reintroducción de un grado de desorden y desorientación en

---

[212] J. Derrida, *La deconstrucción en las fronteras de la filosofía,* Barcelona, Paidós, 1989, con introducción de Patricio Peñalver. David Hoy, «Jacques Derrida», en Quentin Skinner (ed.), *El retorno de la Gran Teoría,* Madrid, Alianza, 1988, pp. 48-69. Sobre el impacto derridiano en la historia intelectual véanse: Dominick LaCapra, «Rethinking Intellectual History and Reading Texts», y E. M. Henning, «Archaeology, Deconstruction and Intellectual History», ambos en D. LaCapra y S. L. Kaplan*, Modern European Intellectual History. Reappraisals and New Perspectives,* Ithaca, Cornell University Press, 1982, pp. 47-85 y 153-196.

[213] Afirmación de Derrida en la entrevista citada en nota 211.

el pensamiento occidental» (palabras de E. M. Henning). Y en este sentido, cabría situarla como un eslabón más en la tradición intelectual del «pensamiento negativo» que parece arrancar de la crítica de Friedrich Nietzsche (1844-1900) a la «racionalidad occidental» y al estilo de pensamiento meta-científico decimonónico (inspirado en el reduccionismo positivista). De hecho, una gran parte de los *topoi* y lugares comunes postmodernos tienen su origen y formato más radical en el nihilismo y solipsismo que caracterizan la obra de Nietzsche. Así, por ejemplo, el rechazo de este pensador a la razón científica llevaba pareja una crítica de la noción de «verdad» que la equiparaba a la ficción poética y literaria. Puesto que todo lo mundano carecía de estructura racional y racionalizable, lo único que restaba era la «vida», lo fluyente, concreto y espontáneo, donde no había sentido vectorial ni progreso, donde todo era siempre lo mismo: el eterno retorno. Y dado que todo era ficción e intuición vital, puesto que nada había estable y verdadero («Conocimiento y devenir se excluyen»), sólo quedaba el ingenio, la agudeza y el placer estético, el deleite en el arte y la palabra: un juego en el que se va la vida del hombre y en el que Nietzsche llegó a su apacible locura.

La vida y obra de Nietzsche es el ejemplo más consecuente de la tesis nihilista de que «nada hay, nada tiene valor y nada es conocido», y su complementario solipsismo radical: «sólo existe y sólo puede ser conocido el propio yo». A partir de él, la corriente «irracionalista» (en el sentido de «subjetivista» y antirrealista) conocería una importante expansión al compás de la trágica historia contemporánea y llegaría a refutar radicalmente la hipotética logicidad universal que había cimentado el desarrollo del pensamiento filosófico y científico occidentales. Tras la hecatombe de la Primera Guerra Mundial y en la profunda crisis europea subsiguiente, el proceso de «asalto a la ra-

zón» alcanzó su plena culminación. Como señalara en 1922 con amargura el físico alemán Max Planck, descubridor de la teoría cuántica: «la creencia en milagros de las formas más variadas —ocultismo, espiritualismo, teosofía— penetraba en amplios círculos del público educado y no educado». Entonces, el también alemán Oswald Spengler, en su influyente y fatalista obra sobre *La decadencia de Occidente* (1918-1922), se atrevería incluso a impugnar la validez universal de las matemáticas, considerada hasta entonces la ciencia exacta y precisa por definición e irreductible a subjetivismos personales o comunitarios:

> No hay ni puede haber un número en sí. Hay varios mundos numéricos porque hay varias culturas. Encontramos diferentes tipos de pensamiento matemático y, por lo tanto, diferentes tipos de números, uno hindú, otro árabe, otro arábigo, otro occidental. Cada uno es radicalmente propio y único; cada uno es la expresión de un sentimiento del universo; cada uno es un símbolo cuya validez está exactamente limitada aún en lo científico; cada uno es principio de un ordenamiento de lo producido, en que se refleja lo más profundo de un alma única dentro de una cultura única. Hay, por lo tanto, más de una matemática[214].

En la actualidad, parecería que el pensamiento negativo se ha metamorfoseado en postmoderno y se mantiene en planos menos radicales y extremados, salvando casos particulares. El llamado «pensamiento débil» tiende más al escepticismo metó-

---

[214] O. Spengler, *La decadencia de Occidente,* Madrid, Espasa Calpe, 1958, p. 73. Citado y comentado en Juan José Sebreli, *El asedio a la modernidad. Crítica del relativismo cultural,* Barcelona, Ariel, 1992, pp. 33-42. En p. 233, se halla la cita de Planck. Fernando Savater, «El pensamiento negativo: del vacío a los mitos», en Miguel Ángel Quintanilla (dir.), *Diccionario de filosofía contemporánea,* Salamanca, Sígueme, 1979, pp. 334-346.

dico y promueve un relativismo sistemático. Consistiría, en palabras de Fernando Savater, en un «dudar de la absoluta necesidad del texto establecido del mundo», «hallar fallos en el tejido de la realidad» y «llevar las contradicciones de la llamada sabiduría occidental hasta su punto más alto». Y en su pretensión de reducir el valor de la verdad científica, de reintroducir el azar y romper la categoría de causalidad («piedra angular» de la racionalidad, según Savater), invoca como demostración palpable (si es que fuera necesario) el principio de indeterminación exigido por el desarrollo de la física cuántica (olvidando que éste se aplica a un campo y nivel específico de la propia dimensión física: las manzanas siguen cayendo del árbol como establece la ley de gravitación universal). Paul Feyerabend podría considerarse un paladín precoz de esta tendencia filosófica con su trabajo «Sobre el desarrollo de las ciencias y de las artes y la posible identidad de ambas» (1968) y con su afamado libro *Contra el método* (1970). También el relativismo cultural propiciado por el antropólogo Claude Lévi-Strauss abonó esa vía escéptica postmoderna al subrayar la «lógica» de *El pensamiento salvaje* (1962) y, por ejemplo, equiparar su magia con la ciencia moderna «como dos modos de conocimientos desiguales en cuanto a los resultados teóricos y prácticos»[215].

Sobre ese transfondo y tradición intelectual, no resulta tan sorprendente que en la actualidad el filósofo Gianni Vattimo predique para la postmodernidad «un pensamiento capaz de articularse (y, en consecuencia, razonar) a media luz», un «pen-

---

[215] C. Lévi-Strauss, *El pensamiento salvaje,* México, FCE, 1964, p. 30. Citado y criticado en J. J. Sebreli, *El asedio a la modernidad,* pp. 47-53 y 122-127. Véase también la crítica de Gustavo Bueno, *El papel de la filosofía en el conjunto del saber,* Madrid, Ciencia Nueva, 1970, pp. 90-98; y Pierre Fougeyrollas, *Ciencias sociales y marxismo,* México, FCE, 1981, pp. 89-102.

samiento débil» capaz de «abrirse a una concepción no metafísica de la verdad, que la interprete, no tanto partiendo del modelo positivo del saber científico [...] como partiendo de la experiencia del arte y del modelo de la retórica, por ejemplo» [216]. En definitiva, la propuesta postmoderna significa para la historiografía una recomendación de abandono de sus ilusiones cientifistas, de su denodado esfuerzo, al parecer baldío, para generar un conocimiento racional, causal, determinado, demostrativo y «verdadero». Ante todo, porque la realidad es tan múltiple, tan devenir inasible e inefable, que lo impediría:

[...] no hay una historia única, hay imágenes del pasado propuestas desde diversos puntos de vista, y es ilusorio pensar que haya un punto de vista supremo, comprensivo, capaz de unificar todos los restantes (tal sería el de «la Historia» que englobaría a la Historia del arte, de la literatura, de las guerras, de la sexualidad, etc.).

Y en segundo lugar, porque el conocimiento científico que pudiera obtenerse tendría el mismo valor (o invalidez) que otro tipo de conocimientos, como pudiera ser el poético y literario. En estas condiciones, a la Historia (en calidad de disciplina académica y gremial) sólo le quedaría como recurso la vuelta a los orígenes: desandar el camino andado desde Niebuhr y Ranke y reencontrarse con la historia literaria de origen clásico, la que proporcionaba bellas narraciones y útiles modelos para el estudio y la práctica de la retórica, la que instruía deleitando sobre las cosas de la vida y de los hombres. La propuesta, no cabe duda, ha cuajado en mayor o menor medida (consciente o in-

---

[216] G. Vattimo y P. A. Rovatti (eds.), *El pensamiento débil,* Madrid, Cátedra, 1983, p. 15. G. Vattimo, *El fin de la modernidad. Nihilismo y hermenéutica en la cultura contemporánea,* Barcelona, Gedisa, 1986, p. 19.

conscientemente) en el gremio profesional, como reconoce el propio Vattimo al señalar «el éxito reciente que en los debates de historiadores y sociólogos han conquistado la noción de narratividad y la investigación sobre los modelos retóricos y narratológicos en la historiografía». Basta recordar una afirmación reciente de Georges Duby:

> Considero que la Historia es ante todo un arte, un arte esencialmente literario. La Historia existe sólo con el discurso. Para que sea buena, tiene que ser bueno el discurso[217].

A juzgar por el debate actual sobre la Historia y la postmodernidad, parece cierto que esas ideas postmodernas están operando detrás de la floración temática y atomizada de la «nueva Historia». Si la realidad ya no es concebible como referencia objetiva, exterior al «discurso», puesto que está constituida por y en el lenguaje; si ya no hay criterios para discriminar qué es importante y qué no lo es en la «realidad» y en el relato sobre ella; si han desaparecido o se han debilitado enormemente las diferencias entre «verdad» y «ficción»; si la explicación causal y determinista es tan discutible, arbitraria y «subjetiva» como una explicación y descripción azarosa y voluble: ¿por qué no considerar historiable cualquier aspecto de la realidad y seguir su curso autónomo durante un período temporal? Y así la «nueva Historia» ofrece productos donde se muestra y refleja la variedad curiosa, infinita, sorprendente, variopinta, multifacética, heterogénea, contradictoria, invertebrada, desorganizada y colorista de la vida y experiencia huma-

---

[217] Palabras pronunciadas en 1980 y recogidas en Jacques Le Goff, *Pensar la Historia,* p. 39. Las dos citas previas de Vattimo se recogen de su obra *La sociedad transparente,* Barcelona, Paidós, 1989, pp. 76 y 108.

na en todo tiempo y lugar. ¿Y ello para qué? Para instruir deleitando con una buena narración; para entretener al lector con un divertimento propio de las gentes cultas y con interés por la Historia. En resolución, la Historia y los historiadores se redimirían en la postmodernidad creando arte narrativo, proporcionando puro placer estético y literario, explotando el hondo poder evocativo y sugestivo de los tiempos pasados que puede activar la imaginación y relato históricos. ¿Acaso no es más divertido y placentero leer los *Annales* de Tácito que las investigaciones de Mommsen o los trabajos de epigrafía de los latinistas actuales? Al respecto, cabría volver a recordar la cruda advertencia del matemático Euclides a un rey Tolomeo II quejoso de la dificultad de aprender la ciencia: «No hay caminos reales para la Geometría».

Es un hecho cierto que el hondo y atávico racionalismo empirista de la mayoría de los historiadores les ha impedido llegar en la práctica al más extremo escepticismo y relativismo propiciado por el discurso historiográfico postmoderno: las investigaciones sobre demografía histórica han seguido su curso sin preocuparse de la supuesta «irrealidad» de sus fuentes y procedimientos; la Historia económica continúa desvelando aspectos cuantitativos del pasado ajena a dichas objeciones; la historiografía política persevera en el debate sobre las razones del ascenso del nazismo alemán o del derrumbe del Estado soviético con abierta ignorancia o desprecio de sus críticos «postmodernos»; e incluso la Historia intelectual prosigue la búsqueda de las fuentes del pensamiento liberal y del influjo de un pensador sobre otro a pesar de la puesta en cuarentena de la idea de «autoría» y «significado preciso». Sin embargo, hay síntomas elocuentes de la expansión y aceptación general de esas formulaciones teóricas «postmodernas» avaladas por el tinte de su aparente progresismo y sedicente vanguardismo.

Por un lado, así lo indica la fuerte intensidad del debate gremial sobre Historia y postmodernidad, en particular el eco aprobatorio despertado por los trabajos historiológicos del norteamericano Hayden White, piezas claves del «giro lingüístico» en historiografía. Uno de los resultados colaterales de ese amplio eco podría ser la presencia ya habitual entre historiadores de declaraciones del tipo siguiente (donde la influencia de Derrida resulta más que notoria): «Acepto el uso extensivo del término «texto», que incluye artefactos que van desde la arquitectura hasta los acontecimientos» (E. Deeds Ermath) [218]. Al respecto, no queremos dejar de subrayar la evidente carga metafísica y sustancialista implícita en dicho uso extensivo, ilimitado y abusivo, que parece hacer del vocablo «texto» una especie de «arjé» presocrática omnicomprensiva y omnisciente. ¿Cabe encontrar, en efecto, alguna diferencia «textual» o esencial entre la afirmación «todo el mundo es texto» y la afirmación «todo el mundo es agua» atribuida a Tales de Mileto? Otro tanto cabría apuntar sobre el reciente uso lato del término «Cultura» y sus derivados («cultura azteca», «Ministerio de Cultura», «cultura política», «cultura del fútbol», «cultura feminista», «cultura del violín», «cultura del *yuppy*», «cultura del cigarro», etc.), ejemplo paradigmático de un proceso lógico de totalización metafísica de componentes originarios heterogéneos y heteróclitos [219].

Por otro lado, así lo prueba también el caso esperable y esperado de un reputado historiador que decide poner en prácti-

---

[218] Declaración recogida en E. Hernández Sandoica, *Los caminos de la Historia,* p. 297. White es autor de dos obras básicas al respecto: *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, México, FCE, 1992; y *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica,* Barcelona, Paidós, 1993.

[219] Gustavo Bueno, *El mito de la cultura,* Barcelona, Prensa Ibérica, 1996.

ca las tesis postmodernas y escribir un relato elegante y colorista donde ficción y «verdad» (?) se entretejen sin distinción; donde la pluralidad de puntos de vista destruye la unicidad del curso histórico; donde desaparecen por innecesarias las convenciones gremiales (citas de fuentes para posibilitar la verificación y comprobación de las afirmaciones, aparato crítico y bibliográfico para demostrar la familiaridad con el conocimiento acumulado sobre el tema, respeto a la significación temporal para evitar el anacronismo y la ucronía, etc.). Ese es el caso de uno de los últimos libros de «Historia» (?) de Simon Schama: *Dead Certainties (Unwarranted Speculations)* (Certidumbres muertas: especulaciones sin garantía).

El historiador Simon Schama (Londres, 1945) es un magistral exponente de la mejor historiografía británica y anglófona. Cursó estudios en Cambridge, fue docente en esa Universidad y en la de Oxford, y actualmente es catedrático de la Universidad de Harvard. Tiene en su rico haber obras de formato y contenido perfectamente académicos y clásicos, en los que siempre hubo buena narrativa: un aclamado estudio sobre la formación de la Holanda contemporánea *(Patriots and Liberators: Revolution in the Netherlands, 1780-1813,* publicado en 1977); un relato sobre la contribución de Edmund y James de Rothschild a la creación de la comunidad judía en Palestina *(Two Rothschilds and the Land of Israel,* 1978); una panorámica «puntillista» de la sociedad holandesa en el siglo XVII *(The Embarrasment of Riches: An Interpretation of Dutch Culture in the Golden Age,* 1987); y un celebrado y popular retrato de varios personajes que participaron en la Revolución francesa de 1789 *(Citizens: A Chronicle of the French Revolution,* 1989).

Sin embargo, *Dead Certainties* (1991) ya no pertenece a esa misma categoría de obras históricas. La primera parte, titulada

«Las muchas muertes del general Wolfe», contiene entremezclados varios relatos contradictorios sobre el final del héroe militar británico que derrotó a los franceses en Quebec en 1759. La segunda parte se titula «La muerte de un hombre de Harvard» y recoge varios testimonios, documentos y escritos sobre un caso judicial histórico: el proceso, condena y ejecución de un profesor de química de Harvard acusado del asesinato de un hacendado y prestamista en 1849. ¿Qué tiene todo ello de particular? El hecho de que la narrativa entreteje la documentación histórica y la ficción sin diferencias: Schama ha empleado conjuntamente y sin discriminar documentos de la época y relatos interpolados o inventados por completo; además ha renunciado a cualquier cita o referencia que permitiera localizar o verificar los textos utilizados; y por último hace uso de varios recursos expresivos de la técnica novelística (el monólogo interior, el deslizamiento del pensamiento de un personaje a otro, la narración en tercera persona...). En el final «abierto» de la obra, el lector prácticamente puede escoger el tipo de muerte del general Wolfe y la culpabilidad o inocencia del profesor de química, puesto que el autor renuncia a decidir tales asuntos[220].

Si la obra de Schama fuera una mera «novela histórica», no habría lugar para ella en este artículo. Y aunque Schama concede que no es «Historia» a pesar de que «a veces parece obser-

[220] Para apreciar la reacción que ha levantado el experimento lúdico-histórico de Schama, véase la reseña crítica de Gordon S. Wood, «Novel History», *The New York Review of Books,* 27 junio 1991, pp. 12-16. En el mismo sentido, G. Himmelfarb, «Telling it as you like it. Post-Modernist history and the flight from fact», *The Times Literary Supplement,* 16 octubre 1992, pp. 12-15. Ya en el prefacio y partes de *Citizens,* Schama exteriorizaba sus dudas sobre las convenciones tradicionales historiográficas. Cfr. la traducción española: *Ciudadanos,* Madrid, J. Vergara, 1990, pp. 15-22 y 28.

var las convenciones discursivas de la historia», sigue en pie el problema de su relación con la disciplina. De hecho, *Dead Certainties,* por la calidad de su autor y por la entidad de los temas que remueve en su contenido (multiplicidad de puntos de vista igualmente legítimos ante un suceso histórico e incertidumbre radical de la «verdad»), ejemplifica perfectamente el riesgo letal que tiene para la Historia profesional el discurso historiográfico postmodernista. Es un magnífico ejercicio de belleza narrativa, poder de evocación y entretenimiento estético y literario. ¿Pero cabe considerarla como un modelo orientativo para la práctica de la historiografía en su conjunto? ¿Acaso no hay otras actividades mucho más fructíferas y mejor preparadas para obtener esos mismos resultados triplicados? Por ejemplo, la mera novela histórica verosímil y sin pretensiones de «verdad» (como *El nombre de la rosa* de Umberto Eco), las artes pictóricas cuando son figurativas (como *El dos de mayo* de Goya), el cine (como *La caída de los dioses* de Luchino Visconti), el «documental dramatizado» televisivo y la propia melodía musical (como la marcha *Pompa y circunstancia* de Edward Elgar). Y puesto que ello es así y no hay modo de competir ¿no significaría ese modelo orientativo la muerte misma, la desaparición final, de la disciplina histórica tal y como está constituida desde su cristalización a principios del siglo XIX?

Porque lo cierto es que la Historia profesional, por mucho que mejorase su narratividad y finura de estilo e incorporase fotos y dibujos en sus productos, seguiría estando en franca desventaja frente a la literatura, la pintura y el cine para evocar sugestivas situaciones pretéritas, generar placer estético y hacer «revivir» el pasado cotidiano e intimista en su potente inmediatez. Sobre todo si pretendiera seguir hablando de hechos y personas «verdaderas», que no fueran meros entes de ficción arbi-

traria, ateniéndose a lo comprobable y verificable con pruebas y que fuera coherente con otros relatos y el conocimiento acumulado sobre el asunto. Unos breves ejemplos: ¿Qué obra histórica sobre la Restauración postnapoleónica de 1815 podría reactualizar el ambiente de la época mejor que las peripecias vitales de Julián Sorel en la obra *Rojo y Negro* de Stendhal? ¿Podría haber algún historiador que se atreviera a hacer una biografía de algún personaje renacentista italiano que emulara la vivacidad y penetración del duque de *Bomarzo* inventado por Manuel Mújica Laínez? ¿No sería un insensato el historiador que quisiera reflejar la vida cotidiana en el Oviedo de la Restauración decimonónica con la intención de superar el friso que trazó Leopoldo Alas «Clarín» en *La Regenta?* ¿Sería concebible un relato historiográfico que nos presentara al obispo ovetense Martínez Vigil con la misma intensidad e introspección con la que «Clarín» nos descubre al Magistral de Vetusta, un ente de ficción cuya figura para nada exige pruebas verificables? Al respecto, no está de más recordar que ya Luciano de Samosata había apreciado en el siglo II la diferencia esencial entre la literatura histórica y la literatura ficticia:

La Historia, en cambio, si admite alguna adulación de este tipo, ¿en qué otra cosa se convierte sino en una especie de poesía pedestre, privada del lenguaje elevado de ésta, pero mostrando el resto de su hechizo carente de ritmo y por eso mismo mucho más llamativa? [...] Pues bien, la Historia si va además acompañada del deleite, puede arrastrar consigo a muchos amantes pero se preocupará poco de la belleza hasta que vea realizado su propio cometido —me refiero a la publicación de la verdad [221].

[221] Luciano, «Cómo debe escribirse la Historia», *Obras,* vol. 3, Madrid, Gredos, 1990. Traducción y notas de J. Zaragoza Botella, p. 378-379.

III. ÚLTIMAS REFLEXIONES RACIONALISTAS SOBRE UNA DISCIPLINA CENTENARIA CON PLENA VIGENCIA E INELUDIBLE FUTURO

El desatino imposible que plantea el proyecto historiográfico postmoderno es la razón principal de la alarma sembrada en el gremio profesional y de las fuertes críticas vertidas contra sus cultivadores y proponentes[222]. No cabe olvidar que la propuesta postmoderna, en su formato lógico de *reductio ad extremum,* significaría renegar y disolver la disciplina histórica cristalizada con Niebuhr y Ranke como tradición gremial necesaria para la existencia de la sociedad y la cultura humana en nuestro grado de civilización y desarrollo intelectual. Y esa perspectiva parece aterradora por más de un concepto y potencial consecuencia. Ante todo y sobre todo, porque el abandono del cultivo de la Historia crítico-racionalista, verificable e inmanentista (consustancial al principio de realidad exterior objetivada y metalingüística) dejaría el campo libre para que otros cuarteles (científicos, políticos, religiosos o mitológicos) ofrecieran los necesarios sucedáneos de conciencia histórica destinados a

---

[222] John Searle, «The Storm over the University», *New York Review of Books,* 6 diciembre 1990, pp. 34-42. G. Himmelfarb, «Telling it as you like». Lawrence Stone y Gabrielle Spiegel, «History and Post-Modernism», *Past and Present,* 135, 1992, pp. 189-208. D.C. Watt, «Postmodernist History», *The Times Literary Supplement,* 30 octubre 1992, p. 15. Karin J. MacHardy, «Crisis in History, or: Hermes Unbounded», y Irmline Veit-Brause, «Paradigms, Schools, Traditions. Conceptualizing shifts and changes in the history of historiography», ambos publicados en *Storia della Storiografia,* nº 17, 1990, pp. 5-27 y 50-65, respectivamente. Arthur Marwick, «Two Approaches to Historical Study: The Metaphysical (including Postmodernism) and the Historical», *Journal of Contemporary History,* vol. 30, nº 1, 1995, pp. 5-35.

mantener la cohesión y dinámica de los diversos grupos sociales y colectividades humanas. De un modo casi profético, la novela *1984* del escritor británico George Orwell recogió algunos de los graves peligros sociales implícitos en esa pretendida eliminación de la Historia crítica (pero no escéptica), racionalista (pero no dogmática) y fundamentada en pruebas objetivadas y suprasubjetivas (nunca arbitrarias, intangibles o inefables). El siguiente diálogo entablado en la novela entre O'Brien, policía y torturador al servicio del estado totalitario, y Winston, funcionario que ha descubierto un documento demostrativo de la falsedad de la historia oficial (una sencilla fotografía no manipulada), es suficientemente revelador de esos peligros letales y de la esencial impostura pseudo-progresista del relativismo epistémico postmodernista:

O'Brien sonrió débilmente:
— No eres metafísico, Winston. Hasta este momento nunca habías pensado en lo que se conoce por existencia. Te lo explicaré con más precisión. *¿Existe el pasado concretamente, en el espacio? ¿Hay algún sitio en alguna parte, hay un mundo de objetos sólidos donde el pasado siga acaeciendo?*
— No.
— Entonces, *¿dónde existe el pasado?*
— *En los documentos. Está escrito.*
— En los documentos... Y, ¿dónde más?
— *En la mente. En la memoria de los hombres.*
— En la memoria. Muy bien. Pues nosotros, el Partido, controlamos todos los documentos y controlamos todas las memorias. De manera que controlamos el pasado, ¿no es así?
— Pero, ¿cómo van ustedes a evitar que la gente recuerde lo que ha pasado? —exclamó Winston olvidando de nuevo el martirizador eléctrico—. Es un acto involuntario. No puede uno evitarlo. ¿Cómo vais a controlar la memoria? ¡La mía no la habéis controlado!

O'Brien volvió a ponerse serio. Tocó la palanca con la mano.
— Al contrario —dijo por fin—, eres tú el que no la ha controlado y por eso estás aquí. Te han traído porque te ha faltado humildad y autodisciplina. No has querido realizar el acto de sumisión que es el precio de la cordura. Has preferido ser un loco, una minoría de uno solo. Convéncete, Winston; solamente el espíritu disciplinado puede ver la realidad. *Crees que la realidad es algo objetivo, externo, que existe por derecho propio. Crees también que la naturaleza de la realidad se demuestra por sí misma.* Cuando te engañas a tí mismo pensando que ves algo, das por cierto que todos los demás están viendo lo mismo que tú. *Pero te aseguro, Winston, que la realidad no es externa. La realidad existe en la mente humana y en ningún otro sitio. No en la mente individual, que puede cometer errores y que, en todo caso, perece pronto. Sólo la mente del Partido, que es colectiva e inmortal, puede captar la realidad.* Lo que el Partido sostiene que es verdad es efectivamente verdad. Es imposible ver la realidad sino a través de los ojos del Partido. Este es el hecho que tienes que volver a aprender, Winston[223].

A este respecto, no es gratuito que los publicistas neo-nazis que niegan la existencia del Holocausto se cubran con el ropaje del relativismo epistémico postmoderno para denigrar el relato historiográfico sobre la inmensa matanza de millones de judíos inocentes perpetrada por el Tercer Reich durante la Segunda Guerra Mundial como si ello fuera «mera opinión», «creencia subjetiva» o «dogma propagandístico» cuyo valor científico y verdadero sería equiparable al de su propia versión (de la inexistencia) del Holocausto[224]. Y al hacerlo se olvidan interesa-

---

[223] *1984,* Barcelona, Destino, 1981, pp. 262-263. La fecha original de publicación en inglés es 1949. La cursiva es nuestra.

[224] El caso público más reciente de este escepticismo histórico interesado pudiera ser el ofrecido por Pedro Varela, ex-presidente del disuelto grupo nazi CEDADE, ante el tribunal que le juzgó y condenó en Barcelona en noviembre de 1998 por delito de apología del genocidio e incitación al odio ra-

damente, al igual que O'Brien y como también bastantes de los postmodernistas menos cautos o más radicales, de que la distinción entre verdad histórica y ficción mítica no radica en su común estructura lingüística, en su compartida naturaleza de ser palabras y *flatus vocis* generados por la laringe humana. En este caso, se olvidan que detrás de las palabras de la verdad histórica se esconde un monstruoso horror que fue auténticamente *real* (corpóreo, tangible y temporal) en el pasado y es hoy documentable, testificable, verificable y comprobable porque la Historia es, en todo caso, una novela *verdadera* y no una «verdadera novela»[225]. Se olvidan también de que la investigación histórica, sobre la base de las reliquias legadas por el pasado, es capaz de reactualizar hermenéuticamente y dar a conocer un pretérito cuya no-actualidad presente en modo alguno equivale a irrealidad esencial o ficción libremente imaginada: la Roma de los Césares sigue siendo un fenómeno de entidad muy distinta y diferente al Camelot del rey Arturo y sus caballeros de la Tabla Redonda. Entre otras cosas, porque el lenguaje humano,

---

cial. Según la prensa, el acusado declaró en su defensa: «Existe una gran carga emocional propagandística de los vencedores de la II Guerra Mundial que conviene revisar de cabo a rabo, porque la historia nunca está cerrada». También añadió que su único delito había sido vender «libros que dudan de dogmas históricos» y divulgar «la buena nueva de que volvieron a casa más judíos de Auschwitz de los que se creía». *El País,* 17 de octubre de 1998; *El Periódico de Extremadura,* 17 de noviembre de 1998; *ABC,* 25 de noviembre de 1998. Sobre la impostura de la (mal) llamada «escuela histórica revisionista» véase César Vidal, *La revisión del Holocausto,* Barcelona, Anaya, 1994.

[225] Saul Friedlander (ed.), *Probing the Limits of Representation. Nazism and the «Final Solution»,* Cambridge (Mass.), Harvard University Press, 1992. Véase también la reseña de esta obra por Bryan Cheyette, «The horror and the words», *The Times Literary Supplement,* 16 octubre 1992, p. 10. Cfr. James E. Young, «Toward a Received History of the Holocaust», *History and Theory,* vol. 36, nº 4, 1997, pp. 21-43.

como conjunto de símbolos, dice relación originaria a realidades exteriores al propio lenguaje: las palabras remiten a cosas y no sólo a otros lenguajes y ni siquiera a meros «significados», «pensamientos» o «imágenes mentales». Los lenguajes articulados fonéticamente son indisociables de las acciones y operaciones prácticas de los hombres sobre el mundo exterior material circundante; y el mismo lenguaje es en parte una tecnología comunicativa adquirida en un grado determinado de la evolución del género humano: el *homo loquens,* como *homo sapiens,* es también y sobre todo un *homo faber* y por eso las palabras no se reducen a las cosas ni viceversa. Recordemos al respecto que el lenguaje brota y aparece históricamente como una de las transformaciones cruciales en el proceso evolutivo de la hominización y no es previo ni anterior a la cristalización del propio género *Homo.* Como recordaba no ha mucho tiempo un destacado biólogo, dicho proceso de adquisición del lenguaje sólo pudo ser posible gracias a la actividad operatoria, pragmática e instrumental, sobre un realidad externa, de un homínido que caminaba erecto y cuyas manos libres y con pulgar oponible se habituaron al uso de útiles con los que modificar su propio medio circundante. No en vano «la mano fue el filo de la mente»:

El homínido logró transformar, por el fuego, el alimento propio de otras especies en alimento adecuado a él. [...] la actividad culinaria proporcionó a los homínidos una conciencia de agente (les llevó, ante todo, a diferenciar a ellos mismos de su obra) que les permitió relacionar, en las primeras oraciones, voces «sustantivas» [gritos con un contenido semántico de sujeto, por ejemplo, león] y voces «verbales» [gritos que sugerían una acción, por ejemplo, huir, atacar]; en una palabra, la actividad culinaria llevó a hablar al homínido, esto es, a percibir en la realidad para comunicar a otros, no seres aislados, ni acciones aisladas, sino el proceso, la relación misma, entre seres (inicialmente, ellos mismos) y acciones (inicialmente el alimento en pro-

ceso de cambio). En definitiva, la palabra, desde que surgió, ha permitido al hombre (definido precisamente por la facultad de hablar) someter a experiencia comunicable —enunciar, comprender— aspectos cada vez más numerosos y más complejos del proceso coherente de toda la naturaleza. [...] la palabra es simplemente el modo de comunicación propio del hombre, del animal capaz de transformar la naturaleza en su provecho, ya que la actividad que inicia con plenitud ese nuevo modo de acción (la primera actividad artificial) fue la adecuación, mediante el fuego, de alimentos recolectados en su estado natural. [...] la palabra constituye la facultad que ha permitido el incesante desarrollo de la acción transformadora del hombre sobre la naturaleza y, ante todo, su hegemonía sobre los demás animales que le emancipó de la evolución conjunta de las especies y lo elevó a evolucionar en términos de los demás hombres, de la sociedad[226].

Afortunadamente, al igual que en el plano intelectual general está cobrando vigor y extensión una reacción contra los despropósitos postmodernos (como demuestran las recientes críticas de Alan Sokal y Jean Bricmont a las imposturas de algunos autores consagrados del movimiento), también en el plano historiográfico ha surgido una reacción contra el sinsentido postmoderno y los peligros de «la Historia en migajas» a medida que se comprueban fehacientemente los efectos prácticos y pragmáticos de ambas corrientes supuestamente vanguardistas e innovadoras. Y contra ellas parece ir restableciéndose un consenso gremial sobre los fundamentos axiológicos básicos y la funcionalidad científica y humanística de las disciplinas his-

[226] Faustino Cordón, *Cocinar hizo al hombre,* Barcelona, Tusquets, 1980, pp. 92 y 101-103. La expresión «la mano fue el filo de la mente» procede del matemático Jacob Bronowski, *The Ascent of Man,* Boston, Little, Brown and Co., 1973. Citado en Robert Lockwood, *El diseño de la noticia,* Barcelona, Ediciones B, 1992, p. 3.

tóricas, en su múltiple y heterogénea variedad temática y metodológica[227]. Poco antes de su fallecimiento, un maestro de historiadores como era el clasicista italiano Arnaldo Momigliano escribía al respecto:

Produce casi vergüenza decir que toda afirmación de un historiador ha de ser corroborada por unas pruebas, que, de acuerdo con los criterios comunes del pensamiento humano, sirvan para probar lo real de esa afirmación. [...] Naturalmente nada tengo que objetar, en principio, a la actual proliferación de métodos de análisis retórico de los textos históricos. Puede llevarse a cabo cualquier análisis retórico que se considere necesario, siempre que éste conduzca a comprobar la verdad o a admitir que, en algunos casos, la verdad está fuera de nuestro alcance. Pero de una vez por todas debe quedar claro que Los Jueces y Los Hechos de los Apóstoles, Heródoto y Tácito son testimonios históricos que deben ser analizados con el fin de recuperar la verdad del pasado. De ello se desprende la interesante conclusión de que en historiografía la noción de falso adquiere un significado distinto del que tiene en otras ramas de la literatura o del arte[228].

---

[227] Véanse al respecto los artículos de Santos Juliá («¿La Historia en crisis?»), Roger Chartier («Narración y verdad»), Gabrielle M. Spiegel («Huellas de significado») y Lawrence Stone, («Una doble función») en *El País* (suplemento temático dedicado a la Historia), 29 de julio de 1993. Cfr. Georg G. Iggers, *La ciencia histórica en el siglo XX. Las tendencias actuales,* pp. 96 y ss; y Hermman von der Dunk, «Narrativity and the Reality of the Past», *Storia della Storiografia,* nº 24, 1993, pp. 23-44. En el plano general véase A. Sokal y J. Bricmont, *Imposturas intelectuales,* Barcelona, Paidós, 1999; y David Alvargonzález («Del relativismo cultural y otros relativismos») y Fernando Peregrín («Y la parodia se hizo libro»), ambos en *El Escéptico. Revista para el fomento de la razón y la ciencia* (Barcelona), nº 3, 1999, pp. 8-13 y 61-63.

[228] A. Momigliano, «Estudios bíblicos y estudios clásicos. Simples reflexiones sobre el método histórico», en su obra *Páginas hebraicas,* Madrid, Mondadori, 1990, pp. 39-46 (la cita en p. 43).

En el ámbito español, análoga llamada de atención y juiciosa advertencia ha sido formulada recientemente por Elena Hernández Sandoica en su repaso del devenir de la historiografía contemporaneísta española en los últimos decenios:

Lo más preocupante no llega a ser, con todo, el hecho de que el balance del descubrimiento, hace pocos años, de la fragmentación —por otra parte, un despiece o una refracción, inevitablemente fomentados por las propias trayectorias de la especialización— haya sido encauzado hacia un conjunto heterogéneo de discusiones académicas, mejor o peor fundamentadas, en torno a la denominada «nueva Historia», sin llegar a aclararse mucho la situación. Lo peor, creo yo, es que, rizando el rizo de las novedades, se halla una percepción insuficiente entre nosotros de la naturaleza filosófica de las dificultades, una incorrecta apreciación, muchas veces, del escepticismo cognitivo que se columpia en la denominada «postmodernidad». Lo cual conduce a muchos de nosotros a más de una valoración equivocada, precipitada acaso, a propósito de un asunto central en la tarea historiográfica, consustancial a su naturaleza hermenéutica y al carácter retórico de la interpretación, condensada en el relato[229].

Otro síntoma de ese restablecimiento del consenso básico en el gremio podrían ser las reiteradas llamadas a combatir la hiperespecialización minifundista y atomizada y las advertencias contra el abandono de la tarea de divulgación de una conciencia histórica crítica y racionalista. Al respecto, basta comprobar el parecido que muestran las propuestas de formulación de un «ideal regulativo» que oriente las interpretaciones generales de los procesos históricos y sirva como referente para los esfuerzos de elaboración de las síntesis históricas ge-

---

[229] E. Hernández Sandoica, «La Historia contemporánea en España: tendencias recientes», *Hispania,* nº 198, 1998, pp. 65-95 (cita en p. 84).

nerales exigidas por los hombres y las sociedades de nuestro tiempo.

Así, por ejemplo, el proyecto de «Historia de la sociedad» defendido por el historiador alemán Hans-Ulrich Wehler concibe ésta como constituida por tres esferas discernibles de actividad humana, «la dominación, el trabajo y la cultura», entre las cuales se establecen relaciones causales, inmanentes y significativas cuyo perfil y morfología exactas deben ser estudiadas por la investigación histórica. Por su parte, el antropólogo británico Ernest Gellner también contemplaba «la estructura de la Historia humana» bajo el prisma de tres actividades básicas e interconexas de los hombres en comunidad: «producción, coerción y conocimiento» (o, como reza el literario título de su libro: «el arado, la espada y el libro»). En otro plano más docente, la comisión de historiadores británicos encargada de la reforma de la enseñanza obligatoria de Historia ha propuesto como modelo de análisis orientativo lo que denomina «la fórmula PESC» para el estudio de la Historia: Política, Economía, Sociedad y Cultura. Dentro del ámbito historiográfico español, el medievalista Julio Valdeón es responsable de una fórmula interpretativa muy similar y análoga:

> ¿Cómo ordenar ese material informe (propio de la Historia de las sociedades humanas)? Nuestra respuesta es clara a este respecto: se distinguen tres niveles básicos en los que se puede sintetizar las actividades, teóricas y prácticas, de los humanos: la base material o estructura económico-social, la organización jurídico-política y el campo de las ideas en su sentido más amplio[230].

---

[230] Julio Valdeón Baruque, *En defensa de la Historia,* Valladolid, Ámbito, 1988, p. 31. H. U. Wehler, «What is the History of Society?», *Storia della Storiografia,* nº 18, 1990, pp. 5-19; E. Gellner, *El arado, la espada y el libro. La es-*

Por nuestra parte, siguiendo esas mismas directrices genéricas, asumimos la necesidad de considerar la Historia (en su sentido de *Res Gestae)* como el proceso evolutivo de las formas de sociedad humanas desarrollado sobre el espacio geográfico y a lo largo del tiempo secuencial. Esas sociedades humanas cabe entenderlas como *sistemas dinámicos y complejos* cuyos componentes básicos son individuos operativos que mantienen entre sí relaciones e interacciones de naturaleza social y suprasubjetiva (incluyendo la constitución de grupos o clases de individuos de orden diverso que se estructuran a su vez como partes activas del sistema complejo). Estas relaciones entre individuos y grupos humanos pueden ser básicamente de cuatro órdenes diferentes pero conexos (distinguibles pero indisociables): biológicas (relaciones de filiación y parentesco entre individuos y grupos de individuos), económicas (relaciones de producción material), políticas (relaciones de coordinación, dominación y de poder) y culturales (relaciones de comunicación). La peculiar *estructura* de una sociedad humana determinada dependerá de la configuración de las múltiples relaciones que efectivamente se materialicen en su seno y del carácter de los grupos y clases configurados en el mismo sistema social. Aparte de su propia estructura, dicha sociedad está caracterizada también por un determinado *entorno* definido por el medio natural geográfico y el medio social (otras sociedades diferentes) que interactúan con ella misma de modo constante y permanente a través de distintos mecanismos y vías: los recur-

---

tructura de la historia humana, México, FCE, 1992 (edición original inglesa, 1991); «Final Report by the History Working Group», en *History for Ages 5 to 16. Proposals of the Secretary of State,* Londres, Department of Education and Science, 1990, pp. 16 y 32.Véase al respecto las oportunas reflexiones de Julio Aróstegui, *La investigación histórica: teoría y método,* cap. 4, «Sociedad y tiempo. La teoría de la historia».

sos naturales disponibles o ausentes, la influencia del tipo de clima sobre las actividades productivas, el intercambio comercial y mercantil con otras sociedades, la relación diplomática interestatal, el enfrentamiento bélico, la comunicación e interpenetración cultural, etc.

En todos esos casos de sistemas sociales históricos, postulamos la necesidad de concebir esas cuatro dimensiones básicas de la actividad de los hombres como esferas diferentes pero conexas y mutuamente influyentes e interdependientes, nunca como ámbitos atomizados que tuvieran su propia lógica interna y autónoma de evolución y transformación. Además, asumimos igualmente que dicha percepción del ámbito histórico como potencial sistema global de conexiones internas no conlleva la idea teleológica de una finalidad del proceso evolutivo ni presupone un sentido previo y predecible del propio devenir de la(s) historia(s) humana(s). Nuevamente en palabras de Julio Valdeón: «Entre estos niveles la comunicación es constante y la relación dialéctica. Entre ellos existe una evidente articulación»[231]. De este modo, la refutación de la idea de una Historia «en migajas» y desmenuzada posibilitaría que la enseñanza e investigación históricas siguieran cumpliendo su necesaria labor de pedagogía, ilustración y filtro crítico y catártico para la edificación y supervivencia de la conciencia histórica y racionalista de los individuos y sociedades de nuestra época actual. A este respecto, y para poner punto final a esta obra, resulta conveniente reproducir las oportunas y certeras palabras de un maestro recientemente fallecido como fue James Joll:

Los historiadores profesionales no deben tratar de escapar a su responsabilidad de formar la conciencia histórica de un público amplio

[231] J. Valdeón, *op. cit.,* p. 34.

> y sería muy lamentable que abandonaran esa labor por completo a los productores de televisión. [...] tanto si estamos escribiendo Historia nacional, microhistoria, Historia de los negros, de las mujeres u otra, debemos escribir Historia de tal modo que alguien más que nuestros propios competidores profesionales puedan querer leerla[232].

En otras palabras: la mansión de Clío tiene todavía bastantes estancias como para acomodar holgadamente el pluralismo temático y metodológico vigente en todas sus disciplinas constitutivas y colindantes. Eso sí y como siempre, algunas historias seguirán siendo mejores que otras.

---

[232] J. Joll, *National Histories and National Historians: Some German and English Views of the Past,* Londres, German Historical Institute, 1985, p. 23. Algo similar ha dicho Santos Juliá: «Si pretendemos que la historia sea parte de la cultura de una sociedad, es preciso ante todo que el producto de nuestro trabajo llege a la sociedad y no hay otro modo [...] de llegar a la sociedad más que a través del mercado. Si queremos subsistir fuera del círculo de especialistas, nuestro producto debe competir con éxito en (el) mercado». «El historiador escéptico», en F. García de Cortázar y otros, *Debates para una historia viva,* Bilbao, Universidad de Deusto, 1990, pp. 25-29 (cita en p. 29).

8. RECAPITULACIÓN FINAL: LA HISTORIA COMO CIENCIA HUMANA RACIONAL-CONSTRUCTIVISTA

Ni un individuo, ni un pueblo,
viven sin su historia
o una leyenda
de lo que fue en el pasado,
de lo que es en el presente y
de lo que será en el porvenir
B. CROCE

En las dos últimas décadas del recién terminado siglo XX, como resultado del vertiginoso desarrollo científico-tecnológico experimentado, uno de los debates más sobresalientes dentro de las sociedades occidentales (y aun quizá de las mundiales) concierne al papel cultural que cabe atribuir a las Humanidades en el conjunto del saber y del pensamiento actual. En gran medida, esa polémica genérica sobre la función de las disciplinas humanísticas se ha centrado específicamente en la discusión sobre la importancia relativa de la Historia para la definición de la identidad de los individuos y de los grupos que conforman las modernas sociedades en proceso de evolución acelerada y transformación profunda. No en vano, la Historia (en su doble sentido de proceso acaecido en el pasado, *res gestae,* y de reflexión posterior sobre dicho proceso pretérito, *historiam rerum gestarum)* constituye un requisito de la identidad de todo individuo o colectivo, cualquiera que sea su formato y sus posibles predicados. El filósofo italiano Benedetto Croce ya había apuntado certeramente este aspecto crucial en su referencia al prolongado debate de finales del siglo XIX y principios del siglo XX sobre la (in-)existencia de «caracteres nacionales» privativos y específicos de cada pueblo europeo: «¿Qué es el carácter

de un pueblo? Su historia, toda su historia y nada más que su historia»[1].

Los recientes e inconclusos debates suscitados en España sobre la enseñanza de la historia «española» en el bachillerato podrían considerarse un caso particular, quizá incluso una de las últimas versiones locales, de ese fenómeno cultural de alcance verdaderamente universal. De hecho, al margen de las pasiones y razones movilizadas, esos vivos debates sirvieron para remover asuntos candentes y latentes sobre el perfil de la «identidad» (o «identidades») colectiva y de la «memoria» (o «memorias») histórica de ese heterogéneo grupo humano que convive en un espacio geográfico peninsular muy preciso bajo la cambiante estructura política y sociocultural definida con el nombre propio de «España» (como vocablo veterano derivado del viejo término latino «Hispania» denotativo de la Península Ibérica). Así se explican las diversas tentativas contendientes para conceptualizar lo que sea «España», su proceso de formación histórica como entidad fenoménica unitaria (cualquiera que sea el formato de esa «unidad»: geográfica, estatal, religiosa, imperial o nacional) y su relación con otras entidades de rango y condición igual, menor o distinto como puedan ser «Cataluña», «Euzkadi», «Galicia», «Asturias» o «Castilla». Como mínimo, cabría concluir que esos vivos debates han tenido la virtud de cuestionar en público los «mitos de origen» y las «señas de identidad» sobre los que se fundan (o pretenden fundarse) las legitimidades de los proyectos nacionales vigentes y en competencia por la exclusiva lealtad de sus poblaciones correspondientes. Aunque sólo sea por haber demostrado la absurda inanidad de la búsqueda de «identi-

[1] Benedetto Croce, *Teoría e historia de la historiografía*, Buenos Aires, Editorial Escuela, 1955.

dades» nacionales perfectamente compactas y homogéneas, a modo de sustancias megáricas metafísicas, de mónadas autónomas e incomunicadas, carentes de toda fractura interna, blindadas en el tiempo y en el espacio, como esencias inmaculadas de naturaleza eterna, fija e inamovible, siempre iguales a sí mismas y furibundamente reacias a toda posibilidad de cambio, de contacto, de mezcla o de confusión con otras esencias coetáneas igualmente absolutas y eternamente presentes[2].

Por supuesto, los recientes casos polémicos españoles no han sido los únicos demostrativos de esa persistencia de la Historia como tema de debate y confrontación recurrente en el seno de las sociedades actuales. Basta un mero repaso por encima de las noticias de prensa o de la bibliografía especializada para observar el mismo o análogo fenómeno en otras partes muy distantes y distintas del mundo. Por ejemplo y sin ir muy lejos, en la vecina República Francesa (a propósito del régimen colaboracionista pronazi de Vichy o del papel y necesidad del

---

[2] Sobre el debate de las humanidades en España véanse las contribuciones recogidas en José María Ortiz de Orruño (ed.), *Historia y sistema educativo*, Madrid, Marcial Pons, 1998. Al respecto, en el espinoso debate sobre la entidad histórica de «España» y los sentidos de la idea de «identidad» y «unidad», consideramos imprescindible atender a las reflexiones conceptuales planteadas por el profesor Gustavo Bueno en su obra *España frente a Europa*, Barcelona, Alba, 1999. De igual modo, procede atender a las reflexiones, no siempre concordantes, de José Álvarez Junco, *Mater Dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*, Madrid, Taurus, 2001; Juan Pablo Fusi, *España. La evolución de la identidad nacional*, Madrid, Temas de Hoy, 2000; Juan Sisinio Pérez Garzón, «Los mitos fundacionales y el tiempo de la unidad imaginada del nacionalismo español», *Historia social*, nº 40, 2001, pp. 7-27; y Borja de Riquer i Permanyer, «La débil nacionalización española del siglo XIX», en su obra *Escolta Espanya*, Madrid, Marcial Pons, 2001, cap. 1.

terror jacobino en la Revolución iniciada en 1789) [3]; en el mucho más alejado Japón (por el reconocimiento de sus crímenes de guerra entre 1942 y 1945 y por la presunta responsabilidad del emperador Hirohito en esa tragedia y en el conjunto de la política imperialista nipona a partir de 1931 y la invasión de la Manchuria china) [4]; en la Alemania previa y posterior a la reunificación de 1990 (en torno sobre todo a la responsabilidad institucional y social por el ascenso al poder del nazismo y por la planificación y ejecución del Holocausto judío entre 1939 y 1945) [5]; en los Estados Unidos de América (básicamente a raíz de las propuestas «multiculturalistas» impulsadas por «afroamericanos», feministas e indigenistas) [6]; en México (acerca del carácter supuestamente «genocida» de la ya lejana

---

[3] Robert O. Paxton, *Vichy France. Old Guard and New Order, 1940-1944*, Londres, Barrie & Jenkins, 1972. Henri Rousso, *Le syndrome de Vichy, 1944-1980*, París, Seuil, 1987.

[4] David Bergamini, *Japan's Imperial Conspiracy. How Emperor Hirohito led Japan into War with the West*, Nueva York, William Morrow, 1971. Herbert P. Bix, *Hirohito and the Making of Modern Japan*, Nueva York, Harper Collins, 2000. Fernando Delage, «Hirohito, MacArthur y la amnesia japonesa», *Revista de Libros*, nº 54, 2001, pp. 9-11. Bosco Esteruelas, «Koizumi revive el fantasma del imperialismo japonés», *El País*, 14 de agosto de 2001.

[5] Richard J. Evans, *In Hitler's Shadow*, Londres, I.B. Tauris, 1989. Charles S. Maier, *The Unmasterable Past. History, Holocaust, and German National Identity*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1997. Robert R. Shandley (ed.), *Unwilling Germans? The Goldhagen Debate*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1998.

[6] Arnaldo Testi, «Il Passato in pubblico: un dibattito sull'insegnamento della storia nazionale negli stati uniti», *Cromohs* (Florencia), nº 3, 1998, pp. 1-39. Dirección electrónica de la revista: http://www.unifi.it/riviste/cromohs. Gary B. Nash, Charlotte Crabtree y Ross E. Dunn, *History on Trial : Culture Wars and the Teaching of the Past*, Nueva York, Alfred K. Knopf, 1996. J. Bodnar, *Remaking America. Public memory, Commemoration and Patriotism in the Twentieth Century*, Princeton, Princeton University Press, 1992.

conquista española a partir de 1492 o de la responsabilidad gubernamental por la más reciente matanza de la plaza de Tlatelolco en 1968) [7]; o incluso en la propia Ciudad del Vaticano (con motivo de la petición de perdón del pontífice Juan Pablo II por la condena inquisitorial de Galileo Galilei o a raíz del reconocimiento de la «tibieza» y «pasividad» de uno de sus antecesores, el papa Pío XII, ante el genocidio de los judíos durante la Segunda Guerra Mundial) [8].

La notoria amplitud geográfica y amplia diversidad temática de esos procesos de polémica reflexión general sobre el pasado histórico de los distintos estados y sociedades obliga a pensar que se trata de movimientos análogos de razones semejantes o, cuando menos, muy similares [9]. Quizá podría apuntar-

---

[7] «Horror en México, 1968. Tlatelolco», *La Aventura de la Historia* (Madrid), nº 40, 2002, pp. 22-23. «Fox promete abrir los archivos de la matanza de Tlatelolco», *El País*, 3 de octubre de 2000. Enrique Krauze, «México: el fundamentalismo indigenista», *El País*, 7 de marzo de 1998. José Miguel Oviedo, «La conquista, 500 años después», *El País*, 13 de octubre de 1992. Manuel Moreno Fraginals, «El genocidio de las verdades», *El País*, 29 de enero de 1998. Cfr. Juan José Sebreli, *El asedio a la modernidad. Crítica del relativismo cultural*, Barcelona, Ariel, 1992, caps. 9 y 10.

[8] Saul Friedländer, *Pius XII and the Third Reich: A Documentation*, Nueva York, Alfred K. Knopf, 1966. John Cornwell, *Hitler's Pope. The Secret History of Pius XII*, Nueva York, 1999. Daniel J. Goldhagen, *La Iglesia católica y el Holocausto. Una deuda pendiente*, Madrid, Taurus, 2002. Renato Moro, *La Iglesia y el exterminio de los judíos*, Bilbao, Desclée de Brouwer, 2004. Documento emitido por la Santa Sede sobre la responsabilidad católica en la persecución antisemita a través de la historia, publicado en el diario madrileño *El País* el domingo, 22 de marzo de 1998. Cfr. Dan Cohn-Sherbok, *The Crucified Jew. Twenty Centuries of Christian Anti-Semitism*, Londres, Harper Collins, 1992.

[9] Un reciente y muy solvente repaso a estos temas se halla en el libro de Alexandra Barahona, Paloma Aguilar y Carmen González (eds.), *Las políticas hacia el pasado*, Madrid, Istmo, 2002.

se que se trata de un reflejo manifiesto del creciente abandono del futuro como horizonte previsible y deseable en favor de una mirada hacia un pasado más reconfortante y mucho más controlable. No en vano, todo parece indicar que los individuos y las sociedades contemporáneas, ante la sensación de angustia generada por un futuro incierto e irremisiblemente «globalizado», quieren retornar la vista hacia las supuestas certidumbres derivadas de un pasado mítico y definitivamente estable [10]. Esa podría ser una de las razones de la notable «historización» experimentada en ámbitos tan diferentes y alejados del mundo como los previamente señalados. Pero, en todo caso, no puede ser la única razón del renovado interés por la Historia o por sus sucedáneos míticos y legendarios, como intentaremos demostrar y comprobar a continuación.

Partiremos del principio evidente de que todas las sociedades humanas, en la medida en que están constituidas por agrupaciones de hombres y mujeres de diversas edades y variadas experiencias vitales, tienen un pasado colectivo que se distingue necesariamente del pasado biográfico individual de cada uno de sus miembros. No en vano, en cualquier sociedad, el nieto que convive con su abuelo sabe que éste fue nieto a su vez en un momento anterior y recibe a su través el bagaje de ideas, saberes, valores, imágenes y ceremonias legadas por ese pasado que él no experimentó en primera persona. El conocimiento, recuerdo y valoración de ese pasado colectivo y comunitario,

---

[10] Esta es la línea argumental prioritaria de Frank Füredi, *Mythical Past, Elusive Future. History and Society in an Anxious Age*, Londres, Pluto Press, 1992. También puede observarse en las diversas contribuciones a la obra colectiva dirigida por François Hartog y Jacques Revel, *Les usages politiques du passé*, París, École des Hautes Études en Sciences Sociales, 2001. Cfr. Pedro Ruiz Torres, «La historia en nuestro paradójico tiempo presente», *Pasajes* (Valencia), nº 9, 2002, pp. 17-29.

de esa duración como grupo determinado en el tiempo y sobre el espacio, constituye la conciencia histórica de las distintas sociedades humanas. Sencillamente, como ya señaló Benedetto Croce en su obra canónica *La Storia como pensiero e come azione* (1938), por la siguiente razón: «Nosotros somos producto del pasado y vivimos inmersos en el pasado, que nos apremia en todo y siempre» [11]. Esa ineludible conciencia histórica, esos contenidos de «memorias» compartidas sobre el pasado colectivo, son así un componente decisivo del presente de cualquier sociedad humana mínimamente desarrollada, de su sentido de la propia identidad, de su dinámica social, de sus instituciones y tradiciones y de sus relaciones con el medio físico y otros grupos humanos circundantes [12].

---

[11] Reproducido en Francisco Piñón Gaytán, «Historia y filosofía en Benedetto Croce», *Signos filosóficos* (México), nº 7, 2002, pp. 11-23 (cita en p. 17).

[12] Como habrá podido apreciarse, preferimos el concepto «conciencia histórica» al más extendido uso del concepto «memoria colectiva» por razones certeramente apuntadas por Tzvetan Todorov: «semejante apelativo, como ha advertido a menudo Alfred Grosser, es desconcertante: la memoria, en el sentido de huellas mnésicas, es siempre y sólo individual; la memoria colectiva no es una memoria sino un discurso que se mueve en el espacio público». T. Todorov, *Memoria del mal, tentación del bien. Indagación sobre el siglo XX*, Barcelona, Península, 2002, p. 159. En el mismo sentido ha escrito Gustavo Bueno: «La Historia, sencillamente, no es memoria, ni se constituye por la memoria. Es esta una metáfora muy vieja, sin duda, canonizada por el canciller Bacon de Verulamio, cuando clasificó a las ciencias en función de las «facultades intelectuales» que él consideró esenciales: *Memoria, Imaginación, Razón*. Así, la Historia sería el producto de la Memoria; la Poesía, de la Imaginación y la Filosofía, junto a las Matemáticas, de la Razón. (…) Pero la Historia, en lo que tiene de ciencia, no es efecto de la memoria (…). La memoria (y el recuerdo, como la amnesia) tiene como referencia y soporte al cerebro humano (singular) de cada hombre. (…) Nadie puede tener memoria, por lo tanto, de algo que anteceda a su vida propia. Y por ello la Historia no se reduce a la memoria». G. Bueno, «Sobre el concepto de «memoria histórica común»», *El Catoblepas* (Oviedo), nº 11, 2003 (*www.nodulo.org/ec*). Tam-

Dicho en otras palabras: pensar históricamente (cualquiera que sea el contenido y formato de ese pensamiento sobre el tiempo pretérito) es una de las facultades inherentes a las sociedades humanas por su misma condición de grupos finitos de individuos heterogéneos, con hábitos de existencia necesariamente gregarios y con capacidades racionales y comunicativas. El filósofo José Ortega y Gasset recogió hace ya tiempo este aspecto crucial de la vida humana en palabras certeras:

> Pero la experiencia de la vida no se compone sólo de las experiencias que yo personalmente he hecho, de mi pasado. Va integrada también por el pasado de los antepasados que la sociedad en que vivo me transmite. La sociedad consiste primariamente en un repertorio de usos intelectuales, morales, políticos, técnicos, de juego y de placer. Ahora bien: para que una forma de vida —una opinión, una conducta— se convierta en uso, en vigencia social, es preciso «que pase tiempo» y con ello que deje de ser una forma espontánea de la vida personal. El uso *tarda* en formarse. Todo uso es viejo. O, lo que es igual, la sociedad es, primariamente, pasado, y relativamente al hombre, tardígrada[13].

La posibilidad de desconocer u olvidar totalmente ese pasado comunitario es una grave falta para cualquier miembro individual del grupo humano y constituye un claro riesgo para el propio equilibrio dinámico de la colectividad social y su capacidad de preservación y continuidad. El político y escritor Marco Tulio Cicerón, ya en el siglo I de nuestra era, advirtió a sus compatriotas romanos al respecto con palabras muy certe-

---

bién sobre las dificultades del concepto de «memoria histórica» véase Elisazeth Jelin, *Los trabajos de la memoria*, Madrid, Siglo XXI, 2002.

[13] José Ortega y Gasset, *Historia como sistema y otros ensayos de filosofía*, Madrid, Alianza, 1981, p. 44. La obra fue escrita originalmente en 1935.

ras: «Desconocer qué es lo que ha ocurrido antes de nuestro nacimiento es ser siempre un niño. ¿Qué es, en efecto, la vida de un hombre, si no se une a la vida de sus antepasados mediante el recuerdo de los hechos antiguos?». En igual sentido, el historiador francés Pierre Vilar anotó mucho más recientemente: «Una humanidad —global o parcial— que no tuviera ninguna conciencia de su pasado sería tan anormal como un individuo amnésico» [14]. Y la misma intención admonitoria guardan las siguientes palabras del escritor venezolano Arturo Uslar Pietri:

> Vivir sin historia es lo mismo que vivir sin memoria o por lo menos reducido a una mera memoria de lo inmediato y reciente. (...) Condenar a cada generación o a cada hombre a partir de cero, a enfrentarse a la experiencia sin eco, sin contraste, sin referencia, sin resonancias, sin situación, sería reducir la experiencia humana a una mera inmediatez sin sentido. (...) Robinson (Crusoe) pudo sobrevivir en la isla porque llevaba consigo su pasado. Un Robinson desposeído del pasado y lanzado a la isla del pleno presente estaría condenado a perecer [15].

Para preservar íntegra esa conciencia histórica particular y evitar su desaparición y caída en el olvido, las sociedades humanas han generado muy distintas formas e instrumentos de

---

[14] Pierre Vilar, *Iniciación al vocabulario del análisis histórico*, Barcelona, Crítica, 1980, p. 28. M. T. Cicerón, *El orador*, Madrid, Alianza, 1991, p. 87. Traducción de E. Sánchez Salor. Al respecto, ha escrito también Todorov (*op. cit.*, p. 199): «¿Quién no ha visto nunca a una persona afectada por la enfermedad de Alzheimer ? Tras haber perdido gran parte de su memoria, ha perdido también su identidad».

[15] Arturo Uslar Pietri, «¿Qué nos importa la guerra de Troya ?», *Revista de Occidente* (Madrid), nº 87, 1970, pp. 290-298. La cita en pp. 291, 293 y 297.

recuerdo, valoración y conmemoración. Ese papel cumplen, a título de ejemplo, los relatos orales en las sociedades ágrafas que desconocen la escritura: «Nuestros padres nos los enseñaron a nosotros, como sus padres les enseñaron a ellos» (en palabras actuales de un aborigen yolngu de Australia)[16]. Esa misma función desempeñan en las sociedades civilizadas y alfabetizadas otros tantos medios de conservación y preservación de la conciencia histórica: las crónicas escritas sobre las grandes epopeyas individuales o colectivas (como la *Historia de los Godos* de San Isidoro de Sevilla); las leyendas fabulosas sobre los orígenes de instituciones fundamentales (caso de la leyenda del rey Arturo y el nacimiento de la monarquía inglesa); los complejos monumentales con gran carga de representación simbólica (como puedan ser las Pirámides de Gizeh en Egipto o el Parlamento de Westminster en Gran Bretaña); las ceremonias de recuerdo comunitario (caso del día de la Hispanidad en España o del 4 de julio en los Estados Unidos de América); los mitos de solidaridad colectiva (como el del apóstol Santiago y la reconquista cristiana en la Península Ibérica); las viejas tradiciones repetidas desde tiempo inmemorial (del

---

[16] Recogido por N. H. Williams y D. Ninunggurr, «Understanding Yolngu signs of the past», en Robert Layton (ed.), *Who Needs the Past? Indigenous Values and Archeology*, Londres, Unwin Hyman, 1989, p. 78. Y no cabe desdeñar la persistencia de esta forma de transmisión oral en sociedades actuales, como denota el siguiente ejemplo checoeslovaco: «En el verano de 1968 (tras el aplastamiento soviético de la Primavera de Praga), un periodista entrevistó a un grupo de trabajadores checos sobre sus creencias políticas. Todos habían nacido después de 1945, pero expresaron su entusiasmo por las ideas políticas de la Primera República Checa, que había terminado en 1939. Cuando el periodista les preguntó cómo sabían tanto de un período que había sido borrado de la historia oficial, se limitaron a contestar: "Tenemos padres"». Recogido en Richard Vinen, *Europa en fragmentos. Historia del viejo continente en el siglo* XX, Barcelona, Península, 2002, p. 545.

tipo de la Semana Santa en ámbitos cristianos o del Ramadán en las diversas culturas musulmanas), etc.

La inexcusable necesidad social de contar con una conciencia histórica del pasado comunitario ha dado origen a lo largo de los tiempos a formas de conocimiento muy diversas y no siempre armónicas y concordantes: mitos de creación, leyendas de origen, genealogías fabulosas, cosmogonías y doctrinas religiosas. En los dos últimos siglos, esa misma necesidad social también ha estado en la base de la tremenda expansión y popularidad que ha tenido un género literario muy peculiar y de enorme poder de sugestión y evocación: la novela histórica ambientada en otros tiempos y sociedades pretéritas (y su derivación cinematográfica: el «cine de historia»). Sin embargo, desde la Antigüedad clásica y hasta nuestros días, ha existido una disciplina narrativa encargada específicamente de conformar y transmitir el conocimiento sobre los sucesos humanos pasados de un modo racional, riguroso, secular y demostrativo: la Historia. Una disciplina llamada así desde que Heródoto de Halicarnaso, en el siglo V antes de nuestra era, intitulara con ese vocablo su famoso libro de «investigaciones», «pesquisas», «averiguaciones» y «testimonios» sobre las culturas de Asia Menor y Egipto que visitó, conoció y registró en primera persona [17].

[17] Sobre el origen de la historia véanse tres obras clásicas: François Chatelet, *El nacimiento de la historia*, Madrid, Siglo XXI, 1978, 2 vols.; Sandro Mazzarino, *Il pensiero storico clasico*, Bari, Laterza, 1966; y John Van Seters, *In Search of History. Historiography in the Ancient World*, New Haven, Yale University Press, 1983. Sendas panorámicas sobre el devenir de la historiografía se ofrecen en Charles-Olivier Carbonell (*La historiografía*, México, FCE, 1986); Emilio Mitre (*Historia y pensamiento histórico*, Madrid, Cátedra, 1997); y Enrique Moradiellos (*Las caras de Clío. Una introducción a la historia*, Madrid, Siglo XXI, 2001).

Desde los tiempos fundacionales de Heródoto, la Historia se configuró como un relato o narración sobre los sucesos humanos pretéritos contradistinto y opuesto a los relatos míticos, legendarios o religiosos. Ante todo, el novedoso relato histórico se enfrentaba a aquellos otros relatos sobre el pasado por su voluntad de búsqueda de la «verdad» de los acontecimientos humanos pretéritos en el propio orden humano, apelando a testigos directos o indirectos comprobados y cotejados, sin tomar en consideración la posibilidad de una intervención operativa sobrenatural o divina, y basándose en el principio crítico-racionalista de inmanencia causal en la explicación de los fenómenos descritos y narrados. El famoso párrafo introductorio del ateniense Tucídides a su magno relato cuasi-testimonial sobre la *Historia de la Guerra del Peloponeso* (el agotador conflicto entre Atenas y Esparta por la hegemonía en Grecia durante el siglo V a. C.) se ha considerado con razón un manifiesto canónico del nuevo tipo de género literario histórico:

> Respecto a los hechos que tuvieron lugar en la guerra, no me pareció bien escribirlos enterándome de ellos por cualquiera ni tampoco exponiendo mi propia opinión, sino que busqué en todos los casos la mayor exactitud posible, tanto en aquellos que presencié, como en aquellos que de los que supe por otros. La investigación resultaba, no obstante, laboriosa, porque los testigos presenciales de los acontecimientos daban noticias diferentes sobre unos mismos hechos, según el interés personal o la memoria que cada uno tuviera [18].

La tradición historiográfica así constituida se convirtió en un componente esencial de la cultura clásica grecorromana que cumplía una triple función cívica y formativa. Primera-

[18] *Historia de la guerra del Peloponeso*, Madrid, Akal, 1989, vol. I, 22. Traducción de Luis M. Macía Aparicio.

mente, constituía una fuente de instrucción personal: era una suerte de filosofía moral enseñada mediante ejemplos vivos. En segundo orden, contribuía a la educación de los gobernantes por su calidad de *magistra vitae* y espejo de lecciones políticas, militares y constitucionales (Polibio: «la instrucción y ejercicio más seguro en materia de gobierno es la enseñanza a partir de la Historia»). Finalmente, proporcionaba un entretenimiento intelectual para el público culto alfabetizado y servía de apoyatura para el aprendizaje de las artes retóricas y oratorias (claves para la vida política y administrativa de las culturas clásicas).

La patente omnipresencia de las religiones monoteístas y monolátricas durante los siglos de la Edad Media supuso un relativo retroceso (que no total desaparición) del cultivo de la historia secular al modo clásico grecolatino. No en vano, la cosmovisión religiosa cristiana, al subordinar el devenir de los sucesos humanos a la voluntad superior de un Dios omnisciente y omnipotente, abrió el ámbito de la historia a la intervención sobrenatural, al pleno dominio de la Divina Providencia, quebrando así el principio de inmanencia causal racionalista en el relato histórico. Así lo había dejado bien claro la propia divinidad en la Biblia, el libro revelado a los judíos y recogido y asumido por los cristianos:

Soy yo, Yavé, no es ningún otro;/ fuera de mí no hay Dios./ Yo te he ceñido, aunque no me conocías, para que sepan desde el levante del sol/ y desde el poniente/ que no hay ninguno fuera de mí./ Yo soy Yavé, no hay ningún otro ;/ el que formó la luz y creó las tinieblas,/ el que da la paz y crea la desdicha./ Yo soy Yavé, quien hace todo esto [19].

---

[19] Libro de Isaías, 45, 5-7. *Sagrada Biblia*, Madrid, B.A.C., 1972. Sobre las características de la historiografía medieval resultan inexcusables: Bernard Guenée, *Histoire et culture historique dans l'Occident médiéval*, París, Aubier-Montaigne, 1980; Christopher Holdsworth y T. P. Wiseman (eds.),

Sin embargo, a partir del siglo XIV, las transformaciones socioculturales que inauguran la Edad Moderna con el llamado Renacimiento (quiebra de la autoridad pontificia, creación de Estados soberanos, grandes descubrimientos geográficos, desarrollo mercantil y financiero, etc.) permitieron el restablecimiento de la tradición historiográfica clásica con nuevos bríos si bien bajo distinto formato. De hecho, la historiografía renacentista fue beneficiaria de un nuevo sentido de la «perspectiva» histórica (literalmente coetánea al desarrollo de la «perspectiva» pictórica) que concedía la debida atención a las circunstancias de espacio y tiempo gracias a la labor de la erudición crítica textual y documental.

La cristalización de esa nueva perspectiva histórica (ese «punto de mira» sobre el pasado conscientemente humano y limitado: no divino y omnicomprensivo) fue resultado del estudio de los textos de autores clásicos redescubiertos (en gran parte, gracias al éxodo de gramáticos bizantinos que huían de la presión turca sobre Constantinopla) y de la solución dada a los problemas planteados por su interpretación y traducción del griego y latín a las modernas lenguas vernáculas. El humanista italiano Petrarca fue quizá el primero en transitar la vía de la crítica histórica erudita al denunciar como fraudulento (por flagrante anacronismo) el pretendido pergamino de Cayo Julio César en el que se cedía a la familia Habsburgo la jurisdicción y soberanía sobre los territorios de Austria: «¿Quién no aprecia cuán falso y ridículo es que Julio César se llame a sí mismo Augusto? Creí que todos los escolares sabían que ese título sólo

---

The Inheritance of Historiography, 350-900, Exeter, University Press, 1986; y Carmen Orcástegui y Esteban Sarasa, *La historia en la Edad Media. Historiografía e historiadores en la Europa occidental, siglos V-XIII*, Madrid, Cátedra, 1991.

comenzó a ser utilizado por su sucesor (Octavio Augusto)»[20]. Pero, sin duda, el gran triunfo de esta primera roturación racionalista de materiales documentales históricos fue el descubrimiento del fraude de la supuesta «Donación de Constantino», según la cual el emperador había entregado al papa Silvestre y a sus sucesores la autoridad sobre Roma y todo el Imperio de Occidente. Lorenzo Valla (1407-1457), filólogo humanista al servicio del rey de Nápoles (enfrentado a las pretensiones políticas del Papado), descubrió la superchería mediante una demoledora crítica interna del documento, mostrando su anacronismo respecto del latín del siglo IV y sus errores e inexactitudes gramaticales, jurídicas, geográficas y cronológicas. De hecho, se trataba de una burda falsificación elaborada por la curia romana del siglo VIII que había servido para inducir al rey Pipino el Breve a reconocer la soberanía territorial del Papa.

Sobre la base de los avances de la erudición crítica textual en la época moderna (culminados en la obra metodológica del benedictino Jean Mabillon, *De Re Diplomatica*, publicada en 1681) y al compás del movimiento de la Ilustración durante el siglo XVIII (principalmente por su secularización de la noción de Providencia en favor de la idea de Progreso), el género lite-

---

[20] Carta de Petrarca al emperador Carlos IV, escrita en 1355. Reproducida en la antología de textos históricos editada por Donald R. Kelley, *Versions of History from the Antiquity to the Enlightenment*, New Haven, Yale University Press, 1991, pp. 233-234. Como equivalente en español de esta obra canónica podría citarse la de Fernando Sánchez Marcos, *Invitación a la historia. De Heródoto a Voltaire*, Barcelona, Publicaciones Universitarias, 1988. Sobre la historiografía moderna y sus implicaciones resultan esclarecedores Peter Burke, *The Renaissance Sense of the Past*, Londres, Arnold, 1969; y Denys Hay, *Annalists and Historians. Western Historiography from the Eight to the Eighteenth Century*, Londres, Methuen, 1977.

rario historiográfico de tradición clásica fue convirtiéndose progresivamente en una verdadera disciplina científica, en una ciencia humana o social. Esa transformación operada entre finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX tuvo como protagonista esencial a la escuela histórica germánica, cuyas principales figuras fueron Barthold G. Niebuhr y Leopold von Ranke. De hecho, en el seno de dicha escuela se produjo por vez primera la confluencia y fusión entre dos corrientes hasta entonces separadas y sólo ocasionalmente vinculadas: la tradición historiográfica clásica de inspiración grecolatina, que se había preocupado por escribir sobre los avatares históricos con veracidad, imparcialidad y elegancia discursiva (*sine ira et studio*, en palabras de Cornelio Tácito) ; y la nueva erudición crítica documental, que se había centrado en el análisis crítico filológico y compositivo de los documentos históricos con la voluntad de establecer su autenticidad, sus interpolaciones y su cronología exacta. Buena prueba del divorcio existente hasta entonces entre ambas tradiciones es el episodio protagonizado por el padre Daniel, historiógrafo oficial del rey Luis XIV, a quien se le había encomendado escribir una historia del Ejército francés a principios del siglo XVIII. Fue introducido en la biblioteca real para mostrarle miles de volúmenes que podrían serle útiles en su tarea y, tras consultar algunos de ellos durante una hora, declaró con suficiencia: «todos esos libros eran papelería inútil, que no necesitaba para escribir su historia» [21].

---

[21] Citado en Jacques Le Goff, *Pensar la historia*, Barcelona, Paidós, 1991, p. 119. Una presentación básica de la evolución de la historiografía contemporánea se recoge en George P. Gooch, *Historia e historiadores en el siglo XIX*, México, FCE, 1977; y Georg G. Iggers, *La ciencia histórica en el siglo XX*, Barcelona, Labor, 1995.

La fusión de ambas tradiciones lograda por la escuela histórica germánica y muy pronto asumida por las restantes escuelas históricas de Europa supuso la configuración de una nueva historiografía científica cuya práctica respetaba tres principios gnoseológicos axiomáticos inexcusables que se consideran definitorios de la disciplina histórica todavía en la actualidad [22]. Unos principios constitutivos que, al igual que sucede en el caso de otras ciencias, tanto humanas como naturales y formales, contribuyen a delimitar el ámbito gnoseológico del campo categorial de la realidad material sobre el que habrá de desplegarse la razón *histórica*. Esto es: una razón, una actividad racional, de naturaleza constructiva, operativa y sujeta a la escala humana, que explora su propia virtualidad y elabora sus teorías explicativas mediante el establecimiento de «verdades» dentro de su campo categorial: *Verum est Factum* (la verdad es y está en el resultado) [23]. Unas verdades que están muy lejos de ser meras «ficciones cuyo carácter ficticio ha sido olvidado» (a juicio del post-

---

[22] Existen buenas introducciones a la problemática gnoseológica de la ciencia de la historia. De ellas, cabe reseñar dos recientes: Julio Aróstegui Sánchez, *La investigación histórica. Teoría y método* (Barcelona, Crítica, 1995); y Elena Hernández Sandoica, *Los caminos de la Historia. Cuestiones de historiografía y método* (Madrid, Síntesis, 1995). Para el caso de la Historia Contemporánea resulta pertinente la obra de Gonzalo Pasamar, *La historia contemporánea. Aspectos teóricos e historiográficos*, Madrid, Síntesis, 2000. Un texto clásico iniciático que no ha perdido actualidad es el de Julien Freund, *Las teorías de las ciencias humanas* (Barcelona, Península, 1975).

[23] Una introducción básica a la teoría de la ciencia en Gustavo Bueno, *¿Qué es la ciencia?*, Oviedo, Pentalfa, 1995; y *Teoría del cierre categorial*, Oviedo, Pentalfa, 1992, vol. 1. Del mismo autor, «La función actual de la ciencia» (conferencia impartida en la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria el 28 de enero de 1995). Texto reproducido en *www.fgbueno.es/gbm.* Cfr. Mario Bunge, *La investigación científica. Su estrategia y su filosofía*, Barcelona, Ariel, 1985; y W. H. Newton-Smith, *La racionalidad de la ciencia*, Barcelona, Paidós, 1987.

moderno movimiento «deconstruccionista» y relativista epistémico), porque son resultantes de la objetividad misma de las conexiones materiales establecidas en las operaciones categoriales siempre que tales conexiones devengan recurrentemente universales (con independencia del tiempo y lugar de materialización y enunciación) y necesarias (porque la negación de sus contenidos sea una contradicción imposible o manifiestamente absurda)[24].

No otra cosa ha recordado recientemente Tzvetan Todorov al subrayar que en la crucial noción de «verdad» descansa la «irreductible frontera entre historiadores y fabuladores», una vez asumido que «ningún signo textual nos garantiza la verdad del texto»:

> Lo que distingue a los historiadores de tantos otros productores de discurso es, ciertamente, la exigencia básica de verdad y, por lo tanto, también la escrupulosa recolección de informaciones. (...) En el curso de los últimos siglos, los filósofos, y los propios historiadores, han sometido esta noción de verdad a una crítica severa y, a menudo, justificada, para recordarnos la fragilidad de nuestros instrumentos de conocimiento, así como las inevitables intervenciones del sujeto que intenta comprender; no deja por ello de ser cierto que, si desaparece cualquier frontera entre discurso verídico y discurso de ficción, la Historia no tiene ya razón de ser.

---

[24] Sobre el concepto de verdad y su importancia para las ciencias véase Julián Velarde Lombraña, *Conocimiento y verdad*, Oviedo, Universidad de Oviedo, 1982; Jorge Wagensberg, «La verdad en Ciencia», *Letras libres* (Madrid), nº 9, 2002, pp. 8-10; y Pelayo García Sierra, voz «verdad» en *Diccionario filosófico* (Oviedo, 1999), versión en la red: *www.filosofia.org/filomat/*. La concepción postmoderna de verdad deconstruccionista procede de Jonathan Culler, *On Deconstruction: Theory and Criticism after Structuralism* (Cornell University Press, 1983, p. 181. Una refutación convincente de la misma en John R. Searle, «The Word Turned Upside Down», *New York Review of Books*, 27 de octubre de 1983.

Es una evidencia si nos volvemos hacia la práctica. El historiador, aunque sea humano y, por lo tanto, falible, y determinado hasta cierto punto por las circunstancias temporales y espaciales de su existencia, tiene un rasgo distintivo: en la medida de sus medios, intenta establecer lo que considera la verdad, en su alma y conciencia. Se trata primero de una verdad de adecuación, pero también, aunque la demostración sea más difícil de realizar, de una verdad de desvelamiento. En este plano, ningún «relativismo» es admisible: bastaría con que un historiador inventase un hecho, falsificara una fuente, para que le excluyéramos inmediatamente de la comunidad profesional y le cubriéramos de oprobio. (...) El historiador que incumple la exigencia de verdad deja de pertenecer al grupo de los historiadores para no ser ya más que un propagandista [25].

En todo caso, cabe argumentar con propiedad que la ausencia o contradicción de algunos de estos tres principios axiológicos básicos de la historiografía científica puede servir como criterio riguroso de discriminación entre la narración histórica racionalista y los relatos sobre el pasado de naturaleza mítica, religiosa, ficticia o novelesca. Por eso se impone un recorrido siquiera sumario por cada uno de esos principios constitutivos de la racionalidad histórica constructivista.

El primero de tales principios axiomáticos es un postulado semántico de naturaleza intensamente crítica y pragmática. A tenor del mismo, el contenido del relato y narración histórica debe estar apoyado y soportado sobre pruebas y evidencias materiales que sean fisicalistas, corpóreas, apreciables por los sentidos, verificables, cotejables y comprobables empíricamente por los diversos investigadores potenciales. Por tanto, toda

[25] T. Todorov, *Memoria del mal*, pp. 154-156. La afirmación de la metatextualidad de la verdad se encuentra en su obra *Las morales de la historia*, Barcelona, Paidós, 1993, p. 120.

obra histórica, con independencia del formato de su estructura narrativa (de su condición de «texto» o «discurso» lingüístico, oral o escrito), debe articularse a partir de «fuentes» de información documental (*docere*: enseñar) que son «reliquias» (*relinquere*: lo que permanece) y testimonios del pasado finitas y fragmentarias pero disponibles en nuestro tiempo y susceptibles de estudio, observación y análisis múltiple y recurrente: documentos escritos, relatos orales, restos arqueológicos, monedas acuñadas, instrumentos laborales, monumentos arquitectónicos y ceremonias sociales, cuadros figurativos y fotografías, etc. No otra cosa que la búsqueda, identificación y ponderación de esas reliquias presuponía la llamada Heurística (neologismo derivado de la voz griega *euriskw*: hallar, descubrir), tradicionalmente considerada la primera de las tareas de todo historiador embarcado en una investigación historiográfica.

Sobre la base material y primaria de estas reliquias y testimonios del pasado, el historiador, gracias a un procedimiento de Hermenéutica (neologismo derivado del vocablo griego *ermhneutikos*: intérprete, explicador, traductor), a un método de inferencia lógica e interpretativa, construye su relato sobre el pasado histórico que trata de servir como contexto explicativo (imaginado) a esas reliquias. Un contexto postulado, un «marco histórico envolvente», que no puede ser arbitrario ni caprichoso porque está limitado por las pruebas disponibles y por su grado de coherencia con el conocimiento acumulado por otras investigaciones igualmente solventes. Las reliquias materiales son, así pues, la base finita, limitada y fragmentaria sobre la que el historiador inicia su investigación y el criterio al que acudirá para demostrar la necesidad, veracidad y coherencia de los resultados a los que llega en su investigación y en su narración correspondiente. En otras palabras: las reliquias son la

presencia viva del pasado que hace posible el conocimiento histórico en la medida en que pueden ser consideradas como los *significantes* (presentes) de unos *significados* (pretéritos) que subsisten más allá de ellos: como los signos que nos representan algo distinto de ellos mismos. Por tanto, no puede haber conocimiento histórico de hechos y procesos pretéritos de los que no se conserven huellas y vestigios en la actualidad: *Quod non est in actis non est in mundo*. Este principio gnoseológico fue agudamente expuesto en 1928 por el filósofo e historiador británico Robin George Collingwood:

En efecto, el pensar histórico no significa más que interpretar todas las pruebas al alcance con el máximo grado de capacidad crítica. No significa descubrir lo que sucedió en realidad, si «lo que sucedió en realidad» no es otra cosa que «lo que indican las pruebas». (...) Pero en la realidad efectiva del pensar histórico, el historiador descubre que no puede dar un paso hacia la consecución de sus miras sin recurrir a las pruebas; y la prueba es algo presente, algo que existe ahora considerado como una reliquia o residuo que nos legó el pasado. Si el pasado no ha dejado ninguna huella aquél nunca podrá llegar a conocerlo. Y si, por así decirlo, el pasado ha vuelto muy confusas sus propias huellas, todo lo que el historiador puede hacer es desenmarañarlas en cuanto su capacidad lo permita. El pasado en cuanto simple pasado es plenamente incognoscible; lo cognoscible es sólo el pasado en cuanto se halla preservado por los residuos del presente [26].

Y muy recientemente, antes de su lamentada muerte, el medievalista francés Georges Duby reiteraba esa condición de «materia prima» del trabajo histórico que tenían las «reliquias»

[26] R. G. Collingwood, «Los límites del conocimiento histórico». Recogido en su obra *Ensayos sobre la filosofía de la historia*, Barcelona, Barral, 1970, pp. 144-145.

probatorias, con todas sus limitaciones y problemas de identificación e interpretación:

> De la realidad pretérita únicamente podemos aprender restos y huellas. Difuminados, discontinuos, insuficientes. Nuestro deber radica en explotarlos a fondo, sin manipularlos. Para cubrir los vacíos y reconstruir el puzzle del que faltan la mayor parte de las piezas, nos es preciso igualmente imaginar[27].

El segundo axioma que regula la moderna práctica histórica científica es el llamado principio determinista genético (o de negación de la magia y exclusión como hipótesis admisible de la generación espontánea). En virtud del mismo, es un postulado necesario que cualquier acontecimiento u operación

---

[27] Palabras recogidas en J. M. Colombini (ed.), *Les grands entretiens du Monde*, París, Le Monde, 1994, p. 275. Citado en J. M. Cuenca Toribio, *La Francia actual. Política y políticos*, Córdoba, Universidad, 1996, p. 127. Cabe subrayar que esas dos labores del historiador apuntadas por Duby (reconocimiento e interpretación de pruebas pretéritas) son estrictamente correlacionables con las dos primeras etapas del conocimiento histórico apuntadas por Todorov: «establecimiento de los hechos» sobre la base de huellas del pasado («un rastro, un vestigio, una carta») y «construcción del sentido» para comprender el pasado: «Una vez establecidos los hechos, hay que interpretarlos, es decir, relacionarlos unos con otros, reconocer las causas y los efectos, establecer parecidos, gradaciones, oposiciones. Aquí se encuentran, una vez más, los procesos de selección y combinación. Pero el criterio que permite juzgar este trabajo ha cambiado. Mientras que la prueba de verdad (¿se produjeron estos hechos?) permitía separar a los historiadores de los fabuladores, a los testigos de los mitómanos, una nueva prueba permite ahora distinguir a los buenos historiadores de los malos, a los testigos notables de los mediocres. El término «verdad» puede servir otra vez aquí, pero siempre que le demos un nuevo sentido: ya no es una verdad de adecuación, de correspondencia exacta entre el discurso presente y los hechos pasados, sino una verdad de desvelamiento, que permite captar el sentido de un acontecimiento». (*Memoria del mal*, p. 148.)

humana surge, brota, se configura o emerge necesariamente a partir de condiciones previas homogéneas y según un proceso de desarrollo interno, inmanente, endógeno y secular. Por tanto, resulta imprescindible en la labor de interpretación y explicación histórica suponer que hay una concatenación interna del proceso evolutivo de las sociedades humanas y buscar las causas y razones del mismo en ese orden humano y en su misma escala y proporción. El corolario de este cierre del campo de inmanencia determinista es igualmente necesario: descartar la intervención de causas, factores o motivos exógenos en el devenir del curso de los procesos humanos, como pudieran ser la Divina Providencia, el supuesto Destino Manifiesto, la influencia de las conjunciones astrales, la voluntad de seres extraterrestres anónimos e innominados, o el mero azar absoluto, totalizante y caprichoso. En consecuencia, el relato histórico científico tiene que limitarse a establecer vinculaciones y conexiones genéticas (de carácter causal, aleatorio o probabilístico) entre los fenómenos, acontecimientos y procesos dentro del propio ámbito material de la historia humana y no puede albergar ni siquiera como posibilidad última la intervención de factores exógenos inefables, insondables y por completo incognoscibles.

Un ejemplo preciso de aplicación de este principio gnoseológico puede ser el análisis e interpretación del origen y función del bifaz paleolítico (de los útiles prehistóricos, en general). La siguiente cita del prehistoriador y paleoantropólogo, Kenneth P. Oakley, pone de manifiesto los procedimientos de reactualización hermenéutica implícitos en la forma de construcción científica propia de la historia (y de otras ciencias humanas) y los criterios empleados para discriminar por medios operativos inmanentes entre el canto rodado (formado por accidente natural y estudiado por la geología) y el útil cultural

(fabricado por los primeros especímenes del género *Homo* y objeto de atención de la prehistoria):

El hombre es un animal social que se distingue por la «cultura»: por su habilidad para fabricar útiles y para comunicar ideas. El empleo de útiles parece ser su principal característica biológica, porque considerados funcionalmente ellos son extensiones separables de sus extremidades manuales. (...) El uso sistemático de útiles de tipos variados y requeridos no sólo para uso inmediato sino para utilización futura implica una marcada capacidad para el pensamiento conceptual. (...) Aunque las más antiguas hachas de mano pétreas que datan de la primera parte del Pleistoceno son toscas, no por ello dejan de ser útiles estandarizados (normalizados), lo que podría sugerir una tradición inmensamente larga de habilidades técnicas lentamente adquiridas. Se considera improbable que esas hachas fueran las primeras tentativas de los hombres en la fabricación de útiles, que quizá hubieran tenido lugar en el anterior período del Plioceno. *La identificación actual de los primeros útiles del hombre, sin embargo, es una tarea de considerable dificultad porque, obviamente, sus primeras tentativas de fabricación de útiles a partir de núcleos de piedra tuvieron que ser casi indistinguibles de los núcleos fragmentados por accidentes de la naturaleza.* De hecho, es muy probable que las piedras fragmentadas naturalmente sirvieran como primeros útiles para los hombres. (...) Como regla general, los núcleos de sílex astillados naturalmente son fácilmente distinguibles de los fabricados por el hombre, porque aquéllos carecen de diseño lógico, las señales de escamas desprendidas aparecen con profusión excesiva, los filos cortantes tienen una apariencia anómala, y las superficies de las huellas de escamas están normalmente rayadas. Frecuentemente, también tienen signos (como grados variables de exposición a distintos climas o pátina) de que las escamas desprendidas han sido producidas en varias épocas diferentes. (...) *Los hombres que hicieron útiles estandarizados del tipo de las hachas de mano achelenses tuvieron que ser capaces de formar en sus mentes imágenes de los fines para los que operaban*. La cultura humana en toda su diversidad

es el resultado de esta capacidad para el pensamiento conceptual, pero los factores principales en su desarrollo son la tradición combinada con la invención. Los cazadores primitivos fabricaron sus artefactos de un modo particular en gran medida porque como niños observaron a sus padres fabricándolos o porque los copiaron del trabajo de otro cazador en una tribu cercana. El hacha de mano estandarizada no fue concebida por ningún individuo *ab initio*, sino que fue el resultado de individuos excepcionales en generaciones sucesivas que no sólo copiaron sino que ocasionalmente mejoraron el trabajo de sus antecesores. Como resultado de la caza en comunidad, las migraciones y las formas rudimentarias de intercambio, las tradiciones de los diferentes grupos de cazadores primitivos algunas veces se mezclaron y fundieron[28].

De hecho, el caso del bifaz prehistórico demuestra a la perfección la importancia de este segundo principio gnoseológico para la constitución de la ciencia de la historia. En tanto que esos variados útiles prehistóricos (bifaces, raederas, buriles, arpones...) fueron percibidos por los investigadores como meras «piedras del rayo» o cantos rodados y fragmentados por causas materiales y aleatorias, no hubo posibilidad de considerarlos como materiales significativos (con «huellas de significado») y pertenecientes al campo gnoseológico de la Historia (o de la Prehistoria, para el caso). Sólo desde el momento en que se establece su conexión originaria con actos humanos pretéritos y propositivos (resultado de una intención y voluntad, tanto como de una capacidad operatoria y manipulatoria) pasaron a ser reliquias prehistóricas dotadas de interés científico-humanístico. Sólo a partir de entonces pudo comenzar el proceso hermenéutico de interpretación, razonamiento y explicación

---

[28] Kenneth P. Oakley, *Man, the Tool-Maker*, Londres, British Museum of Natural History, 1975, pp. 1, 3, 5, 12 y 81. La traducción y la cursiva son nuestras.

de su génesis y funcionalidad, lo que exigía introducir la referencia formal a un sujeto individual operatorio y constructor: el hombre prehistórico.

El historiador puede ejercer esa tarea de identificación del bifaz como reliquia histórica porque es capaz de percibir esos residuos materiales como elaborados según operaciones humanas dadas en la misma escala operatoria del observador. El historiador sabe y asume que sólo el hombre, en su condición genérica y específica (desde el *Homo Habilis* al *Homo Sapiens Sapiens*), como primate bipedestado con manos libres de pulgar oponible, está dotado de una inteligencia tecnológica y es sujeto y portador de una *razón operatoria universal*, lo que le permite «reconocer» e «identificar» las huellas corpóreas de acciones y conductas humanas legadas por el paso del tiempo y dadas en su propio presente temporal. En otras palabras, «comprender» en historia implica asumir y reconocer nuestra común pertenencia (entre observadores presentes y operadores pretéritos) a la misma humanidad: «se intenta comprender a los seres humanos, susceptibles de una multitud de acciones, mientras que se juzgan las acciones efectivamente cometidas, en cierto momento y en un medio dado» [29]. Este procedimiento hermenéutico propio de la investigación histórica está bien recogido en el siguiente párrafo de un arqueólogo actual en el que se aborda nuevamente el origen y función del bifaz paleolítico:

Un bifaz es un instrumento de sílex o de otro material, de forma triangular, dotado de dos filos convergentes que fue usado hace miles de años en el Paleolítico Inferior por los ancestros del *Homo Sapiens*. El hallazgo de uno de estos artefactos puede *pasar desapercibido a quien no conozca su significado funcional* que fue el de cortar ejerciendo una

---

[29] T. Todorov, *Memoria del mal*, p. 151.

serie de pequeñas tracciones, similares a las que efectuamos con el cuchillo de cortar la carne en el plato con ayuda del tenedor. Esta función se *infiere* del análisis de las huellas de uso y pátinas creadas en los filos. Las ausencias y presencias de los rasgos impuestos por el artesano sirven para determinar pequeñas diferencias dotadas de significado funcional ratificadas por los contextos, así como las líneas de la evolución tecnológica que han seguido esos mismos objetos desde la Antigüedad hasta ahora [30].

El tercer y último de los axiomas constitutivos de la ciencia histórica es el llamado principio de significación temporal irreversible. En otras palabras, la investigación y la narración histórica tienen que respetar la llamada «flecha del tiempo» (feliz expresión del astrofísico Arthur Eddignton en 1927): la naturaleza direccional y acumulativa del paso del tiempo en sentido necesario desde un pasado fijo y cerrado a un futuro abierto mediante un presente en construcción y sin efectuar bucles, círculos o regresiones azarosas. En palabras actuales de las físicas Ilya Prigogine e Isabelle Stengers, el sentido direccional de la «flecha del tiempo» implica: «la irreversibilidad, la ruptura de simetría entre el antes y el después». O como apuntan sus colegas Peter Coveney y Roger Highfield: «El tiempo no puede correr hacia atrás (...) y viaja como una flecha» [31]. Esta novedo-

---

[30] Enrique Cerrillo Martín de Cáceres, «Otras lecturas: las de textos no escritos (o textos a ras o bajo suelo)», *Puertas a la lectura* (Badajoz), nº 3, 1997, pp. 31-36 (cita en p. 34). La cursiva es nuestra.

[31] Ilya Prigogine e Isabelle Stengers, *Entre el tiempo y la eternidad*, Madrid, Alianza, 1990, p. 53. Peter Coveney y Roger Highfield, *La flecha del tiempo. La organización del desorden*, Barcelona, Plaza y Janés, 1992, pp. 24-25. G.T. Fraser, *Génesis y evolución del tiempo*, Pamplona, Pamiela, 1982. Y del mismo autor, «El muro de cristal. Ideas representativas del tiempo en el pensamiento occidental», *Archipiélago. Cuadernos de crítica de la cultura* (Barcelona), nº 10-11, 1992, pp. 17-54.

sa concepción temporal, surgida de la revolución científica y tecnológica del siglo XVII (de la mano de los descubrimientos de Francis Bacon, Galileo Galilei e Isaac Newton) y expandida al compás de la Ilustración en el XVIII (con la correlativa difusión de la idea de «Progreso» y la filosofía de Inmanuel Kant), implica la negación y superación de otras concepciones sobre el fluir del tiempo dominantes en la historia hasta entonces. Por ejemplo, la concepción estática del Presente Eterno que suponía la inmutabilidad y eternidad de las condiciones de existencia social y natural (canónicamente representada en la cultura egipcia: «no hay nada nuevo bajo el sol»). O la concepción cíclica del Eterno Retorno, derivada del curso de los ritmos orgánicos naturales y siempre recurrentes (sucesión del día y la noche o de las estaciones, regularidad de salida y puesta del sol, etc.)[32].

El principio de significación temporal convierte a la cronología (la medida del paso del tiempo astronómico) en un vector y factor de evolución histórica irreversible e impone la exclusión de cualquier anacronismo (incompatibilidad de momentos temporales diferentes) o de cualquier ucronía (ausencia de coordenadas temporales) en las interpretaciones y narraciones elaboradas por la historia científica. Hace ya décadas que José Ortega y Gasset apuntó certeramente las implicaciones de esta concepción temporal para la práctica histórica:

Comenzamos a persuadirnos de que en historia la cronología no es, como suele creerse, una *denominatio extrinseca*, sino, por el contra-

---

[32] Al margen de las obras citadas en la nota previa, véase al respecto en esta misma obra el artículo titulado «Notas sobre la idea de progreso en la historia».

rio, la más sustantiva. La fecha de una realidad humana, sea la que sea, es su atributo más constitutivo. Esto trae consigo que la *cifra* con que se designa la fecha pasa de tener un significado puramente aritmético o, cuando más, astronómico, a convertirse en nombre y noción de una realidad histórica. (...) Cada fecha histórica es el nombre técnico y la abreviatura conceptual —en suma, la definición— de una figura general de la vida constituida por el repertorio de vigencias o usos verbales, intelectuales, morales, etc., que «reinan» en una determinada sociedad[33].

En efecto, cualquiera que sea el concepto de Historia abrigado, el tiempo es un componente y atributo definitorio de esa historicidad (cfr. el aforismo clásico: *Veritas filia temporis*). Entre otras cosas, porque la conciencia temporal (en el sentido de vivencia e idea de duración) es una atribución humana crucial y quizá incluso decisiva y constitutiva de la humanidad. En palabras de G. J. Whitrow en su canónico ensayo sobre las concepciones temporales en la Historia:

El tiempo es ciertamente una característica fundamental de la experiencia humana. (...) Nuestra experiencia directa del tiempo es siempre la del presente y nuestra idea de tiempo deriva de la reflexión sobre esta experiencia. (...) Experimentamos el sentimiento de duración cada vez que relacionamos nuestra situación presente ya sea con nuestra experiencia pasada o con nuestra expectativa y deseo de futuro. (...) Nuestro sentido del tiempo implica una conciencia de duración y también de diferencia entre pasado, presente y futuro. Hay evidencia de que nuestro sentido de estas distinciones es una de las facultades mentales más importantes que distinguen al hombre de otras criaturas vivientes. Porque hay buenas razones para afirmar

[33] J. Ortega y Gasset, «Prólogo» a W. Dilthey, *Introducción a las ciencias del espíritu*, Madrid, Revista de Occidente, 1966, p. 15.

que todos los animales, excepto el hombre, viven en un continuo presente [34].

En todo caso, esa novedosa concepción del tiempo como crucial eje vertebrador de la secuencia histórica desde un pasado determinado a un futuro abierto a través de un presente en construcción, no es sino una variante específica de una cosmovisión general progresivamente afianzada en las ciencias y en la cultura contemporánea. Como ha recordado en fecha reciente de nuevo Prigogine:

La flecha del tiempo es común a todos los objetos, vivos o no, que pueblan nuestro universo. Todos envejecemos en la misma dirección, igual que las rocas y las estrellas. Se trata, por lo tanto, de un aspecto fundamental de la naturaleza que aparece ahora de forma explícita en las leyes de la dinámica. Por descontado, los mecanismos son diferentes, pero al menos no existe contradicción entre los distintos saberes, entre nuestra visión interna del mundo y la del mundo exterior.

Niels Bohr afirmaba que somos espectadores y actores a la vez. Ser actor implica que no está todo establecido. Vivimos en un universo abierto, el futuro es incierto, pero podemos contribuir a construirlo [35].

En definitiva, la concepción del pasado que ofrece la investigación histórica en forma narrativa construida bajo el imperio de esos principios gnoseológicos es de naturaleza radicalmente

---

[34] G. J. Whitrow, *Time in History. Views of Time from Prehistory to the Present Day*, Oxford, Oxford University Press, 1988, pp. 4-5 y 7. Hay traducción española: *El tiempo en la historia*, Barcelona, Crítica, 1990. Cfr. K. Pomian, *El orden del tiempo*, Madrid, Júcar, 1990.

[35] I. Prigogine, «Pluralidad de futuros y fin de las certidumbres», *El País*, 14 de octubre de 1998.

diversa a los relatos míticos o religiosos y a las ficciones noveladas. Pretende ser verdadera, no arbitraria ni caprichosa; verificable materialmente y no incomprobable; causalista e inmanente y no fruto del azar o de fuerzas inefables e insondables; racionalista y no ajena a toda lógica demostrativa; crítica (en cuanto que sujeta a criterio discriminador y revisable) y no dogmática (autosostenida en su propia formulación y sacralizada como inmutable).

Si bien la historia científica así definida no puede «pre-decir» acontecimientos (en todo caso, cuando hay pruebas y evidencias, los «post-dice» o «retro-dice») ni tampoco puede proporcionar ejemplos de conducta infalibles y repetibles, sí permite realizar tareas culturales inexcusables para la humanidad civilizada y desarrollada. A saber: contribuye a la explicación de la génesis, estructura y evolución de las sociedades presentes y pretéritas; proporciona un sentido crítico de la identidad dinámica y operativa de los individuos y grupos humanos; y promueve la comprensión de las distintas tradiciones y legados culturales que conforman las sociedades actuales. Se trataría de la tercera etapa de la investigación científico-histórica, según la clasificación de Todorov: «Tras haber sido *reconocido* e *interpretado*, el pasado será ahora *utilizado*»[36].

No en vano, la *experiencia* histórica de las sociedades es su único referente positivo, su único criterio de contraste, su única advertencia tangible, para construir y perfilar los planes y proyectos que se propone ejecutar, evitando así toda operación de salto en el vacío y toda actuación a ciegas o por mero tanteo. El historiador grecorromano Polibio, en el siglo II a. C., enunciaba ya esta tarea de pedagogía cívica propia de la literatura histórica clásica: «ninguna educación es más apta para los hom-

---

[36] T. Todorov, *Memoria del mal*, pp. 153-154.

bres que el conocimiento de las acciones pasadas, (...) la instrucción y ejercicio más seguro en materia de gobierno es la enseñanza a partir de la historia»[37]. Ya en la primera mitad del siglo XX, el filósofo hispano-estadounidense George Santayana reactualizó parcialmente esa funcionalidad con una máxima tan famosa como dudosa en su rotundidad: «Los pueblos que olvidan su historia están condenados a repetirla»[38]. Más recientemente, el sociólogo Robert Jervis declaraba en sentido virtualmente análogo al de Polibio y Santayana: «No podemos hallar sentido a nuestro medio circundante sin presuponer que, de algún modo y manera, el futuro tendrá alguna semejanza con el pasado»[39]. Al respecto, el novelista británico George Orwell también puso en boca de uno de los personajes de su obra *1984* unas palabras bien reveladoras de la funcionalidad sociopolítica de esas representaciones del pasado elaboradas y ofrecidas por la Historia: «El que controla el pasado controla el futuro; y el que controla el presente controla el pasado»[40].

---

[37] Polibio, *Historia*, Madrid, CSIC, 1972, libro I, cap. 1. Traducción de Alberto Díaz Tejera.

[38] La cita de Santayan (procedente de su libro *The Last Puritan*, 1935), la recoge T. Todorov, *Memoria del mal*, p. 211. Como señala el propio Todorov, hay que recusar el sentido total de la frase de Santayana porque parece suponer que si se conociera la historia, entonces no se cometerían los mismos errores del pasado. Y esa conclusión no es cierta, como hemos comprobado en este siglo. De hecho, hemos podido conocer a fondo la barbarie nazi y eso no ha impedido la existencia de otras barbaries con posterioridad. En palabras de Philip Gurevich con motivo de la inauguración del Museo del Holocausto en Washington: «ser puesto ante la barbarie no es un antídoto contra ella» (citado por Todorov, p. 194). Cfr. T. Todorov, *Devoirs et Délices. Une vie de passeur*, París, Seuil, 2002, pp. 317-318.

[39] Robert Jervis, *Perception and Misperception in International Politics*, Princeton, Princeton University Press, 1976, p. 217.

[40] George Orwell, *1984*, Barcelona, Destino, 1981, p. 262. La fecha de publicación original inglesa es 1949.

Al lado de esta practicidad positiva como referencia cierta ante un futuro siempre incierto, la ciencia de la Historia desempeña una labor crítica fundamental respecto a otras formas de conocimiento humano: impide que se hable sobre el pasado sin tener en cuenta los resultados de la investigación empírica, so pena de hacer pura metafísica pseudohistórica o formulaciones arbitrarias, caprichosas e indemostrables. En este sentido, la *razón histórica* es siempre sacrílega y no sacralizante porque impone límites críticos y purgativos infranqueables a la credulidad y fantasía sobre el pasado de los hombres y de sus sociedades: constituye un antídoto catártico y un severo correctivo contra la ignorancia que libera y alimenta la imaginación interesada y mistificadora sobre el pasado humano. Esa utilidad funcional crítico-formativa (a la par que meramente informativa) ha sido muy bien recogida por Pierre Vilar en una frase de sólo aparente simplicidad: «La historia debe enseñarnos, en primer lugar, a leer un periódico». No otra cosa ha recordado el escritor británico Graham Swift con pleno acierto: «La historia nos enseña a evitar las ilusiones e invenciones; a dejar a un lado los ensueños, los cuentos, las panaceas, los milagros y los delirios; a ser realistas»[41]. En la misma línea argumental se enmarcan las consideraciones del informe oficial emitido en los Estados Unidos en 1994 por una comisión de historiadores encargada de revisar la situación de «la enseñanza de la historia en las escuelas de la nación»:

El conocimiento de la historia constituye la precondición de la inteligencia política. Sin historia, una sociedad carece de memoria com-

---

[41] Pierre Vilar, *op. cit.*, p. 12. G. Swift, *Waterland* (Londres, 1984, p. 94). Citado en David Cannadine, «British History: Past, Present - and Future?», *Past and Present*, nº 116, 1987, pp. 169-191 (cita en p. 191).

partida sobre lo que ha sido, sobre lo que son sus valores fundamentales o sobre las decisiones del pasado que dan cuenta de las circunstancias presentes. Sin historia, no podríamos llevar a cabo ninguna indagación sensata sobre las cuestiones políticas, sociales o morales de la sociedad. Y sin conocimiento histórico y la indagación que lo produce, no podríamos obtener la ciudadanía crítica e informada que es esencial para la participación eficaz en los procesos democráticos de gobierno y para la plena realización por todos los ciudadanos de los ideales democráticos de la nación [42].

Precisamente, gracias a los modos operativos de la historia científica podemos discriminar (o al menos, intentarlo) el conocimiento histórico verdadero del mítico, legendario, ficticio o novelesco. Así, por ejemplo, gracias al principio semántico que exige pruebas materiales verificables para sustentar una afirmación de pretensiones históricas, sabemos y conocemos que el emperador Napoleón Bonaparte que vivió entre 1769 y 1821 no es un ente de ficción arbitrario y puramente imaginario como lo es Julián Sorel, el protagonista de la novela *Rojo y Negro* escrita por Stendhal en 1829. ¿Acaso no existen sobre el primero múltiples y muy variados restos materiales, físicos, corpóreos, tangibles y procedentes de distintas regiones geográficas continentales de los que carecemos totalmente en el caso del segundo ?: efigies impresas en monedas, invocaciones

[42] Gary B. Nash y Charlotte Crabtree (coord.), *National Standards for United States History*, Los Angeles, University of California, 1994. Consultado a través de su página en la red: *http ://www.sscnet.ucla.edu/nchs*. El informe fue redactado por el National Council for History Standards, compuesto por 30 miembros escogidos entre asociaciones profesionales como la Organization of American Historians, Organization of History Teachers, National Council for the Social Studies, American Historical Association, etc. Cfr. Gary B. Nash, Ch. Crabtree y Ross E. Dunn, *History on Trial: Culture Wars and the Teaching of the Past*, Nueva York, Aflred K. Knopf, 1996.

inscritas en lápidas epigráficas votivas o conmemorativas, esculturas y retratos personales de formatos diversos, referencias diferenciadas en textos literarios escritos por autores coetáneos y posteriores, obra propia del autor transmitida por distintos conductos y bajo distintos soportes, incluso pertenencias personales de su condición personal, militar o política (incluyendo el fragmento de pelo capilar que ha servido para determinar hace poco más de un año su muerte por envenenamiento en la isla de Santa Elena). Y por ese mismo motivo de presencia física y corpórea recurrente y probatoria, podemos afirmar con seguridad que la Roma de los Césares, en cuanto que formación cultural colectiva y ya no individual, tiene una entidad y valor histórico de orden contradistinto a la mítica ciudad de Camelot del rey Arturo, puesto que las múltiples reliquias preservadas de aquélla y sólo de aquélla (sus restos de arcos, anfiteatros, vías, foros, cloacas o termas: no hay tales cosas sobre Camelot, ni en presencia ni en potencia) impiden que su no actualidad en el presente se identifique con su irrealidad e inexistencia absoluta en el pasado.

También gracias al principio determinista genético sabemos que las Pirámides de Egipto no fueron construidas por visitantes extraterrestres de inteligencia superior e inaccesible a nuestra limitada y supuestamente pobre razón de hombres terrícolas [43]. Y que tampoco la conquista española de América fue el producto excelso de la Divina Providencia y de su especial predilección y cariño por los muy católicos reyes Isabel y

---

[43] Sobre la increíble e inasequible persistencia de la atribución de las pirámides de Egipto a seres superiores («teoría» inaugurada por John Taylor en 1859 y todavía sostenida en 2000 por Christopher Dunn), véase José Miguel Parra, *Las pirámides. Historia, mito y realidad*, Madrid, Editorial Complutense, 2001; y José Luis Calvo, «La Gran Pirámide y las otras», *El Escéptico*, nº 14, 2002, pp. 42-53.

Fernando. Amagos de ironías al margen, este mismo principio permite discriminar la mena verídica de la ganga mítica que está presente, por ejemplo, en la *Crónica Albeldense*, compuesta hacia el 881 en la corte de Oviedo y destinada a mostrar el origen providencial del reino de Asturias con Don Pelayo como héroe de la incipiente reconquista cristiana de la «Hispania» visigótica:

Primero en Asturias reinó Pelayo, en Cangas, durante dieciocho años. Éste, según dijimos más arriba, llegó a Asturias expulsado de Toledo por el rey Vitiza. Y una vez que España fue ocupada por los sarracenos, éste fue el primero que inició la rebelión contra ellos en Asturias, reinando Yusef en Córdoba y cumpliendo Munnuza en la ciudad de Gijón las órdenes de los sarracenos sobre los astures. Y así por él es aniquilado el enemigo ismaelita, junto con Alkama, y hecho prisionero el obispo Oppa, y a la postre es muerto Munnuza. Y así, desde entonces se devolvió la libertad al pueblo cristiano. Además, en aquella ocasión, los de la hueste sarracena que se libraron de la espada, al derrumbarse un monte en la Liébana, fueron aplastados por sentencia de Dios, y por la divina providencia surge el reino de los astures [44].

Igualmente y por el mismo motivo, en virtud del irrenunciable principio de significación temporal, podemos detectar el anacronismo, la imposibilidad absoluta en el plano real, de que

[44] *Crónicas asturianas*, Oviedo, Universidad, 1985, pp. 247. Traducción de José Luis Moralejo e introducción de Juan Ignacio Ruiz de la Peña. Sobre la increíble e inasequible persistencia de la atribución de las pirámides de Egipto a seres superiores («teoría» inaugurada por John Taylor en 1859 y todavía sostenida en 2000 por Christopher Dunn), véase José Miguel Parra, *Las pirámides. Historia, mito y realidad*, Madrid, Editorial Complutense, 2001; y José Luis Calvo, «La Gran Pirámide y las otras», *El Escéptico*, nº 14, 2002, pp. 42-53.

exista *Un yanqui en la corte del rey Arturo*, como rezaba la novela homónima de Mark Twain de 1889. O la igualmente inadmisible posibilidad de que una película sobre las hazañas de Atila, rey de los hunos, en el siglo V, tenga como marcos ambientales arquitecturas románicas (sólo existentes desde el siglo XI), vestuario renacentista (del siglo XV y XVI) y transfondos musicales con cantos gregorianos (sólo codificados en el siglo VII).

Las ciencias históricas así configuradas ejercitan una labor esencial de pedagogía, ilustración y filtro catártico en nuestras sociedades: son componentes imprescindibles para la edificación y supervivencia de la conciencia individual crítico-racionalista, que constituye la categoría básica de nuestra tradición cultural grecorromana y hoy plenamente universal. Sin graves riesgos para el equilibrio dinámico de las poblaciones y colectividades sociales y para su mismo porvenir, no es posible concebir un individuo y ciudadano que sea agente consciente y reflexivo de su papel cívico al margen de una conciencia histórica mínimamente desarrollada y cultivada. Sencillamente, porque dicha conciencia le permite plantearse el sentido crítico-lógico de las cuestiones de interés público, orientarse fundadamente sobre ellas, asumir sus propias limitaciones de comprensión e información al respecto, y precaverse contra las abiertas o veladas mistificaciones, hipóstasis y sustantivaciones de los fenómenos históricos. Como recientemente ha recordado al respecto el historiador alemán Hinnerk Bruhns:

> La tarea de la ciencia histórica no consiste en fabricar una tradición que suscite la aprobación general, sino en esclarecer los acontecimientos y estudiar sus causas. Ello implica revisar permanentemente y dar un carácter histórico a la imagen que tenemos de la historia —y no relativizarla por razones políticas—. (...) [El historiador] debe intervenir en la

memoria colectiva para prevenir la utilización política, consciente o no, de imágenes o de representaciones estereotipadas. En ese sentido el historiador, junto con mirar al pasado, trabaja en favor del porvenir [45].

En un sentido muy similar, pero refiriéndose a los países surgidos del desmembramiento de la antigua Unión Soviética, el filósofo polaco Leszek Kolakowski también ha advertido contra las tentativas de olvidar o deformar su incómoda historia reciente en favor de una imagen más aceptable y selectiva de la misma: «El pasado puede ser conjurado, pero lo que no se puede nunca es anularlo» [46]. Quizá el último y más profundo y revelador de los esfuerzos de una sociedad contemporánea por ajustar cuentas con un pasado difícil y polémico sea el ofrecido por la nueva Sudáfrica heredera y superadora del viejo régimen del «apartheid» (sistema oficial de segregación y discriminación racial contra la población negra) vigente entre 1948 y 1994. La Comisión de la Verdad y la Reconciliación establecida formalmente en 1995 y presidida por el arzobispo anglicano y antiguo activista contra el apartheid, Desmond Tutu, emitió en octubre de 1998 un completo informe sobre ese período histórico cuya introducción es digna de reseñar:

Habiendo mirado a los ojos a la bestia del pasado, habiendo solicitado y recibido el perdón, y habiendo hecho propósito de enmienda, seamos capaces de cerrar la puerta del pasado, no para olvidarlo, sino para evitar que nos aprisione [47].

---

[45] H. Bruhns, «El inaccesible pasado alemán», *El correo de la Unesco* (París), abril 1990, pp. 4-9.

[46] L. Kolakowski, «A Calamitous Accident», *The Times Literary Supplement* (Londres), 6 de noviembre de 1992, p. 5.

[47] El texto del informe *(The Report of the Truth and Reconciliation Commission),* presentado al presidente Nelson Mandela el 29 de octubre de 1998,

A la vista de los síntomas ominosos que hay en el presente escenario español, europeo e internacional, con su peligroso renacer del hipernacionalismo más xenófobo, de los fanatismos identitarios exclusivistas y del racismo virulento y criminal, parece tanto más necesario afirmar en público la vigencia actual de la racionalidad histórica, su capacidad para intentar discriminar objetivadamente la verdad del mito histórico o la ficción novelada, y su imprescindible practicidad social y ética para nuestros tiempos y nuestras sociedades[48].

El constante ejercicio de la razón histórica, por dolorosa, imperfecta y limitada que parezca o resulte, es *siempre* preferible a su dormición y su sueño. Aunque meramente sea porque esta última posibilidad —ya lo sabemos gracias al genio plástico de Goya—, no sólo produce ficción y goce estético sino también monstruos crueles y sanguinarios. Así lo comprendió

consta de 5 volúmenes que configuran un auténtico y completo estudio histórico de la época, recogen el testimonio de 21.000 testigos y analizan 31.000 casos de violaciones de derechos humanos. Puede consultarse en la página web de la Comisión, cuya dirección es: *http://www.truth.org.za*. Un precedente del informe surafricano pudiera ser el informe emitido en Chile por la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación en 1991. Aunque carente del éxito político de su homólogo surafricano (sobre todo por la resistencia del Ejército chileno a asumirlo), el llamado *informe Rettig* tuvo la virtud de reconocer que un mínimo de 2.025 personas sufrieron graves violaciones de sus derechos humanos con resultado de muerte a manos de agentes del Estado durante el período de dictadura del general Pinochet, entre 1973 y 1989. Texto del informe en: *http://www.derechoschile.com/espanol/rettig.htm*.

[48] A título de mero ejemplo de la evidente actualidad de esos peligros baste citar el fuerte peso de una concepción metafísica de la historia en el reciente y persistente problema de Kosovo y en la reacción serbia ante el mismo. Sobre el particular, véanse los ponderados artículos del ensayista serbio Ivan Colovi titulado «El laurel de oro de la política serbia» (*El País*, 7 de noviembre de 1998) y de la socióloga serbia Mira Milosevich, «Kosovo: el mito como programa» (*El País*, 20 de febrero de 1999).

y sufrió en su propia carne el octogenario historiador ruso-judío Simón Dubnow en diciembre de 1941, durante la brutal destrucción por los nazis del superpoblado y exhausto ghetto de Riga (Letonia). Antes de ser vilmente asesinado, un Dubnow indefenso y angustiado tuvo aún tiempo y presencia de ánimo para hacer un último llamamiento a sus jóvenes compatriotas: «Escribid y recordad»[49]. Así lo comprendió igualmente el escritor italiano Primo Levi, superviviente de Auschwitz y autor de páginas memorables sobre su inhumana experiencia como prisionero judío condenado al genocidio: «Si el mundo llegara a convencerse de que Auschwitz nunca ha existido, sería mucho más fácil edificar un segundo Auschwitz. Y no hay garantías de que esta vez sólo devorase a judíos»[50].

La vigilia racionalista de la práctica histórica implantada académica y socialmente constituye tal vez uno de los grandes obstáculos que se oponen a nuevas reediciones de monstruos bien conocidos en diversas partes del mundo y bajo distintas banderas (sean éstas representativas de la nación, la raza, la clase, la religión, la etnia, el género, la lengua, la naturaleza o cualquier otra entidad organicista y suprasubjetiva). Y por eso mis-

---

[49] Citado en Michael Marrus, *The Holocaust in History*, Harmondsworth, Penguin Books, 1993, p. xiii. Nacido en la Rusia de los zares, Dubnow había tenido que huir a Berlín para escapar de la revolución bolchevique de 1917. Tras el ascenso nazi al poder prefirió exiliarse en Letonia antes que partir hacia Palestina porque se consideraba un judío de la Diáspora. Entre otras obras, era autor de una magna *Historia de los judíos de Rusia y Polonia* (publicada en Filadelfia en tres volúmenes entre 1916 y 1920) y de una aún mayor *Historia mundial del pueblo judío* (publicada en alemán en diez volúmenes entre 1925 y 1929).

[50] Palabras de Levi recogidas en Ronnie S. Landau, *The Nazi Holocaust*, Chicago, Ivan R. Dee, 1994, p. 10. Sobre Levi y su relación con el Holocausto véase Tony Judt, «The Courage of the Elementary», *The New York Review of Books*, 20 de mayo de 1999.

mo no debe permitirse el abandono y desconocimiento de la racionalidad histórica en el seno de la sociedad sin la debida resistencia firme y argumentada por parte de sus cultivadores actuales, los historiadores profesionales, y de sus futuros herederos hoy en proceso de formación: los estudiantes universitarios de historia. Aunque sólo fuera por una razón de interés social pragmático y puramente instrumental: «No se prepara el porvenir sin aclarar el pasado»[51]. No en vano, sólo nos cabe pensar y comprender las situaciones que nos ofrece el presente con ideas heredadas y legadas por nuestro propio pasado histórico debidamente interpretado con ayuda de las ciencias históricas.

Por si acaso todas las reflexiones anteriores no hubieran bastado para justificar mínimamente la razón de ser y de hacer de la Historia profesional y de su imprescindible enseñanza para la ciudadanía del siglo XXI, nos permitimos terminar este capítulo recapitulatorio adoptando como propias las recomendaciones del equipo europeo de historiadores que redactó y presentó el llamado Proyecto *Tuning* («Sintonizando», en inglés) para los Estudios Históricos en el año 2002 (parte a su vez del llamado *Project Tuning Educational Structures in Europe* [Proyecto de Sintonización de las Estructuras Educativas en Europa])[52]. Se trata de las observaciones y reflexiones que elaboró un conjunto de 21 historiadores europeos, dirigidos por el profesor Jean-Luc Lamboley (Universidad de Grenoble) sobre lo que debería ser el «núcleo básico» de objetivos y funciones atribuibles a los estudios históricos en la enseñanza superior dentro de la Unión Europea. En esencia, según este equipo

[51] Palabras de la historiadora y etnógrafa francesa Germaine Tillion (1907-). Recogidas por Tzvetan Todorov, *Memoria del mal,* p. 18.

[52] Puede consultarse el documento original, en inglés y francés, en la página web de la Universidad de Deusto (y de muchas otras universidades españolas): http://tuning.unideusto.org/tuningeu.

paneuropeo, la enseñanza y el aprendizaje de la Historia deberían atender a la consecución de tres grandes objetivos globales y genéricos:

1.º) Adquirir una perspectiva y punto de mira racional y crítico sobre la evolución y dinámica del pasado de las sociedades humanas, para tener así una mejor base de comprensión del presente actual de las mismas y para llegar a ser un ciudadano informado y capaz de entender la complejidad de las situaciones históricas pretéritas y presentes. Una perspectiva, por tanto, reflexiva y meditada que ayude a poner en relación los acontecimientos y procesos del pasado lejano o reciente y los del presente actual, mostrando sus vinculaciones y sus conexiones a la par que sus diferencias y desajustes. En otras palabras: hay que desarrollar el «olfato» histórico para poder calibrar el alcance de los fenómenos de nuestro tiempo, precaviéndose contra la ucronía y el anacronismo.

2.º) Proporcionar un conocimiento básico y preciso de acontecimientos, personajes, instituciones, conceptos, períodos y procesos de cambio y de continuidad históricos en una dimensión diacrónica, atenta por tanto al significado y trascendencia del devenir temporal y cronológico, así como a los aspectos geográficos y espacio-territoriales de los fenómenos históricos y a la complejidad del razonamiento discursivo multicausal y demostrativo. En resolución: hay que saber un mínimo básico de conocimientos históricos y comprenderlos en su tiempo y lugar correspondiente, sin caer en los utopismos mistificadores y distorsionantes.

3.º) Transmitir la capacidad y la competencia intelectual necesaria para utilizar los instrumentos básicos del oficio del historiador, para saber apreciar críticamente el trabajo elaborado con la metodología y herramientas adecuadas en cada caso a

partir de los documentos históricos primarios y originales, así como transmitir la habilidad y destreza necesarias para asumir que los problemas, categorías, debates e intereses históricos varían con el paso del tiempo y con las exigencias de los diversos contextos sociales y políticos del presente. Dicho de otro modo: hay que reconocer en el conocimiento histórico tanto sus virtudes y valores como sus debilidades e incertidumbres, en función de sus muy variadas condiciones de gestación y de fundamentación.

En definitiva, y para terminar, este conjunto prioritario de tres grandes objetivos (Perspectiva-Conocimientos-Capacidades) debe hacer presente a cualquier estudiante y ciudadano interesado una concepción de la disciplina de la Historia que subraye su condición de perspectiva intelectual y práctico-metodológica con su propia historia y condicionantes, mucho más que su hipotética naturaleza de cuerpo definitivo y cerrado de conocimientos fijos e inmutables que puede adquirirse gradualmente y pieza a pieza. Una tarea nada fácil, desde luego. Pero absolutamente imprescindible, por otra parte. Y cabría añadir que en esa tarea están involucrados la mayoría de los historiadores profesionales desde hace ya mucho tiempo y que a ello quiere contribuir esta modesta obra que aquí llega a su punto final.

NOTA DE ORIENTACIÓN BIBLIOGRÁFICA

La bibliografía en lengua española sobre historiografía europea y universal no es todavía muy extensa ni abundante. Cualquier lectura o estudio en profundidad de estas materias exigiría la consulta de libros en idiomas extranjeros, especialmente en inglés, francés o italiano. A continuación se ofrecen una serie de orientaciones para la lectura o consulta de las obras que, a nuestro juicio y leal pero falible saber y entender, son más útiles e informativas en su respectivo campo temático. En el apartado final se recoge la referencia exacta y completa de estas obras citadas, así como una muestra más amplia, pero sin pretensiones de exhaustividad, de la bibliografía general existente sobre historiografía.

Por lo que respecta a manuales generales de Historia de la historiografía, existen ya buenas introducciones hechas por autores españoles. Entre ellas, cabe destacar el estudio clásico de Josep Fontana, *Historia. Análisis del pasado y proyecto social,* el trabajo de Pelai Pagès, *Introducción a la historia,* y la obra más reciente de Emilio Mitre, *Historia y pensamiento histórico.* También resultan útiles los opúsculos de Carlos M. Rama, *La historiografía como conciencia histórica* y de Manuel Tuñón de Lara, *Por qué la historia.* Fernando Sánchez Marcos es autor de una valiosa antología de textos de historiadores hasta la Ilustración que contiene además útiles introducciones a cada período: *Invitación a la historia. De Heródoto a Voltaire.*

La nómina de manuales de historiografía de autores extranjeros, traducidos o no al español, es mucho más amplia y variada. Cabe comenzar su cita por la clásica síntesis del francés Charles-Olivier Carbonell, *La historiografía.* También destacan por su valor el reciente estudio de Ernst Breisach publicado en 1983, *Historiography: Ancient, Medieval, Modern* y la monografía elaborada por dos historiadores latinoamericanos, Jorge Luis Cassani y A. J. Pérez Amuchástegui, *Del «epos» a la historia científica,* última edición de 1982. Más antiguos, pero todavía útiles por su riqueza informativa, son las obras del suizo Eduard Fueter *Historia de la historiografía moderna,* publicada originalmente en 1911 y del norteamericano James W. Thompson, *A History of Historical Writing,* de 1942. Sigue teniendo interés la consulta del trabajo enciclopédico de Harry E. Barnes, de 1962: *A History of Historical Writing.* Más actualizadas en su contenido resultan las obras del británico Arthur Marwick, *The Nature of History,* edición de 1989; y de los franceses Guy Bourdé y Hervé Martin, *Las escuelas históricas,* de 1983. Entre las más recientes aportaciones en este campo merece especial mención el trabajo de John Burrow (*Historia de las historias. De Heródoto al siglo* XX, del 2008).

Existen varios diccionarios biográficos y temáticos dedicados a la historiografía y la Historia como disciplina. De entre los biográficos, cabe destacar los más recientes, editados por John Cannon, *The Blackwell Dictionary of Historians,* de 1980 y los dos volúmenes dirigidos por Lucian Boia, *Great Historians from Antiquity to 1800,* de 1989, y *Great Historians of the Modern Age,* de 1991. A ellos cabría añadir la selección de Marnie Hughes-Warrington como editora (*Fifty Key Thinkers on History,* aparecido en 2007); y las semblanzas de José Enrique Ruiz Doménec (*Rostros de la historia,* de 1999). Entre los temáticos, sobresalen el dirigido por el francés André Burguie-

re, *Diccionario de las ciencias históricas,* de 1986, y el editado por el norteamericano Harry Ritter, *Dictionary of Concepts in History,* de 1986. Mención aparte merecen las más recientes enciclopedias temáticas editadas por los británicos Michael Bentley *(Companion to Historiography,* de 1997), Alun Munslow *(The Routledge Companion to Historical Studies,* de 2005) y el equipo formado por Lloyd Kramer y Sarah Maza *(A Companion to Western Historical Thought,* del 2006).

Las Antologías de textos de obras históricas suelen contener siempre una introducción general y presentaciones de los autores seleccionados. Entre las disponibles en el mercado bibliográfico, destacan por su calidad y por ser complementarias las editadas por Donald R. Kelley *(Versions of History. From Antiquity to the Enlightenment,* publicada en 1991) y la de Fritz Stern, *The Varieties of History. From Voltaire to the Present,* de 1970. Robert Stinson es el editor de una antología más general y sintética: *The Facies of Clio. An Anthology of Classics in Historical Writing from Ancient Times to the Present,* de 1987. La obra de Fernando Sánchez Marcos ya citada también debe figurar en este apartado por méritos propios. Mucho más reciente es la selección editada por Adam Bud: *The Modern Historiography Reader. Western Sources,* publicada en 2008.

En este apartado de antologías de textos históricos, un novedoso recurso documental disponible es la *Electronic Library of Modern Historiography* (Eliohs), magnífica base de datos accesible por Internet con obras historiográficas importantes desde el siglo XVI hasta el siglo XX, siempre en su idioma original, creada por la revista *Cromohs* (Cyber Review of Modern Historiography), fundada en Florencia en 1995 y editada por Rolando Minuti y Guido Abbasttista. Su dirección de acceso a la página Web es la siguiente: *http://www.unifi.it/riviste/cromohs.* Para ir directamente a la biblioteca electrónica sin pasar

por la revista basta con reemplazar en la dirección citada la terminación *cromohs* por la de *eliohs* o bien teclear directamente: *www.eliohs.unifi.it*. Igualmente, cabe encontrar más de 400 obras clásicas de la historiografía universal en la Biblioteca Electrónica ATHENA, cuya dirección de acesso en la Web es: http:*//un2sg4.unige.ch/athena/html/authors.html.* Centrándonos en la literatura sobre el tema escrita en español, cabe encontrar materiales muy pertinentes consultando la colección documental de temas filosóficos abierta por la Fundación Gustavo Bueno (con sede en Oviedo) en la siguiente dirección electrónica: *www.filosofia.org.* También resulta muy útil la Biblioteca virtual Miguel de Cervantes, creada por el Instituto Cervantes, cuya sección de «Historia» recoge un amplio repertorio de títulos digitalizados referidos a autores españoles e hispanoamericanos: www.cervantesvirtual.com/seccion/historia.

Por lo que respecta a la historiografía de épocas determinadas, la lista podría ser inabarcable si atendiéramos a todo lo publicado. Una selección muy sumaria incluiría, como mínimo, las siguientes obras. Para la Antigüedad, incluyendo tanto el Cercano Oriente como el ámbito clásico, podría recomendarse el estudio de John Van Seters, *In Search of History. Historiography in the Ancient World,* de 1983; el brillante ensayo de Yosef H. Yerushalmi (Zajor, de 2002); los artículos de Arnaldo Momigliano reunidos en *La historiografía griega* publicados originalmente durante el decenio de 1970; y la síntesis de Jean-Marie André y Alain Hus, *La historia en Roma,* de 1974; y las obras más genéricas de Matías López *(La historiografía en Grecia y Roma. Conceptos y autores,* de 1991) y Michael Grant *(Historiadores de Grecia y Roma,* de 2003). Sobre la Edad Media y Moderna, cabría citar la obra fundamental de Bernard Guenée, *Histoire et culture historique dans l'Occident médiéval,*

de 1980, los trabajos de Emilio Mitre en su *Historiografía y mentalidades históricas en la Europa medieval* (1982), y la insuperable investigación de Denys Hay, *Annalists and Historians. Western Historiography from the Eight to the Eighteenth Century* (1977). A ellos cabría añadir el trabajo clásico de Peter Burke *(The Renaissance Sense of the Past,* de 1969) y los más recientes de Carmen Orcástegui y Esteban Sarasa *(La historia en la Edad Media)* y de Chantal Grell *(Les historiographes en Europe de la fin du Moyen Âge á la Revolution,* del 2006). Para introducirse en «el siglo de la historia», sigue siendo útil el libro de George P. Gooch, *Historia e historiadores en el siglo XIX*, de 1913. Una panorámica de la evolución historiográfica en el tramo central del siglo XX puede obtenerse en los artículos incluidos en Georg G. Iggers y Harold T. Parker (eds.), *International Handbook of Historical Studies* (1979) y en la síntesis de Carlos Antonio Aguirre Rojas *(La historiografía en el siglo XX,* del 2004). La más reciente y polémica actualidad en el último tramo del siglo XX cabe apreciarla en las obras editadas, respectivamente, por Juliet Gardiner, *What is History Today?,* de 1990, Peter Burke, *Formas de hacer Historia,* de 1993, Georg G. Iggers, *La ciencia histórica en el siglo XX*, de 1995, Gérard Noiriel, *Sobre la crisis de la Historia,* de 1997 y Elena Hernández Sandoica, *Los caminos de la historia,* de 1995. Para acercarnos a la llamada «crisis de la historia» en los albores del siglo XXI merece la pena tomar en consideración los trabajos, no siempre concordantes en sus planteamientos, de Miguel Ángel Cabrera y Marie McMahon (como coordinadores: *La situación de la Historia,* del 2002); Elena Hernández Sandoica *(Tendencias historiográficas actuales,* del 2004); María Teresa Ortega López (en calidad de editora: *Por una historia global,* del 2007); y los ensayos coordinados por Pablo Sánchez León y Jesús Izquierdo Martín *(El fin de los historiadores,* del 2008).

El curso de la historiografía española, a pesar del tiempo transcurrido, sigue teniendo en Benito Sánchez Alonso su autor indiscutido: *Historia de la historiografía española,* de 1950. Hay, sin embargo, dos panorámicas útiles y mucho más recientes: la proporcionada por Antonio Morales Moya en su artículo «Historia de la historiografía española» (1993) y la recogida en la obra coordinada por José Andrés Gallego (1999). También podría citarse la magistral introducción de Diego Catalán a la reedición del libro clásico de Ramón Menéndez Pidal: *Los españoles en la Historia;* y el no menos impresionante trabajo antológico elaborado por Ignacio Peiró y Gonzalo Pasamar *(Diccionario de historiadores españoles contemporáneos,* del 2002). Por lo que respecta a la crucial evolución de las dos últimas décadas, es imprescindible acudir a los artículos y estudios monográficos de Elena Hernández Sandoica, José María Jover Zamora, Juan José Linz, Ignacio Olábarri, Gonzalo Pasamar, Ignacio Peiró, José Luis de la Granja y Manuel Moreno Alonso.

Cabe mencionar, por último, la existencia de dos revistas internacionales especializadas en temas historiográficos. La primera en el tiempo, *History and Theory,* publicada desde 1960 en Middletown (Connecticut). La segunda, *Storia della Storiografia,* publicada desde 1981 en Milán, como órgano de la comisión internacional de historia de la historiografía. Por supuesto, a ellas cabe sumar la revista electrónica *Cromohs,* cuya dirección de acceso en Internet ya ha sido mencionada. Otros foros de debate historiográfico, tanto generalistas como monográficos (por países, períodos históricos o subdisciplinas), cabe localizarlos a través de dos recursos electrónicos disponibles en español y sumamente útiles. Por un lado, la página web de la revista de historia telemática *Hispania Nova,* fundada en Madrid por el difunto Ángel Martínez de Velasco (dirección de acceso: *http://hispanianova.rediris.es/enlaces*), cuya sección

de «enlaces» está dirigida por el profesor Esteban Canales. Por otro, la página web titulada *D'Histori. El fil de Ariadna,* creada y mantenida desde la Universidad de Valencia por el profesor Anaclet Pons (dirección de acceso: *www.uv. es/~~apons).*

Por último, cabría terminar esta breve orientación bibliográfica recomendando la lectura reflexiva de una pequeña selección de obras recientes a cargo de verdaderos maestros del oficio de historiador, para acercarnos a su percepción del futuro de la disciplina y de su funcionalidad sociocultural en el nuevo milenio en curso. Entre ellos, cabría empezar por Gabriel Jackson (capítulo 2 de su *Memoria de un historiador,* edición de 2009), Antoine Prost *(Doce lecciones sobre la historia,* de 2001), Reinhardt Koselleck *(Los estratos del tiempo,* de 2001), John Lewis Gaddis *(El paisaje de la historia,* del 2004), José Enrique Ruiz Doménec *(El reto del historiador,* de 2006), Krzysztof Pomian *(Sobre la historia,* de 2007) y Keith Jenkins *(Repensar la historia,* del 2009). No son todos los que hay, evidentemente. Pero, sin duda alguna, están entre los inexcusables y son siempre muy recomendables.

BIBLIOGRAFÍA

Aceves Lozano, Jorge Eduardo, «Práctica y estilos de investigación en la historia oral contemporánea», *Historia y fuente oral,* n.º 12, 1994, pp. 143-150.

Aguilar Fernández, Paloma, *Memoria y olvido de la guerra civil,* Madrid, Alianza, 1996.

Aguirre Rojas, Carlos Antonio, *La escuela de* Annales, Madrid, Montesinos, 1999.

— «Marc Bloch: In Memoriamm», *Manuscrits* (Barcelona), n.º 13, 1995, pp. 207-217.

— *La historiografía en el siglo* XX. *Historia e historiadores entre 1848 y ¿2025?,* s. l., Montesinos, 2004.

Alía Miranda, Francisco, *Técnicas de investigación para historiadores. Las fuentes de la Historia,* Madrid, Síntesis, 2005.

Almuiña, Celso y otros, «*Hispania,* revista de Historia (1940-1989). Análisis y evolución de contenidos», *Hispania* (número monográfico sobre «Cincuenta años de historiografía española y americanista), n.º 175, 1990, pp. 393-416.

Alted Vigil, Alicia (coord.), *Entre el pasado y el presente. Historia y memoria,* Madrid, UNED, 1995.

Álvarez, Amparo *et al.* (coords.), *El siglo* XX*: balance y perspectivas,* Valencia, Universidad de Valencia, 2000.

Álvarez Junco, José y Juliá, Santos. «Tendencias actuales y perspectivas de investigación en Historia contemporánea», en AA.VV., *Tendencias en la historia,* Madrid, CSIC, 1980, pp. 53-63.

Alvargonzález, David, *Ciencia y materialismo cultural,* Madrid, Universidad Nacional de Educación a Distancia, 1989.

— «Del relativismo cultural y otros relativismos», *El Escéptico* (Barcelona), n.º 3, 1999, pp. 8-13.

Anderson, Benedict, *Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalism,* Londres, Verso, 1985.
Anderson, Olive, «The Political Uses of History in Mid Nineteenth-Century England», *Past and Present,* n.º 36, 1967, pp. 87-105.
Anderson, Perry, *Tras las huellas del materialismo histórico,* Madrid, Siglo XXI, 1986.
André, Jean-Marie, y Hus, Alain, *La Historia en Roma,* Madrid, Siglo XXI, 1983.
Andrés Gallego, José (dir.), *New History, Nouvelle Histoire: Hacia una Nueva Historia,* Madrid, Actas-Universidad Complutense, 1993.
— (coord.), *Historia de la historiografía española,* Madrid, Encuentros, 1999.
Ankersmit, F. A, «Historiography and Postmodernism», *History and Theory,* vol. 28, 1989, pp. 137-153.
Appleby, J.; Hunt, L. y Jacob, M., *Telling the Truth about History,* Nueva York, Norton, 1994.
Aracil, Rafael y García Bonafé, Mario, «Marxismo e Historia en Gran Bretaña», introducción a la selección de textos del *History Workshop Journal* titulada: *Hacia una historia socialista,* Barcelona, Ediciones del Serbal, 1983.
Arciniegas, Germán (ed.), *Historiadores de Indias,* Barcelona, Océano, 1975.
Arendt, Hannah, «The Concept of History: Ancient and Modern», en *Between Past and Future: Eight Exercises in Political Thought,* Nueva York, 1961, pp. 41-90.
Ariès, Philippe, *El tiempo de la Historia,* Barcelona, Paidós, 1988.
Aron, Raymond, *Dimensiones de la conciencia histórica,* México, FCE, 1983.
— *Introducción a la filosofía de la Historia,* Buenos Aires, Siglo XXI, 1973, 2 vols.
Aróstegui Sánchez, Julio, *La investigación histórica. Teoría y método,* Barcelona, Crítica, 1995.
— «Por una nueva historiografía. Un manifiesto cientifista», *Idearium* (Málaga), n.º 1, 1992, pp. 23-73.
— «La «Historia Reciente»: una propuesta metodológica y didáctica», en *Actas de los I Coloquios de didáctica de Geografía e*

Historia en Extremadura, Cáceres, Diputación Provincial, 1985, pp. 131-144.

— «Símbolo, palabra y algoritmo. Cultura e Historia en tiempos de crisis», en Autores Varios, *Cultura y culturas en la historia,* Salamanca, Universidad, 1995, pp. 205-234.

Artola, Miguel, *Textos fundamentales para la historia,* Madrid, Alianza, 1979.

Auerbach, Erich, *Mímesis. La representación de la realidad en la literatura occidental,* México, FCE, 1982. Edición original en Suiza, 1942.

AA.VV. *Problemas actuales de la Historia. Terceras Jornadas de Estudios Históricos,* Salamanca, Universidad, 1993.

AA.VV. *Actas del Simposium sobre Posibilidades y Límites de una Historiografía Nacional,* Madrid, CSIC, 1984.

AA.VV. *Historia del marxismo. El marxismo en tiempos de Marx,* Barcelona, Bruguera, 1979, vol. I.

AA.VV. *El marxismo en España,* Madrid, FIM, 1984.

AA.VV. *Hacia una Historia socialista,* Barcelona, Serbal, 1985.

AA.VV. *Tendencias en la Historia,* Madrid, CSIC, 1988.

AA.VV. *Once ensayos sobre la Historia,* Madrid, Fundación March, 1976.

AA.VV. *El siglo XX: Balance y perspectivas. V Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea,* Valencia, Universidad, 2000

Baccini, Alberto y Giannetti, Renato, *Cliometría,* Barcelona, Crítica, 1997.

Badie, Bertrand, «Análisis comparado y sociología histórica», *Revista internacional de ciencias sociales,* n.º 133, 1992, pp. 341-350.

Baldó Lacomba, Marc, *Introducció a la Història,* Valencia, Universidad, 1992.

— «Regeneracionismo en la universidad y creación de la sección de historia, 1900-1923», en AA.VV., *El siglo XX: Balance y perspectivas,* Valencia, Universidad, 2000, pp., 19-31.

Ballesteros Gaibrois, Manuel, *La novedad indiana: noticias, informaciones y testimonios del Nuevo Mundo,* Madrid, Alhambra, 1987.

Barnes, Barry, *Sobre ciencia,* Barcelona, Labor, 1987.

Barnes, Harry Elmer, *A History of Historical Writing,* 2ª ed., Nueva York, Dover, 1962.

Barraclough, Geoffrey, *Main Trends in History,* Nueva York, Holmes & Meier, 1979 (reimpresión). Traducción española: *Introducción a la Historia contemporánea,* Madrid, Gredos, 1974.

— «Tendencias actuales de la investigación histórica», en AA.VV., *Tendencias de la investigación en ciencias sociales,* Madrid, Tecnos-Unesco, 1981, vol. 2.

Barros, Carlos, *Historiografía fin de siglo,* Santiago, Tórculo, 1996.

— «Historia de las mentalidades: posibilidades actuales», en *Problemas actuales de la historia,* Salamanca, Universidad, 1993, pp. 49-67.

— (ed.). *Historia a debate,* Santiago de Compostela, Universidad, 1994, 3 vols.

— (ed.), *Historia a Debate,* Santiago de Compostela, Historia a Debate, 2000, 3 vols.

Barzun, Jacques, «History as a Liberal Art», *The Journal of the History of Ideas,* VI, 1945, pp. 81-88.

Bell, D., *Las ciencias sociales desde la Segunda Guerra Mundial,* Madrid, Alianza, 1984.

Benavides Lucas, M., *Filosofía de la Historia,* Madrid, Síntesis, 1994.

Benedict, Ruth, *Race and Racism,* Londres, Routledge and Kegan Paul, 1983. Edición original, 1942.

Benito Ruano, Eloy, «La historiografía en la Alta Edad Media española», *Cuadernos de Historia de España* (Buenos Aires), vol. XVII, 1952, pp. 50-104.

Bentley, Michael (ed.), *Companion to Historiography,* Londres, Routledge, 1997.

Berlin, Isaiah, *Karl Marx,* Madrid, Alianza, 1973.

Bermejo Barrera, José Carlos, *Fundamentación lógica de la Historia,* Madrid, Akal, 1991.

Bernal, John D., *Historia social de la ciencia,* Barcelona, Península, 1967, 2 vols.

Bernecker, Walther L., «La historiografía alemana reciente», *Historia Contemporánea,* n.º 7, 1992, pp. 31-49.

Berr, Henri, *La síntesis en la historia,* México, UTEHA, 1961.

Besancon, A., *L'histoire psychoanalytique. Une antologie,* París, Mouton, 1974.

Blackbourne, David y Eley, Geoff, *The Peculiarities of German History,* Oxford, University Press, 1984.

Bloch, Marc, *Introducción a la Historia,* México, FCE, 1965. Edición original francesa, 1949.

— *Historia e historiadores,* Madrid, Akal, 1999.

Boia, Lucian (ed.), *Great Historians from Antiquity to 1800. An International Dictionary,* Wesport, Greenwood Press, 1989.

— *Great Historians of the Modern Age. An International Dictionary,* Wesport, Green Wood Press, 1991.

Bottomore, Tom y otros (eds.), *Diccionario del pensamiento marxista,* Madrid, Tecnos, 1984.

Bourdé, Guy y Martin, Hervé, *Las escuelas históricas,* Madrid, Akal, 1992.

Bowker, John, *Creer. Una historia de las religiones,* Barcelona, Paidós, 2008.

Bracher, Karl Dietrich, *The Age of Ideologies. A History of Political Thought in the Twentieth Century,* Londres, Methuen, 1985.

Braudel, Fernand, *La Historia y las ciencias sociales,* Madrid, Alianza, 1968.

Bravo, Gonzalo, «Filosofías de la Historia: ¿por qué y para quién?», *Hispania,* n.º 193, 1996, pp. 757-763.

Breisach, Ernst, *Historiography: Ancient, Medieval, and Modern,* Chicago, University Press, 1983.

Bud, Adam (ed.), *The Modern Historiography Reader. Western Sources,* Londres, Routledge, 2008.

Bueno, Gustavo, *Idea de ciencia desde la teoría del cierre categorial,* Santander, U. I. Menéndez Pelayo, 1976.

— *¿Qué es la ciencia?,* Oviedo, Pentalfa, 1995.

— *Teoría del cierre categorial,* Oviedo, Pentalfa, 1992-1993, 5 vols.

— *El papel de la Filosofía en el conjunto del saber,* Madrid, Ciencia Nueva, 1970.

— «Reliquias y relatos. Construcción del concepto de Historia fenoménica», *El Basilisco,* n.º 1, 1978, pp. 5-16.

— «En torno al concepto de ciencias humanas», *El Basilisco,* n.º 2, 1978, pp. 12-46.
— «Gnoseología de las ciencias humanas», en *Actas del I Congreso de Teoría y Metodología de las Ciencias,* Oviedo, Pentalfa, 1982, pp. 315-337.
— «La teoría de la esfera y el descubrimiento de América», *El Basilisco,* n.º 1 (segunda época), 1989, pp. 3-32.
— *El mito de la cultura,* Barcelona, Prensa Ibérica, 1996.
— Hidalgo, Alberto y Iglesias, Carlos, *Symploké,* Madrid, Júcar, 1987.
Bunge, Mario, *La investigación científica. Su estrategia y su filosofía,* Barcelona, Ariel, 1981.
— *Epistemología: curso de actualización,* Barcelona, Ariel, 1980.
— *El pensamiento científico: conceptos, avances, métodos,* Madrid, Taurus, 1983.
Burdiel, Isabel y Romeo, María Cruz, «Historia y lenguaje. La vuelta al relato dos décadas después», *Hispania,* n.º 192, 1996, pp. 333-346.
Burguière, André (dir.), *Diccionario de las ciencias históricas,* Madrid, Akal, 1992. Edición original francesa, 1986.
Burke, Peter, *Sociología e Historia,* Madrid, Alianza, 1988.
— *The Renaissance Sense of the Past,* Londres, Arnold, 1969.
— *La revolución historiográfica francesa: La escuela de los* Annales, *1929-1989,* Barcelona, Gedisa, 1994.
— (ed.), *Formas de hacer Historia,* Madrid, Alianza, 1993.
— «La historiografía en Inglaterra desde la Segunda Guerra Mundial», en V. Vázquez de Prada y otros, *La historiografía en Occidente desde 1945,* Pamplona, Universidad, 1985, pp. 19-34.
— *¿Qué es la historia cultural?,* Barcelona, Paidós, 2006.
Burrow, John, *Historia de las historias. De Heródoto al siglo XX,* Barcelona, Crítica, 2008.
Bury, John, *La idea de progreso,* Madrid, Alianza, 1971.
Butterfield, Herbert, «Historiography», en P. P. Wiener (ed.) *Dictionary of the History of Ideas. Studies of Selected Pivotal Ideas,* Nueva York, Scribner's, 1973, vol. II.
— *The Origins of History,* Londres, Methuen, 1981.
— *Man on His Past,* Cambridge, University Press, 1969.

Cabrera, Miguel Ángel, *Historia, lenguaje y teoría de la sociedad,* Madrid, Cátedra, 2001.
— y McMahon, Marie (coords.), *La situación de la Historia. Ensayos de historiografía,* La Laguna, Universidad de La Laguna, 2002.
Cacho Viu, Vicente, «Los supuestos del contemporaneísmo en la historiografía de posguerra», *Cuadernos de Historia Contemporánea,* n.º 9, 1988, pp. 17-28.
Cameron, Averil, «Historiography, Byzantine», en Joseph R. Strayer (dir.), *Dictionary of the Middle Ages,* Nueva York, Charles Scribner's Sons, 1985, vol. 6, pp. 242-248.
Cannadine, David, «British History: Past, Present - and Future?», *Past and Present,* n.º 116, 1987, pp. 169-191.
Cannon, John (ed.), *The Blackwell Dictionary of Historians,* Oxford, Blackwell, 1988.
Cannon, John (ed.), *The Historian at Work,* Londres, Allen & Unwin, 1980.
Caracciolo, Alberto; Coli, Daniela; De Felice, Renzo; Gallerano, Nicola y Villani, Pasquale. *La historiografía italiana contemporánea,* Buenos Aires, Biblos, 1993.
Carbonell, Charles-Olivier, *La historiografía,* México, FCE, 1986.
— *Histoire et historiens. Une mutation idéologique des historiens français, 1865-1885,* Toulouse, Privat, 1976.
— «Evolución general de la historiografía en el mundo, principalmente en Francia», en V. Vázquez de Prada y otros, *La historiografía en Occidente desde 1945,* Pamplona, Universidad de Navarra, 1985, pp. 3-17.
Cardoso, Ciro F. S., *Introducción al trabajo de investigación histórica,* Barcelona, Crítica, 1981.
— y Pérez Brignoli, Héctor, *Los métodos de la Historia,* Barcelona, Crítica, 1976.
Caro Baroja, Julio, *Las falsificaciones de la Historia (en relación con la de España),* Barcelona, Seix Barral, 1992.
Carr, Edward Hallett, *¿Qué es la Historia?,* Barcelona, Seix-Barral, 1966.
Carreras Ares, Juan José, «El historicismo alemán», en *Estudios sobre Historia de España. Homenaje a Manuel Tuñón de Lara,* Madrid, U. I. Menéndez Pelayo, 1981, tomo 2, pp. 627-642.

— «Ventura del positivismo», *Idearium,* n.º 1, 1992, pp. 13-21.
— «Teoría y narración en la Historia», *Ayer,* n.º 12, 1993, pp. 17-28.
— «Categorías historiográficas y periodificación histórica», en AA. VV. *Once ensayos sobre la Historia,* Madrid, Fundación March, 1976, pp. 49-66.
— *Razón de Historia. Estudios historiográficos,* Madrid, Marcial Pons, 2000.
Carretero, Mario y Voss, James F. (comps.), *Aprender y pensar la historia,* Buenos Aires, Amorrortu, 2004.
— y otros, *Enseñanza de la historia y memoria colectiva,* Barcelona, Paidós, 2006.
Casanova, Julián, *La Historia social y los historiadores ¿Cenicienta o princesa?,* Barcelona, Crítica, 1991.
— «La Sociología histórica en España», *Historia, Antropología y Fuentes Orales,* n.º 16, 1997, pp. 61-74.
Cassani, Jorge Luis y Pérez Amuchástegui, A. J. *Del «epos» a la Historia científica,* Buenos Aires, Ed. Ábaco, 1982.
Catalán, Diego, «Introducción» a Ramón Menéndez Pidal, *Los españoles en la Historia,* Madrid, Espasa Calpe, 1991, pp. 10-73.
Catalano, Franco, *Metodología y enseñanza de la Historia,* Barcelona, Península, 1980.
Cerrillo Martín de Cáceres, Enrique, «Otras lecturas: las de textos no escritos (o textos a ras o bajo suelo)», *Puertas a la lectura* (Badajoz), n.º 3, 1997, pp. 31-36.
Chalmers, Alan F., *¿Qué es esa cosa llamada ciencia?,* Madrid, Siglo XXI, 1988.
— *La ciencia y cómo se elabora,* Madrid, Siglo XXI, 1992.
Charle, Christophe (dir.), *Histoire sociale, histoire globale?* París, Maison des Sciences de l'Homme, 1993.
Chartier, Roger, *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación. Estudios sobre historia cultural,* Barcelona, Gedisa, 1992.
— «Narración y verdad. La Historia como discurso construido como la ficción pero que a la vez produce enunciados científicos», *El País* (suplemento temático), 29 de julio de 1993, pp. 3-4.

— «De la Historia social de la cultura a la historia cultural de la sociedad», *Historia Social,* n.º 17, 1993, pp. 97-103.
— «Intellectual History or Sociocultural History? The French Trajectories», en D. LaCapra y S. L. Kaplan (eds.), *Modern European Intellectual History,* Ithaca, Cornell University Press, 1982, pp. 13-46.
Châtelet, François, *El nacimiento de la Historia. La formación del pensamiento historiador en Grecia,* Madrid, Siglo XXI, 1978, 2 vols.
— y Gérard Mairet (eds.). *Historia de las ideologías. De los faraones a Mao,* Madrid, Akal, 1989.
Chaunu, Pierre, *Historia cuantitativa, Historia serial,* México, FCE, 1987.
— «L'historie sérielle. Bilan et perspectives», *Revue historique,* vol. 243, n.º 2, 1970, pp. 297-320.
Chevallier, Jean-Jacques, *Los grandes textos políticos. De Maquiavelo a nuestros días,* Madrid, Aguilar, 1972.
Chesneaux, Jean, *¿Hacemos tabla rasa del pasado? A propósito de la historia y de los historiadores,* México, Siglo XXI, 1977.
Chickering, Roger, «Who's Afraid of Hermeneutics?», *Bulletin of the German Historical Institute* (Londres), vol. 20, n.º 1, 1998, pp. 14-27.
Cipolla, Carlo M., *Entre la Historia y la economía. Introducción a la Historia económica,* Barcelona, Crítica, 1991.
— *Allegro ma non tropo,* Barcelona, Crítica, 1991.
Cirujano Marín, Paloma; Elorriaga Planes, Teresa y Pérez Garzón, Juan Sisinio, *Historiografía y nacionalismo español, 1834-1868,* Madrid, CSIC, 1985.
Clemente Ramos, Julián, «Consideraciones sobre la teoría histórica de la escuela de Annales», *Anuario de Estudios Medievales,* n.º 19, 1989, pp. 17-25.
«Climate and History. Report on the International Conference on Climate and History», *Past and Present,* n.º 88, 1980, pp. 136-141.
Cochrane, Eric, *Historians and Historiography in the Italian Renaissance,* Chicago, University of Chicago Press, 1981.
Codoñer Merino, Carmen, *Evolución del concepto de historiografía en Roma,* Bellaterra, Universidad Autónoma de Barcelona, 1986.

Cohen, G. E., *La teoría histórica de Karl Marx. Una defensa,* Madrid, Siglo XXI, 1986.

Collingwood, Robin George, *Idea de la Historia,* México, FCE, 1965. Edición original inglesa, 1946.

— *Ensayos sobre filosofía de la Historia,* Barcelona, Barral, 1970.

Connerton, Paul, *How Societies Remember,* Cambridge, Cambridge University Press, 1989.

Corcuera de Mancera, Sonia. *Voces y silencios en la Historia,* México, FCE, 1997.

Cornblitt, Oscar (ed.), *Dilemas del conocimiento histórico. Argumentaciones y controversias,* Buenos Aires, Sudamericana, 1992.

El Correo de la Unesco. Número monográfico: *Relatando la historia,* marzo 1990.

El Correo de la Unesco. Número monográfico: *Pensar el pasado,* abril 1990.

Costas Rodríguez, Jenaro (coord.). *Antología de textos historiográficos latinos,* Madrid, UNED, 1981.

Croce, Benedetto, *Teoría e Historia de la historiografía,* Buenos Aires, Editorial Escuela, 1955.

Cruz, Manuel, *Filosofía de la Historia,* Barcelona, Paidós, 1991.

Cuenca Toribio, José Manuel, *Cartas a un joven historiador español. Estudios historiográficos,* Madrid, Encuentro, 2005.

Cuesta Bustillo, Josefina, *Historia del presente,* Madrid, Eudema, 1993.

— «De la memoria a la Historia», en A. Alted (coord.), *Entre el pasado y el presente. Historia y memoria,* pp. 55-89.

— *La odisea de la memoria. Historia y memoria en España. Siglo* XX, Madrid, Alianza, 2008.

Cuesta Fernández, Raimundo, *Sociogénesis de una disciplina escolar: la Historia,* Barcelona, Pomares-Corredor, 1997.

— *Clío en las aulas. La enseñanza de la Historia de España entre reformas, ilusiones y rutinas,* Madrid, Akal, 1998.

Daniel, Ute, *Compendio de historia cultural,* Madrid, Alianza, 2008.

Danto, Arthur C., *Historia y narración. Ensayo de filosofía analítica de la historia,* Barcelona, Paidós, 1989.

Darnton, Robert, «Intellectual and Cultural History», en Michael Kammen (ed.), *The Past before Us. Contemporary Historical Writing in the United States,* Ithaca, Cornell University Press, 1980.
Detienne, Marcel, *Comparar lo incomparable. Alegato a favor de una ciencia histórica comparada,* Barcelona, Península, 2001.
Dhoquois, Guy, *Histoire de la pensée historique,* París, A. Colin, 1991.
— *En favor de la Historia,* Barcelona, Anagrama, 1977.
Díaz Barrado, Mario Pedro (coord.), *Historia del Tiempo Presente. Teoría y Metodología,* Cáceres, Universidad de Extremadura, 1998.
— (coord.), *Historia del Tiempo presente. Teoría y metodología,* Cáceres, Universidad de Extremadura, 1998.
Dilthey, Wilhelm, *Introducción a las ciencias del espíritu,* Madrid, Revista de Occidente, 1966.
— *Teoría de las concepciones del mundo,* Madrid, Revista de Occidente, 1974.
Dosse, François, *La historia en migajas. De* Annales *a la «nueva historia»,* Valencia, Institució Valenciana d'Estudis i Investigació, 1988. Edición original francesa, 1987.
— «La Historia contemporánea en Francia», *Historia Contemporánea,* n.º 7, 1992, pp. 17-30.
— *L'histoire,* París, Armand Colin, 2002.
— *La marcha de las ideas. Historia de los intelectuales, historia intelectual,* Valencia, Universidad de Valencia, 2007.
— *La apuesta biográfica. Escribir una vida,* Valencia, Universidad de Valencia, 2007.
Dray, William, *Filosofía de la Historia,* México, UTEHA, 1965.
Drake, Michael, *The Quantitative Analysis of Historical Data,* Milton Keynes, The Open University, 1974.
Droyssen, Johan Gustav, *Histórica. Lecciones sobre la enciclopedia y metodología de la historia,* Barcelona, Alfa, 1983. Edición y tradución de Dalmacio Negro Pavón.
Duby, Georges, *La Historia continúa,* Madrid, Debate, 1992.
— *Historia social e ideología de las sociedades,* Barcelona, Anagrama, 1976.

— y Lardreau, Guy, *Diálogo sobre la Historia,* Madrid, Alianza, 1988.

Dumézil, Georges, *El destino del guerrero. Aspectos míticos de la función guerrera entre los indoeuropeos,* México, Siglo XXI, 1971.

Dunk, Hermman von der, «Narrativity and the Reality of the Past», *Storia della Storiografia,* n.º 24, 1993, pp. 23-44.

Elena, Alberto y Ordóñez, Javier, *Historia de la ciencia,* vol. I. *De la Antigüedad al siglo XV,* Madrid, Universidad Autónoma, 1988.

Eley, Geoff, «Nazism, Politics and the Image of the Past», *Past and Present,* n.º 121, 1988, pp. 171-208.

— *Una línea torcida. De la historia cultural a la historia de la sociedad,* Valencia, Universidad de Valencia, 2008.

Elton, Geoffrey R., *The Practice of History,* Londres, Methuen, 1967.

— *Return to Essentials. Some Reflections on the Present State of Historical Study,* Cambridge, University Press, 1991.

Estany, Anna, *La fascinación por el saber. Introducción a la teoría del conocimiento,* Barcelona, Crítica, 2001.

Esteve Barba, Francisco, *Historiografía indiana,* Madrid, Gredos, 1992.

Evans, Richard, *In Hitler's Shadow. West German Historians and the Attempt to Escape from the Nazi Past,* Nueva York, Pantheon, 1989.

— *In Defence of History,* Londres, Granta, 1997.

Febvre, Lucien, *Combates por la Historia,* Barcelona, Ariel, 1974.

— y Henri-Jean Martin, *La aparición del libro, 1450-1800,* México, UTEHA, 1962.

Ferguson, Niall (dir.), *Historia virtual. ¿Qué hubiera pasado si...?,* Madrid, Taurus, 1998.

Fernández Álvarez, Manuel, *Evolución del pensamiento histórico en los tiempos modernos,* Madrid, Editora Nacional, 1974.

Fernández Buey, Francisco, «Marxismos e Historia hoy», en *Problemas actuales de la historia,* Salamanca, Universidad, 1993, pp. 210-227.

Fernández-Rañada, Antonio, *Los muchos rostros de la ciencia,* Gijón, Ed. Nobel, 1995.

Ferrater Mora, José, *Cuatro visiones de la Historia universal,* Madrid, Alianza, 1984.
— «Historia» en *Diccionario de Filosofía,* Madrid, Alianza, 1979, vol. 2, pp. 1519-1530.
Ferro, Marc, *Cómo se cuenta la Historia a los niños en el mundo entero,* México, FCE, 1990.
Feyerabend, Paul K., *Contra el método. Esquema de una teoría anarquista del conocimiento,* Barcelona, Ariel, 1974.
Finley, Moses I., *Uso y abuso de la Historia,* Barcelona, Crítica, 1976.
Fischer, Fritz, *From Kaiserreich to the Third Reich. Elements of Continuity in German History, 1871-1945,* Londres, Unwin Hyman, 1988. Introducción de Roger Fletcher.
Fogel, Robert W. y Elton, G. R., *¿Cuál de los dos caminos al pasado? Dos visiones de la Historia,* México, Fondo de Cultura Económica, 1989.
Folguera Crespo, Pilar, *Cómo se hace Historia oral,* Madrid, Eudema, 1994.
Fontana, Josep, *Historia. Análisis del pasado y proyecto social,* Barcelona, Crítica, 1982.
— *La historia,* Barcelona, Salvat, 1974.
— «Ascens i decadencia de l'Escola dels Annales», *Recerques,* n.º 4, 1974, pp. 283-298.
— «La historiografía española del siglo XIX: un siglo de renovación entre dos rupturas», en Santiago Castillo (coord.), *La Historia social en España,* Madrid, Siglo XXI, 1991, pp. 325-335.
— *La Historia después del fin de la historia,* Barcelona, Crítica, 1992.
— *Introducción al estudio de la historia,* Barcelona, Crítica, 1999.
— *Historia de los hombres. El siglo XX,* Barcelona, Crítica, 2002.
Forcadell Álvarez, Carlos, «Sobre desiertos y secanos: los movimientos sociales en la historiografía española», *Historia Contemporánea,* n.º 7, 1992, 101-116.
— «La fragmentación espacial en la historiografía contemporánea: la historia regional/local y el temor a la síntesis», *Studia Storica. Historia Contemporánea* (Salamanca), n.º 13-14, 1995-1996, pp. 7-27.
Fraser, J. T. *Génesis y evolución del tiempo,* Pamplona, Pamiela, 1982.

— «El muro de cristal. Ideas representativas del tiempo en el pensamiento occidental», *Archipiélago. Cuadernos de crítica de la cultura* (Barcelona), n.º 10-11, 1992, pp. 17-54.

Freund, Julien. *La teoría de las ciencias humanas,* Barcelona, Península, 1975.

Friedländer, Samuel, *Histoire et psychanalyse. Essai sur les possibilités et les limites de la psychohistoire,* París, Seuil, 1975. Traducción inglesa: *History and Pyscho-analysis,* Nueva York, Holmes & Meier Publ., 1980.

Frumento, Antonio S. «Qué garantía nos da la ciencia?», *El Escéptico. Revista para el fomento de la razón y la ciencia* (Barcelona), n.º 3, 1999, pp. 30-32.

Fuentes Aragonés, Juan Francisco, «Historia y narración: alcance y antecedentes de una polémica historiográfica», en *Haciendo Historia: homenaje al profesor Carlos Seco Serrano,* Madrid, Universidad Complutense, 1989, pp. 773-780.

Fueter, Eduard, *Historia de la historiografía moderna,* Buenos Aires, Nova, 1953, 2 vols. Edición original alemana, 1911.

Fukuyama, Francis, «¿El fin de la Historia?», *Claves de razón práctica,* n.º 1, 1990, pp. 85-96.

— *El fin de la Historia y el último hombre,* Barcelona, Planeta, 1992.

Fusi Aizpurúa, Juan Pablo, «Por una nueva Historia: volver a Ranke», *Perspectiva Contemporánea,* n.º 1, 1988, p. 153.

— «Bajo el signo de la Historia» (conferencia pronunciada el 10 de noviembre de 1998). Leída en internet: *http://www.elpais.es/-p/d/debates/educa3.htm.*

Gabriel, Pere, «A vueltas y revueltas con la Historia social obrera en España. Historia obrera, historia popular e historia contemporánea», *Historia Social,* n.º 22, 1995, pp. 43-55.

— y Ucelay da Cal, Enric. «El impacto de la historiografía contemporánea italiana en la española», *Spagna Contemporanea,* n.º 1, 1992, pp. 127-135.

Gadamer, Hans Georg, *El problema de la conciencia histórica,* Madrid, Tecnos, 1993.

— y Koselleck, Reinhardt, *Historia y hermenéutica,* Barcelona, Paidós, 1997.
Gaddis, John Lewis, *El paisaje de la historia. Cómo los historiadores representan el pasado,* Barcelona, Anagrama, 2004.
Gagnon, Serge, *Man and His Past. The Nature and Role of Historiography,* Montreal, Harvest House, 1982.
Galán Sánchez, Pedro Juan. *El género historiográfico de Chronica. Las crónicas hispanas de época visigoda,* Cáceres, Universidad de Extremadura, 1994.
Galasso, Giuseppe, *Nada más que historia. Teoría y metodología,* Barcelona, Ariel, 2001.
García Blanco, Ángela, *Descubriendo el tiempo,* Madrid, Museo Arqueológico Nacional, 1996.
García Cárcel, Ricardo, «La manipulación de la memoria histórica», en C. Barros (ed.), *Historia a debate,* Santiago, Universidad, 1993, tomo 1, pp. 291-298.
García de Cortázar, Fernando y otros, *Debates para una historia viva,* Bilbao, Universidad de Deusto, 1990.
García de Cortázar, José Ángel, «Miguel Artola y los ámbitos de nuestro mester», *Revista internacional de Sociología,* vol. 47, n.º 3, 1989, pp. 481-495.
García Gual, Carlos, *Introducción a la mitología griega,* Madrid, Alianza, 1992.
García Larragueta, Santos, *La datación histórica,* Pamplona, Eunsa, 1998.
García Sierra, Pelayo, *Diccionario filosófico,* Oviedo, Pentalfa, 1999. Versión en la red: *www.filosofia.org/filomat/*
Gardiner, Juliet (ed.), *What is History Today?,* Londres, Macmillan, 1990.
— (ed.). *The History Debate,* Londres, Collins & Brown, 1990.
Gardner, Martin, *La ciencia: lo bueno, lo malo y lo falso,* Madrid, Alianza, 1988.
Gellner, Ernest, *El arado, la espada y el libro. La estructura de la Historia humana,* México, Fondo de Cultura Económica, 1992.
— «El rango científico de las ciencias sociales», *Revista internacional de ciencias sociales,* vol. 36, n.º 4, 1984, pp. 600-620.

Gibson, Quentin, *La lógica de la investigación social,* Madrid, Tecnos, 1968.

Giddens, Anthony, y otros, *La teoría social hoy,* Madrid, Alianza, 1990.

Gildea, Robert, *The Past in French History,* New Haven, Yale University Press, 1994.

Gili Gaya, Samuel (ed.), *Historiadores de los siglos XVI y XVII,* Madrid, CSIC, 1964.

Gimeno Blay, Francisco M. (ed.), *Erudición y discurso histórico: las instituciones europeas (siglos XVIII-XIX),* Valencia, Universidad, 1993.

Ginzburg, Carlo, *El queso y los gusanos. El cosmos, según un molinero del siglo XVI,* Barcelona, Muchnik, 1981.

— *Mitos, emblemas, indicios. Morfología e Historia,* Barcelona, Gedisa, 1989.

— «Microhistoria: dos o tres cosas que sé de ella», *Manuscrits,* n.º 12, 1994, pp. 13-42.

González del Tejo, Carmen, *La presencia del pasado. Introducción a la filosofía de la Historia de Collingwood,* Oviedo, Pentalfa, 1990.

Gooch, George P., *Historia e historiadores en el siglo XIX,* México, FCE, 1977. Edición original inglesa, 1913.

Goody, Jack R. y Watt, Ian, «The Consequences of Literacy», en J. R. Goody (ed.). *Literacy in Traditional Societies,* Cambridge, University Press, 1968, pp. 27-68.

Gould, Stephen Jay, *La flecha del tiempo. Mitos y metáforas en el descubrimiento del tiempo geológico,* Madrid, Alianza, 1992.

Granja Sainz, José Luis de la, «La historiografía española reciente: un balance», en Carlos Barros (ed.), *Historia a debate,* Santiago, Universidad, 1994, vol. 1, pp. 299-307.

— (coord.), *Manuel Tuñón de Lara, maestro de historiadores,* Madrid-Bilbao, Universidad del País Vasco-Casa de Velazquez, 1994.

— y Reig Tapia, Alberto (eds.), *Manuel Tuñón de Lara. El compromiso con la Historia. Su vida y su obra,* Bilbao, Universidad del País Vasco, 1993.

—, Tapia, A. y Miralles, Ricardo (eds.), *Tuñón de Lara y la historiografía española,* Madrid, Siglo XXI, 1999.

Grant, Michael, *Historiadores de Grecia y Roma,* Madrid, Alianza, 2003.

Grell, Chantal Grell, *Les historiographes en Europe de la fin du Moyen Âge á la Revolution,* París, P.U.F., 2006.

Gubernatis, Angel de. *Historia de la historiografía universal,* Buenos Aires, Cepa, 1943.

Guenée, Bernard. *Histoire et culture historique dans l'Occident médiéval,* París, Aubier-Montaigne, 1980.

— *et al. Le métier d'historien au Moyen Âge. Études sur l'historiographie médiévale,* París, Sorbonne, 1977.

Habermas, Jürgen, *La lógica de las ciencias sociales,* Madrid, Tecnos, 1988.

— *La reconstrucción del materialismo histórico,* Madrid, Taurus, 1981.

Hall, J. R. (ed.), *The Evolution of British Historiography. From Bacon to Namier,* Londres, Macmillan, 1967.

Hamerow, Theodore, *Reflections on History and Historians,* Madison, University of Wisconsin, 1987.

Harsgor, Michael, «Total History: The *Annales* School», *Journal of Contemporary History,* 13, 1978, pp. 1-13.

Haupt, G., *El historiador y el movimiento social,* Madrid, Siglo XXI, 1986.

Hay, Denys, *Annalists and Historians. Western Historiography from the Eight to the Eighteenth Century,* Londres, Methuen, 1977.

Hazard, Paul, *El pensamiento europeo en el siglo XVIII,* Madrid, Alianza, 1985. Edición original francesa, 1946.

Heller, Agnes, *Teoría de la Historia*, Barcelona, Fontamara, 1985.

Hempel, Carl Gustav, *La explicación científica: estudios sobre la Filosofía de la ciencia,* Barcelona, Paidós, 1988.

Hernández Sandoica, Elena, *Los caminos de la Historia. Cuestiones de historiografía y método,* Madrid, Síntesis, 1995.

— «Sobre historiografía española: Manuel Tuñón de Lara y la pasión del método», *Hispania,* n.º 188, 1994, pp. 1145-1153.

— «La Historia contemporánea en España: tendencias recientes», *Hispania,* n.º 198, 1998, pp. 65-95.

— *Tendencias historiográficas actuales. Escribir historia hoy,* Madrid, Akal, 2004.

Hidalgo Tuñón, Alberto (coord.), *Ciencia, tecnología y sociedad,* Madrid, Algaida, 1999.

Higham, J., *History: Professional Scholarship in America,* Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1983.

Himmelfarb, Gertrude, *The New History and the Old,* Cambridge, Harvard University Press, 1987.

— «Telling it as you like it. Post-Modernist history and the flight from fact», *The Times Literary Supplement,* 16 octubre 1992, pp. 12-15.

La Historia subversiva. Una propuesta para la irrupción de la Historia en el presente, Deusto, Departamento de Historia Contemporánea de la Universidad de Deusto, 1990.

Historiadores griegos, Madrid, Aguilar, 1969. Introducción de J. Martín Ruiz-Werner.

Historiadores latinos, Madrid, Edaf, 1970. Prólogo de Emiliano Aguado.

La historiografía en Occidente desde 1945, Pamplona, Ediciones Universitarias, 1985.

History for Ages 5 to 16. Proposals of the Secretary of State for Education and Science, Londres, Department of Education and Science, 1990.

Hobsbawm, Eric J., «The social functions of the past: some questions», *Past and Present,* n.º 55, 1972, pp. 3-17.

— «The Revival of Narrative: Some Comments», *Past and Present,* n.º 86, 1980, pp. 3-8.

— «From Social History to the History of Society», *Daedalus,* n.º 100, 1971, pp. 20-45.

— «Contribución de la historia a las ciencias sociales», *Revista internacional de las ciencias sociales,* n.º 4, 1981, pp. 682-701.

— «Karl Marx y la ciencia de la historia», *Estudios de historia social,* n.º 26-27, 1983, pp. 335-338.

— *Sobre la historia,* Barcelona, Crítica, 1998.

Hofer, Walther, «Fifty Years On: Historians and the Third Reich», *Journal of Contemporary History,* 21, 1986, pp. 225-251.

Holdsworth, Christopher y Wiseman, T. P. (eds.), *The Inheritance of Historiography, 350-900,* Exeter, University Press, 1986.

Hofstadter, Richard, *The Progressive Historians. Turner, Beard, Parrington,* Nueva York, Knopf, 1968. Edición española: *Los historiadores progresistas,* Buenos Aires, Paidós, 1970.

Huerga Melcón, Pablo, *La ciencia en la encrucijada,* Oviedo, Pentalfa, 1999.

Hughes, Henry Stuart, *Consciousness and Society. The Reorientation of European Social Thought, 1890-1930,* Brighton, Harvester, 1979. Edición original norteamericana, 1958. Traducción española: *Conciencia y sociedad. La reorientación del pensamiento social europeo,* Madrid, Aguilar, 1970.

Hughes-Warrington, Marnie (ed.), *Fifty Key Thinkers on History,* Londres, Routledge, 2007.

Humphreys, Stephen R., «Historiography, Islamic», en Joseph R. Strayer (dir.), *Dictionary of the Middle Ages,* Nueva York, Charles Scribner's Sons, 1985, vol. 6, pp. 249-255.

Hunt, Lynn, «French History in the Last Twenty Years: the Rise and Fall of the Annales Paradigm», *The Journal of Contemporary History,* n.º 21, 1986, pp. 209-224.

Iggers, Georg G., *New Directions in European Historiography,* Middletown, Wesleyan University Press, 1984.

— *The German Conception of History: The National Tradition from Herder to the Present,* Middletown, Wesleyan University Press, 1968.

— *La ciencia histórica en el siglo XX. Las tendencias actuales,* Barcelona, Labor, 1995.

— y Parker, Harold T. (eds.), *International Handbook of Historical Studies. Contemporary Research and Theory,* Londres, Methuen, 1979.

Jackson, Gabriel, *Historia de un historiador,* Madrid, Anaya-Muchnik, 1993.

— *Memoria de un historiador,* Barcelona, Crítica, 2009.

Jenkins, Keith, *The Postmodern History Reader,* Londres, Routledge, 1997.

— *¿Por qué la historia? Ética y posmodernidad,* México, FCE, 2006.

— *Repensar la historia,* Madrid, Siglo XXI, 2009.

— y Munslow, Alun (eds.), *The Nature of History Reader,* Londres, Routledge, 2004.

Jervis, Robert, *Perception and Misperception in International Politics,* Princeton, University Press, 1976.

Johnson, R. y otros, *Hacia una Historia socialista,* Barcelona, Serbal, 1983.

Joll, James, *National Histories and National Historians: Some German and English Views of the Past,* Londres, German Historical Institute, 1985.

Joutard, Philippe, *Esas voces que nos llegan del pasado,* México, FCE, 1986.

Jover Zamora, José María, «El siglo XIX en la historiografía española contemporánea» en J. M. Jover (ed.), *El siglo XIX en España: doce estudios,* Barcelona, Planeta, 1974, pp. 9-151.

— «Historia e historiadores en el siglo XX», en AA. VV., *El legado cultural de España al siglo XXI. Vol. 1. Pensamiento, historia, ciencia,* Barcelona, Círculo de Lectores, 1992, pp. 107-170.

— «Centralismo y nacionalismo. La idea de España en la época de los nacionalismos europeos», en su libro *La civilización española a mediados del siglo XIX,* Madrid, Espasa, 1992, pp. 140-191.

— «Corrientes historiográficas en la España contemporánea», en AA.VV., *Once ensayos sobre la historia,* Madrid, Fundación J. March, 1976, pp. 215-247.

Joyce, Patrick, «History and Post-Modernism», *Past and Present,* n.º 131, 1991, pp. 204-209.

Juliá, Santos, *Historia social/Sociología histórica,* Madrid, Siglo XXI, 1989.

— «¿La Historia en crisis?», *El País* (suplemento: Temas de nuestra época), 29-VII-1993, p. 1-2.

— «Rastros del pasado», *El País,* 25-VII-1999.

— y Martínez, Ana, *Teoría e historia de los sistemas sociales,* Madrid, UNED, 1991.

Kaye, Harvey J., *Los historiadores marxistas británicos. Un análisis introductorio,* Zaragoza, Universidad, 1989.

— *The Power of the Past. Reflections on the Crisis and the Promise of History,* Nueva York, Harvester Wheatsheaf, 1991.

Kelly, Donald R., *Versions of History from Antiquity to the Enlightenment,* New Haven, Yale University Press, 1991.
— *Foundations of Modern Historical Scholarship. Language, Law and History in the French Renaissance,* Nueva York, Columbia U.P., 1970.
— «What is Happening to the History of Ideas?», *Journal of the History of Ideas,* 51, 1990, pp. 3-25.
Kennedy, Paul M., «The Decline of Nationalistic History in the West, 1900-1970», *Journal of Contemporary History,* vol. 8, 1973, pp. 77-100.
Kenyon, John, *The History Men. The Historical Profession in England since the Renaissance,* Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1983.
Kirn, Paul, *Introducción a la ciencia de la historia,* México, UTEHA, 1961.
Kocka, Jürgen, *Historia social. Concepto, desarrollo, problemas,* Barcelona, Alfa, 1989.
— *Historia social y conciencia histórica,* Madrid, Marcial Pons, 2002.
Koselleck, Reinhardt, *Futuro pasado. Contribución a la semántica de los tiempos históricos,* Barcelona, Paidós, 1993.
— *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia,* Barcelona, Paidós, 2001.
— *historia/Historia,* Madrid, Trotta, 2004.
Kragh, Helge, *Introducción a la Historia de la ciencia,* Barcelona, Crítica, 1989. Edición original inglesa, 1987.
Kramer, Lloyd y Maza, Sarah (eds.), *A Companion to Western Historical Thought,* Oxford, Blackwell, 2006.
Kriegel, Annie, «La Historia del movimiento obrero», en V. Vázquez de Prada y otros. *La historiografía en Occidente desde 1945,* Pamplona, Universidad de Navarra, 1985, pp. 341-352.
Kula, Witold, *Las medidas y los hombres,* Madrid, Siglo XXI, 1980.
Labrousse, Ernest, *Fluctuaciones económicas e historia social,* Madrid, Tecnos, 1962.
— *Las estructuras y los hombres,* Barcelona, Ariel, 1969.
— *et al. L'histoire sociale. Sources et méthodes,* París, PUF, 1967.
Lacroix, Benoît, *L'historien au Moyen Age,* París, Inst. d'Etudes Médiévales, 1971.

Lambert, Peter y Schofield, Phillipp (ed.), *Making History. An Introduction to the History and Practices of a Discipline,* Londres, Routledge, 2004.

Landes, David S. y otros, *Las dimensiones del pasado. Estudios de historia cuantitativa,* Madrid, Alianza, 1974.

Langlois, C. V. y Seignobos, Charles, *Introducción a los estudios históricos,* Buenos Aires, Pléyade, 1972. Trad. de Domingo Vaca.

Layton, Robert (ed.), *Who Needs the Past?: Indigenous values and archeology,* Londres, Unwin Hyman, 1989.

Lefebvre, Georges, *El nacimiento de la historiografía moderna,* Barcelona, Martínez Roca, 1974.

Le Goff, Jacques, *Pensar la Historia,* Barcelona, Paidós, 1991.

— *El orden de la memoria. El tiempo como imaginario,* Barcelona, Paidós, 1991.

— «¿Es la política todavía el esqueleto de la historia?», en J. Le Goff, *Lo maravilloso y lo cotidiano en el Occidente medieval,* Barcelona, Gedisa, 1985, pp. 163-178.

—, Chartier, Roger y Revel, Jacques (dirs.). *La nueva Historia,* Bilbao, Mensajero, 1988.

— y Nora, Pierre (eds.), *Hacer la Historia,* Barcelona, Laia, 1974, 3 vols.

Linz, Juan José, «Cinco siglos de Historia española: cuantificación y comparación», en David S. Landes y otros. *Las dimensiones del pasado. Estudios de Historia cuantitativa,* Madrid, Alianza, 1974, pp. 165-273.

Lockwood, Robert, *El diseño de la noticia,* Barcelona, Ediciones B, 1992.

López, Cayetano, «El dislate como método», *Claves de Razón Práctica,* n.º 92, 1999, pp. 46-52.

López López, Matías. *La historiografía en Grecia y Roma. Conceptos y autores,* Lérida, Estudi General de Lleida, 1991.

López Torrijo, Manuel, *Lecturas de metodología histórico-educativa. Hacia una Historia de las mentalidades,* Valencia, Universidad, 1995.

Losee, John, *Introducción histórica a la filosofia de la ciencia,* Madrid, Alianza, 1981.

— *Filosofía de la ciencia e investigación histórica,* Madrid, Alianza, 1989.

Lowenthal, David, *The Past is a Foreign Country,* Cambridge, Cambridge University Press, 1985. Traducción española: *El pasado es un país extraño,* Madrid, Akal, 1998.

Lozano, Jorge, *El discurso histórico,* Madrid, Alianza, 1987.

Luciano, «Cómo debe escribirse la historia», en *Obras,* Madrid, Gredos, 1990, vol. 3. Traducción y notas de J. Zaragoza Botella.

Lummis, Trevor, *Listening to History,* Londres, Hutchinson, 1987.

Lledó, Emilio, *Lenguaje e Historia,* Barcelona, Ariel, 1978.

Lloréns Castillo, Vicente, «El siglo XIX en la Historia», en C. E. Lida y I. M. Zabala (eds.), *La revolución de 1868. Historia, Pensamiento, Literatura,* Nueva York, 1970.

MacHardy, Karin J., «Crisis in History, or: Hermes Unbounded», *Storia della Storiografia,* n.º 17, 1990, pp. 5-27.

MacLellan, David, *Karl Marx. Su vida y su obra,* Barcelona, Crítica, 1977.

— *Marx: su legado,* Barcelona, Quarto, 1984.

— «La concepción materialista de la historia», en AA.VV., *Historia del marxismo,* vol. 1, *El marxismo en tiempos de Marx,* Barcelona, Bruguera, 1979, pp. 83-112.

Maiello, Francesco, *Jacques Le Goff. Entrevista sobre la Historia,* Valencia, Institució Alfons el Magnànim, 1988.

Maier, Charles S., *The Unmasterable Past: History, Holocaust, and German National Identity,* Cambridge, Harvard University Press, 1988.

Mansilla, H. C. F., «La abdicación del pensamiento ante el horizonte del presente», *Revista de Estudios Políticos,* n.º 103, 1999, pp. 89-128.

Maravall, José Antonio, *Teoría del saber histórico,* Madrid, Revista de Occidente, 1958.

— «Mentalidad burguesa e idea de la Historia en el siglo XVIII», *Revista de Occidente,* n.º 107, 1972, pp. 250-286.

Marczewski, Jean, *Introduction à l'historie quantitative,* Ginebra, Droz, 1965.

Marrou, Henri Irénée, *El conocimiento histórico,* Barcelona, Idea, 1999.

Martín Aceña, Pablo, «La Historia económica contemporánea: raíces y perspectivas», en AA.VV., *Problemas actuales de la Historia. Terceras Jornadas de Estudios Históricos,* Salamanca, Universidad, 1993, pp. 189-198.

Martí Martínez, Manuel (coord.), *D'història contemporània. Debats i estudis. Un homenatge casolà a E. P. Thompson (1924-1993),* Castellón, Sociedad Castellonense de Cultura, 1996.

Martínez Shaw, Carlos, «L'Escola dels Annales», *L'Avenç,* n.º 3, 1977.

Martínez de Velasco Farinós, Angel; Ladero Quesada, Manuel F. y Ripoll López, Sergio, *Informática para profesores de historia: material específico,* Madrid, UNED, 1995.

Marwick, Arthur, *The Nature of History,* Londres, Macmillan, 1989.

— «Two Approaches to Historical Study: The Metaphysical (including Postmodernism) and the Historical», *Journal of Contemporary History,* vol. 30, n.º 1, 1995, pp. 5-35.

Marx, Karl, *Contribución a la crítica de la economía política,* Madrid, A. Corazón, 1978.

— *Sociología y filosofía social,* Barcelona, Península, 1978. Selección de textos de T. Bottomore y M. Rubel.

Masià, Angeles, *Historiadores de Indias,* Barcelona, Bruguera, 1971, 2 vols.

Mateos, Abdón, «Historia, Memoria, Tiempo Presente», *Hispania Nova* (Madrid, revista electrónica), junio de 1998.

Mayer, Arno J., *Why Did the Heavens Not Darken? The «Final Solution» in History,* Londres, Verso, 1990.

Mazzarino, Sandro, *Il pensiero storico classico,* Bari, Laterza, 1966.

McCloskey, Donald N., *Econometric History,* Londres, Macmillan, 1987.

Megill, Allan, «Relatando el pasado: «descripción», explicación y narración en la historiografía», *Historia social,* n.º 16, 1993, pp. 71-96.

Meinecke, Friedrich, *El historicismo y su génesis,* Madrid, FCE, 1983. Edición original alemana, 1936.

Mellor, Ronald, «Roman Historiography and Biography» en Michael Grant y Rachel Kitzinger (eds.), *Civilization of the Ancient Medi-*

terranean. Greece and Rome, Nueva York, Charles Scribner's Sons, 1988, pp. 1541-1562.
Meyer, E., *El historiador y la Historia antigua,* Madrid, FCE, 1983.
Mitre Fernández, Emilio, *Historiografía y mentalidades históricas en la Europa medieval,* Madrid, Universidad Complutense, 1982.
— *Historia y pensamiento histórico. Estudio y antología,* Madrid, Cátedra, 1997.
Moll, Isabel (ed.), *La vida quotidiana dins la perspectiva històrica*, Palma de Mallorca, Institut d'Estudis Balèarics, 1985.
Momigliano, Arnaldo, *La historiografía griega,* Barcelona, Crítica, 1984.
— *Essays in Ancient and Modern Historiography,* Oxford, Blackwell, 1977.
— «Estudios bíblicos y estudios clásicos. Simples reflexiones sobre el método histórico» en su obra *Páginas hebraicas,* Madrid, Mondadori, 1990, pp. 39-46.
Mommsen, Wolfgang J., «La Historia», en Leo Apostel y otros, *Interdisciplinariedad y ciencias humanas,* Madrid, Tecnos, 1983, pp. 236-251.
Mondolfo, Rodolfo, *Verum factum. Desde antes de Vico hasta Marx,* Buenos Aires, Siglo XXI, 1971.
Moradiellos García, Enrique, *Las caras de Clío. Introducción a la Historia y a la historiografía,* Oviedo, Universidad de Oviedo, 1992.
— *El oficio de historiador,* Madrid, Siglo XXI, 1994; última edición revisada, 2008.
— «Últimas corrientes en Historia», *Historia social,* n.º 16, 1993, pp. 97-113.
— «Notas sobre la idea de progreso en la Historia», *Revista de Extremadura,* n.º 16 y 17, 1995, pp. 85-104 y 89-96.
— «Historiografía», voz recogida en *Enciclopedia Universal Multimedia Micronet* (CD), edición de abril de 1998.
— «La Historia: el largo trayecto del mito al logos científico», *Edades. Revista de Historia* (Santander), n.º 3, 1998, pp. 111-119.
— «Más allá de la leyenda negra y del mito romántico: el concepto de España en el hispanismo británico contemporaneísta», Madrid, *Ayer*, n.º 31, Marcial Pons, 1998, pp. 183-199.

— «Las múltiples caras de Clío: triunfos evidentes y peligros actuales», en E. Moradiellos, *Sine Ira et Studio. Ejercicios de crítica historiográfica,* Cáceres, Universidad de Extremadura, 2000, pp. 199-205.
— «Manuel Tuñón de Lara en la historiografía española contemporánea», en E. Moradiellos, *Sine Ira et Studio,* Cáceres, Universidad de Extremadura, 2000, pp. 211-214.
— «Las tribulaciones de Clío en el aula», *El País,* 17 de agosto de 2000.
— *La persistencia del pasado. Escritos sobre la historia,* Cáceres, Universidad de Extremadura, 2004.
Morales Moreno, Luis Gerardo. *Historia de la historiografía contemporánea (de 1968 a nuestros días),* San Juan (México), Instituto Mora, 2005.
Morales Moya, Antonio, «Sobre la historiografía actual», *Cuadernos de Historia Moderna y Contemporánea,* Madrid, núm. 4, 1983, pp. 195-226.
— «En torno al auge de la biografía», *Revista de Occidente,* n.º 74-75, 1987, pp. 61-76.
— «Historia y postmodernidad», Madrid, *Ayer,* n.º 6, Marcial Pons, 1992, pp. 15-38.
— «Historia de la historiografía española» en M. Artola (dir.), *Enciclopedia de historia de España,* vol. 7 *(Fuentes. Indice),* Madrid, Alianza, 1993, pp. 583-684.
— y Esteban, Mariano (eds.), *La historia contemporánea en España,* Salamanca, Universidad, 1996.
Moreno Alonso, Manuel, *Historiografía romántica española. Introducción al estudio de la historia en el siglo XIX,* Sevilla, Universidad, 1979.
— «El sentimiento nacionalista en la historiografía española del siglo XIX», en AA.VV., *Nation et nationalités en Espagne. XIX-XX s.,* París, Fondation Singer-Polignac, 1985, pp. 63-122.
Moreno Luzón, Javier, «El debate Goldhagen: los historiadores, el Holocausto y la identidad nacional alemana», *Historia y Política,* n.º 1, 1999, pp. 135-159.
Morgan, Sue; Jenkins, Keith y Munslow, Alun (eds.), *Manifestos for History,* Oxford, Routledge, 2007.

Moses, John A., *The Politics of Illusion: The Fischer Controversy in German Historiography,* Londres, G. Prior, 1975.

Mosse, George L., *Toward the Final Solution. A History of European Racism,* Madison, University of Wisconsin Press, 1985.

— *The Crisis of German Ideology. Intellectual Origins of the Third Reich,* Nueva York, Schocken Books, 1981.

Mudrovic, María Inés, *Historia, narración y memoria. Debates actuales en filosofía de la historia,* Madrid, Akal, 2005.

Muniesa i Brito, Bernat, *Nudos gordianos: una introducción a la epistemología de la Historia y de la cultura,* Barcelona, Barcanova, 1995.

Mumford, Lewis, *Técnica y civilización,* Madrid, Alianza, 1982. Edición original inglesa, 1934.

Munslow, Alun, *The Routledge Companion to Historical Studies,* Oxford, Routledge, 2005.

— y Rosentone, Robert A. (eds.), *Experiments in Rethinking History,* Londres, Routledge, 2004.

Nash, Gary B. y Crabtree, Charlotte (coords.), *National Standards for United States History,* Los Angeles, University of California-National Center for History in the Schools, 1994.

— y Dunn, Ross E., *History on Trial: Culture Wars and the Teaching of the Past,* Nueva York, Alfred K. Knopf, 1996.

Negro Pavón, Dalmacio, «Introducción» a L. von Ranke, *Sobre las épocas de la historia moderna,* Madrid, Editora Nacional, 1984.

Newton-Smith, W. H., *La racionalidad de la ciencia,* Barcelona, Paidós, 1987.

Niño Rodríguez, Antonio, «La Historia de la historiografía: una disciplina en construcción», *Hispania,* n.º 163, 1986, pp. 395-417.

Nisbet, Robert, *Historia de la idea de progreso,* Barcelona, Gedisa, 1981. Edición original inglesa, 1980.

— *Cambio social e historia,* Barcelona, Hispano-Europea, 1976.

Noiriel, Gérard, *Sobre la crisis de la Historia,* Madrid, Cátedra, 1997.

Nora, Pierre (dir.), *Les lieux de mémoire,* París, Gallimard, 1984-1993, 2 tomos.

Novick, Peter, *Ese noble sueño. La objetividad y la historia profesional norteamericana,* México, Instituto Mora, 1997.

Núñez, María Gloria, «Historia y ciencia: una relación polémica», en A. Alted (coord.), *Entre el pasado y el presente. Historia y memoria,* pp. 27-54.

O'Brien, Patrick, «Las principales corrientes actuales de la Historia económica», *Papeles de economía española,* monográfico sobre «La nueva cara de la historia económica en España», n.º 20, 1984, pp. 383-399.

Olábarri Gortázar, Ignacio, «El peso de la historiografía española en el conjunto de la historiografía occidental (1945-1989)», *Hispania,* n.º 175, 1990, pp. 417-437.

— «Les études d'histoire de l'historiographie espagnole contemporaine: état de la question», *Storia della Storiografia,* n.º 11, 1987, pp. 122-140.

— «La recepción en España de la revolución historiográfica del siglo XX», en V. Vázquez de Prada, I. Olábarri y A. Floristán (eds.), *La historiografía en Occidente desde 1945,* Pamplona, Universidad de Navarra, 1985, pp. 87-109.

Oldroyd, David, *El arco del conocimiento. Introducción a la historia de la filosofía y metodología de la ciencia,* Barcelona, Crítica, 1993.

Orcástegui, Carmen y Sarasa, Esteban, *La Historia en la Edad Media: historiografía e historiadores en Europa occidental, siglos V-XIII,* Madrid, Cátedra, 1991.

Ortega y Gasset, José, *Historia como sistema,* Madrid, Alianza, 1981.

Ortega López, María Teresa (ed.), *Por una historia global. El debate historiográfico en los últimos tiempos,* Granada, Universidad de Granada, 2007.

Ortiz de Orruño, José María (ed.), *Historia y sistema educativo,* Madrid, *Ayer,* nº 30, Marcial Pons, 1998.

Pagano, Nora y Buchbinder, Pablo (compiladores), *La historiografía francesa contemporánea,* Buenos Aires, Biblos, 1993.

Pagès, Pelai, *Introducción a la Historia. Epistemología, teoría y problemas de método en los estudios históricos,* Barcelona, Barcanova, 1983.

Palacios Bañuelos, Luis, *Historia viva. Apuntes desde el presente,* Córdoba, Universidad, 1993.

Parker, Charles, *The English Historical Tradition since 1850,* Edimburgo, John Donald Publishers, 1990.

Parsons, Talcott *et al.* (editors), *Theories of Society: Foundations of Modern Sociological Theory,* Nueva York, Free Press, 1965.
— «*El sistema social,* Madrid, Alianza, 1984.
Pasamar Alzuria, Gonzalo, *Historiografía e ideología en la postguerra española. La ruptura de la tradición liberal,* Zaragoza, Universidad, 1991.
— *La Historia contemporánea. Aspectos teóricos e historiográficos,* Madrid, Síntesis, 2000.
— «La invención del método histórico y la Historia metódica en el siglo XIX», *Historia Contemporánea,* n.º 11, 1994, pp. 183-213.
— «Corrientes, influencias y problemática en la historiografía contemporánea española», *Studium* (Teruel), n.º 3, 1991.
— «La vía española hacia la profesionalización historiográfica», *Studium,* n.º 3, 1991, pp. 135-162.
— y Peiró Martín, Ignacio, *Historiografía y práctica social en España,* Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 1987.
— *La Escuela Superior de Diplomática. Los archiveros en la historiografía española contemporánea,* Madrid, ANABAD, 1996.
Paul, Jacques, *Histoire intellectuelle de l'occident médiéval,* París, Armand Colin, 1973.
Peiró Martín, Ignacio, *Los guardianes de la Historia. La historiografía académica de la Restauración,* Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1995.
— y Pasamar Alzuria, Gonzalo, *Diccionario de historiadores españoles contemporáneos,* Madrid, Akal, 2002.
Pereira Castañares, Juan Carlos, «De la Historia diplomática a la Historia de las relaciones internacionales: algo más que el cambio de un término», *Historia Contemporánea,* n.º 7, 1992, pp. 155-182.
Pereira Menaut, Gerardo, «Sobre la función del pasado histórico en los movimientos nacionalistas», en AA.VV., *Homenaje a F. Presedo,* Sevilla, Universidad, 1995, pp. 851-862.
Pérez Amuchástegui, A. J. y Montanari, Margarita, *Síntesis de historiografía europea,* Buenos Aires, Ed. Ábaco, 1982.
Pérez Herranz, Fernando M., «La filosofía de la ciencia de Gustavo Bueno», *El Basilisco* (Oviedo), n.º 26, 1999, pp. 15-42.

Pérez Ledesma, Manuel, «Cuando lleguen los días de la cólera (Movimientos sociales, teoría e historia)», en *Problemas actuales de la historia,* Salamanca, Universidad, 1993, pp. 141-187.

Perks, Robert (ed.), *Oral History. An Annotated Bibliography,* Londres, The British Library, 1990.

Piltz, Anders, *The World of Medieval Learning,* Oxford, Blackwell, 1981.

Pinillos, José Luis, *Psicología y psicohistoria,* Valencia, Universidad, 1988.

Piqueras Arenas, José Antonio, «Treinta años de una llamada a la historia social (un hito historiográfico de Jover Zamora)», *Cuadernos de Historia Moderna y Contemporánea,* n.º 4, 1983, pp. 229-241.

Pomian, Krzysztof, *Sobre la historia,* Madrid, Cátedra, 2007.

Popper, Karl R., *La miseria del historicismo,* Madrid, Alianza, 1981.

Porter, Roy, «Seeing the Past», *Past and Present,* n.º 118, 1988, pp. 186-205.

Press, Gerald A., «History and the Development of the Idea of History in Antiquity», *History and Theory,* XVI, 1977, pp. 280-296.

— *The Development of the Idea of History in Antiquity,* Montreal, McGill-Queen's University Press, 1982.

Preston, Paul, «Venganza y reconciliación: la guerra civil española y la memoria histórica», en B. Ciplijauskaité y Ch. Maurer (eds.), *La voluntad de humanismo. Homenaje a Juan Marichal,* Barcelona, Anthropos, 1990, pp. 71-87.

Prieto Arciniega, Alberto Manuel, *La Historia como arma de la reacción,* Madrid, Akal, 1976.

— y otros, *Hacia una nueva Historia,* Madrid, Akal, 1976.

Prigogine, Ilya, «El redescubrimiento del tiempo», *Archipiélago. Cuadernos de crítica de la cultura* (Barcelona), n.º 10-11, 1992, pp. 69-82.

— y Stengers, Isabelle, *Entre el tiempo y la eternidad,* Madrid, Alianza, 1990.

Prost, Antoine, *Doce lecciones sobre la historia,* Madrid, Cátedra, 2001.

Rabb, Theodore K. y Rotberg, Robert I. (eds.), *The New History. The 1980s and beyond: Studies in Interdisciplinary History,* Princeton, Princeton University Press, 1982.
Rama, Carlos M., *La historiografía como conciencia histórica,* Barcelona, Montesinos, 1981.
Ranke, Leopold von, *Pueblos y estados en la Historia moderna,* México, FCE, 1979. Selección de textos editados por Wenceslao Roces.
Reichenbach, Hans, *La filosofía científica,* México, FCE, 1967.
Reiss, Edward, *Una guía para entender a Marx,* Madrid, Siglo XXI, 2000.
Remond, René (dir.), *Pour une histoire politique,* París, Seuil, 1988.
— (dir.), *Être historien aujourd'hui,* París, Erès, 1988.
Ricoeur, Paul, *Tiempo y narración,* Madrid, Cristiandad, 1987, 2 vols.
— *Historia y verdad,* Madrid, Encuentro, 1990.
Ringer, F. K., *El ocaso de los mandarines alemanes. Catedráticos, profesores y la comunidad académica alemana, 1890-1933,* Barcelona, Pomares-Corredor, 1995.
Ritter, Harry, *Dictionary of Concepts in History,* Nueva York, Greenwood Press, 1986.
Rodríguez López, Ana, «La investigación en Historia», *Política científica,* n.º 43, 1995, pp. 43-45.
Romero, José Luis, *De Heródoto a Polibio. El pensamiento histórico de la cultura griega,* Buenos Aires, Austral, 1952.
Rorty, Richard, *El giro lingüístico. Dificultades metafilosóficas de la filosofía lingüística,* Barcelona, Paidós, 1990.
—, Schneewind, B. y Skinner, Quentin, *La filosofía en la historia,* Barcelona, Paidós, 1990.
Rossi, Paolo, *Las arañas y las hormigas. Una apología de la historia de la ciencia,* Barcelona, Crítica, 1990.
Rossi, Pietro (ed.), *La storiografía contemporanea. Indirizzi e problemi,* Milán, Mondadori, 1987.
— *La teoria della storiografia oggi,* Milán, Mondadori, 1988.
Rueda, Germán (ed.), *Doce estudios de historiografía contemporánea,* Santander, Universidad de Cantabria, 1991.
Ruiz Doménec, José Enrique, Rostros de la historia, *Veintiún historiadores para el siglo XXI,* Barcelona, Península, 1999.
— *El reto del historiador,* Barcelona, Península, 2006.

Ruiz de la Peña, Juan Ignacio, *Introducción al estudio de la edad media,* Madrid, Siglo XXI, 1984.
— «Estudio preliminar», en *Crónicas Asturianas* (edición crítica de J. Gil Fernández, traducción de J. L. Moralejo), Oviedo, Universidad, 1985.
Ruiz Torres, Pedro, «Historia filosófica e historia erudita en los siglos XVIII y XIX», en F. Gimeno Blay (ed.), *Erudición y discurso histórico,* Valencia, Universidad, 1993, pp. 13-33.
— (ed.). *La historiografía,* Madrid, *Ayer,* nº 12, Marcial Pons, 1993.
Russell, Bertrand, *Escritos básicos, 1903-1959,* recopilación de R. E. Egner y L. E. Dennon, Madrid, Aguilar, 1969.
— *El conocimiento humano. Su alcance y sus limitaciones,* Madrid, Taurus, 1968.
Saitta, Armando, *Guía crítica de la historia y la historiografía,* México, Fondo de Cultura Económica, 1989, 5 vols. Vol. 1 *(Guía crítica de la historia y la historiografía).* Vol. 2 *(Historia antigua).* Vol. 3 *(Historia medieval).* Vol. 4 *(Historia moderna).* Vol. 5 (*Historia contemporánea*).
Sales, Véronique (coord.), *Los historiadores,* Granada, Universidad de Granada, 2007.
Samuel, Raphael (ed.), *Historia popular y teoría socialista,* Barcelona, Crítica, 1984.
— «La lectura de los signos», *Historia Contemporánea,* n.º 7, 1992, pp. 52-74.
Sánchez Alonso, Benito, *Historia de la historiografía española. Ensayo de un examen de conjunto,* Madrid, CSIC, 1950, 3 vols.
Sánchez León, Pablo e Izquierdo Martín, Jesús (eds.), *El fin de los historiadores. Pensar históricamente en el siglo XXI,* Madrid, Siglo XXI, 2008.
Sánchez Mantero, Rafael, «La Historia contemporánea: concepto y límites», en R. Sánchez Mantero, O. Ruiz-Manjón, G. Rueda y C. Dardé, *El Siglo XIX,* Madrid, Historia 16, 1994, pp. 18-22.
Sánchez Marcos, Fernando, *Invitación a la Historia. De Heródoto a Voltaire,* Barcelona, Publicaciones Universitarias, 1988. Segunda edición revisada, Barcelona, Idea, 2002.

Sánchez Rubio, Rocío, «Los espacios desconocidos: cronistas del Nuevo Mundo», *Puertas a la lectura* (Badajoz), n.º 3, 1997, pp. 42-47.

Schaff, Adam, *Historia y verdad,* Barcelona, Crítica, 1977.

Schorske, Carl E., *Pensar con la Historia,* Madrid, Taurus, 2001.

Schulze, Hagen, *The Course of German Nationalism. From Frederick the Great to Bismarck, 1763-1867,* Cambridge, University Press, 1991.

Searle, John, «The Storm over the University», *New York Review of Books,* 6 diciembre 1990, pp. 34-42.

— «The Storm Over the University»: An Exchange», *New York Review of Books,* 14 febrero 1991.

Sebreli, Juan José, *El asedio a la modernidad. Crítica del relativismo cultural,* Barcelona, Ariel, 1992.

Seco Serrano, Carlos, «La historiografía contemporánea actual», *Cuadernos de Historia Contemporánea,* n.º 9, 1988, pp. 109-122.

Serna, Justo y Pons, Anaclet, *Cómo se escribe la microhistoria. Ensayo sobre Carlo Ginzburg,* Madrid, Cátedra-Universidad de Valencia, 2000.

Sheenan, James J., «What is German History and Historiography? Reflections on the Role of the Nation in German History and Historiography», *Journal of Modern History,* vol. 53, n.º 1, 1981,

Shorter, E., *El historiador y los ordenadores,* Madrid, Narcea, 1977.

Shotwell, James T., *Historia de la historia en el mundo antiguo,* Madrid, FCE, 1982.

Sills, David L. (dir.), *Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales,* Madrid, Aguilar, 1975.

Skinner, Quentin y otros, *El retorno de la Gran Teoría en las ciencias humanas,* Madrid, Alianza, 1988.

Schmidt, Alfred, «La importancia de Marx para el pensamiento historiográfico contemporáneo», *Revista de Estudios Políticos,* n.º 37, 1984, pp. 49-65.

Sokal, Alan y Bricmont, Jean, *Imposturas intelectuales,* Barcelona, Paidós, 1999.

Southgate, Beverley, *What is History for?,* Londres, Routledge, 2005.

Spiegel, Gabrielle M., «Huellas de significado. La literatura histórica en la era del postmodernismo», *El País* (suplemento temático), 29 de julio de 1993, pp. 4-5.

— «History, Historicism, and the Social Logic of the Text in the Middle Ages», *Speculum,* n.º 55, 1990, pp. 59-86.

Stanford, Michael, *A Companion to the Study of History,* Oxford, Blackwell, 1994.

Stedman Jones, Gareth, «From Historical Sociology to Theoretical History», en R. S. Neale (ed.), *History and Class. Essential Readings in Theory and Interpretation,* Oxford, Basil Blackwell, 1984, pp. 73-85.

— «Historia: la miseria del empirismo», en Robin Blackburn (ed.), *Ideología y clases sociales,* Barcelona, Grijalbo, 1977, pp. 109-131.

Stern, Fritz (ed.), *The Varieties of History. From Voltaire to the Present,* Londres, Macmillan, 1970.

Stinson, Robert (ed.), *The Faces of Clio. An Anthology of Classics in Historical Writing from Ancient Times to the Present,* Chicago, Nelson-Hall, 1987.

Stoianovich, Traian, *French Historical Method. The Annales Paradigm,* Londres, 1976.

Stone, Lawrence, «History and the Social Sciences in the Twentieth Century», en *The Past and the Present,* Londres, Routledge & Kegan, 1981, pp. 3-44. Hay traducción española: «La Historia y las Ciencias sociales en el siglo XX», *El pasado y el presente,* México, Fondo de Cultura Económica, 1986, pp. 15-60.

— «The Revival of the Narrative: Reflections on a New Old History», en *The Past and the Present,* Londres, Routledge & Kegan, 1981, pp. 74-96. Edición española, «El resurgimiento de la narrativa», pp. 95-120.

— «Dry heat, cool reason. Historians under siege in England and France», *Times Literary Supplement,* 31 de enero de 1992, pp. 3-5.

— y Gabrielle M. Spiegel, «History and Post-modernism», *Past and Present,* n.º 135, 1992, pp. 189-208.

Stromberg, Roland N., *Historia intelectual europea desde 1789,* Madrid, Debate, 1990.

Sueiro Seoane, Susana, «Modos y modas en la historiografía actual», en A. Alted (coord.), *Entre el pasado y el presente. Historia y memoria,* pp. 13-26.

Tedde, Pedro, «La Historia económica y los economistas», *Papeles de Economía Española,* n.º 20, 1984, pp. 363-381.

Testi, Arnaldo, «Il Passato in pubblico: un dibattito sull'insegnamento della storia nazionale negli stati uniti», *Cromohs* (Florencia), n.º 3, 1998, pp. 1-39. Dirección electrónica de la revista: *http://www.unifi.it/riviste/cromohs.*

Thuillier, G. y Tulard, J., *Les écoles historiques,* París, PUF, 1990.

— *Le marché de l'histoire,* París, PUF, 1994.

Thompson, Edward Palmer, *La miseria de la teoría,* Barcelona, Crítica, 1981.

Thompson, James Westfall, *A History of Historical Writing,* Gloucester (Mass.), Peter Smith, 1967 (primera edición, 1942).

Thompson, Paul, *The Voice of the Past,* Oxford, University Press, 1978. Traducción española: *La voz del pasado. Historia oral,* Valencia, Alfons el Magnànim, 1988.

Todorov, Tzvetan, *Los abusos de la memoria,* Barcelona, Paidós, 2000.

— *Memoria del mal, tentación del bien. Indagación sobre el siglo XX,* Barcelona, Península, 2002.

Topolsky, Jerzy, *Metodología de la Historia,* Madrid, Cátedra, 1982.

— «The Concept of Theory in Historical Research. Theory Versus Myth», *Storia della Storiografia,* n.º 13, 1988, pp. 67-79.

Traverso, Enzo, *El pasado, instrucciones de uso: historia, memoria, política,* Madrid, Marcial Pons, 2007.

Tuñón de Lara, Manuel, *Por qué la Historia,* Barcelona, Salvat, 1981.

— *Claves de la Historia social,* Barcelona, Salvat, 1980.

— «Problemas actuales de la historiografía española», *Sistema,* n.º 1, 1973, pp. 31-50.

— «¿Qué historia? Algunas cuestiones de historiología», *Sistema,* n.º 9, 1975.

Usher, Stephen, «Greek Historiography and Biography» en Michael Grant y Rachel Kitzinger (eds.), *Civilization of the Ancient Mediterranean. Greece and Rome,* Nueva York, Charles Scribner's Sons, 1988, vol. III, pp. 1525-1540.

Uslar Pietri, Arturo, «¿Qué nos importa la guerra de Troya?», *Revista de Occidente,* n.º 87, 1970, pp. 290-298.

Valdeavellano, Luis G. de, «Historiadores en la Institución», en AA.VV., *En el centenario de la Institución Libre de Enseñanza,* Madrid, Tecnos, 1977, pp. 81-87.

Valdeón Baruque, Julio, *En defensa de la Historia,* Valladolid, Ámbito, 1988.

— «La historiografía española de finales del siglo XX: Miseria de la teoría», en C. Barros (ed.), *Historia a debate,* Santiago, Universidad, 1993, tomo 1, pp. 309-317.

Van Seters, John, *In Search of History. Historiography in the Ancient World,* New Haven, Yale University Press, 1983.

Varela, Javier, «La tradición y el paisaje. El Centro de Estudios Históricos», en J. L. García Delgado (ed.), *Los orígenes culturales de la Segunda República,* Madrid, Siglo XXI, 1993, pp. 237-274.

Vázquez García, Francisco, *Estudios de teoría y metodología del saber histórico. De la escuela histórica alemana al grupo de los «Annales»,* Cádiz, Universidad, 1989.

Vázquez de Prada, V., «La Historia económica en España, 1940-1989: esbozo de su nacimiento y desarrollo», *Hispania,* n.º 175, 1990, pp. 473-487.

—, Olábarri Gortázar, I. y Floristán Imizcoz, A. (eds.), *La historiografía en Occidente desde 1945. Actitudes, tendencias y problemas metodológicos,* Pamplona, Universidad de Navarra, 1985.

Veit-Brause, Irmline, «Paradigms, Schools, Traditions. Conceptualizing shifts and changes in the history of historiography», *Storia della Storiografia,* n.º 17, 1990, pp. 50-65.

Velarde Lombraña, Julián, *Lógica formal,* Oviedo, Pentalfa, 1982.

— *Conocimiento y verdad,* Oviedo, Universidad de Oviedo, 1993.

Velasco Delgado, Argimiro, «Introducción» a Eusebio de Cesarea, *Historia eclesiástica,* vol. 1, Madrid, B.A.C., 1973.

Vernant, Jean Pierre, *Los orígenes del pensamiento griego,* Buenos Aires, Eudeba, 1965.

Veyne, Paul, «Histoire», *Encyclopaedia Universalis,* París, Encyclopaedia Universalis France, 1985, vol. 9, pp. 352-354.

— *Cómo se escribe la Historia. Ensayo de epistemología,* Madrid, Alianza, 1984.

Vicens Vives, Jaume, «Hacia una Historia económica de España. Nota metodológica», *Hispania,* n.º 57, 1954, pp. 499-510.

Vidal Naquet, Pierre, *Ensayos de historiografía: la historiografía griega bajo el Imperio romano,* Madrid, Alianza, 1990.

Vilanova, Mercedes, «El combate, en España, por una Historia sin adjetivos con fuentes orales», *Historia y Fuente Oral,* n.º 14, 1995, pp. 95-116.

Vilar, Pierre, *Iniciación al vocabulario del análisis histórico,* Barcelona, Crítica, 1980.

— *Historia marxista, historia en construcción,* Barcelona, Anagrama, 1974.

— *Pensar históricamente,* Barcelona, Crítica, 1997.

— «Marx y la historia», en AA. VV., *Historia del marxismo*, vol. 1, *El marxismo en tiempos de Marx,* Barcelona, Bruguera, 1979, pp. 113-161.

Vovelle, Michael, *Ideologías y mentalidades,* Barcelona, Ariel, 1985.

Walsh, W.H., *Introducción a la filosofía de la historia,* México, Siglo XXI, 1976.

Watt, Donald Cameron, *What About the People? Abstraction and Reality in History and the Social Sciences,* Londres, The London School of Economics and Political Science, 1983.

— (ed.), *Contemporay History in Europe,* Londres, Allen & Unwin, 1969.

Weiss, John, *Conservatism in Europe, 1770-1945. Traditionalism, Reaction and Counter-revolution,* Londres, Thames & Hudson, 1977.

Wehler, Hans-Ulrich, «What is the History of Society?», *Storia della Storiografia,* n.º 18, 1990, pp. 5-19.

West, Delno y Zimdars-Swartz, Sandra, *Joaquín de Fiore. Una visión espiritual de la Historia,* México, Fondo de Cultura Económica, 1986.

White, Hayden, *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX,* México, Fondo de Cultura Económica, 1992.

— *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica,* Barcelona, Paidós, 1993.
Whitrow, G. J., *Time in History. Views of Time from Prehistory to the Present Day,* Oxford, University Press, 1988. Hay traducción española: *El tiempo en la historia,* Barcelona, Crítica, 1990.
Wilkie, T., *El conocimiento peligroso,* Madrid, Debate, 1994.
Yeo, Stephen., «Whose Story? An Argument from within Current Historical Practice in Britain», *Journal of Contemporary History,* 21, 1986, pp. 295-320.
Yerushalmi, Yosef H, *Zajor. La historia judía y la memoria judía,* Barcelona, Anthropos, 2002.
Ziman, J., *Introducción al estudio de las ciencias,* Barcelona, Ariel, 1986.
— *¿Qué es la ciencia?,* Madrid, Cambridge University Press, 2003.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

Se terminó de imprimir
esta obra el 25 de agosto
de 2009

Las caras de Clío constituye, como su propio título indica, un manual de «introducción a la Historia». Con ese propósito, sus páginas ofrecen a los lectores una exposición sintética de los fundamentos científicos de la Historia como disciplina académica y relatan el desarrollo de la tradición historiográfica desde sus comienzos en la Antigüedad clásica hasta finales del siglo XX. Habida cuenta de que sus principales destinatarios son los universitarios que se inician en el estudio de la materia, el libro trata de responder a los siguientes interrogantes críticos e inexcusables: ¿Qué es la Historia? ¿Para qué sirve? ¿Cómo se ha configurado y evolucionado? Los dos primeros capítulos están dedicados a la exposición de los rasgos distintivos del conocimiento científico y de las razones gnoseológicas que permiten clasificar la Historia como una de las ciencias sociales o humanas. Los restantes capítulos canalizan el surgimiento y desarrollo de la literatura histórica hasta nuestros días, tratando de señalar los profundos cambios de naturaleza y función que ha experimentado la Historia en el transcurso de esa más que milenaria evolución, desde su primera condición de género literario hasta su conversión en ciencia humana.

Por último, esta segunda edición actualizada incluye un nuevo capítulo final sintetizador que sirve para refrescar las mentes de los estudiantes lectores y para poner al día la bibliografía.



ISBN: 978-84-323-1402-5

